

Parte 2. La política de la libertad

La Revolución traicionada

El espíritu de Gibara

Los movimientos revolucionarios valen y perduran por el impulso ideal que los anima y los objetivos históricos que se plantean. No significa menos en la estimativa más rigurosa, la fracasada epopeya de 1868 que la gesta triunfante de 1895. Una y otra fueron independientemente de sus resultados verdaderas revoluciones. No en balde iban enderezadas a transformar las bases mismas de sustentación del régimen político, económico y social impuesto a Cuba por la dominación española. Una y otra contribuyeron a forjar nuestra libertad; y una y otra constituyen, en pareja medida las más viriles y fecundas expresiones de nuestro pasado colonial.

La formidable sublevación del pueblo cubano contra el machadato es el único movimiento revolucionario similar a los emancipadores acontecidos en la república. Surgió de las entrañas hirvientes de la nación y aspiró a remover la estructura subyacente de la factoría azucarera creada por el capital ausentista extranjero y las oligarquías politiqueras adueñadas de nuestros destinos en aprovechado contubernio. Ni por su índole ni por su ideario ni por su objetivo ni por su estilo ni por su estrategia guardaba punto de contacto alguno con la Chambelona. No se trataba pues como en esta de un vulgar quítate tú para ponerme yo de una rampante aventura en pos de la conquista y disfrute del presupuesto. Se trataba por el contrario, de una porfía a fondo para rescatar la nacionalidad cubana de la irremediable disolución a que parecía condenada. Ese fue el santo y seña de la generación revolucionaria y esa también la raíz de su abnegación y denuedo. Se pugnaba en suma, por una Cuba distinta y un futuro mejor.

La frustración en gran parte, de ese noble empeño no menoscaba ni ensombrece ni invalida su significado y su trascendencia. Queda viva y madura una nueva conciencia. Y queda asimismo el ejemplo y la ruta, el afán y la esperanza. «Cuando un pueblo entra en revolución —ya lo dijo Martí— no sale de ella hasta que la corona». No se hagan ilusiones los beneficiarios y detractores de la nuestra.

La revolución popular alumbrada el 30 de septiembre de 1930 ha sufrido desviaciones sin cuento y estragos sin tasa. Baste consignar por lo pronto que fue traicionada por la mediación vendida por Fulgencio Batista, mixtificada por Ramón Grau San Martín, calumniada por sus adversarios y exprimida por los demagogos. Pero su espíritu ha pasado incólume por todas las pruebas. Aun alienta y existe; y

por ley interna de su desarrollo volverá por sus fueros en la coyuntura propicia. La revolución —sépase de una vez— no es ni ha sido nunca el saqueo ni el matonismo ni la vociferación, ni el encallecimiento ni el caos. Quienes la concibieron para uso propio, y la utilizan para satisfacción de sus apetencias de poder y de riqueza, o enmascaran sus fines de predominio con centelleante logomaquia no son revolucionarios, ni nada tienen que ver con ella. Son pura y exclusivamente unos simuladores. Aun más despreciables por obvias razones, que los malversadores de oficio y los cesarillos de pega.

Ramón Vasconcelos en su diatriba diaria contra el movimiento revolucionario intenta confundir a los ingenuos pintando las cosas del color que le conviene. Mezcla y revuelve, a revolucionarios y a farsantes a la revolución y al «revolico» en una misma redoma repleta de ácidos. Y la emprende indiscriminadamente contra unos y contra otros contra esta y aquella. Nos acusa de pandilleros, ladrones, falsarios, incapaces, insensibles y empedernidos. Y no nos dice improperios peores porque ya agotó el diccionario. ¿Cuándo sin embargo su prosa vibrante se ha estremecido siquiera ante un holocausto o una hazaña del movimiento revolucionario?

¿Por que reserva las más delicadas reacciones de su exquisito sensorio para encarecer la satrapía de Batista o evocar con secreta fruición **la ominosa** ?

Bien esta que se repudie y enjuicie severamente el desafuero, la tropelía el robo el asesinato y la inverecundia, sea quien fuere el autor y venga de cualquier parte. Lo que si no puede admitirse es que todo se desfigure y subvierta y se pase por alto la varonía, el desinterés y la oblación de una juventud en lidia a muerte con el más autoritario, corrompido y criminal de los gobiernos cubanos.

Sobran episodios de aquella ingente contienda para galvanizar los temperamentos más fríos y mover la pluma mas desganada a descripciones homéricas. Ninguno, sin embargo, puede compararse por su dimensión legendaria con la expedición de Gibara Un exiguo grupo de hombres batido implacablemente por tierra, aire y mar esculpió el 17 de agosto de 1931 una página digna de Peralejo o Las Guásimas. Fue un inaudito despilfarro de coraje, una espléndida quijotada en la campaña criolla. Emilio Laurent, el invicto caballero de la locura revolucionaria, adquirió aquel día perfil de titán y estatura de héroe. Y sus compañeros todos se ganaron inmarcesibles laureles.

Ahora, en el propio sitio que sirvió de radiante escenario a la **fabulosa proeza** **develará** un monumento en memoria de Emilio Laurent y de la gloriosa expedición

a su mando. Ningún tributo tan merecido. Ningún homenaje tan legítimo. Ningún recordatorio tan oportuno.

De esa piedra como de invisible fragua brota férvida el espíritu indomable de la revolución cubana. Los que ven solo la atmósfera ni lo advierten ni lo perciben. Los que ven el subsuelo saben que ese espíritu no tardará en aflorar y corporizarse de nuevo en la masa irredenta para la batalla definitiva de nuestra liberación nacional y social. Las grandes rebeliones vienen del hondón de la tierra y se gestan oscura y silenciosamente.

Tomado de Retorno a la alborada [Crónicas y ensayos], breve prólogo por Samuel Feijóo, Universidad Central de las Villas, tomo 1, La Habana, 1954

Escaramuza en las vísperas

I. Preámbulo de una polémica

No se si Ramón Vasconcelos habrá ya podido liar su jolongo y refugiarse en la bucólica mansedumbre de unas vacaciones campestres; fletó, lo que si se, es que no debo, ni puedo esperar su retorno para ripostar las acotaciones que hizo en la revista Bohemia a determinados puntos de mi artículo «El espíritu de Gibara». Me parece oportuno reo producirlos: «Ramón Vasconcelos, en su diatriba diaria contra el movimiento revolucionario, intenta confundir a los ingenuos pintando las cosas del color que le conviene. Mezcla y revuelve a revolucionarios y a farsantes, a la revolución y al revolico, en una misma redoma repleta de ácidos. Y la emprende, indiscriminadamente, contra unos y contra otros, contra esta y aquella. Nos acusa de pandilleros, ladrones, falsarios, incapaces, insensibles y empedernidos. Y, no nos dice improperios peores. Porque ya agoto el diccionario. ¿Cuando, sin embargo, su prosa vibrante se ha estremecido siquiera ante un holocausto o una hazaña del movimiento revolucionario? ¿Por que reserva las mas delicadas reacciones de su exquisito sensorio para encarecer la satrapía de Batista o evocar con secreta fruición la ominosa? Bien esta que se repudie y enjuicie, severamente, el desafuero, la tropelía, el robo, el asesinito y la envere, cundía, sea quien fuera el autor y venga de cualquier parte; lo que si no puede admitirse es que todo se desfigure y subvierta y se pase por alto la varonia, el desinterés y la población de una juventud en lidia a muerte con el mas autoritario, corrompido y criminal de los gobiernos cubanos.»

Manifiestamente sulfurado por esas apreciaciones, Vasconcelos considera que lo «juzgo de pasada y de compromiso y con el criterio egolátrico y desconsiderado, propio de la generación que recibió su bautismo de fuego el 30 de septiembre de 1930. Y, como «diatriba equivale a injuria», rechaza, le plano, el carácter difamatorio que he atribuido a sus «comentarios cotidianos, ácidos si el hecho es de los que yo mismo condeno desde mi columna de Pueblo, suaves si la persuasión resulta el mejor reactivo ante el error de buena fe». Contempla, analiza, llama la atención, aconseja, juzga y falla. Solo y nada más que eso. Y, «si se excede, a veces, no es culpa suya, sino de los que se exceden». Ni «trata tampoco de confundir a nadie». Llama, por su propio nombre, al pandillero, al ladrón, al falsario, al empedernido y al revolucionario. Distingue y recuerda. Su «punto de vista personal» es claro y concreto: no «niega la revolución»; lo que «niega es que se apliquen sus postulados». «Algún día concluye-- hablaremos de esto calzón quitado. Entonces me será fácil demostrar que esta famosa revolución del 33 se aleja cada vez más de los principios democráticos de la verdadera, que es la del 95. De todos modos, convendría preguntar cuál ha sido el fruto efectivo de estos catorce años de conmoción revolucionaria.»

Su tarea, en suma, es dar y quitar en pura justicia, importándole un pito las malquerencias que suscite su objetivo dictamen. No en balde parece estar más allá de la apasionada contienda entre troyanos y griegos, como si nada tuviera que ver con las cuestiones que se ventilan y los intereses que se dirimen. Es, sin duda, «un papel muy molesto; pero cada cual escoge el que más se aviene con su gusto y temperamento».

Véanse ahora, en apretado resumen, las conclusiones a que Vasconcelos arriba en el proceso, ya concluso para sentencia, que viene incoando al movimiento revolucionario engendrado por el machadato. Su esterilidad, desde luego, ha sido absoluta. Ni siquiera ha podido salvarse el impulso ideal que lo animara, ni el espíritu de radical disconformidad con la república factoril, que le diera su trascendencia y sentido. Nada, como no sean las propias lacras que yo he denunciado, han rendido como «fruto efectivo» nuestros afanes, abnegaciones y sacrificios. Nada. Incluso las «bases y artículos más importantes» de la constitución. De 1940 «son la obra en su casi totalidad de los delegados liberales a la Constituyente, tales como José Manuel Cortina, Orestes Ferrara, Rafael Guas Inclán, y el propio Carlos Márquez Sterling que la presidió y desencalló cuando estaba a punto de sumergirse por la incapacidad -permitido Vasconcelos sin que me reste nada por dentro- de Grau San Martín,.. Y, aunque no niega la revolución en

abstracto y hasta espera y desespera de la que no se ha hecho todavía, omite las razones y motivos determinante de Jamaica que intento hacerse en Cuba después de la de 1895, estableciendo un divorcio entre los principios y objetivos de ambas, que roto caprichosa o demagógicamente podría argüirse. Acusa, por ultimo, a nuestra generación, de «haber borrado la historia anterior a 1933 y de monopolizar el futuro». Pero no vacila en incurrir, en parejo delito, al liquidar, de un plumazo, lo que esta historia fue antes de la fecha citada.

Juzgo ineludible, sin embargo, antes de encararme con el negativo balance que Vasconcelos presenta, fijar posiciones Y esclarecer perspectivas. No resulta ocioso advertir, además, que habré de apartarme, por respeto a mi mismo y por el tono reciproco a que en el orden personal me obliga su explica, de la adjetivación soez que suele privar en nuestros debates políticos, al punto que son ya rara avis los que trascienden el zoológico ámbito del gruñido para desenvolverse en el humano palenque de las ideas, Entre Vasconcelos y yo, median discrepancias irreconciliables de pensamiento y acción. Hemos vivido un mismo proceso en aceras opuestas y con enfoques distintos. Es un escritor de raza y un panfletario temible; pero, ha solidó usar su talento y su pluma para defender y auspician hombres, doctrinas, métodos y regimenes que yo he repudiado y repudio. Nunca me ha pedido cuartel, ni yo se lo pido, Ninguno de los dos podemos llamarnos a engaño. Pero nada sacaríase en limpio apelando, al impropio barato, si sus imputaciones permanecieran en pie.

Ni Vasconcelos, ni yo, hemos sido, ni somos, espectadores del drama Cubano; mas, a juzgar por la postura que asume, dirías que esta mirando lo que en torno acontece desde un balcón del Olimpo, como si el tormentoso conflicto que a sus plantas se desarrolla fuera una pieza de Esquilo, vasconcelos me situ a, irónicamente, «royendo roñoso mi mendrugo de ilusión y esperanza en la sacra colina», aguardando en vano el ansiado milenio, Permítame ahora que, para disipar todo equivoco y entendernos mejor, lo caracterice en su verdadero papel.

Sabido es que en nuestra farándula política han pululado y, pululan partiquinos y cómicos, que no tendrían cabida ni en el pornográfico show de un cabaret de baja estofa, Son los Tacoronte de ayer y los Tacoronte de hoy. No figura, precisamente, entre ellos, Ramon Vasconcelos. So trata, en su caso, por el contrario, de un actor de primera fila y ya consagrado por una ejecutoria larga y asaz conocida. Dentro del Partido Liberal, por supuesto, Vasconcelos equidista de Salvito Garcia Ramo!! Y de Alfredo Hornedo. Nunca, hasta ahora, ametrallo al pueblo a mansalva. Ni ha podido todavía inscribir un mercado técnico a su nombre en el registro de la propiedad. Vasconcelos le ha dado el pecho a sus adversarios, escribe sus propios

artículos y ha fungido, a veces, en coyunturas de prueba, sin dejar de ser estrella, de director de su compañía, como Charles Chaplin en sus películas. También yo distingo y recuerdo.

Cuando en 1925 ingresaba yo en la Universidad, ya Vasconcelos se había ganado una sólida reputación periodística en el Herald de Cuba. Aun su prosa retorciase de Ira por el vil despojo de que había sido objeto el coronel Carlos Mendieta por una mayoría sobornada del Partido Liberal. Exalto la máscara bizarría de Julio Antonio Mella en su huelga de hambre. Combatí a Machado cuando muy pocos la combatían, pero, deo, paradójicamente, de hacerlo, cuando ya todo el pueblo se le había revirado y se aprestaba a tumbar Adscripto a nuestra legación en París estuvo los años más sangrientos de la tiranía. Entorno a Cuba después del 12 de agosto y desafiando, a la par, a los revolucionarios, a Fulgencio Batista y a los machadistas maldecidos y errantes, logro restaurar, en una campaña en que puso a plena tensión su inteligencia y su audacia, el Partido Liberal, transformándose en su jerarca supremo, abriéndole de nuevo la talanquera a los machadistas proscriptos y poniéndolo al arbitrio de la dictadura castrense, sin perjuicio, en un fugaz momento de temperamental enfurruño, de clavarle a Batista el impar remoquete de Napoleón de bolsillo. No rehuyó responsabilidades, ni se paso al enemigo. Opuso, abiertamente, a la huelga de marzo, y acepto, sin chistar, el golpe de estado que destituyo a Miguel Mariano Gómez ha sido y es senador y fue Ministro de Educación en el período presidencial de Batista. Obra suya es la ley docente. Y, aunque jamás deo de batiré contra los que menosprecian y exprimen al negro y de alentar una límpida y férvida admiración por Rubén Martínez Villena, estuve y esta, a toda hora, frente al movimiento popular que derribo al machadato y barrio con Batista sacándole lasca, a diario, alas concupiscencias, torpezas y yerros del gobierno de Grau San Martín y al espectáculo abominable que ofrecen los mercaderes, matones y tránsfugas de una revolución traicionada, vendida y mixtificada.

Ese ha sido y es el verdadero papel y la perspectiva de Ramón Vasconcelos en el drama cubano. No lo califico, ni lo enjuicio. Me concreto a situarlo para central históricamente nuestra polémica.

Distinta ha sido mi posición y distinta mi perspectiva. Pertenezco, u mucha honra, a la generación que Vasconcelos befa y desahucia. Mi papel, en el retablo revolucionario, jamás alcanzo el rango que el de Vasconcelos en la farándula política. He sido, a lo sumo, un luchador de vanguardia, sin responsabilidades ni lauros mayores. Eso sí: ni antes, ni ahora, pacto con la politiquería, ni con el

latrocinio, ni con el vandalismo, ni con el crimen. No fui grausista en 1933, ni lo he sido en 1944. Mucho menos podría serlo en 1947. He permanecido fiel a los ideales de Rafael Trejo, Antonio Guiteras y Pablo de la Torriente Brau Y, por esos ideales, seguiré pugnando aunque se esfumara de la memoria de todos los nobles anhelos que nos llevo a la cárcel, al martirio y a la muerte. Por lo demás, nunca he presumido de sabio, ni de profeta, ni de guapo Ramón Vasconcelos le ha pedido cuentas a nuestra generación. No rehuyó el envite. Ni tampoco dejare de pedírsela alas generaciones que provocaron su heroica, generosa y perdurable insurgencia.

II. La Historia Borrada

Recogido que do ya, en el preámbulo de esta replica, el reto lanzado por Ramón Vasconcelos en su demoledor artículo «La revolución que no se ha hecho». Ni un solo punto, por escabroso y difícil que parezca, será soslayado por mí en esta rendición de cuentas que me apresto a encarar desnudamente. Hora era ya de «quitarse el calzón» y presentar el balance. Dada la índole y. Trascendencia de las cuestiones planteadas, me veré precisado a alargar mis impugnaciones. No se olvide que lo que se esta ventilando entre ambos, y mas allá de los dos, es el tema capital de la hora.

Seria lo mas adecuado, a mi entender, empezar por el principio. Afirma Vasconcelos, rotundamente, que nuestra generación «ha borrado la historia anterior a 1933 y ha monopolizado el futuro para demostrarnos que antes de ella no hubo verdaderos cubanos y después de ella no habrá otros cubanos genuinos que los de su promoción». Se equivoca, en verdad, de medio a medio. Por muy «ególatras» y «desconsiderados» que fuéramos -lo somos mucho menos de lo que Vasconcelos presume- resultaría pueril, a todas luces, pretender borrar lo imborrable, lo que esta marcado, con impronta indeleble, en el torso sangrante del pueblo cubano. Ha confundido, sin duda, la antorcha redentora que armo nuestro brazo, con la obtusa piqueta de un iconoclasta vulgar.

Jamás hemos creído, ni dicho, ni escrito, que la historia comienza en nosotros. La que si se nos puede imputar es que nos hayamos resistido a admitir como norma, paradigma o modelo, la republica factoril que culmina en Machado. Y se nos puede imputar, asimismo, que le hayamos dado resueltamente el pecho a sus mandones y chupópteros, en un patriótico afán de tramontar para siempre el pasado ominoso. Nuestra perspectiva y .nuestra actitud se sustentan, aunque Vasconcelos con su proverbial intemperancia lo niegue, en el ejemplo inmarcesible y en el ideario incumplido de 1868 y de 1895, que opera aun como fuerza motriz en la forja de

nuestro inmediato destino. Cada generación tiene su propio quehacer. El quehacer de la nuestra fue, y sigue siendo, transfundirle realidad histórica, a la altura del tiempo, a los principios revolucionarios que las generaciones usufructuarias del legado mambí desconocieron y hollaron. No otra fue la suprema aspiración del movimiento popular que derroco el machadato. Pero si rebelarse contra un estado de cosas que conducía, inexorablemente, a la decadencia y extinción de la nacionalidad cubana, es un hecho punible, cargamos alborozados con el delito. Si seguir pugnando por que el empeño, en gran parte fruida, se lleve a su definitivo cuajo, implica un soberbio afán de «monopolizar el futuro», bienvenido el sambenito que Vasconcelos nos cuelga.

No: ni suprimimos ni borramos la historia a nuestro gusto y capricho, ni creemos que somos los únicos cubanos genuinos que ha dado la isla. Cubanos son, para mi, cuantos han nacido en esta maravillosa y desdichada tierra y cuantos, provenientes de otras, trenzan su vida a la nuestra y juntos con nosotros luchan, trababan, padecen, gozan, sueñan y mueren.

No es nuestra generación quien borra y suprime. Es Ramón Vasconcelos quien soslaya y omite. Nada menos que omite y soslaya las responsabilidades abrumadoras de los que modelaron la historia anterior a 1933. Es Vasconcelos quien calla y oculta lo que esa historia fue y cuales sus frutos nefandos. Esta uno tentado \l pensar que, para Vasconcelos, la politiquería, el latrocinio, el cohecho, el prebendaje, el matonismo, la trepadora, el asesinato, la narcomanía y la inverecundia, se iniciaron en Cuba republicana con Ramón Grau San Martín. Gerardo Machado, Alfredo Zayas, Mario García menocal, José Miguel Gómez y Tomas Estrada Palma fueron santos varones, circuidos de candidos serafines.

Niega Vasconcelos, categóricamente, que se haya cosechado «fruto efectivo alguno de estos catorce años de conmoción revolucionaria». Yo afirmo enfáticamente, que la revolución ha sido traicionada; vendida, mixtificada, calumniada y exprima afirmo, tambien, que aun alienta su espíritu; y, que de todo este turbulento proceso ha quedado; viva y madura una nueva conciencia. En su oportunidad, por supuesto, tendré que demostrar lo que digo. Antes vengo obligado a pedirle cuentas a las generaciones que motivaron, con su conducta execrable, la gallarda y fructuosa sublevación de la nuestra. El lector podrá Ali establecer el contraste y deducir conclusiones.

Colonia superviva, llamo Enrique José Varona a la republica regida y ordeñada por una casta jactanciosa y voraz de generales y doctores, dóciles, sin embargo, al gesto cesáreo del, procónsul yanqui. «No son momentos propicios los

actuales --escribía melancólicamente en 1919 el viejo maestro- para quienes han dado calor en su seno esperanzas que están muy lejos de haberse cumplido. Ni en la situación general del mundo, sacudido por la mas pavorosa catástrofe de que hay memoria, ni en la particular de mi patria, desgarrada por las pasiones de sus hijos que parecen ciegos ante las tremendas señales de los tiempos, pueden encontrarse alicientes para mantener un estado de animo que se abre confiado al porvenir.» «La republica -constataba dolorido Carlos M. Trelles en 1923- se encuentra enferma; y lo que es mas triste, gravemente enferma.» «Nuestra patria -advertía conturbado en el propio año Raimundo Cabrera- esta atravesando una pavorosa crisis. No es la crisis de un. Gobierno, no es la, crisis de un partido, no es la crisis de una, clase, es la crisis de toda un pueblo.» «La sociedad cubana clamaba, Fernando Ortiz en 1924- se esta disgregando. Cuba se precipita rápida. Mente en la barbarie.»

Algo sobremanera grave debió haberle acontecido a la republica para que esas voces, esclarecidas y adultas, se levantaran, de consuno, presagiando un inminente desastre. Grave, muy grave, para que Manuel Sanguily decidiera refugiar su <diera inconformidad en el hogar». Grave, gravísimo; para que este lírico. Lamento empenachara de. Iracundia «la rubia cabellera de los cañaverales».

Musa patria, esto no fue

Lo que predico, Martí.

No podía ser, en efecto, mas grave lo que había acontecido. De la republica de nítida y potente raíz popular, libre y laica, sin distinciones de raza ni privilegios de fortuna, efectivamente soberana y económicamente independiente, que propugnara el autentico Partido Revolucionario Cubano, solo restaban en 1924 los símbolos ficticios de la constitución. La bandera y el himno. - La «independencia teórica» se había transformado, por obra de una compleja constelación de facto res, en «vestidura formal de un protectorado efectivo».

La revolución de 1895 tuvo un carácter y un contenido acusadamente democrático y un genuino apoyo de masas. Iba enderezada a impedir, por una parte, «la perpetración en form as nuevazo con alteraciones mas aparentes que esenciales, del espíritu autoritario y de la composición burocrática de la colonia» y a obstaculizar, por la otra, «que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza mas, sobre . Nuestras tierras de America». «Cuanto hice hasta hoy, y haré -dirá José Martí en el ápice de su glorioso sacrificio- es para eso.» La mutación de la forma y el contenido de la vida cubana, el replanteo y ajuste de las relaciones sociales, la organización de la economía sobre el primado. De la justicia distributiva y la sustentación popular del poder político, se obtendrían, como natural

resultado, de la consecución de ese doble objetivo. No podía, en modo alguno, ser antes. Ya hoy se ve claro.

La guerra se había desatado para rescatar la libertad; el decoro y, la riqueza de un poder extranjero que agoto la avaricia, la crueldad y el, desprecio, cebándose en la carne y el espíritu del pueblo cubano. Se había ido a la lucha para reconquistar la tierra, el comercio, la: industria, la banca, la moneda y la dignidad nacional. Y para erigir un Estado dueño de sus propios destinos y armado de los instrumento y recursos indispensables para llevar a cabo la ingente faena de reconstruir una nación devastada, empobrecida y desangrada, y de impulsarla, rápidamente, por la vía de la paz, del progreso y de la cultura .. Pero la intervención interesada de un imperio naciente, el desvalimiento económico y la desvertebración política de la burguesía criolla, el cansancio propio de una larga y penosa contienda y la complicidad de los falsos patriotas, darían al traste, aun antes, de haberse fundado, con la republica prometida en el M manifiesto de Montecristi y puesta en trance de advenimiento por la revolución de 1895. Las bases de una estructura económica factoril y de una superestructura política típicamente burocrática -fecundo caldo de cultivo para la corrupción, el caciquismo, la improvisación, el chanchullo y la tiranía- quedaron firmemente asentadas y ya perforado el pozo negro que alimentaba a el subsecuente complejo de inferioridad colonial, que basta 1933 primaria en el contenido inmediato de la conciencia cubana .

Injusto seria negar totalmente la gestión desenvuelta por el general Brooke en su, breve mandato. «Iba gobernando -puntualiza Elias Entralgo de acuerdo con los mejores intereses y las mejores aspiración del pueblo cubano. Hacia reformas legislativas, organizaba la guardia rural licenciaba el ejercito libertador; dictaba medidas de saneamiento moral y material; auspiciaba la organización de lo partidos políticos: estimulaba la organización de la enseñanza; perseguía el vicio.» Que súbito, en plena labor, fue relevado y sustituido por el general Leonardo Wood. Como antes Martínez Campos se llevara consigo la bandera española, con Brooke se marchó el espíritu de la Joint Resolution Wood: como gobernante, iba a constituir el «antecedente indispensable de la imposición de la Enmienda Platt.

Inolvidable lección suya. Limitó sus poderes a la Convención Constituyente y dispuso, a su antojo, de la mayoría de los delegados electos. Compensó a los que se plegaron servilmente a sus torvos designo y proscribió a los que se resistieron a inclinar la cerviz. Pocos, muy pocos, se mostraron erectos en aquella coyuntura de prueba. Sirvan de ejemplo, por lo señero, Manuel Sanguily, Juan Gualberto Gómez y Salvador Cisneros Betancourt. Wood impuso, por sorpresa Y mediante

intimidación, la Enmienda Platt, la cuentecita, como la apodara, irónicamente, el Generalísimo Máximo Gómez. Y Wood impuso también, como primer presidente de Cuba, a Tomas Estrada Palma. Ese fue -nada menos que ese nuestro estreno en la vida republicana.

Aun recuerdan, estremecidos, el 20 de mayo de 1902, los testigos sobrevivientes. Jubilo análogo jamás lo vivió nuestro pueblo. Flotaba nuestra bandera en lo alto. Wood fue despedido por una sinfonía de vítores y una procesión de pañuelos Estrada Palma asumía la presidencia de la república entre clamores, laureles y lágrimas. Pero, el cubano quedaba reducido, de nuevo, a la condición de paria en su propia tierra. Nada de lo que hubiera podido hacerle libre y feliz era suyo. Las fuentes de producción, el comercio, la banca, la moneda, la industria, y la tierra seguirían siendo extranjeras. Se inauguraba, en, suma, un nuevo ciclo de dominación colonial, que haría de Cuba presa fácil de negociantes y politicians del poderoso vecino y cornucopia de manengues, camajanes Y mercaderes. «El suelo -había previsto Martí--- es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.» Nada valió la palabra fustigadora y profética de Manuel Sanguily oponiéndose al tratado de reciprocidad con los Estados Unidos -y, mucho menos, su proyecto de ley, que ni siquiera fue discutido, prohibiendo la enajenación de nuestras tierras y nuestros bienes raíces.

La frustración de los objetivos cardinales de la revolución de 1895 venía ya dada, pues; en el desenlace impuesto por el gobierno de Estados Unidos al interferir en su desarrollo y suplantar en su rectoría a la república en armas: «El naciente estado -precisa Entralgo- tuvo que decir sus primeras balbucencias con una soberanía en tutela o en curatela." «Esa será --concluye- la trayectoria que desde las alturas políticas se ve obligada a recorrer la sociedad cubana entre 1898 y 1933.» La factoría, con todos sus vicios y secuelas, volvería, por sus fueros, con los atributos y arreos de una república democrática, formalmente perfecta a la ingenua luz de un texto de cívica.

La república factoril -grotesco remedo de la verdadera, pesadilla espantosa d« los cubanos. Honrados, abominable reiteración de la colonia española, máscara hipócrita de apetitos primarios, feudo propicio para la simulación, el parasitismo y la farsa- desconoció al negro, al guajiro y al obrero; transformo el poder público en patrimonio privando; convirtió los partidos políticos en agencias de colocaciones e hizo del sufragio un mero expediente para sustituir, a compás de la brava, el cambio el revolico, un equipo de aprovechados por otro todos, moderados y

liberales, conservadores y populares, absolutamente todos, eran uno y lo mismo, sin perjuicio de aludirse, engotadamente, a diario, al programa de la Revolución emancipadora y a la sagrada huesa de los caídos. El fulanista y el muñecos, el tribuno de pacotilla y el plumífero a paga se sentía en la gloria Y, mientras los ingenios producían ríos de azúcar y montañas de oro y la capital rastacuero se ufanaba de su externa incorporación al ritmo de la vida contemporánea, los entendimientos mas altos y los espíritus mas sensibles se replegaban, en un gesto de asco y reniego, en el ostracismo voluntario y en los gabinetes tapiados de libros. En la pública estima, un bidet llevo a ser más apreciado que un poema de Heredia, un lienzo de Romañach o una danza de White. Y, aunque ahora lo soslaye, vomita, de todo eso fue testigo y actor Ramón Vasconcelos.

Difícil resultaría pintar un cuadro mas lúgubre que el ofrecido por el proceso republicano hasta 1924. La única pincelada de luz, único que se salva del creciente avance de sombras, es el incipiente movimiento obrero, la disconformidad desorientaba del pueblo, la pureza inmaculada d algunos próceres y el primer periodo presidencial de Estrada Palma. Se hizo, cargo este de un tesoro exhausto y dejo ahorrados \$20, 000,000. Nunca tuvo la republica supeditada administrador mas eficiente y honesto. Realizo verdaderos prodigios con un presupuesto de \$18, 000,000. Veto la ley restableciendo la lotería y se opuso, tenazmente, a la India de gallos. La mortalidad, de 75 por mil, descendió al 13 por mil. Fue aquella, sin duda, la hora áurea de la sanidad cubana. Construyo 328 kilómetros de carreteras. Mantuvo reducido el ejército a 3,000 soldados. Impulso la enseñanza y fomento la inmigración cualificada. Pro, concedió 519 indultos y fue siempre solícito servidor de los intereses norteamericano.

Lo que vino después, Vasconcelos lo sabe mejor que yo. Estrada Palma, comido por la ambición y azuzado por sus adictos, se lanzo imprudentemente a la aventura reeleccionista, cometiendo toda clase de atropellos y fraudes que dieron por fruto la insurrección de agosto e 1900. Y prefirió, antes que avenirse a una solución cubana con el partido liberal, entregar nuestros destinos a un nuevo procónsul, que abriría, descocadamente las esclusas de la venalidad y del despilfarro y sumida la isla en un pantanoso relente. Magoon dispendio, en unos meses, los millones economizados por Tomas Estrada Palma; en dos años derrocho \$83, 000,000. Elevo el presupuesto a \$28000,000, aumento el ejercito a 5000soldados, concedió 1,400 incluidos, creo la botella y construyo 600 kilómetros de carreteras, con márgenes tan jugosos para contratistas, ingenieros y funcionarios, que muchos se enriquecieron de la noche a la mañana.

José Miguel Gómez, presidente electo en 1909, fue uno de los más aventajados discípulos de Magoon. Legalizó la lidia de gallos y restableció la lotería. A partir de ese instante, el poder legislativo quedó al arbitrio del favor palatino y la compra de votos fue el arma más poderosa de los partidos políticos. Ganancias enormes se amasaron, impune mente al socaire de la concesión del Dragado y el canje del Arsenal por Villanueva. Aumentó el ejército. Concedió 1,800 indultos. «En su época -anota Carlos M. Treues- se inicia la república fastuosa y la era de los presidentes millonarios o multimillonarios.» Su slogan electoral no pudo ser más impúdico: «Tiburón se baña, pero salpica.» Y, como nunca se las diera de apóstol, al rey de otros que se encasquetan el sayo para embaucar a los tontos, se hacía acompañar, en sus excursiones políticas, de un simbólico escualo. Ni que decir tiene, que Mario García Menocal y Alfredo Zayas lo imitaron en todo y en todo lo superaron. Traficaron con la guerra, la soberanía y la voluntad popular.

Con lo dicho; sin embargo, no basta. Véase ahora, con la elocuencia irrefutable de las cifras, lo que Fernando Ortiz denomina expresión métrica de la decadencia cubana. En 1900, el «10 por ciento de la población cubana estaba matriculada en las escuelas». En 1924, solo estaba matriculado el 9 por ciento. Baste consignar que en 1919 -desmienta Vasconcelos, si puede, el censo de población de esa fecha- el 54 por ciento de los cubanos no sabían leer ni escribir. En 1919, de «un total de 234,000 escolares, solo 71 terminaron sus estudios, o sea el 0.30 por ciento». Parejo proceso se contempla en la segunda enseñanza. Y, la Universidad misma, está corroída hasta el tuétano por la incapacidad, el atraso, el favoritismo, el fraude y la indisciplina. No puede ser más profunda la crisis que afronta la enseñanza secundaria, ni más grave la amenaza que se cierne sobre la alta cultura. «Si continuáramos en ese estado de decadencia escolar y la próxima generación creciera tan impreparada como la que ahora llega -escribe Ortiz-, mientras libertades carecerían en el futuro de su más firme sostén, el de la civilización, y Cuba vendría a ser como un gran batey en una empresa, que entonces no sería nuestra, y los cubanos no podríamos ser en el suelo que un día habría sido rico y solariego fundo de nuestros padres, sino humildes oficinistas o simples cortadores de caña ajena. Si la instrucción primaria es deficiente, la secundaria, y la superior están en ruinas o carecen de la trascendencia educativa que Cuba requiere. La Universidad ha mostrado, no ha mucho, hasta donde llegan sus dolencias, hasta la indisciplina de profesores que no quieren o no saben cumplir sus altos deberes, y hasta la impotencia real de hacerlos cumplir, a que han llegado las autoridades académicas y gubernativas.»

I Y todo eso ocurría, Vasconcelos, sin que aun hubieran irrumpido, a hacer de las suyas, los bonchistas de Jaime Marine y los pandilleros de hoy.

Si la pulcra administración de la, justicia es la base misma de la convivencia civilizada, hay que convenir en que la republica estuvo a punto de retornar a la selva. Estafa, hurto, robo, malversación, estrujo, rapto, parricidio, asesinato, suicidio, disparos de armas de fuego: no hubo articulo del código penal que no fuera infringido en masa. «En los primeros veinte años de nuestra existencia republicana _apunta Ortiz-, se otorgaron dieciséis leyes de amnistía, en las que, fuera de los pocos casos justificables de delincuencia política, han sido beneficiados criminales de toda especie, no pocos de los cuales han podido así ocupar Cargos públicos.»

EI indulto funciono, a toda maquina, des de 19o2 hasta 1924. Estrada Palma concedió un promedio mensual de o, Magoon de 46, Gómez de 29, Menocal de 30 y Zayas de 33. El 20 por ciento de los candidatos postulados por los partidos políticos en las elecciones parciales de 1922 tenía antecedente penales.

Vasconcelos se asombra de que muchos titulados revolucionarios de Ahora le den punto Y raya a Al Capone. En tiempos en que las responsabilidades del poder estaban en manos de su generación, mas de una vez hubo que desarmar la policía de La Habana por estar integrada, en su mayoría, por delincuentes de oficio indultados por el presidente de la republica.¿ Y que decir de la «privilegiada impunidad contra la justicia» que fue en la republica anterior a 1933 la inmunidad parlamentaria? ¿ Y que de las cárceles y prisiones, verdaderos «seminarios del crimen»? ¿puede extrañarse Vasconcelos de que los descarriados de nuestra generación hay han heredado, de la suya, esa «conciencia publica de la impunidad» que soy el primero en repudiar y combatir.

En veinte anos, los dirigentes de la republica factoril remacharon, sin remordimientos ni escrúpulos, el férreo dogal de nuestra servidumbre económica: las tres cuartas partes del suelo laborable, el 75 por ciento de la industria azucarera, los servicios públicos" las instalaciones portuarias, el gran comercio de importación, muchos títulos del estado y los principales renglones de la actividad mercantil quedaron en poder del capitalismo extranjero. En veinte anos, se contrataron ocho empréstitos por valor de \$100, 000,000 y se gastaron

\$1, 000, 000,000.

Esa es, en síntesis, la historia que pretendió borrar Vasconcelos. Y, como de profesor a profesor no va nada -en su mocedad rebelde vasconcelos fue maestro-aquí esta el cuestionario.

¿Que recibió el pueblo cubano, en progreso material Y espiritual, de esos empréstitos leoninos Y de esos dispendios principescos? ¿Cuántas carreteras se construyeron? ¿Se hizo algo efectivo por el arte, la cultura y la ciencia? ¿Cuántas escuelas rurales y de artes y oficios se edificaron? ¿Cuántos centros de investigación científica se fundaron? ¿Se alojó acaso en sitio apropiado al Museo, la Biblioteca Nacional, la Sociedad Económica de Amigos del País, la Academia de Ciencias Físicas y Naturales, la Escuela de Pintura y escultura, la Sociedad Geográfica de Cuba y la Academia de la Historia? ¿ Cuántos hospitales se fabricaron con esa suma fantástica? ¿Se intentó siquiera publicar una edición oficial de las obras completas de José Martí, como homenaje de la república a su genio y su holocausto? ¿Se incluyó alguna vez en los planes de estudios del bachillerato y de las carreras universitarias el conocimiento obligatorio de la historia y la literatura cubanas? ¿Cuántos proyectos se presentaron en el Congreso para reformar el régimen feudal de la tierra, el sistema fiscal, los aranceles de aduanas, la organización financiera, la administración pública, la enseñanza primaria, secundaria y superior? ¿Que medidas se pusieron en práctica para modificar la relación de esclavitud en el régimen jurídico del trabajo, suprimir el latifundio, diversificar los cultivos, propender al desarrollo industrial, suministrarle al guajiro semillas y aperos, y garantizarle al negro preterido y explotado la plena paridad a que le hacía acreedor su condición de persona y su valiosísimo aporte a la independencia y a la cultura? ¿No fueron vilmente asesinados centenares de negros en la llaman guerra racista? ¿Quien se ocupó nunca de las provincias, como no fuera demagógicamente en vísperas de comicios? ¿Donde están, que no los veo, los caminos, puentes, regadíos, acueductos y repartos de tierra legados a nuestra generación por las anteriores? ¿Donde, Vasconcelos -dígame pronto, por favor, que yo soy bastante impaciente y curioso-, las inquietudes trascendentales, las concepciones metafísicas y las obras maestras de lo chambelones, del mayoral que viene sonando el cuero y de los cuatro gatos? ¿Tuvieron, en rigor, repercusión alguna en el plano universal de las ideas? ¿No le parece ya obvia la razón patética del «yo no tumbo cana que la tumbe el viento»?

Esos son nuestros cargos. Y, esas, las responsabilidades de la república que nos resistimos a admitir como norma, paradigma o modelo: la república que pinto de mano maestra Carlos Loveira, que satirizó acerbamente José Antonio Ramos, que fustigó Manuel Sanguily y combatió Enrique José Varona. La república, en fin, en que se gobernó en nombre del pueblo, contra el pueblo y en beneficio exclusivo de los mangoneadores que la rigieron. El machadato representaría el apogeo de ese proceso de franca desintegración nacional. El cuadro se tornara entonces dantesco.

Pero ya había sonado en la colina universitaria, augurando el remanso ti pues de la tormenta, el clarín de la juventud llamando a la lucha por la republica verdadera. Y ya Rubén Martines Villena proclamaba, en versos restallantes, la necesidad de

Una carga para matar bribones,
Para acabar La obra de Las revoluciones,
Para vengar Los muertos, que padecen. Ultraje,
Para Limpiar La costra tenaz del coloniaje.

III. La Regeneracion Degenerada

El machadato es la culminación y síntesis de la frustración de la r publica y de la sobrevivencia de la colonia. Ambas quedan crudamente exhibidas al sangriento crepitar de ese periodo tenebroso. Vasconcelos no suscribiría, desde luego, este juicio. «La obra administrativa y política de los primeros cuatro anos de Machado - afirma paladinamente en su bosquejo Diez presidentes distintos y una sola republica verdadera enseñanza no tiene precedentes por lo renovadora, patriótica y eficaz». Mucho mas cauto se muestra en el artículo que provoca esta replica. Impugna los pecados y errores de su gobierno, afirma que la reelección ni la prorroga pueden justificarse, concluye que Machado debió haberse ideal terminar su periodo, 0 antes si el país lo proclamaba; pero se pronuncia, abiertamente, en favor de la política económica de la tiranía, por entender que iba enderezada a promover la liberación económica de nuestro pueblo.

Juzgo absolutamente falso este punto de vista. Entre las consideraciones y cálculos de Machado, j amas entro, como veremos, propósito alguno de redimir la economía cubana del yugo extranjero; lo que hizo, por el contrario, fue uncirla aun de lo que ya estaba. Y, veremos tambien, en que consistió la obra administrativa y política de Machado en sus primeros cuatro anos de gobierno.

En los albores de su campana presidencial, Gerardo Machado tuvo el atrevimiento de visitar a Manuel Sanguily, pretendiendo ganar su adhesión y concurso. Breve y tajante fue la entrevista. Ni siquiera le dejaría Sanguily insinuarle el objeto. Y finalizo, abruptamente, de esta guisa:

-¿Reformar la constitución? ¿Y por que? ¿Como puede saberse si es buena o es mala cuando jamás se ha cumplido y siempre se ha violado? No La Constitución de 1901 es virgen y mártir. Cumplirla y no reformarla: he ahí su deber.

Y, volviéndose a los que le rodeaban, lanzo esta trágica profecía:

-Si este hombre llega a ser presidente, ensangrienta la is9 Gerardo Machado asumió la presidencia de la república el 20 de Mayo de 1925. Venía a regenerar el país y a dotarlo de agua, aminos y escuelas». Su programa electoral, pregonado a bombo y platillo, galvanizó la fe moribunda del pueblo cubano, ya harto de la falsía, incapacidad y codicia de sus gobernantes.

Jamás canto de sirena alguno suscito mas ingenua y ferviente acogida. Jamás se organizó un escamoteo de la credulidad popular con tamaña impudicia. Machado juraba solemnemente, a sabiendas de que mentía, no ir a la reelección, suprimir la Enmienda Platt, no contratar empréstitos extranjeros, concertar un nuevo tratado comercial con los Estados Unidos, moralizar la administración, adecentar las costumbres, reformar el poder judicial y las leyes, renovar la enseñanza primaria, respetar la autonomía universitaria, mejorar las condiciones de vida de la clase trabajador, levantar el nivel económico del guajiro, establecer juntas de arbitraje para resolver las huelgas, suprimir la lotería nacional, atender la salubridad pública, afianzar la libertad, robustecer las instituciones democráticas y «convertir a Cuba en la Suiza de America». Nada mas. Nada menos. Adviértase, sin embargo, que dejaba enteramente de lado la diversificación de cultivos, el rescate de la tierra, la disolución del latifundio, el crédito agrícola, la banca nacional y el fomento de la industria nativa. Su demagogia se detuvo siempre ante la estructura colonial del país. Siervo del imperialismo, solo dejaría de serlo al ser echado por este, como gastado instrumento, el 12 de agosto de 1933.

Merece, en verdad, subrayarse. Ni por su patriotismo postizo, ni por su turbia ejecutoria política, ni por su temperamento despótico, ni por su montaraz ignorancia, ni por su vanidad patológica, debió Machado ob. Tener la confianza del electorado cubano. No se paro mientes siquiera en los medios espurios que empleara Machado para suplantar a Carlos Mendieta en la postulación liberal. Vivida lumbrarada podría proyectar sobre este oscuro episodio Ramón Vasconcelos. Ni apenas caso se hizo de las trescientas colectarías, de las tres Secretarías y de los cuatro escaños en el Senado que, a cambio de su apoyo, Machado pactara con Zayas, fungiendo de comprador Laureano Falla Gutiérrez y de cobrador su yerno Viriato. Esta candidez popular da la más exacta medida del fracaso de la república como escuela de ciudadanía. El endiosamiento, el cipayismo y la guataquería iban a encontrar el surco pródicamente abonado en el rudimentario desarrollo de la conciencia pública. No cabe ya duda. La insólita glorificación de Machado fue la transferencia inconsciente de un agudo complejo de inferioridad colectiva.

Si alguien supo siempre a donde enfilaba la proa y lo que quería, fue Gerardo Machado y su ducha y audaz camarilla. «Ninguna huelga durara mas de un cuarto de hora bajo mi gobierno», había afirmado jupiterinamente en New York, ante un jubiloso auditorio de banqueros y politicians. «Es necesario que el ejercito sepa -dijo en el banquete que le fuera ofrecido por las fuerzas armadas- que es la institución que mas quiero; de ella surgió y en ella estoy y muchos jefes y oficiales serán ocupados por mi, para encauzar, por caminos de orden y disciplina, los distintos departamentos y servicios de la administración publica.» «Cuba exige de todos, -- expresaría en su nombre Jesús Maria Barraque-- un gobierno de rigor.» Y, como Clemente Vázquez Bello y Wilfredo Fernández, trama ya, mediante la supeditación del Congreso y de los partidos políticos --el cooperativismo no entrañaba otra cosa-- la reforma. Constitucional y la prorroga de poderes.

Carlos Miguel de Céspedes quedaría encargado de urdir los financiamientos y de llevar adelante, como contrapartida del gigantesco chanchullo, el capitolio, la carretera central y el ensanche y embellecimiento de La Habana. Los números de circo se confían a Rogelio Zayas Bazan. Se batiría, implacablemente, a los souteneurs, a las rameras, a los boliteros y a los cacos de subalternas agallas; pero la lotería, la ruleta y la prostitucion de alcurnia, procurarían divertimiento y fortuna a sus conmlitones y esbirros. Y, a la férrea centralización de poderes, al control de botellas y garraones y a la adjudicación a testafellos y allegados de. Las subastas y contratos para suministros de material al Estado, se le, denominaran, pomposamente, honradez administrativa. Ese era, en síntesis, su verdadero programa, que auspician y respaldan, con proficuo rendimiento, Orestes Ferrara y su circunstancial adversario, Mano garcía Menocal.

No tardaría mucho la «regeneracion» en enseñar sus afilados colmillos. A los tres meses justos de haber ascendido al poder, cae, alevosamente acribillado a balazos, el comandante Armando Andre, director del periódico El Día. Machado estaba ya en camino, sin duda, de «consagrarse a la libertad y de establecer definitivamente la patria cubana», como había prometido en pintoresco discurso. Una mañana, semanas después, las guasimas de Ciego de Avila aparecían cuajadas de isleños ahorcados. El secuestro de un opulento hacendado le venia de perlas para aterrorizar la campiña. Se clausuran periódicos, se militariza la segunda enseñanza, se liquidan brutalmente las huelgas. Un silencio profundo -silencio de plomo-- invade el ambiente. Solo se escucha el humillante corear de los lacayos y el bronco alborozo del matarife enfatuado.

De súbito, se alza, viril y potente, un griterío de protesta que saca un instante de su embaucamiento alas masas. Ni «vagos», ni «jugadores», ni «comunistas», ni «políticos descontentos», son los una valerosamente se alzan, denunciando los crímenes y desmanes del gobierno. El griterío viene de la colina mas empinada y díscola de la urbe. Son estudiantes quienes se lanzan, quijotesicamente, a la brega. Machado había impuesto la reposición en sus cátedras a los profesores expulsados en 1923. El 25 de noviembre el problema hizo crisis. Julio Antonio Mella, que había sido arbitrariamente irradiado de la Universidad unos meses antes, retorna triunfante al viejo escenario de sus juveniles proezas.

La primera hornada de nuestra generación, sacudida ya por las inquietudes de la posguerra y violentamente turbada por la descomposición imperante y la cerrazón de horizontes, había intentado, en memorable estallido -expresión cubana de la insurgencia continental de la juventud iniciada en 1918 en Argentina-, transformar la obsoleta estructura académica de la Universidad y darle al país la nueva perspectiva política, económica, social y espiritual que demandaban los tiempos. A partir de ese momento, la problemática cubana queda planteada en términos antagónicos al tradicional fulanismo de moderados, liberales, conservadores y populares. Se inicia, con la vaguedad e inmadurez típicas de un pueblo sin economía propia, reducido socialmente a la servidumbre, sin preparación política y espiritualmente desorientado, una lucha por la liberación general del país que asume carácter inconfundible y singular estilo en el plano de las ideas, los objetivos y los métodos.

Mella, pionero indiscutido de esa lucha, levanta su oratoria encrespada a y sonora ante una vibrante multitud estudiantil. Recuerda, precisa, advierte. Desde su revista Juventud había augurado los días de dolor y sangre que aguardaban a Cuba bajo la égida de Machado, a quien califico, certeramente, de Mussolini tropical. Esa propia tarde, seria de tenido y procesado, con exclusión de fianza, como supuesto inductor de un atentado terrorista en el teatro Payret. Y, como protesta, se declara en huelga de alimentos.

El pueblo entero se puso, vigilante y erguido, junto al lecho del heroico revolucionario, demandando del gobierno su excarcelación inmediata. Rubén Martines Villena fue el abogado de Mella. Gustavo Aldereguía, su medico. La juventud universitaria, su guardia de honor. La campana por la libertad de Mella trascendía ya nuestras costas. Fue precisamente, en esa sazón, que Ramón Vasconcelos exalto la máscara gallardía el gran luchador. Y, es de entonces tambien, el cintarazo de fuego de Rubén Martínez Villena, cruzado por este en el

propio rostro de Gerardo Machado ante la estupefacción de Barraque y Muñiz Vergara:

-Es un salvaje, un animal, una bestia. .. ¡Un asno! ¡Un asno con Garras!

Mella fue puesto en libertad tras esa tumultuosa entrevista. Y, pocos días después, amenazado de muerte, se vio compelido a salir clandestinamente de su patria; aun desde lejos, su verbo candente seguiría castigando sin tregua la tiranía.

Machado no perdió prenda. Disolvió la Asamblea Universitaria y la Federación de Estudiantes y derogo la autonomía universitaria. Traído subrepticamente al Aula Magna por un grupo de estudiantes traidores, juro, profanando las cenizas del padre Varela, que volvería a aquel recinto al transcurrir los cuatro años de su gobierno, para mostrarle a la juventud «una Universidad modelo en un patria feliz». Volvería, mucho antes, para recibir el doctorado honores causa en derecho, proclamándose partidario del fascismo Italláno y emulo criollo de Primos de Rivera. Esos guiños de inteligencia, entre el «general de alquiler» y el «general degenerado», se traducirían -pronto en pareja persecución a la Juventud, a la cultura y a la Universidad. Y, por eso también en Cuba como en España, la Universidad, por lo que significa y representa y. Por ser la primera institución agredida, sería el baluarte de la disconformidad popular y el símbolo de la dignidad nacional.

« ¿Cuando empezó la protesta, cuando empezó la rebeldía?» -se preguntan Ramón Vasconcelos. He ahí la respuesta: en 1925. Y todavía al no siguiente, en que tiene ocurrencia lo dicho, el precio del azúcar ana por las nubes. Sin necesidad del «cero punto fracción de centavo», sin necesidad de la pavorosa crisis que afrontara el capitalismo a partil de 1929, Machado persigue, sojuzga, encarcela, mata y roba. La responsabilidad histórica de Machado estriba -admítalo o no Vasconcelos- en haber apurado, hasta sus últimas consecuencias, en una coyuntura decisiva de la historia mundial, la frustración de la republica y la sobrevivencia de la colonia.

¿Machado nacionalista? ¿ Machado apóstol de nuestra liberación económica?
¿Machado revolucionario?

La política proteccionista de Machado ni es de Machado, ni en rigor es protecciones En 1921, el gobierno de Estados Unidos eleva los derechos de importación al azúcar cubano, de 1.0048 a 1.60 centavos por libra. La tarifa Fordney Mc Cumber lo aumenta, en septiembre de 1922, a 1.7048 centavos. Y, en 1930, a 2.00 centavos, la tarifa Hawley Smooth. La resultante de estos sucesivos aumentos es la caída de la exportación del azúcar desde 3.643,121 toneladas en 1929, hasta 1.390, 119 en 1933. El precio del azúcar declina, parejamente, hasta caer por debajo

de un centavo. En 1932, llega a 0.57 y en 1933 a 0.53. En el mismo periodo y como consecuencia de la política proteccionista norteamericana, Filipinas aumenta su exportación de azúcar a Estados Unidos, libre de derechos, de 324,000 toneladas en 1924, a 1.141,000 en 1938; Hawai, de 8,000 en 1924, a 985,500 en 1935. Puerto Rico duplica sus cifras en el propio interregno.

El gobierno de Machado no tenía, evidentemente, otra salida, frente a la feroz guerra arancelaria que caracteriza la época, que aumentar los derechos a los productos de importación. La medida, en realidad, era innecesaria. En la misma proporción en que Estados Unidos elevaba las tarifas y en que declinaban los precios, se iba reduciendo la capacidad adquisitiva de Cuba en el mercado norteamericano. Henry A. Wallace ha demostrado, de manera indubitable, como la política proteccionista de su país nos conducía, conjuntamente, al desastre.

Pero hay que señalar, además, en la política económica de Machado, un aspecto que los machadistas callan. La reducción vertical de nuestra capacidad de compra en el mercado yanqui determina, imperiosamente, la necesidad de incrementar la producción nacional. No era, sin embargo, la situación de miseria reinante la más apropiada para estimular las inversiones. La camarilla palaciega, enriquecida con el plan de obras públicas y el saqueo sistemático del tesoro público, era la única económicamente apta para acometer la empresa. Surgen fábricas de cemento y de pintura. Se amplía y desarrolla el renglón del calzado. Mejoran la ganadería vacuna y porcina, la cría de aves y el consumo de huevos del país. La industria de los derivados de la leche -mantequilla, queso, leche evaporada o condensada- cobra un fuerte impulso. Se empieza a consumir manteca de puerco cubana y a elaborar aceites vegetales.

¿Podría decirme Ramón Vasconcelos cuantos de esos negocios no eran del propio Machado o de los machadistas más destacados, que aprovechaban así en su personal beneficio las condiciones de extrema penuria en que mal vivía el pueblo cubano? Querría explicarme Vasconcelos por que, a este periodo de incremento en la producción nacional, correspondió, paradójicamente, la más espantosa miseria de que se tiene data desde la reconcentración de Weyler? ¿Es esa la liberación económica de que se hace lenguas Ramón Vasconcelos? ¿no se desmoronaría estruendosamente esa edificación de barro al cambiar la política comercial de Estados Unidos en virtud del advenimiento de Roosevelt a la presidencia de la república? ¿Que posibilidades de pervivencia podía tener el proteccionismo machadista dentro del régimen de relaciones económicas a que Cuba está enfeudada? ¿no hubo necesidad de arrojarlo por la borda para salvar la industria

azucarera de 1934, amenazada de mortal catástrofe? ¿se lamenta todavía alguien de ese «sacrificio» ineludible? ¿no se salvo la posibilidad siquiera de vender nuestro azúcar a cuota fija y a precios miserables, sacrificando, en cambio, las «conquistas económicas» de la era machadista, que jamás dieron de comer al pueblo?

No defiendo, ni puedo defender sin negarme a mi mismo, el tratado de reciprocidad comercial suscrito en 1934. Bajo Batista, como bajo Machado, las soluciones económicas fundamentales venían impuestas des de arriba, según la conveniencia y rumbo de la política norteamericana.

Si Menocal y Zayas intentaron antes que Machado prorrogarse el mandato, el proyecto de vertebrar la isla por una carretera central afloro en diciembre de 1924. Una compañía, presidida por Domingo Mendez Capote, la Cuban-American Construcción Co., ofrecía construirla sin necesidad de apelar a la banca extranjera; pero Machado, que andaba ya madurando con Carlos Miguel de Céspedes un fabuloso affaire, se opuso enérgicamente al proyecto, so pretexto de que estaba incluido en sus planes. El 15 de julio de 1925, en efecto, el Congreso votaría la ley de obras publicas, disponiéndose en ella el dragado de puertos, la pavimentación y alcantarillado de ciudades y pueblos y la construcción de la carretera central, el capitolio, casas-escuelas, hospitales y acueductos.

Ni que decir tiene que Machado se apresuro a declarar que llevaría a cabo este plan con ejemplar pulcritud y sin recurrir a la ayuda norteamericana. La inclusión cada año en el presupuesto de, \$5.000, 000, para el Fondo Especial de Obras Publicas, y una red agobiadora de nuevos impuestos, ya aprobados por el Congreso, bastaría para sufragar las cuantiosas erogaciones. No esta de más añadir que las facultades atribuidas a Machado por la ley de obras públicas anulaban, prácticamente, las prerrogativas del parlamento. Se inauguraba el sistema de gobernar por decreto. Y Vasconcelos sabe, acaso mejor que yo, que el 19 de febrero de 1927, no obstante prohibirlo expresamente la ley de obras publicas, Machado entregaba el financiamiento de Iu cucarreada empresa al Chase National Bank y su ejecución a una compañía de dudosa solvencia, la Warren Brothers.

Si Vasconcelos quiere ahora dar de lado a lo que le costo a nuestro pueblo en hambre, indigencia, esclavitud y sangre el capitolio y la carretera central, es cosa suya y allá el con sus cosas. Nada mas instructivo, en punto a los enjuagues, negocios y martingalas realizados al socaire del plan de obras publicas, que las actas de la comisión investigadora, designada pOr el Comité de Banca y Moneda, del Senado de Estados Unidos, para conocer de las actividades y practicas de los banqueros american os y de sus conexiones económicas con los políticos cuban os.

Es una página bochornosa. ¡Y todavía andan sueltos y orondos, y más de uno dándose golpes en el pecho, sus inverecundos beneficiarios!

Aplastada la rebeldía estudiantil, dueño absoluto de vida y hacienda, el gobierno de Machado empezó a mover la maquinaria, ya preparada, de la reforma constitucional y la prorroga de poderes. La regeneración degenerada plantearía una coyuntura de fuerza que solo por la fuerza podría resolverse.

IV. La Generación Inmolada

Ocurrió en las postrimerías del gobierno de Zayas. Gerardo Machado comentaba, con sus íntimos, las condiciones caóticas en que recibía la administración pública y la atmósfera de libertinaje imperante en el país. Alguien alude, de súbito, a la creciente insubordinación de estudiantes, periodistas y obreros. Machado riposta, con impúdica sonrisa, que el soborno en sus manos es un arma irresistible; Su interlocutor no se da por satisfecho, «No olvide, general -arguye-, que entre los estudiantes, periodistas y obreros puede haber líderes sobornables; pero los hay, también, con bastante entereza para resistir las tentaciones de soborno.» «A esos, -responde ya descompuesto Machado- los desaparezco.»

Nunca he creído mucho en el valor de la anécdota para caracterizar las situaciones históricas. No cabe duda, sin embargo, que la referida constituye excepción. Machado cumpliría su amenaza al pie de la letra. La supresión física de estudiantes, periodistas y obreros infunde a su régimen el torvo perfil de la «mayordomía espantada de Veintimilla» o de la «hacienda sangrienta de Rosas». Antes que él, ya otros habían apelado al abominable expediente del asesinato político. Solo, a partir de él, se instaura el terror como esencia del poder. La antinomia amigo enemigo es la clave de su sadismo político. Acordes, Vasconcelos, en que «el cero punto y fracción de centavos» fue el principal combustible de la revolución emancipadora y de la revolución antimachadista. Acordes, por ende, en «que lo económico prima sobre lo social, lo social prima sobre lo político, lo político, a su vez prima sobre lo económico». Pero, ahí queda, mas allá de lo que fue circunstancia, más allá del «balance», del «platillo» y del «primado», mas allá incluso de la dialéctica de la historia, la predisposición de Machado para el ejercicio del crimen, su conciencia atrofiada, su estilo brutal, su paranoia incurable, su voracidad. Incoercible, su sensualidad senil, su espíritu crapuloso. Queda lo que Vasconcelos intenta eludir vanamente. Queda, en suma, Gerardo Machado. Los que

ahora se han puesto a ensalzar, póstumamente, sus «virtudes» y a empequeñecer sus crímenes, o hablan por boca de ganso o mienten a sabiendas.

Si alguien puede personificar en nuestras tierras infortunadas el concepto patrimonial del poder, es, sin duda, Gerardo Machado. No le aventajaron, en el uso, abuso y disfrute romano de aquel ni Porfirio Díaz, ni Manuel Estrada Cabrera, ni Juan Vicente Gómez, ni Augusto B. Leguía. Le sobrepaso, únicamente, Rafael Leonidas Trujillo, lepra de America y nausea del mundo. Admítalo ya Vasconcelos. Tirano Banderas encarna en Gerardo Machado. No en balde don Ramón Maria del Valle Inclin, se apresuro a clavarle públicamente el dardo de su desprecio.

¿Conoce Vasconcelos duplicidad mayor que la de este moderno señor de horca y cuchillo? ¿Sabe, por ventura, de simulador mas desorejado, que este analfabeto ensoberbecido?

Machado había prometido, solemnemente, respetar la constitución y la ley. Había jurado, ante todos los altares y ante todos los dioses, no ir a la reelección. Mas, apenas había transpuesto los umbrales del palacio presidencial, se invistió a si mismo con el derecho omnímodo de vida y, hacienda. Nada tiene, por eso, de extraño, que pretendiera perpetuarse en el cargo. Mucho antes de ser electo, ya andaba sigilosamente urdiendo la trama para reformar la constitución y prorrogarse el mandato. Sus promesas y juramentos eran la pérfida mascara de su oculto y decidido propósito. El lobo se disfrazaba, una vez más, de cordero. La farsa liego a ser tan perfecta que Clemente Vázquez Bello, Carlos Miguel de Céspedes y Rogerio Zayas Bazan se disputaría, encarnizadamente, de entrada, la sucesión presidencial.

De esa rivalidad irreductible, se serviría Machado, hábilmente dirigido por Wilfredo Fernández, el escéptico proveedor de los más cínicos artilugios. Ninguno estaba dispuesto, desde luego, a renunciar su aspiración en favor de los otros; pero, los tres se avenían, gozosamente, a prorrogar a Machado y a prorrogarse ellos mismos. El cooperativismo había ganado su primera batalla y se aprestaba a llevar adelante el plan concebido.

No podían ser, en efecto, mas propicias las circunstancias. La disconformidad estudiantil semejava estar definitivamente aplastada. El movimiento obrero, destruido y amilanado. Los asesinatos sucesivos de los lideres Enrique Varona, Santiago Esteban Brook, Alfredo López y Margarito Iglesias -escopeteados alevosamente los dos primeros, sepultados vivos en estiércol los dos últimos- desbrozaban el camino de obstáculos." Una parte de la prensa vendida; amordazada, la otra. Solo se atrevió a desafiar el soborno y el plomo, las revistas Bohemia, La Semana, Kari1 kato y Carteles. Solo rompían al croar de las ranas, ora un manifiesto

de la Liga Antiimperialista, ya un pronunciamiento de la Universidad Popular José Martí, bien una protesta del Partido Comunista a la sazón casi diezmada su dirigencia. Carlos Mendieta rumiaba, al parecer resignadamente, en la soledad fructífera del central Curagua, el amargo pasto de la derrota. Mario García Menocal y sus conmlitones eran validos del régimen.

Los financiamientos en marcha, la paz social garantizada, sometido el colonato, la guajiraza empavorecida, el salario a ras del suelo, el negro interiorizado, resurrecto el garrote, la factoría a to do tren. El Gobierno de Washington y la banca norteamericana palmoteaban de júbilo. No le iban en zaga los magnates criollos. El Ejecutivo y el Congreso funcionaban de consuno. Las fuerzas armadas ahítas de mercedes, privilegios y honores. El azúcar estaba aun a buen precio. Las recaudaciones eran altas. La camarilla palaciega se enriquecía impunemente. Se iniciaba ya la construcción de la carretera central. La Habana, ensanchada y embellecida por Carlos Miguel de Céspedes, era, además, la «ciudad mas limpia del orbe».

Ningún escenario mas apropiado, en verdad, para montar la tragicomedia de la regeneracion degenerada. El 29 de marzo de 1927 la Cámara de Representantes aprobaba, con ocho votos en contra, la reforma constitucional y la prorroga de poderes. Se alzaba el telón entre el aplauso de los paniaguados y el clamor servil de los guatacas. Los periódicos, en su casi totalidad, zahumaban incienso en loor del Egregio.

Horas mas tarde el gozo se le ida al pozo a Machado. Un formidable griterío sacudía la colina universitaria. Los estudiantes, reunidos en magna asamblea, acordaban protestar del «proyecto de prorroga de poderes, por considerarlo contrario a los mas elementales principios demo: críticos». «Individuos que traicionan al pueblo extendiéndose ilegalmente su mandato -concluían- no son dignos de reformar la obra de aquellos ilustres constituyentes que, inspirados en el santo ideal del patriotismo, hicieron suya la frase del maestro: la patria es ara y no pedestal.»

Dramático instante aquel en que la juventud universitaria decidió hacer depositario de su protesta, a Enrique J ose Varona. Y allá nos encaminamos en corajudo y compacto tropel; pera, la policía nos sale al encuentro y tras implacable toleteo consiguió escindir la manifestación en dos grupos. Solo uno lograría penetrar en casa de Varona. En el fragante jardincillo, nos aguardaba el maestro. Nos saludo con emoción sofrenada:

-¡muchachos! ¡Mis muchachos!

Terminábamos apenas la lectura de nuestro manifiesto cuando la policía, con su jefe al frente, irrumpió en el lugar, maltrato de obra y de palabra Varona, repartió palos a voleo y destrozó el mobiliario de la sala. Algunos, rodeamos a Varona, tratando de protegerle. El jefe de la policía se dirigió a él en forma descompuesta y profiriendo amenazas. El viejo maestro le replicó de esta guisa:

- ¡Salga de aquí miserable! ¡Usted ha hecho, en plena república, lo que no se atrevió a hacer un capitán general de la colonia!

El brutal atentado se difundió como reguero de pólvora. Esa misma tarde, la Universidad fue asaltada por la policía y esa misma noche recibía yo de las manos venerables del gran pensador unas líneas encendidas, exhortándonos a proseguir la lucha emprendida.

Al constituirse el Directorio Estudiantil Universitario contra la prórroga de Poderes la lucha adquiere carácter organizado. El gobierno acusa a los estudiantes de estar instigados por políticos descontentos y por agitadores a sueldo de Moscú. Un reducido núcleo de intelectuales, encabezado por Rubén Martínez Villena, denuncia la maniobra y se solidariza con el movimiento. Los dirigentes estudiantiles dan pronto señales de incapacidad y tibieza. Son enseguida sustituidos por una aguerrida falange que pondría en jaque la Universidad y el gobierno. «Esta juventud -advertirá su primer manifiesto- ni se "en de ni claudica.» Mella, en vibrante mensaje, envía su adhesión y su aliento.

Cunde la agitación por toda la isla. Mendieta y sus adictos retornan a la palestra. El Senado aprueba la prórroga improvisan, cada día, numerosas tanganas. La Universidad es clausurada y militarmente ocupada. Centenares de estudiantes son expulsados por orden de Machado, que trasmite al Rector «sargento» Averhoff, el Secretario de Instrucción Pública, general José B. Alemán. Varios intelectuales, algunos periodistas y numerosos obreros son recluidos arbitrariamente en la cárcel, acusados de comunistas. La revista revolucionaria América Libre y la Universidad Popular José Martí son suprimidas por decreto. Se desata la intimidación y el terror.

De repente, Machado se embarca para Estados Unidos. Había decidido invitar personalmente -se dijo- al presidente Calvin Coolidge a la inauguración de la Sexta Conferencia Panamericana, que se efectuaría en enero de 1928 en La Habana. Algunos ingenuos creyeron que Machado aprovecharía la coyuntura para recabar la abolición de la Enmienda Platt y mejor trato arancelario para el azúcar.

El objetivo fundamental de su inesperado viaje era obtener manos libres y respaldo abierto en punto a la prórroga. La prensa liberal yanqui acusó a Machado de dictador tropical y le enrostró sus crímenes y atropellos. Kellogg saldría en su

defensa. Machado era un demócrata insospechable. No permitía que la mala yerba del comunismo creciera en la isla. Salvaguardaba, como propios, los cuantiosos intereses norteamericanos en Cuba. Poseía una integridad a toda prueba. «Nosotros queremos expresarle -afirmaría descocadamente Thomas A. Lamont, gerente de la casa J. P. Morgan- que no nos importa la forma, pero veríamos con mil ho gusto que continuara en el poder tan buen administrador.»

Machado retornaría aparentemente victorioso. Manos libres y respaldo abierto a sus ambiciones, a cambio de oficiar de verdugo del imperialismo yanqui. Se extendió una pasarela desde la Pila de Neptuno hasta el Palacio para recibirlo. Orestes Ferrara hablo ante la multitud lacayuna que lo vitoreaba, proclamándolo presidente perpetuo. Machado se des pidió de «su pueblo» con upas frases incoherentes, el acento bronco y el dedo mocho erizado de rayos. Varios días después recorrería la republica, en viaje de propaganda, predicando da necesidad de una larga cura de reposo político». Regreso abrumado de homenajes, condecoraciones y pergaminos. Ya esta a la venta, en las librerías, la biología de la democracia, de Alberto Lamar Schweyer. «Perdóname Marti, pero Machado te ha superado», -diría un profesor universitario. «Dios en el cielo y Machado en la tierra» -afirmara un arzobispo. «Los cuatro equivocados que combatíamos la prorroga -lamentabas Ramón Vasconcelos- estábamos ciegos. Estábamos completamente fuera de la realidad. El vidente ha sido el general Machado.»

Pero la prorroga de dos anos, aprobada por el Congreso, no podía contentar el apetito de poder de Machado. La Convención Constituyente, electa de dedo y presidida por Antonio Sánchez de Bustamante, se encargaría de satisfacerlo ampliamente. El artículo 115 de la Constitución de 1901 limitaba las atribuciones de la Convención a aprobar o rechazar la reforma votada por los cuerpos colegisladores. La Convención lo hizo trizas. Se suprimía la prorroga de Machado; pero, se le facultaba pan, Reelegirse por un periodo de seis años, que terminaría el 7-o de mayo de 1935. Se suprimía la vicepresidencia; pero, se prorrogaban los mandatos a todos los que ocupaban cargos electivos, excepto al alcalde de La Habana.

Los «nacionalistas», acaudillados por Carlos Mendieta y Roberto Méndez Peñate, ponen el grito en el cielo. Interponen recursos de inconstitucionalidad en el Tribunal Supremo. El estudiantado Se revuelve impotente en el cuartel universitario Julio Antonio Mella denuncia el golpe de estado en el periódico Cuba Libre, órgano de combate de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cuban os, sita en México. Los estudiantes desterrados en New York y en Paris dejan oil su voz de

condenación y esperanza. No se concretan ya a propugnar el puro y simple derrocamiento de la tiranía; plantean, a la par, la lucha contra la estructura colonial que la genera y el imperialismo que la apoya. La ola fasita en ascenso y la crisis económica en puertas, dilata su perspectiva política y afirma su comprensión de la realidad cubana.

EL 15 d enero llegaron a La Habana, en el acorazado Texas, el presidente Coolidge y la delegación norteamericana a la Sexta Conferencia Panamericana. Habían precedido, al imperial arribo, numerosos arrestos de héroes estudiantiles y obreros. Una comisión haitiana presidida por Dantes Bellegarde, que venia a protestar contra la ocupación militar norteamericana en la vecina republica, fue detenida y expulsada. Dos militantes comunistas recluidos en la Cabaña, el española Claudio Bouzon y el polaco Noske Jalob, fueron lanzados al mar con sendos lingotes en los pres. Análogo fin tendría, semanas después, el revolucionario venezolano Racis Laguado Jaime. ¡Simples muestras de complacencia con el Imperialismo yanqui y de solidaridad con Juan Vicente Gómez!

Con hipócritas peroratas de Coolidge y Machado, quedo inaugurada la conferencia. Se deshizo Coolidge en encomios a Cuba «independiente, libre, .prospera y pacifica» y escaso le resulto el tiempo para protestar su amistad a nuestra America. Machado canto, a todo pulmón, las excelencias del panamericanismo y las bienandanzas de la democracia. Pero alas plantas de ambos estaban, para desmentirlos rotundamente, la libertad decapitada y la sangre vertida.

No pudo ser mas indigna la posición de Cuba en la conferencia.

Orestes Ferrara se declaro paladín, en cumplimiento de compromisos in confesables, de la intervención norteamericana en los asuntos internos de nuestra America. Trece delegaciones, capitaneadas por Argentina, se pudieron frente a la nuestra. La controversia alcanzo tal tensión que hubo de transferirse para la conferencia de Montevideo. «EI papel de Cuba en la Conferencia Panamericana -- escribe a la sazón Vasconcelos poniendo el dedo sobre la llaga- ha sido el de un mayordomo, atento a los caprichos del señor. Pudo por lo menos Ferrara haber comprendido los pudores de Cuba, estrangulada por el corbatín de Wall Street acogotada sojuzgada.»

Nuevos aerópagos tienen por sede La Habana: el Séptimo congreso de la Prensa Latina, la Segunda Conferencia de Emigración e Inmigraron, la Conferencia Internacional de Universidades; pero, sigue el escopeteo, el atropello, el robo. Desaparecen dos aviadores. Muere a perdigonzazos el coronel bias Maso. Es victimado, en pleno día, Bartolomé Sagaro. Rafael Iturralde, Secretario de Guerra y

Marina, huye hacia Estado Unidos acusado de conspirar contra el propio gobierno de que formaba parte. Machado, candidato único, resulta electo en las elecciones de 1928, concurriendo alas urnas menos del diez por ciento del electorado. El brazo medio comido de Claudio Bouzon es identificado por su esposa, en el vientre de un escualo. Se prohíbe la pesca del tiburón.

El 10 de enero de 1929 es abatido Julio Antonio Mella en Ciudad México, por escopeteros de Machado, en connivencia con el presidente Portes Gil y el embajador yanqui Morrow. De su pecho jadeante broto, viril y magnifico, el grito inolvidable Y terrible: «¡ Machado me ha matado! I Muero por la revolución!» Días antes, agentes a sueldo de la tirana, lo habían acusado de profanar la bandera cubana. Un cable de Mella remitido a Sergio Carbo, la propia noche de su muerte, destruyo la vil especie. La protesta esta vez recorrió el mundo. Machado será, en lo adelante, el asesino sin fronteras. Mella seguía «siendo útil después de muerto».

El crack bancario de 1929, la tarifa azucarera Hawley-Smooth Y la Crisis económica mundial en desarrollo se traducen en Cuba, por obra del despilfarro, el saqueo del tesoro público y la falaz política arancelada del gobierno, en una vertical caída del poder de copra del pueblo, de los ingresos fiscales, de las utilidades Y de los salarios. El fantasma del hambre ronda ya la mayoría de los hogares cubanos. La bancarrota del estado se hará pronto visible. El capitolio y la carretera central, presupuestados en \$3, 000,000 y \$52, 000,000 respectivamente, no bajarán: de \$20, 000,000 el primero, y de \$100, 000,000, la segunda. Del impuesto especial de obras publicas, se han tornado \$15, 000,000 para cubrir desniveles y ese desequilibrio ha sido, a su vez, cubierto por los ya desenmascarados financiamientos de la banca yanqui. En cuatro años Y medio se han dispendiado, en el faraónico plan de obras publicas, \$200, 000,000 Sobre las aguas cómplices de la bahía de La Habana flotan acusaciones definitivas. Desde el 1 Q de noviembre de 1928 se ha quebrantado el ordenamiento jurídico de la republica. Se gobierna de facto.

Pero hay quienes no quieren ver ni quieren oír. En el homenaje nacional ofrecido a Machado el 24 de febrero de 1930 por la Federación Medica de Cuba, el profesor universitario Ricardo Núñez Portuondo hoy candidato presidencial del partido de Vasconcelos- resume, como sigue, la obra de un gobierno farsante, criminal y rapaz: «No ay revoluciones existe tranquilidad absoluta en nuestros campos, no se indulta a los delincuentes, la prensa es respetuosa con el derecho de todos, no se votan leyes de amnistía por delitos comunes, nuestro Congreso cumple orgulloso con su deber y nos mostramos orgullosos de el, el poder judicial esta perfectamente depurado, las obras publicas se hacen y se pagan, no hay epidemias,

estamos al día en el pago de la deuda exterior, la Universidad perfectamente organizada celebra su bicentenario con representaciones de los otros altos centros docentes del mundo que concurren a nuestro país a mostrarle su admiración. Ahora somos libres e independientes por nuestras virtudes domesticas, y eso hay que abonárselo en su cuenta al actual presidente de la republica, general .Gerardo Machado y Morales.»

Machado había dicho que no toleraría una huelga más de quince minutos. El 30 de marzo se paralizó nacionalmente el trabajo. Fue un impresionante despliegue de Organización, disciplina y audacia, obra casi exclusiva del Partido comunista Rubén Martínez Villena, su heroico conductor, condenado a muerte por el gobierno, se vería compelido a abandonar el país. La radicalización creciente del movimiento obrero ejercerá influencia decisiva en el desarrollo ulterior del proceso revolucionario y, particularmente, en el estudiantado.

Con motivo de haberse declarado inconstitucional un decreto de Machado, que prohibía los mítines durante la zafra, los «nacionalistas» iniciaron una campana publica contra el gobierno. Una inquieta muchedumbre se concentro en el Parque Central para escuchar a Carlos Mendieta, Roberto Mendez Penate y Juan Gualberto Gómez. El mitin se desenvolvió sin incidentes. A tiro limpio acabaría, en cambio, el efectuado en Artemisa algunos días mas tarde, con un saldo de cuatro muerto, y diecinueve heridos. Los «nacionalistas» inculparon al ejercito de la masacre. Se incoa proceso en la Audiencia de Pinal del Rió. En el sumario aparecen agravando la situación de Juan Gualberto Gómez, como ante. Cedentes penales, sus conspiraciones y encarcelamientos durante la dominación española. Machado se hizo personalmente responsable de lo ocurrido.

Los «nacionalistas», que todo lo fiaban a Washington y al Tribunal Supremo, habían creído, cándidamente, que el nuevo embajador norte. Americano Guggenheim desarrollaría una política favorable a sus aspiraciones. Nada parecía decirles la respuesta negativa del Congreso, en combinación con Machado, al mensaje de este solicitando reforma electorales que permitieran la organización de nuevos partidos.

La chispa que incendiaria la isla de punta a punta, poniendo en pie de guerra la conciencia pública, será prendida por la juventud universitaria, como «baluarte que es de la libertad y su ejército más firme». En el otoño de 1930 un pequeño grupo de estudiantes, tras un detenido análisis de la situación nacional, concibió un plan de lucha enderezado a promover un levantamiento popular contra la tiranía. Nos brindaría el pretexto para iniciarla la resolución del Rector Martínez Prieto,

posponiendo la apertura del curso académico, por indicación de Machado, hasta después de las elecciones parciales de noviembre. Se organizó el Directorio Estudiantil Universitario. Se establecieron contactos con los profesores antimachadistas y con núcleos obreros. La tangana, ya histórica, del 30 de septiembre comprendía los extremos siguientes: a) manifiesto al pueblo de Cuba; b) asamblea en el Patio de los Laureles contra la resolución del Rector y contra los crímenes, latrocinios y desafueros del gobierno; c) manifestación a casa de Enrique José Varona; d) rompimiento de hostilidades con la tiranía.

Agitadas y premonitorias fueron las vísperas de la memorable jornada. «Aquí hace falta una víctima» -afirmó dramáticamente Rafael Trejo. Nuestra hora, sin duda, había llegado. La «generación desconsiderada» y «ególatra» estaba ya madura para la muerte. Lista para inmolarsé. Dispuesta a todos los sacrificios, abnegaciones y heroísmos. ¡Cuántas primaveras tronchadas, cuántas vidas prematuramente rotas por un mañana luminoso y cordial que no sería nuestro!

La ciudad amaneció el 30 de septiembre cargada de inquietudes y de brumas. Movilizada la policía. Acuartelado el ejército. Policías, a pie y a caballo, circulaban frente a la Universidad en ademán provocativo. Hubo que variar el rumbo. Los conjurados, sin faltar uno, se concentraron, a la hora convenida, en el parque Alfaro.

-¡Muera Machado! ¡Abajo el imperialismo yanqui!

Un toque de clarín rompe el tumulto y enardece los pechos: es Félix Ernesto Alpizar. La manifestación se pone en marcha. No llevamos mas armas que los puños de acero de Pepelin Leyva y de Pablo de la Torriente Brau. Llega la policía. Bofetadas. Disparos. Cae, gravemente herido, Pablo de la Torriente Brau. Se desploma, balaceado por la espalda, Rafael Trejo. Nuevos disparos. Sangre obrera se mezcla, simbólicamente, con sangre estudiantil. La manifestación, tras de inflamar la ciudad con sus anatemas, se dispersa bajo un copioso aguacero.

La «víctima necesaria», por irónico designio de las cosas, sería, precisamente, Rafael Trejo. Un pueblo entero lo acogería al caer en sus brazos y se pondría en tormentoso movimiento tras su cadáver.

La lucha irreconciliable con la republica factoril daba comienzo. Se abría la primera gran etapa de un proceso inconcluso. Se reanudaba, a la altura del tiempo, en circunstancias diversas, la epopeya trunca de 1895. Se quería una Cuba distinta y un futuro mejor. Ese fue el santo y sena de la nueva generación. Ni con la francesa, ni con la rusa, ni con la española, tiene por que cotejarse nuestra revolución. Vasconcelos ha olvidado que las revoluciones no se fabrican a capricho, ni se imitan a conveniencia, ni se les dicta su curso ulterior. Las revoluciones son productos

históricos y responden a una determinación de factores que condicionan sus formas de expresión, desarrollo, alcance y sentido. Nuestra revolución aspira, pura y exclusivamente, a darle a Cuba su plenitud de destino, sin cerrarle las perspectivas a su ulterior desarrollo.

A la muerte de Trejo, la Universidad es clausurada. El 5 de octubre es descubierta y reprimida una conspiración militar respaldada por los viejos caudillos. Los «nacionalistas» y elementos afines y colaterales van a representar, en la lucha contra el machadato, el punto de vista de la política tradicional. Son suspendidas las garantías constitucionales. Se establece oficialmente la censura de prensa. Tanganas y papelitos. Actos comunistas de calle. El partido comunista introducirá en la pugna la concepción marxista de clase, la fórmula política de un gobierno obrero y campesino y el concepto vigente de la liberación nacional y social. Es asesinado Lora Infante, director del periódico La Voz de Oriente. El profesorado universitario se adhiere al Directorio estudiantil. Cae AI:» lardo Pacheco, director de La Voz del Pueblo.

Machado gestiona, por conducto de Carlos Miguel de Céspedes, un acercamiento con los estudiantes .. Fracaso estruendoso. Y, como represalia, amortiza los sueldos de los profesores y clausura todos los planteles de enseñanza secundaria. Muchachas en flor pelean por la libertad en las calles. Fernando Ortiz demanda, en documento público, la renuncia de Machado. El 24 de diciembre se frustra una nueva conspiración militar. La persecución arrecia. Es asesinada Herminia Barbarrosa. Se organiza el Ala Izquierda estudiantil. Su programa y sus objetivos corresponden a una clara perspectiva antiimperialista. El 3 de enero son detenidos numerosos dirigentes del Directorio Estudiantil Universitario y varios miembros del Ala Izquierda estudiantil. Nuestro inacabable peregrinaje por las cárceles y prisiones da comienzo.

Estalla una bomba en Palacio. Son asesinados, en el castillo de Atares Raul Martín y José Domingo Machado y, brutalmente torturada, Pancito Díaz, Ramón Betancourt y José Agustín Borges. Se inauguran, pomposamente, el capitolio y la carretera central, a espaldas de un pueblo acosado y famélico. Las partidas de la porra, como perros de presa, desnudan mujeres, atropellan ancianos, mancillan hogares. Tanganas Papelitos. Mujeres a caballo y caudillos en bloomers. Los «nacionalistas» siguen fiando todavía en Washington y en el Tribunal Supremo. No creo en el Supremo, no tengo fe en el Supremo; -clamaba el eral Peraza- aquí se ha perdido y se está perdiendo un tiempo precioso>

La organización y desate de una insurrección popular esta a la orden del día. Se ere a en New York la Junta Revolucionaria. Los esbirros de Hoover no le pierden pie ni pisada a sus componentes. Mal organizado, sin unidad efectiva de métodos y propósitos, estalla el movimiento en agosto de 1931. El pueblo acude a la cita. En un artículo mió. Publica do en Linea órgano del Ala Izquierda Estudiantil, se iza la consigna de la hora: «llene la palabra el camarada máuser». Sin grandeza ni gloria, los viejos caudillos se entregan en Rió Verde. Gesto impar de Peraza, la inverosímil resistencia de Arturo del Pino en Luyano y la fabulosa proeza de los expedicionarios de Gibara iluminan el desastre y renuevan la fe.

Se atiborran las cárceles. Arsemo ortiz asesina, a mansalva, en Oriente. Atares es teatro de los mas crisp antes tormentos. Surge el ABC. Aporta la política del atentado personal y una solución nacional-reformista, con ribetes fascitizantes, del problema cubano en su Manifiesto-Programa. Al terror oficial, se opondrá, ahora, el terror revolucionarios Es asesinado Floro Perez. Los presos políticos en el Castillo del Príncipe son in misericordemente acuchillados por una gavilla de forajidos. Se asesina y entierra en los establos de Atares a Félix Ernesto Alpizar. Papelitos y bombas. Actos comunistas de calle. Muere el capitán Calvo. Una bomba, enviada por la policía con un in feliz mozalbete, estuvo a punto de volar en pedazos la familia Proenza. Son asesinados el «gallego» Álvarez y sus hijos Narciso, Ramon y Jose. Cae Clemente Vazquez Bello, presidente del Senado. Son asesinados en su propia casa, el representante miguel Angel Aguiar y los hermanos Gonzalo, Leopoldo y Guillermo Freyre de Andrade. Escapan, milagrosamente, el senador Ricardo Dolz y el representante Carlos Manuel de la Cruz. Heraldo de Cuba, órgano de Machado, anuncio previamente, como ocurrida, la muerte de todos. Es el bestiario y la selva. La Universidad del Aire, dirigida por Jorge Mañach, polariza en sus audiciones lo que de actividad cultural resta en Cuba.

Asciende a la presidencia de los Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt. Nutridos contingentes de presos políticos son puestos en libertad. Machado esta temeroso de un brusco cambio de la política norteamericana en Cuba. Es asesinado Argelio Puig Jordan. Juan Mariano González Rubiera, un bizarro adolescente, aparece asesinado la mañana del 3o de diciembre de 1932. Los pies atados, lleno de golpes, el vientre aun sangrante. Son asesinados Pio Alvarez y Mariano Gonzalez Gutiérrez. Nunca presencio nuestro pueblo mas espantoso desfile de crímenes. I Lastima de panfletos que se perdió de escribir Vasconcelos!

. No. No estábamos solos en aquel desesperado combate. De todas partes venían voces de apoyo y aliento: la Federación Universitaria Española, la Unión de

Estudiantes Hispanos, la Federación Universitaria Argentina, la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios de Francia, la Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos, la Federación Universitaria Mexicana, la Womens International League for Peace and Freedom, la Alianza Popular Revolucionaria Americana, la Liga Francesa contra la Opresión Colonial y el Imperialismo, el Circulo de Estudiantes Hispanoamericanos de Gante, la Federación Universitaria Hispanoamericana, el Socorro Rojo Internacional, la Liga Francesa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la Internacional de Trabajadores de la Enseñanza y las Cortes de la república española. Junto a nosotros se manifestaban, con la palabra y la pluma, Miguel de Unamuno, Pio del Rio Horteiga, Ramón Maria del Valle Inclán, Alfredo L. Palacios, Henri Barbusse, Waldo Frank, Romain Rolland, Alberto Ghirardo, Rodrigo Soriano, Antonio Espina, Romulo Gallegos, Manuel Ugarte, Leon Wert, Paul Langevin, Carleton Beals y todos los espíritus y juventudes libres del mundo. Nada da mas. Exacta medida, de la hondura y trascendencia del movimiento revolucionario cubano, que esta repercusión en el extranjero.

En febrero de 1933, Hamilton Fish demando, en la Cámara de Representantes, la intervención inmediata en Cuba del gobierno de Washington, a fin de proteger los intereses norteamericanos. El otrora mimado «administrador» de la factoría resultaba ya una impedimenta para los inversionistas, negociantes y politicians, ávidos de un clima político mas propicio a sus faltriqueras. Es asesinado Carlos Fuertes Blandino. Nuevas atentados. Bombas y papelitos. Son asesinados, a la vista de la vecindad espantada, Jose Antonio y Solano aldes Daussa. El corresponsal del New York Times, que lo presencia, trasmite el crimen espeluznante alas lectores de su periódico. Los senadores Shipstead y Borah reclaman la intervención de Estados Unidos en Cuba, a tenor de la Enmienda Platt. El presidente Roosevelt comprende que semejante medida daría al traste con la pregonada política de buena vecindad. Opta por el garrote detrás de la diploma

Benjamin Sumner Welles, nuevo embajador de Estados Unidos, arriba a La Habana con plenos poderes para «resolver» la crisis cubana. La mediación entra en cancha con su tristemente celebre mesa redonda. El ABC y los viejos caudillos se ponen dócilmente, al servicio de Welles. La maniobra del mediador no podrá engañar a nadie: su objeto es capitalizar, c beneficio de la cancilleria y de la banca norteamericanas, el movimiento revolucionario, eliminando a Machado sin alterar las bases ni la estructura del machadato. El Directorio Estudiantil, el Ala Izquierda y las organizaciones obreras denuncian la vil mascarada.

Un paro insignificante se ha ido transformando, entre tanto, bajo la dirección del Partido Comunista, en un avasallador desbordamiento de disconformidad, que culminara en la mas vasta y potente huelga general de que tiene data nuestra historia. Se da la orden de volver al trabajo al conceder Machado las reivindicaciones de clase planteadas. Inútil. Las masas ignoran la orden. Nada podrá ya desviarlas de su rumbo y propósito. Ni la horrenda masacre del 7 de agosto. Pero Welles le sale al paso a la huelga, apoyado por el ABC y los viejos caudillos, provocando un cuartelazo militar que deja la situación en sus manos. «No abandonare el poder hasta el 20 de mayo de 1935. Ni un minuto mas ni un minuto menos», -diría fanfarronamente el tirano. Ahora huía, despavorido, Turnbo a Nassau. Era el 12 de agosto de 1933. Fungía de presidente Carlos Manuel de Céspedes Mandaba mister Welles.

La revolucion habia sido traicionada

V. El Alba de la Efebocracia

No se ha esclarecido, ni precisado debidamente, la significación histórica del 12 de agosto de 1933. En cuanto entraña el derrocamiento del dictador Gerardo Machado, por la presión irresistible del pueblo cubano, es un suceso revolucionario. En cuanto comporta la perpetración del régimen combatido, es una peripecia asaz común en la historia de las insurrecciones populares de nuestra America Mas allá de la fuga despavorida del tirano y de la vindicta implacable, fungía de presidente Carlos Manuel de Céspedes y mandaba el Mediador había ido Machado; pero subsistía el machadato. Subsistía su estructura económica, su constitución espúrea, su congreso apócrifo, su estilo político, su sometimiento a la embajada norteamericana. Machado mismo seguía siendo presidente en uso de licencia. Se convalidaba el bestiario y la selva. Se restauraba el pasado sin pudor, ni respeto, ni escrúpulo. Se daba por concluido lo que todavía pugnaba, desesperadamente, por nacer

El formidable movimiento de liberación nacional y social que había ya roturado los surcos de un nuevo destino, experimentaba, por obra de un cuartelazo urdido por Sumner Welles y del mero traspaso del mando al ABC y a los viejos caudillos mediacionistas, el mas abominable escamoteo que registra nuestra historia republicana. La muchedumbre, dando epiléptico escape a sus reprimidos rencores, se entregaba al saqueo, al incendio y a la caza inmisericorde de los que otrora asesinaban a mansalva, protegidos por el poder publico. La revolución, que nada

tenía que ver con aquel gobierno contrahecho, vacilante, incapaz y genuflexo, traicionada en su propia esencia, se mostraba por su costado más torvo, elemental y repelente. No era aquello 10 que se quería, ni se había luchado por aquello. Se había agotado el heroísmo, la proeza y la abnegación para darle a Cuba un régimen genuinamente popular, una soberanía efectiva, la independencia económica y un espíritu a la altura del tiempo. La falsificación era evidente, el desparpajo inaudito, el disfraz sobremanera conocido.

No tardaría mucho en cundir la decepción, el descontento, la protesta. El pueblo, percatado al fin del «cambiazó», se apercibe a reanudar la interrumpida porfía. Se reclama, a diario, la disolución del Congreso, la abrogación de la Constitución 1928, la convocatoria a una asamblea constituyente. Pronto se volverá a la conspiración y a la lucha. El entierro del obrero Margarito Iglesias, del sargento Miguel Angel Hernández y del estudiante Félix Ernesto Alpizar, fue un grito de guerra. Sobre la tumba de este, convertida en trinchera, dije yo estas palabras, que fijaban nítidamente la postura del movimiento revolucionario: «Nuestros esfuerzos, los ingentes esfuerzos del pueblo cubano, nos han sido robados. Los objetivos centrales por los que se despilfarró tanto desinterés y heroísmo, por los que se sufrió persecución, cárcel, tortura y muerte, no se han logrado aun, no se lograrán sin el previo derrumbe de la estructura colonial que nos subyuga, oprime y desangra.»

El Directorio Estudiantil Universitario, el Ala Izquierda, el ABC Radical, Pro Ley y Justicia, el Partido Comunista y las organizaciones obreras se lanzan a la batalla contra el gobierno de Céspedes. La súbita enfermedad del brigadier Julio Sanguily deja acéfalo el ejército. Una descomposición creciente minaba ya los más soterrados estratos y las jerarquías más visibles de las fuerzas armadas. El general Menocal fragua un golpe de estado, con la reducida porción de la oficialidad que le es adicta. Un grupo de oficiales jóvenes, verdaderamente anheloso de una rectificación esencial de la vida cubana, conspiran con el Directorio Estudiantil para el establecimiento de un gobierno que satisfaga las renovadas exigencias de las masas. Los comandantes y coroneles machadistas, que aun ocupan posiciones estratégicas en el alto mando, se niegan a someterse a la imperativa depuración y reorganización del ejército. La tropa, empavorecida ante la pregonada rebaja de sueldos, de la reducción de los efectivos militares y del licenciamiento de numerosos soldados, cabos y sargentos complicados en atropellos y crímenes, se mueve sigilosamente envalentonada por la indisciplina reinante, hacia una defensa clasista de sus posiciones amenazadas. Y junto a eso, avivando la hoguera, el

rescoldo urticante de las humillaciones sufridas, de las pretericiones injustas y de las discriminaciones raciales.

El ritmo del movimiento revolucionario se acelera por días. Falta, sin embargo, la unidad de metidos, de propósitos y de fines. El Directorio Estudiantil Universitario, brigada de choque de la nueva insurgencia, precisa y expone, en un manifiesto, su posición nacional revolucionaria. El Partido Comunista, que a través de la Confederación Nacional Obrera de Cuba controla el movimiento proletario, propugna una revolución agraria antiimperialista y un gobierno obrero y campesino, rubricando de consignas las fachadas, vallas y postes. Se suceden las huelgas en atorbellinada teoría. Arrecia el desorden. No hay autoridad. No hay gobierno. No hay ejército.

Pero Sumner Welles, el presidente Céspedes, el ABC y los viejos caudillos se frota la mano de contento. Han encontrado la piedra filosofal. Hela ahí: disolver el Congreso, destituir los alcaldes anular la Constitución de 1928, declarar intangible la deuda del Chase National Bank, restablecer la Constitución de 1901, invocar elecciones generales para el 24 de febrero de 1934, iluminar el Capitolio y proclamar consumada la revolución. Eso hacen y vencidos por la portentosa hazaña. Se entregan placidamente a la siesta Sobre la almohada rugiente de de un volcán.

La insubordinación militar del 4 de septiembre pondría término sin disparar un tiro, al engendro sietemesino de la mediación imperialista. Urge ya puntualizarlo. Ninguna finalidad revolucionaria ni expresa ni taca, perseguirá aquella sublevación clasista de soldados, cabo y sargentos. Su único objetivo era la solución de los problemas inmediatos y concretos de tipo cuartelario que la promueven. Sus líderes mas des .. Tacados no se habían distinguido, precisamente, por su antimachadismo convicto y confeso. Menos que ninguno Fulgencio Batista. La insubordinación se trueca en golpe de estado, al comprender sus dirigentes que la resolución adoptada resulta incompatible con el gobierno de Céspedes.

Se imponía, pues, buscar inmediatamente un respaldo civil y constituir un nuevo gobierno. Liega primero Pro Ley y Justicia, que era la única agrupación revolucionaria previamente informada de la insubordinación en proceso. Casi pisándole los talones, el Directorio Estudiantil Universitario .. Numerosos revolucionarios, identificados con este organismo o desafectos al gobierno de Céspedes, acuden presurosos a Columbia al saber la noticia. Algunos miembros del Partido Comunista y de la Confederación Nacional obrera de Cuba, atraídos por el sovietizante pergeño de la asonada, intentan franquear la puerta del campamento. Los centinelas les cierran el paso. Se discute y examina, agitadamente la situación,

van as horas. Yo estuve allí y nadie me lo cuenta. El sargento Batista: que taimadamente ha suplantado a Pablo Rodríguez y a José Eleutero Pedraza, sus más cercanos rivales en la dirección del movimiento actúa ya como su personero la junta. La noche despliega magníficamente su manto de estrella.

No le costaría mucho al Directorio Estudiantil Universitario imponer sus puntos de vista y asumir la literatura del pronunciamiento. Se constituye, a su propuesta, la Agrupación Revolucionaria de Cuba, integrada por alistados del ejército y la marina, civiles pertenecientes a distintos sectores revolucionarios y el Directorio Estudiantil Universitario. Adoptar el programa de este, establecer la forma de gobierno provisional que en él se propone y designar a los profesores Ramón Grau San Martín y Guillermo Pórtela, al abogado José Miguel Irizarri, al periodista Sergio Carbo y al sargento Fulgencio Batista miembros de la Comisión Ejecutiva, son sus primeros acuerdos. Batista declina, conturbado, la inesperada merced. Grau San Martín propone al profesor Carlos de la Torre. Rubén de León aboga por Porfirio Franca. Se arguye que, para evitar la tacha de comunista que pudiera hacerse a la sublevación militar y dado el carácter colegiado del gobierno, radicalmente extraño a nuestra tradición constitucional, convendría designar un banquero. Porfirio Franca completa la Pentarquía. Y se acuerda, finalmente, lanzar sendas proclamas explicativas al pueblo. El ABC fue madrugado esta vez. Arribo al campamento cuando ya todo estaba cocinado y comido. Sumner Welles, mientras tanto, dormía a pierna suelta. Y el presidente Céspedes andaba por Sagua, consolando, franciscanamente, a los damnificados del ciclón.

Al alborar el 5 de septiembre de 1933, la insubordinación de soldados y clases ha cambiado de naturaleza, contenido y significado. Por primera vez en el mundo, la juventud estudiantil se arrogaba una función política directora. La efebocracia reflorecía en el trópico entre palmeras y plátanos fritos. No solo eso. Por primera vez en Cuba, se constituía un gobierno sin la previa certificación de Washington y se declaraba dispuesto a acometer la transformación general de la estructura factorial de la república. El movimiento revolucionario" sin duda, entraba en una nueva fase. No podría afirmarse que ha tornado el poder; pero sí que estaba en condiciones de impulsarlo hacia la satisfacción de las más perentorias apetencias y necesidades del pueblo

El programa del Directorio Estudiantil universitario, adoptado por la Pentarquía, es ya un documento histórico. Vasconcelos debía leerlo sine ira et studio. No puede compararse, desde luego, en ningún sentido, con el Contrato Social, de Juan Jacobo Rousseau, con el manifiesto Comunista, de Carlos Marx y

Federico Engels, o con el Manifiesto de Montecristi, de José Martí. Ni descubre Mediterráneos, ni enriquece, con hallazgos geniales, el pensamiento político. Simplemente recoge, articula y adapta.

Vasconcelos le exige demasiado a una juventud que se ha tenido que formar, dramáticamente, en la cárcel, en la persecución, en la tortura y en la muerte. Pero allí late la conciencia de la crisis de transición que vivimos y allí está el núcleo fundamental de lo que luego habrá de llamar Antonio Guterres nacionalismo revolucionario. Allí se condenan y exponen las medidas que, de ser aplicadas - algunas lo han sido-; conducirían al país al progresivo recobramiento de su plenitud de destino, aun sin lograr. Y allí se rinde culto, en fin, a la dignidad humana, a la justicia social, a la libertad política, a la democracia efectiva y a la solidaridad de todos los pueblos de nuestra América en la lucha contra la opresión y el imperialismo.

Mediaba ya la mañana, cuando empezaban a circular por las calles autos repletos de estudiantes y soldados, dando vivas a la «revolución auténtica» y al nuevo gobierno. En un principio, los transeúntes se mostraban entre azorados y absortos. Mas tarde, se izarían banderas en los balcones y el júbilo se desborda por los barrios pobres de la ciudad. El presidente Céspedes retorna, precipitadamente, a La Habana. La embajada norteamericana era un avispero. No faltó un solo mediacionista a recibir las ordenes de Sumner Welles. También acude el sargento Batista, fuertemente escoltado, a presentar sus respetos al embajador y a ofrecerle toda clase de seguridades de que serán protegidas la vida y hacienda de los nacionales y extranjeros. De inmediato, se van deslindando los campos.

La Comisión Ejecutiva arriba a la mansión presidencial alrededor de las dos de la tarde. Fue recibida por Carlos Manuel de Céspedes y sus secretarios, consejeros y ayudantes. Reproduzco, a continuación, la versión que da el periodista Enrique Lumen del cambio de poderes.

Céspedes inicia el diálogo: - Y bien, señores...

Los revolucionarios callaban. Alguno llevaba la misión de hablar, pero...

¡Silencio! ¡Atolondramiento de unos y otros! Expectación de Céspedes y de sus Secretarios.

Grau San Martín toma la palabra.

-Señor: hemos venido a recibir de usted el gobierno de la nación.

-¿Y quien les ha autorizado a ustedes para ello?

-Pues. .. Sabrá usted que en Colombia. .. Y la Junta Revolucionaria nos encarga...

- ¿Y quienes integran esa Junta?

-La Junta la integran el Directorio Estudiantil Universitario, la Unión Revolucionaria, el ABC Radical, Pro Ley y Justicia. . .

- ¿Y se consideran suficientemente fuertes esos grupos para constituir un gobierno legal?

-Es que, señor, también integran la Junta todos los soldados y marinos del País.

-¡bien, doctor Grau! ¿se han dado ustedes cuenta de la responsabilidad que contraen ante el pueblo de Cuba y ante la historia?

-Hace años, señor, que hemos cumplido la mayoría de edad...

Y, despidiéndose fríamente de todos, Carlos Manuel de Céspedes se retiró de Palacio.

Horas más tarde, ya asomaría su garra la conjura reaccionaria contra el gobierno antimediacionista constituido en Columbia. A toda máquina navegaba hacia nuestras costas una flotilla norteamericana de buques de guerra, con el acorazado Wyoming a la cabeza y el Secretario de Marina a bordo. Resurge la inquietud, la confusión, la protesta. Los grupos mediacionistas, incitados por el ABC, no se dan por vencidos. Se conspira ya en la sombra. El alto comercio español financia la empresa. La mayoría de la oficialidad depuesta se recluye en el hotel Nacional, cobijándose bajo el ala protectora de Welles, supremo instigador de la rebeldía y del desorden. Enfila el Wyoming el canal del puerto, en zafarrancho de combate. Un estudiante revolucionario, Manuel Guillot, le descerraja las balas de su pistola. Es todo un símbolo.

Un gran grito de dignidad sublevada, de auténtica cubanía, estremece la isla entera: ¡fuera la marina yanqui! Bajo ese lema, la Liga Antiimperialista organiza un mitin en el Parque Centra. . Miles de hombres y mujeres acuden a protestar contra la ingerencia ante la estatua de José Martí. Nuevos barcos de guerra irrumpen, amenazadores, en el horizonte. La conciencia nacional se dilata, vigoriza y renueva. Los pabezontes permanecen invictos. Manos juveniles los sostienen en alto. No hay flaquezas de ánimo, ni quebrantos de rotulas. La determinación irreductible de defender, a pie firme, la auto determinación, la independencia y la soberanía de Cuba, ilumina las almas y enardece los pechos. Se llama a los oficiales «inmaculados» a hacerse cargo del mando. Ninguno responde. Se designa a Batista coronel jefe de las fuerzas armadas. Sergio Carbo refrenda el decreto. Aumenta el desorden, la confusión, la protesta. La conjura reaccionaria está ya rindiendo sus frutos. El Partido Comunista y la Confederación Nacional Obrera de Cuba atizan el

fuego, desencadenan las huelgas, socavan la autoridad de la ya tambaleante Comisión Ejecutiva. Los mas disimiles anatemas se entrecruzan en las arengas, manifiestos y paredes:¡ Cuba para los cubanos! ¡Muera el imperialismo yanqui! ¡Fuera los extranjeros soberbios! ¡Viva la revolución social! ¡El ABC es la esperanza de Cuba! ¡Todo el poder para los obreros, soldados y campesinos! ¡Mueran los comunistas a sueldo de Rusia! ¡Viva la revolución cubana! ¡Viva el Partido Comunista! Mueran Menocal, Mendieta, Céspedes, Welles, Miguel Mariano! ¡Viva la Comisión Ejecutiva! ¡Mueran los fascistas! ¡Viva la Liga Antiimperialista! ¡Muera el ABC fascista! ¡Viva el Directorio! ¡Mueran los negros! ¡No pague luz, ni gas, ni teléfono! ¡Abajo la discriminación racial! ...

La calambrina empieza a expandirse en la Pentarquía. Pronto pierde los estribos. No esta a la altura de la tarea. Ha sido sobrepasada por esta y por el ritmo tumultuoso de los acontecimientos. Su fin esta próximo. Expira sin grandeza ni gloria. La Agrupación Revolucionaria de Cuba, esta vez reunida en Palacio, a propuesta del Directorio Estudiantil Universitario, designa presidente de la republica a Ramón Grau San Martín. Jura el cargo ante el pueblo. La Enmienda Platt queda practicamente abolida y la reacción puesta en raya.

Independientemente de lo que haya venido después, esa pagina gloriosa, en la que vibra desnuda la audacia, la bizarría y el decoro de la juventud fungirá, con perennes destellos, en nuestra historia. El alba de la efebocracia es, tambien, por lo que representa y augura, el alba de una Cuba nueva y de un futuro mejor se, por seguro. Nuestra generación no se inmolo en vano.

VI. Trayectoria y Balance del Ciclo Revolucionario

Someter a revisión critica el proceso revolucionario fue el propósito cardinal de esta replica. No resultaba, en verdad, faena fácil. Pero no había otra respuesta posible alas fulminaciones de Ramón Vasconcelos. Buen tramo de la abrupta jornada quedo ya rendido. Creo haber precisado la génesis, los factores condicionantes, las fuerzas en juego, los objetivos históricos y la naturaleza de la formidable sublevación popular de 1930. Creo haber hecho justicia a la generación inmolada, haber desentrañado el sentido de la mediación norteamericana, del 12 de agosto y del 4 de septiembre y haber advertido que, traicionada por un cuartelazo militar de progenie imperialista, tampoco la revolución ocupa el poder la madrugada memorable que lo puso a su alcance, falta ahora reducir, a debe y haber, los resultados concretos de esta agitada etapa de la vida cubana.

Conviene insistir. La revolución de que se trata tiene lugar en nuestro planeta; pero su escenario no está en Francia, ni en la Unión Soviética, ni en España, ni en México. Se origina y desenvuelve en la isla de Cuba, en una coyuntura universal de mutaciones más profundas, complejas y vastas que las que caracterizaron el tramonto del imperio romano y el alba de la modernidad. No es ajena a las ilusiones, agonías y conflictos de la época y forma parte de la pugna descomunal entre un mundo que nace y un mundo que muere. Mas, su razón de ser y su pergeño responden a los requerimientos específicos de la dinámica histórica de un país sin economía nacional, reducido socialmente a la servidumbre, sin tradición de gobierno propio, políticamente desencantado y espiritualmente deprimido. En otras palabras: el carácter, el contenido, el alcance, el estilo y la trayectoria de la revolución cubana están dados por las peculiaridades inherentes a nuestro ser y devenir en el proceso general de la historia no se trata, pues, de una revolución de tipo socialista en un país metropolitano; se trata, pura y exclusivamente, de una revolución anticolonial de amplias implicaciones políticas, económicas y sociales .

De ser una revolución de este tipo le viene su tono nacionalista, su carácter antiimperialista, su preocupación por los desposeídos, su concepción pragmática del estado, su insistencia en la reforma agraria, su énfasis en la industrialización, su contenido social democrático, su antifascismo y su solidaridad con todos los pueblos oprimidos y explotados del orbe. De ahí su replanteo de los objetivos frustrados de la revolución de 1895. De ahí su grito de guerra; «Cuba para los cubanos.» De ahí sus reveses, alternativas, bandazos, contradicciones y excrecencias. De ahí la crisis que afronta desde sus propios orígenes. De ahí que aun no haya podido conquistar el poder. De ahí, en suma, que su aspiración suprema fuera, y siga siendo, darle al pueblo cubano la plenitud de destino en un régimen de libertad y de justicia social. Mas concretamente; transformar las relaciones internas de poder de las masas populares y sustituir las tradicionales relaciones de subordinación a los Estados Unidos por una efectiva, perdurable y cordial convivencia, fundada en el respeto a nuestra soberanía, en la reciprocidad verdadera y en el desarrollo independiente de la vida cubana

No hay otro punto de partida para entender y valorar el proceso revolucionario. Limitaciones insoslayables me impiden realizar un detenido análisis del ciclo recorrido por este en el periodo posmachadista. Me contraigo, en consecuencia, a esbozar sus fases principales.

Marca su inicio el derrocamiento del gobierno mediacionista de Carlos Manuel de Céspedes y el ascenso a la presidencia de la república de Ramón Grau

San Martín. Esta primera fase representa, sin duda, la curva de alza del ciclo revolucionario. El curso de la torrencera popular, momentáneamente represado por Sumner Welles, el ABC, la vieja política y la jerarquía militar, recobra su cauce y acelera su ritmo. Nunca, como en esa ocurrencia, despuntan perspectivas tan claras y promisorias, ni las condiciones objetivas fueron tan propicias, ni estuvo tan presto el espíritu público para emprender la gigantesca tarea de remodelar la sociedad cubana a la altura del tiempo. Nunca el impulso revolucionario adquirió ímpetu tan poderoso, ni se mostraron tan incapaces, invertebradas y confundidas, las fuerzas históricamente aptas para interpretarlo, disciplinarlo, organizarlo y dirigirlo. Nunca sazón alguna fue, a pesar de todo, más pródiga en conquistas fundamentales para nuestro pueblo.

Nada de lo acontecido en esta turbulenta etapa contra dice lo dicho. No cabe ya duda de que una certera comprensión de la problemática planteada y de las tareas congruentes hubiera permitido transmutar el gobierno nacional reformista de Grau San Martín en un gobierno nacional revolucionario. De haberse logrado, otro sería el panorama que tenemos delante. La revolución estaría hoy pariendo sus frutos más óptimos.

Hay ya suficiente lejanía para juzgar, serenamente, el gobierno presidido por Grau San Martín desde el 10 de septiembre de 1933 hasta el 15 de enero del año siguiente. Los testimonios desaforados de sus enemigos suministran una imagen astigmática de esa enmarañada, fluctuante, convulsa y aleccionadora experiencia. El sectarismo que los tiñe y la violencia de la brega deforman el contorno y desnaturalizan el entorno de los hechos. Mi artículo «Mongonato, Efebocracia, Mangoneo», imbuido de la concepción extremista entonces en boga en la izquierda revolucionaria, es prueba fehaciente de ello.

No es que yo vaya ahora a arrepentirme de haberlo escrito. No es eso. Sigo creyéndolo justo a la luz de una óptica genuinamente revolucionaria. Pero lo considero injusto en cuanto falsifica el carácter del gobierno de Grau San Martín, mide por un mismo rasero a los intereses y grupos que lo sustentan y a los que se le oponen, no discierne el alcance popular de sus medidas, solo ve la incapacidad, la petulancia, la flaqueza y la arrebatina que lo mina, ignora la gallarda y trascendental postura de la delegación cubana en la Conferencia Panamericana de Montevideo, pasa por alto la ingente labor revolucionaria de Antonio Guiterras y del núcleo decidido que lo sigue y subestima el rol jacobino de las capas más avanzadas de la pequeña burguesía en los pueblos política y económicamente enfeudados a la dominación extranjera. No me duelen prendas en reconocerlo.

Vasconcelos, desde luego, como Sumner Welles, le niega la sal y el agua a esta primera fase del ciclo revolucionario. «Fue una tromba y un desastre.» Solo eso. Las razones le sobran, en cambio, para justificar dialécticamente el ciclón de tambochas desatado por Fulgencio Batista. Necesario es ya ir poniendo los sucesos, las ideas y los hombres de nuestro inmediato pasado en su verdadero sitio. Urge ya, por lo menos, trocar la pasión irreflexiva por la reflexión apasionada en el debate político.

El gobierno de Grau San Martín no fue, ni podía ser, por su estructura, composición y objetivos un gobierno revolucionario. Ni siquiera consigue expresar la relación de poder, la unidad de fines y la coherencia de métodos que dimanaban de su propio carácter nacional-reformista. La verdad monda y lironda es, sin embargo, que ha sido hasta hoy el único gobierno cubano que intentó remover la estructura colonial de la república. Múltiples circunstancias, intrínsecas y extrínsecas, le impiden llevar a cabo la épica empresa. Su propia debilidad, ante todo. Y, después, lo demás.

No se le dio un minuto de respiro. Vivió en acoso perpetuo. Fue combatido a sangre y fuego por la embajada norteamericana, los oficiales depuestos, el ABC, la vieja política, el alto comercio español, las corporaciones económicas, las empresas extranjeras, los monopolios de servicio público, el Partido Comunista, la Confederación Nacional Obrera de Cuba, el estudiantado de izquierda y la casi totalidad de la prensa. No tuvo más defensa militante que las aguerridas huestes del "Directorio Estudiantil Universitario, ni más pregón que sus propias obras, insidiosamente desfiguradas por la reacción, el imperialismo y la izquierda marxista, en absurda coincidencia. Le faltó el apoyo activo del ejército. No supo incorporarlo políticamente a la lucha contra la restauración y la ingerencia.

Fulgencio Batista desertaría, prontamente, de sus deberes. Mejor dicho: volvería a ser quien era. En la medida en que el gobierno horadaba la tupida red de los intereses creados a la sombra ominosa de la república factoril, se escurría furtivamente al campo enemigo para entregarse, con descoco inaudito, en las garras del embajador Jefferson Caffery. No podía ser más lamentable el espectáculo en las esferas rectoras. Cundían los efebos ensoberbecidos y faltaban los conductores de talla. La mayoría de los dirigentes, con excepción de Guiteras, se manifestaron muy por debajo de las exigencias del instante, Grau San Martín a la vanguardia.

Es cierto que Grau San Martín sea, como afirma Vasconcelos, la «encarnación del sentimiento revolucionario, el producto indiscutido de la revolución del 33». Precisamente por ser todo lo contrario de eso apresuraba la

catástrofe. Le faltó garra política, don de mando, impulso revolucionario, conciencia de su misión histórica. Le faltó intransigencia y audacia. Ni hondura, ni duración, ni estabilidad podía tener el poder en sus manos. Paso por aquello, sin que aquello pasase por él. No gobierno; fue gobernado. Ni siquiera supo desembarazarse a tiempo de Batista. En el domicilio de Sergio Carbo, perdió el 3 de noviembre de 1933, la oportunidad de segar de raíz su traición inminente. Aquel día se disolvió el Directorio Estudiantil Universitario Antonio Guiteras desoído y burlado, debió sentirse más solo que nunca.

La conjura reaccionaria se abrió paso rápidamente. No tardaría el ABC en encubrir, con especiosa argumentación, su declarada repugnancia al «vicio de origen). Varias veces hubo de presentar su renuncia Grau San Martín. Ahora sería definitiva. Únicamente Guiteras se negó a aceptarla. Lamas participo de los cabildeos, chanchullos y zancadillas de Columbia. A revolución fue vendida por un plato de alubia Fulgencio Batista era el ejecutor aprovechado de la venganza de Welles.

Pero la responsabilidad del fracaso no corresponde, exclusivamente, a Grau San Martín. Cae, por igual, sobre los que combatimos torpemente al gobierno desde la izquierda. El objetivo inmediato de organizar un amplio frente de lucha contra la reacción y el Imperialismo -premisa

Previa a la conquista del poder revolucionario por las masas populares fue sustituido por una propaganda palabrera de consignas utópicas y un planteo de la revolución proletaria que trascendía las condiciones objetivas del país y la disposición subjetiva del pueblo. Baste recordar, en resumen, que la izquierda revolucionaria y la Confederación Nacional Obrera de Cuba no solo permanecieron neutrales en la contrarrevolución de noviembre, sino que también se opusieron violentamente a las medidas más radicales del gobierno. La incapacidad de maniobrar por cuenta propia de su dirección quedó crudamente expuesta al desnudo. El viraje posterior a la huelga de marzo de 1935, intentaba readaptarla al nivel de desarrollo del movimiento revolucionario; pero tamaño error no podía repararse con un simple cambio de línea. La perspectiva de conquistar el poder revolucionario se frustra por la carencia de un vehículo político apropiado, de un instrumento de lucha, de un partido pertrechado teóricamente y prácticamente para unificar, organizar y dirigir hacia la victoria a las masas desorientadas y dispersas.

Si se ponderan las circunstancias adversas que afrontó el gobierno de Grau San Martín y se contrasta su anverso y reverso, el saldo resulta favorable a su combatido mandato. Es cierto que fue un régimen anarcoide. Careció de plan,

destrabazón orgánica, de equipo dirigente, de estrategia y de táctica. Es cierto que muchas efebos se soltaron las trenzas" y se entregaron alegremente al mangoneo, bajo la sonrisa displicente del mongonato. Es cierto que persiguió al movimiento obrero marxista, asalto sindicatos, liquido huelgas a tiro limpio y culmino en horrenda masacre el pacifico entierro de las cenizas de Julio Antonio Mella. Es cierto que recabo subterráneamente el reconocimiento norteamericano y trato por todos los medios de apaciguar a Welles, que fatigo la cuerda floja y el palo de ciego, que no supo penetrar en las propias ciases social que amparaba y defendía y que tolero el desorden, la conspiración y la revuelta. Es cierto que desarticulo la administración pública y distribuyo el botín entre los «revolucionarios auténticos», que menudearon A atraquitos y florecieron las canonjías. Es cierto todo eso y mucho mayor no es menos cierto que, en determinado momento, puso en raya a la reacción y al imperialismo. Es cierto que, en cuatro meses de oposición sin cuartel y de un creciente desmandamiento de masas, estableció el ministerio del Trabajo, el salario mínima, la jornada máxima de ocho. Horas, la sindicalización obligatoria, la nacionalización del trabajo, la recompensa y subsidio a los obreros inválidos por accidente o por enfermedad profesional, el contrato colectivo de trabajo, el derecho de tanteo y la regulación de la zafra en favor de los ingenios cuban os, del colonato y de los obreros azucareros .

Es Cierto que en la Conferencia de Montevideo mantuvo enhiesta la dignidad nacional, defendió y consagro la libre determinación de los pueblos hispanoamericanos, ilegalizo la enmienda Platt y sentó las bases de una cooperación interamericana compatible con la soberanía, el decoro y el progreso de las naciones inermes del continente. Es cierto que de puro la deuda exterior, cumplió sus obligaciones internas e internacionales, administro pulcramente las recaudaciones, decreto la autonomía universitaria, ordeno la reapertura de los centros secundarios de enseñanza, reivindico los derechos de la mujer y del negro, respeto las libertadas publicas, rebajo la tarifa eléctrica y convoco a Asamblea Constitúyete. Es cierto que libero en apreciable medida al pueblo cubano del complejo de inferioridad colonial, contribuyo a madurar la conciencia popular y delimito para siempre los ámbitos de la reacción y de la revolución. Y es cierto, finalmente, que todo eso lo hizo batido, implacablemente, por" todos los flan bajo la mas infame campana terrorista y difamatoria que se recuerda.

Guiteras le había impreso sentido y carácter a aquel tormentoso y efímero ensayo; pero, el pueblo personificaría en Grau San Martín lo que pudo haber sido y no fue. Esa es, precisamente, la fuente mágica de su popularidad, de su insólito

carisma. Ese, y no otro, fue el origen del mito, nutrido de logros y esperanzas, realidades y ensueños. Grau San Martín se convirtió, a partir del 15 de enero de 1934, en el símbolo de redención de las masas cubanas. Cien mil personas fueron a despedirlo al embarcar rumbo a México. Una montaña abrumadora de sufragios le dio el triunfo el 19 de junio de 1944. Puro espejismo; pero, así fue...

La segunda fase del ciclo revolucionario se caracteriza por el aplastamiento inmisericorde del movimiento popular. El machadato, como estructura, sistema y estilo, queda plenamente restaurado bajo la presidencia, por control remoto, de Carlos Mendieta Abreu es el sometimiento a la embajada norteamericana. Se organiza un aparato represivo de cariz acusadamente fascista, concebido por el ABC y apoyado, resueltamente, por el general Menocal y Miguel Mariano Gómez. La constitución provisional prohíbe la confiscación de bienes de los machadistas culpables, pospone la ejecución de la pena de muerte a los delincuentes de la tiranía hasta que la Constituyente sea electa y resuelva, suprime el derecho de huelga y deroga la autonomía universitaria, reconquistada a punta de coraje en acciones de calle. Se crean tribunales humanismos para juzgar a los adversarios del régimen. La «confidencia» se eleva al rango de prueba, se establece el arbitrio judicial y se falla por convicción moral. Los tribunales de urgencia reviven los atropellos, injusticias y crímenes de la colonia española. Pronto se vería el ABC cogido en sus propias mallas al retirarse del gobierno y enfilarse los cañones.

Batista inicia un acercamiento, sigiloso pionero, abierto después, con los machadistas en fuga y con los antiguos dirigentes del partido liberal. Machado mismo, desde Santo Domingo y con el apoyo político y material de Trujillo, prepara febrilmente la reconquista y la revancha. El folleto Los Títeres de Ferrara, escrito por Pablo de la Torriente-Brau con abundante correspondencia interceptada la vista, revela magistralmente los hilos ocultos y los protagonistas enmascarados de la trama. El palmacristi se administra, a toda hora, a los que se niegan virilmente a plegarse. La prensa insumisa sufre, a diario, los zarpazos brutales del régimen, ya en la pendiente de la dictadura castrense. Repletas están las cárceles de estudiantes, obreros, escritores y periodistas. Guiteras es perseguido con la orden expresa, de eliminarlo.

En menos de once meses, el régimen instaurado a bombo y platillo el 18 de enero de 1934 retrogradaba a un estado de cosas que linda ya con la selva. La huelga general de marzo de 1935 fue la replica desesperada de un pueblo que prefería jugarlo todo a una carta. El estudiantado universitario fue el intérprete máximo de esa instintiva, audaz y heroica insurgencia. Unánimemente, respondieron las masas

populares a la orden de paro_ Pero el movimiento, interiormente roído por las contradicciones y desavenencias de las organizaciones proletarias, sin recursos efectivos de agresión y defensa, fue yugulado por las bandas enfurecidas de Batista y Pedraza, abiertamente respaldadas por el embajador Jefferson Caffery. Cifra aterradora suman los asesinatos. Las cárceles no dieron abasto,. Millares de empleados públicos fueron cesanteados, vandálicamente asaltados los sindicatos obreros, saqueada la Federación Médica de Cuba, clausurados los periódicos revolucionarios y tornados militarmente los Institutos, las Escuelas Normales, la Escuela de Artes y Oficios y la Universidad, cuyos museos y bibliotecas serían desvalijados por la soldadesca.

La mayoría de los dirigentes revolucionarios se vio obligada a marchar al destierro. Se entroniza, otra vez, el terror, como esencia del poder. Cuando se disponía a salir de Cuba, es asesinado en El Morrillo, por orden de Batista, Antonio Guiteras. Se perdía la figura más empujada, el ánimo mejor templado, la voluntad más indomeñable, el brazo más enérgico y el espíritu más puro del movimiento nacional revolucionario. Hasta que punto era irreparable su pérdida se podrá advertir hoy con solo mirar en torno

Batista se sintió fuerte y se proclamó señor de horca y cuchillo. El centro del poder se trasladó a Columbia. Hizo y deshizo cuanto le vino en ganas. Quito y puso rey, a su antojo y medida. Asesino a mansalva. Dispuso del tesoro público, como patrimonio privado. Rehabilitó los viejos partidos. Retuvo indebidamente al vapor Manuel Arnus en el puerto de La Habana y disolvió los centros republicanos españoles. El cubil de Pedraza rivalizó con el Santo Oficio y la Gestapo. Dividida y desorientada, la revolución agitaba, vanamente, desde el exilio, el fantasma de una insurrección importada. ~ El Partido Revolucionario Cubano, ni Joven Cuba, lograrían ponerse efectivamente de acuerdo, para desarrollar una acción revolucionaria conjunta. El frente único de enseñanza y educación nacional, establecido en Miami, en 1936, por la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista, Izquierda Revolucionaria, Partido Agrario Nacional, Joven Cuba, Partido Aprista Cubano, Legión Revolucionaria de Cuba y Partido Comunista fue el más serio intento programático, estratégico y táctico de retrotraer la revolución frustrada a su camino de triunfo. No paso de ahí. Ya va siendo hora de historiar todo esto, de fijar responsabilidades y esclarecer posiciones

El sesgo de la situación internacional -la guerra ya estaba a las puertas- obligaría a Batista a cambiar de rumbo político. Un buen día amaneció rutilantemente disfrazado de campeón de la civilidad y de la democracia. Coqueteo

con la España republicana. Hizo la vista gorda con las organizaciones revolucionarias y con los comunistas. El Bloque revolucionario Popular -nueva tentativa de unificar la revolución fracaso por el entreguismo de unos y la concepción excluyente de Grau San Martín. Determinadas actitudes posteriores de la izquierda promueven una gran confusión en el movimiento obrero y profundizaron, aun más, la crisis del proceso revolucionario en su conjunto

Agotado el ciclo de la dictadura militar, Batista traza su plan. Continuara en el poder por otros medios. Será el candidato presidencial de los partidos vinculados a su régimen. Sigue fielmente las instrucciones de la cancillería norteamericana. Convoca a Asamblea Constituyente libre y soberana. Los nuevos partidos movilizan sus fuerzas y se aperciben a concurrir a los comicios. La oposición gana la mayoría de los escaños y se demuestra, una vez más, el radical divorcio de las masas populares de los usurpadores insaciables del 18 de enero de 1934. El movimiento de renovación nacional, hasta entonces compulsivamente reprimido, adopta la vía jurídica para la obtención de sus aspiraciones inmediatas. La constitución de 1940, las elecciones generales de ese propio año y la «jornada gloriosa» del primero de junio de 1944, son los acontecimientos más descolantes de la nueva fase.

Es enteramente falso que «los artículos más importantes de la constitución de 1940 sean obra, en su totalidad, de los delegados liberales, de la Constituyente». Las actas de la Convención evidencian, por el contrario, que es a los nuevos partidos y particularmente a los delegados auténticos, comunistas y abecedarios a quienes se debe su orientación doctrinal y sus más relevantes progresos en materia política, económica, social, racial y cultural. Son los nuevos partidos los que plasman en normas jurídicas las reivindicaciones y reformas demandadas, a costa de sacrificios y abnegaciones sin cuento, por las masas populares. Vuelva Vasconcelos sobre el Diario de Sesiones y podrá comprobarlo.

Si las elecciones generales de 1940, que dieron la presidencia a Batista, estuvieron ostensiblemente viciadas por el fraude y la coacción, la justa electoral de 1944 fue el más rotundo y clamoroso mentís a los que fiaban su permanencia al comercio del voto, a los recursos del poder y al impresionante despliegue de una coalición de partidos formalmente mayoritaria. Se contó con todo; menos con la voluntad insobornable del pueblo cubano, con el intacto reservorio de sus fuerzas morales. No había sido en vano la siembra de la generación inmolada. El espíritu que galvanizó esta incontrastable rebelión civil es el mismo que derribó el machadato, que desató la huelga de marzo y que inflamó luego a los que intentamos derrocar, por la vía insurreccional, al partido político castrense que, con

Batista y Pedraza a la cabeza, se había adueñado por la violencia de los destinos de la nación. Se desmoronaba, estrepitosamente, la carcomida estructura de un régimen que solo estuvo al servicio del enriquecimiento personal y de los intereses extranjeros. La herencia recibida no podía ser mas gravosa y los problemas mas apremiantes y complejos. Pocas veces gobierno alguno se encontró en situación mas difícil Batista dejaba, tras si, la republica desmantelada

De toda suerte, semejante vuelco abría al pueblo cubano una ancha y luminosa perspectiva de reconstrucción y de progreso. La oportunidad era única para un gobierno decidido, honesto, responsable y capaz que, a la par, gozara de la confianza pública. Pero Guiteras ya estaba muerto y los más caracterizados efebos de antaño en su mayoría ansiosos de pegarse a la ubre. Esta vez Grau San Martín gobernaría por su cuenta y riesgo, con la responsable anuencia del Partido Revolucionario Cubano (A), que ha sobrevivido milagrosamente al impar poder atomizador de su jefe. Las consecuencias, positivas y negativas, están a la vista: de un lado, el rescate del fuero civil, el diferencial azucarero, la apertura de nuevos mercados, el incremento de la legislación social, Ventas de Casanova, las obras publicas sin empréstitos extranjeros, la denuncia de la Cláusula 202-E, el respeto a la libertad de pensamiento; del otro, la imprevisión, el despilfarro, la promoción de los mediocres, los trueques, el BAGA, la bolsa negra, el affaire de la Compañía Cubana de Electricidad, el compadrazgo, la incapacidad, el rollo, la tozudez, el mesianismo. Peor servicio no ha podido prestarle a la clase obrera que escindirla antagónicamente y mantener su dependencia política y sindical

Ninguna perspectiva ofrecen, sin embargo, sus furibundos censores de la otra orilla. Mera logomaquia de circo. Son ya demasiado conocidos para engañar a nadie. Se sabe de donde vienen, lo que quieren y a donde van. Y si los viejos exorcismos de los nuevos magos renuevan la fe de parte del pueblo es por encarnar el afán de adecentamiento de las costumbres públicas. Pero lo importante, desde mi punto de vista, no es el haber de aciertos que pudiera exhibir el gobierno de Grau San Martín, en ventajoso parangón con los de Machado y Batista; lo importante es que la revolución ha sido mixtificada, que se ha agudizado su crisis, que se ha menoscabado su crédito, que se han ensombrecido sus horizontes. Mas que ha hecho, Grau San Martín será juzgado por o que pudo hacer y no hizo. Prometió el paraíso y nos lanzo al purgatorio. La revolución esta hoy mas urgida que nunca del partido que la levante, reorganice interprete y dirija.

Vasconcelos, que fue Ministro de Educación y autor de la ley docente, que tuvo a su arbitrio recursos y medios sobrados para ordenar la enseñanza y difundir la

cultura, arremete sin contemplaciones contra la Universidad. No seré yo quien venga a defenderla de sus deficiencias y lacras. Ni a negar que el tradicional prestigio de la Federación Estudiantil Universitaria se ha opacado, por desgracia, en los últimos años. He denunciado infatigablemente, esas lacras y deficiencias como estudiante y como profesor. El bonchismo de antes -alquilado por Marine y protegido por Batista- y el contrabonchismo subsiguiente jamás obtuvieron la aquiescencia ni el respaldo de la mayoría del profesorado y de la asa estudiantil. Jamás transigí ni con uno ni con otro. Uno y otro cometieron sus crímenes y desafueros con la complacencia visible de Batista, Marine y Benítez. Pregúntele Vasconcelos a Ramón Zaydin

La Universidad, que radica en Cuba y ha participado decisivamente en el proceso revolucionario y político del país, no ha podido aun superar su crisis interna; pero va saliendo de ella paulatina y firmemente. Su adelanto es notorio en todos los órdenes. Sus fondos se administran con nitidez ejemplar. Vasconcelos parece haber olvidado que, desde que se promulgó la ley docente y se aprobaron los nuevos estatutos, la única forma de ingresar en el profesorado es el concurso oposición. La puedo gritar a pleno pulmón y radiante de orgullo: la Universidad posmachadista, esa misma que Vasconcelos vitupera y desahucia, es superior, docente académica y culturalmente, a la otra, a la de Averhoff y Ferrara. Y ha podido siempre resistir el más riguroso cotejo con su circunstancia. Aun sigue siendo la estrella polar de la ciudadanía y el vigía celoso de la tradición revolucionaria y de la dignidad nacional

Vasconcelos alude dolosamente a Jorge Roa. Acaba de morir. Y ya solo me cabe recordar su sólida inteligencia, su imaginación portentosa, su ingenio centelleante, su vasta cultura, su bondad ingénita, su simpatía " irresistible y su vida generosa. Mucho antes de 1925 dilapidó una fortuna. Duras estrecheces y dificultades innumerables arrostró en el machadato. Como mi abuelo Ramón Roa, se ha ido «sin dejar orificada su memorial». Sin duda, le hace honor a la estirpe. Y algún día se sabrá por mí lo que hizo, lo que supo y quien fue.

La acrimonia de Vasconcelos suele tener compensaciones inesperadas. Heme aquí investido de la taumatúrgica facultad de decretar revoluciones a mi soberano talante. ¡Ojalá me fuera ello dable! Pero Vasconcelos sabe, tan bien como yo, que basta asomarse fugazmente al ventanal de la historia para percatarse de que las revoluciones ni se inventan, ni se promulgan, ni se imponen. No se entra en ellas por generación espontánea. Un largo proceso las incuba, prepara y desata solo cuando la sociedad se ve coactivamente detenida en su evolución, la revolución germina y madura. Ni el varón de Plutarco, ni el héroe de Caríyle, ni el hombre representativo

de Emerson, ni el superhombre de Nietzsche, pueden, por si solos, determinar el salto en la historia. Sin atmósfera, sin subsuelo y sin ocasión, la voluntad de «renunciamiento y remolde» esta condenada al malogro. Las revoluciones necesitan, para producirse, un estado de espíritu, condiciones específicas y coyuntura propicia. Su triunfo o fracaso dependerá, fundamentalmente, de su conciencia, de su organización, de sus líderes, de su profundidad y de su duración. Aun fracasada, seguirá alentando mientras no se culmine. Incluso la contrarrevolución sufre, consciente o inconscientemente, el influjo de la revolución. La historia demuestra que ninguna revolución es inútil, que ninguna revolución se pierde enteramente, que toda revolución destruye, cambia, edifica y fecunda, que toda revolución derrotada vuelve siempre por sus fueros. «Cuando un pueblo entra en revolución -sentencio José Martí- no sale de ella hasta que la corona.»

El pueblo cubano entro de nuevo en revolución el 30 de septiembre de 1930 y aun no ha salido de ella. Ramón Vasconcelos admite a regañadientes, que esa revolución fue «el vago sueño de un puñado de ilusos». Pero niega, de plano, que se haya querido hacerla efectivamente. Niega que exista hoy como hecho. Como tendencia, como movimiento. Niega que sobreviva siquiera el impulso ideal que la animara. Niega que haya dejado obra alguna que la redima de sus taras, reveses y frustraciones. Niega, en suma, su vigencia factual, institucional y espiritual. «La revolución no le ha producido al país un solo beneficio, un solo avance, una sola mejora». Lo único que la revolución ha creado es el «infrahombre, obsesido por un inframundo en que las ideas no cuentan ni como instrumento de destrucción, en que el argumento supremo es la metralla, en que la mana usurpa el rango rector de la cabeza».

Vasconcelos niega y reniega a su gusto y capricho y lo confunde todo a sabiendas. Juzga a la revolución y a los revolucionarios por la jauría de pandilleros, mercaderes y tráfugas que, invocándola, están medrando a su costa y a costillas del BAGA. Sabe lo que busca. Dice lo que quiere o pretexto del revolico autentico, procesa, afrenta y condena a una revolución que jamás estuvo en el poder y que ha conseguido, no obstante, por haberle influido en determinadas circunstancias y por su activa presencia en otras, roturarle surcos a la gran palingenesia de mañana su afán de subvertirlo y deformarlo todo, deliberadamente ignora que durante una década la republica fue secuestrada, en nombre de la revolución, por una gavilla de farsantes, ladrones y asesinos. Suprime la dictadura militar, la represión brutal de Pedraza, la responsabilidad de los partidos políticos que apoyaron y disfrutaron la nueva satrapia. Borra la historia de antes y recompone la historia de ahora. Ni

recuerda, ni distingue. Fulgencio Batista: he ahí lo único que discierne, valora y exalta, en estos íntimos catorce años, como fruto efectivo de la «conmoción revolucionaria». No cabe duda. Ramón Vasconcelos esta en su papel. Y, ahí lo dejo, con su pluma tajante, sabedores ambos que estamos y estaremos siempre irreconciliablemente encontrados.

La Revolución ha sido traicionada, vendida, mixtificada, vilipendiada y ordeñada. Solo reafirmando enérgicamente sus principios y autodepurando sus filas podrá sobrepasar la grave crisis que encarna. La experiencia ha sido dura; pero sobremanera fructífera. Necesario era tumbar a Machado, barrer a Batista y someter a Grau San Martín a la prueba inapelable de los hechos. Eso hemos ganado. Y, hemos ganado también, una nueva conciencia y un nuevo espíritu, que viven en las conquistas logradas, alientan en la repulsa a la vieja política y claman en los que todavía sufren hambre y sed de justicia, en los que están ya convencidos de que solo les vendrá el pan, la libertad, el decoro y las luces por la ruta riesgosa, difícil y larga que abonaron con su sangre una legión, de héroes y un racimo de mártires.

Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*; Editora Universitaria, Universidad Central de las Villas, 1966

El fugitivo vuelve por la picada

Aun está, por hacer, el análisis crítico y la valoración de conjunto, del proceso revolucionario que alumbra en 1923 el verbo fúlgido de Julio Antonio Mella. Nadie ha intentado todavía desentrañar sus causas, seguir su trayectoria y aprehender su sentido. Quien se dispusiera a encarar semejante faena, rendiría, sin duda, un eminente servicio a nuestra comprensión inmediata de lo que vino después.

Esa gran gesta popular produjo un líder jacobino, una figura presidencial y un figurín evadido de las páginas de Tirano Banderas. Ni que añadir tengo, que me refiero a Antonio Guiteras, a Ramón Grau San Martín y a Fulgencio Batista. Muerto en plena siembra de su esforzada existencia, Guiteras es ya un símbolo. Ramón Grau San Martín, tras una pugna sin tregua, ocupa, desde 1944, la máxima jefatura de la república. Fulgencio Batista, su implacable adversario —durante una década supremo jerarca de nuestros destinos— es hoy, pura y simplemente, un fugitivo millonario. Si Guiteras personifica la auténtica revolución y Grau San Martín representa el revolico auténtico, Batista encarna la clásica montanera. Esa es, en junto, la dramática parábola recorrida por la política cubana desde el 10 de septiembre de 1933.

Entre esa fecha gloriosa y los turbios días que ahora corren en atropellado estruendo, se han visto cosas que harían **hablar** las piedras hasta por los cantos. Batista, en recientes declaraciones, parece haberse olvidado de las que carga en su libreta de cheques. Ha doblado la hoja de sus fecharías, con el propio desenfado con que regía el Congreso desde los cuarteles. Y, con impudicia muy suya, arremete contra Grau San Martín. « ¡Ya Grau no engaña a nadie! —afirma con el bronco acento de un Júpiter jubilado. Cuba ha pagado un alto precio por conocerlo».

Ya Cuba, efectivamente, conoce a Ramón Grau San Martín. Pero conoce, mejor aún, al ex-guajirito de Banes. Y, entre uno y otro, ya ha establecido también las distancias y las jerarquías. Los de la otra orilla, esos mismos que intentaron arrebatarle la victoria a Grau San Martín mediante un golpe de estado, es natural que alteren la resta y modifiquen, ventajosamente, la suma. Es su oficio y su beneficio. No creo que Eddy Chibás, ya en guerra abierta con su antiguo protector y heterodoxo maestro, se atreva, por pura acrimonia, a tergiversar el balance. Ni la opinión pública, ni los partidos y grupos revolucionarios, podrían incurrir, por muy defraudados que se sientan, en tamaño error de perspectiva. Revalidar a Batista, a la luz de Grau San Martín, sería negar los hechos y negarse a sí mismo.

Se puede estar contra Grau San Martín, enjuiciar severamente su gobierno y emplazarlo ante el tribunal inexorable de la historia. Se debe movilizar al pueblo en torno a un programa y a una doctrina de más amplios horizontes históricos que los ofrecidos por el Partido Revolucionario Cubano y las peroratas dominicales de Chibás. Ya resulta inaplazable luchar por la unidad del movimiento revolucionario y por una transformación efectiva y profunda de la vida pública. Se puede y se debe hacer todo eso y mucho más. Lo que no se puede es estar con Batista. Lo que no se debe es pactar con el enemigo, ni con las fuerzas que antes lo apoyaron e intentan, por trasmano, imponerlo de nuevo. Eso no se puede, ni se debe hacer, aunque esa alianza entrañara la conquista misma del poder por vía electoral. En política, como alguien genialmente dijera, «no sólo importa el qué, sino que importa también el quién y el cómo».

Fulgencio Batista se muestra sorprendido, y al par indignado, por una supuesta invitación al retorno que le ha dirigido Ramón Grau San Martín. No cree a un hombre, de «las pasiones de este», capaz de «semejante lección de urbanidad política». Ni está dispuesto a aceptar garantías de «quien le falta autoridad y moral para estrecharle la mano». Y se enciende, de pies a cabeza, por «dos epítetos degradantes y soeces» que Grau emplea para calificar a sus adversarios, llamándoles pandilleros, batracios y locos. De súbito, mira a la lejanía, se alisa la cabellera y

refresca su cólera en el paisaje marino. Y, en un raptó de estupendo humorismo, decide no tomarlo en serio.

Hace bien. Si fuera cierta esa invitación, Batista tampoco la aceptaría. No puede aceptarla. ¿Cómo podría ser de otro modo, si aun tiene muy serias cuentas pendientes, no con Grau San Martín, sino con el pueblo de Cuba? ¿Cómo podría regresar tranquilamente a esta isla, quien derribó el gobierno revolucionario **rié** septiembre, instaló en el poder a Carlos Mendieta, cumplió órdenes de Jefferson Caffery, asesinó a mansalva, yuguló la huelga de marzo, amordazó la prensa, entronizó el palmacristi, clausuró la Universidad, persiguió al magisterio, amasó una fortuna, violentó la voluntad popular en 1940 y trasmutó la democracia en infecta demagogia?

¿Qué autoridad y qué moral, pues, la suya, para asumir, desde lejos, esa catoniana postura? ¿A qué esos sobresaltos tardíos por los aquelarres nocturnos de Grau y los victimados en las calles por manos que irresponsablemente replican a sus torturas y asesinatos? ¿No suele morir a hierro el que a hierro mata? ¿No llama la sangre siempre a la sangre?

Ahora se destapa Fulgencio Batista con una carta pública, que es uno de los más cínicos documentos políticos de que tiene memoria el país. En los tiempos áureos de su sangrienta satrapía, el Napoleón de bolsillo gustaba proclamarse, entre fusiles y charreteras, el líder de la revolución septembrista. Hoy se declara liberal de pura cepa. Es decir: liberal del gallo y del arado. Y apela, naturalmente, como fórmula salvadora para la república y para sus intereses, a la unidad de la oposición, incluyendo a todos los que se manifiestan inconformes o descontentos con el régimen de perdición que preside Grau San Martín. Hasta le hace un guiño a los ortodoxos.

Juntarse, para ganar las elecciones de 1948 y liberar a Cuba del desastre económico, de la guerra civil, de la anarquía política, del caos social: he ahí su consigna. En el lenguaje de Fulgencio Batista, que saqueó el erario público, fomentó la bolsa negra, acorraló a sus opositores, gobernó a su antojo y desorganizó la administración pública, eso significa el aplastamiento de los partidos revolucionarios y la vuelta al predominio castrense, a la **cogioca** desenfrenada, a la persecución, a la cárcel y al crimen. Ese es su concepto del orden, de la paz social y de la democracia. Esa fue su escuela política. Y, también, el altísimo precio que pagamos por conocerlo.

Queda advertido el pueblo cubano. Fulgencio Batista está dispuesto a abandonar su dorado ostracismo, si en las elecciones generales de 1948, capturan,

otra vez, el presupuesto, sus acólitos y escopeteros. Antes dispuso, con soberano desprecio, de vidas y haciendas. Ahora, con más experiencia y olfato, sólo le interesa gobernar tras el trono.

En ese irreprimido afán de mando y riqueza, estriba todo su pudor, todo su bochorno, todo su desengaño. La pretensa catilinaria contra Grau San Martín es un tiro directo contra el movimiento popular que lo llevó a la presidencia de la república y que sigue representando, independientemente de las torpezas, inverecundias y tropelías de su gobierno, el nuevo espíritu que cuajó en la épica contienda contra el Machadato. Esto es lo que primordialmente importa y lo que resulta ineludible denunciar.

Si Grau San Martín pudo ser en 1944 un camino de la revolución, Batista es ya, definitivamente, el camino de la reacción.

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

La herencia del BAGA

La corajuda y promisoro faena de Aureliano Sánchez Arango en el Ministerio de Educación, puesta en memorable discurso bajo la luminosa égida de Enrique José Varona, ha abierto a debate el problema de la enseñanza pública en Cuba. Acontece ello, significativamente, en el año consagrado a rendirle tributo al esclarecido maestro por cumplirse el centenario de su nacimiento. También yo quiero tirar mi cuarto a espadas en ese debate. Soy **profesor nada** de lo que afecta al destino de mi patria me es ajeno. No se trata, como pudieran suponer algunos, de una cuestión académica. Se trata, por el contrario, de una cuestión en la que anda por medio nada menos que el porvenir de la república. Hemos arribado ya al punto crítico. Y ésta es, probablemente, la última oportunidad que nos resta para expulsar definitivamente a los mercaderes del templo y de dirigir la enseñanza por nuevos cauces con el absoluto respaldo de la ciudadanía responsable. No importa que hayan salido al camino los politicastos de oficio, los chupópteros de toda laya y los simuladores de siempre. Son los eternos conjurados del medro en peligro. Hay que batirlos implacablemente.

La mayoría de nuestros educadores han terciado ya en esta contienda en pro del niño, de la juventud, de la cultura y de la dignidad nacional; pero su intervención se ha ceñido, por lo general al mero ámbito de la actualidad. Cumplen, sin duda, una misión necesaria y fecunda. Deben proseguirla contra viento y marea. He preferido,

por formación y temperamento, **retrotraer al pasado, al presente** en función de futuro. No hay vía más segura que esta para esclarecer la génesis, la trayectoria y las consecuencias de los problemas sociales y formular la solución correspondiente. Ha de saberse lo que fue —advirtió sentenciosamente José Martí— porque en lo que fue está lo que es». Creo, en consecuencia, que puede ser útil trazar el proceso de la educación pública en Cuba desde sus propios orígenes hasta nuestros días. Era mi propósito, desde luego, empezar por el principio; pero la aviesa campaña de los turiferarios póstumos del BAGA en defensa de la «política educacional» de José Manuel Alemán, me obliga a ofrecer por anticipado, en dos artículos, la pavorosa realidad con que hubo de enfrentarse Aureliano Sánchez Arango el 10 de octubre de 1948 y el balance de su obra en estos seis meses.

Carlos Prío Socarrás asumió la presidencia circuido de rollos y rodeado de crucigramas por todas partes. Ninguno de los apremiantes y complejos problemas heredados por su gobierno alcanzaba, sin embargo, ni las dramáticas dimensiones, ni la trascendencia nacional, que la situación de bancarrota imperante en la enseñanza. La cubanidad de alquiler, que el 10 de octubre de 1944 se instaló en el tercer piso tremolando demagógicamente el gallardete de la revolución, dejó la república en la pendiente del caos y el Ministerio de Educación convertido en una pocilga. No en balde Alí Babá y los cuarenta ladrones habían envilecido, descocadamente, la dependencia que otrora galvanizara con su saber y enalteciera con su conducta Enrique José Varona.

Nada puntilloso fue Carlos Prío Socarrás en la elección de su primer gabinete. Sobremanera holgado le viene el flus de ministro a varios de sus integrantes. Basta simplemente mirar en torno para percatarse de ello. Tuvo, en cambio, un singular acierto al confiarle a Aureliano Sánchez Arango la suprema rectoría de la instrucción pública. De que se le juzgaba capaz de llevar adelante su declarado propósito de rescatar, fumigar y recrear el Ministerio de Educación abundarían pronto las manifestaciones expresas de cuanto significa y pesa en la docencia cubana. El Consejo Universitario le brindó su sostén, el profesorado secundario su ayuda, el magisterio su adhesión y el pueblo su calor y su fe. No se tiene en vano una ejecutoria revolucionaria como la de Aureliano Sánchez Arango, ni sus sobresalientes títulos de carácter, valentía y talento. Era su propia vida la que lo defendía y amparaba. Era su probada devoción al bien público la que garantizaba su labor futura. De nuevo se repetía el caso de Manuel Sanguily al ocupar la Secretaría de Estado en el gobierno de José Miguel Gómez.

Inmediatamente que tomó posesión del cargo, Aureliano Sánchez Arango echó sobre sí la titánica empresa de limpiar los detritus que rebosaban el Ministerio de Educación, de imprimirle a éste el carácter técnico que la constitución preceptúa, de reconstruir el aparato administrativo y de restablecer los servicios que suprimió, en provecho propio, la codicia desahogada de José Manuel Alemán y su cohorte de paniaguados y pistoleros. No sólo eso. Se aprestó, asimismo, a reformar a fondo la estructura, los métodos y los objetivos de la enseñanza y a dotar a la Dirección de Cultura en el anteproyecto de presupuesto de los recursos y medios indispensables para difundir las luces en toda la isla, mediante el libro, la revista, la conferencia, la exposición, el concierto y la radio. De los frutos cosechados hasta hoy y de la recolección en perspectiva de siembras continuadas hablaré la próxima vez. Ahora veremos, en apretado resumen, el paso arrollador de las huestes de Atila sobre los predios de la enseñanza pública en Cuba.

No es de data reciente en el Ministerio de Educación el incumplimiento de sus funciones, la corrupción administrativa y el arbitrario manejo de los fondos. Ni es tampoco de los últimos tiempos el desbarajuste dominante en el régimen de enseñanza. «Si Cuba no levanta el nivel de su educación —afirmaba Ramiro Guerra en 1922— todos nuestros males públicos se agravarán, viviremos en perpetua crisis y al fin llegaremos a la quiebra y a la liquidación final de las instituciones nacionales». Pero no es menos cierta que la incompetencia, el desorden, la descomposición, el dispendio y el prebendaje introducidos por el grausato en el Ministerio de Educación no tienen paralelo en nuestra historia republicana. En lo que al aspecto puramente administrativo concierne, se batieron todos los records. En el aspecto académico, nunca antes la autoridad profesoral estuvo tan quebrantada, ni la indisciplina estudiantil proliferó tan impunemente. El inciso K, desnaturalizado ya por Fulgencio Batista, fue el instrumento de que se valieron José Manuel Alemán y sus inmediatos antecesores y sucesores para transformar en jugoso lodazal lo que debió ser jardín pulcramente atendido. El soborno, la intimidación, el robo y la botella hicieron su agosto. Nóminas suculentas amamantaron el gangsterismo. El Ministerio de Educación daba la impresión de un lupanar artillado.

Se campeaba allí a título de amigo o de favorito de José Manuel Alemán. Millares de enchufados pululaban, insolentemente, por los pasillos. La burocracia atemorizada esperaba ansiosa, en ocio forzado, la hora de irse. No había control alguno para conocer los gastos y créditos del departamento. Se tramitaban las cuentas a base de atracos. En el Negociado de Pagaduría —según investigación practicada por Aureliano Sánchez Arango— «habían desaparecido los libros, los

comprobantes de pago, las matrices de cheques y otros documentos, existiendo sólo los archivos llenos de cuentas pendientes de pago, amarradas en montones, sin orden ni cuidado alguno». Los datos aportados por esa investigación constituyen el más rotundo mentís a las idílicas acuarelas pintadas en los capítulos, pretensamente azules, de un negro relato **de** Tartufo no vacilaría en suscribir. Los libros registros de entrada y salida del Ministerio «llevábanse en forma anómala y desordenada, existiendo frecuentes enmiendas y raspaduras; el tarjetero de empleados utilizado por el **Negociado** **o** e Personal y Bienes había desaparecido; el almacén y los talleres del Ministerio no funcionaban en lo absoluto, encontrándose en el mayor abandono; el Negociado de Estadística no rendía labor alguna, contentándose con hacer breves compilaciones; gran parte de los archivos de las Escuelas Politécnicas desaparecieron sin que en esa fecha hubiera comenzado el curso en Ceiba del Agua; la Escuela José Martí permanecía cerrada desde hacía dos años; la Dirección de Cultura permanecía en completa inercia, y no ejercía sus funciones la Dirección de Enseñanza ni la Jefatura de Sección de Enseñanza Superior y Especiales».

Frecuentes eran los nombramientos falsos y las cesantías sin nombramientos. Hubo una persona que recibió tres nombramientos distintos. Se mantenía, en total desatención, el estado desastroso de las casas escuelas. Los créditos de material escolar iban, directamente, al bolsillo de los encargados de distribuirlos. Pupitres, libretas y lápices se trasmutaban, mágicamente, en fincas suntuosas, en palacios aladinescos y en autos charolados. El ayuno escolar fue el desayuno diario de la voracidad desmandada. Los desahucios se multiplicaban a granel. En Palma Soriano el pueblo se amotinó y hubo una protesta general en contra del lanzamiento de una escuela pública. Se nombraron cientos de «inspectores» para fiscalizar a los maestros públicos. Dos de estos «inspectores» fueron designados en un barrio de Santiago de Cuba que tenía una sola escuela con un solo maestro. El parque deportivo José Martí —modelo en su tipo— se entregó, deliberadamente, a los estragos de la maleza y su piscina dedicada a vivero de peces. Se malversaron, a plena luz del día, los créditos de la Escuela Normal Rural y de los hogares infantiles campesinos. Ni Grau San Martín, ni José Manuel Alemán, dieron oídas a ese escandaloso estado de cosas, que suscitó la repulsa popular, la protesta del estudiantado consciente y la denuncia reiterada de parte de la prensa. El jerarca del BAGA tenía mayor valimiento con el presidente de la república que un señor de horca y cuchillo con Carlomagno.

No puede ser más sombrío el panorama de la enseñanza en este infausto período. El porcentaje de analfabetismo en Cuba alcanza hoy proporciones

aterradoras. Necesidad imperativa fue siempre la fundación de escuelas y la creación de plazas. El gobierno de Grau San Martín fabricó numerosas escuelas y aumentó notablemente el número de maestros; pero, de las 628 escuelas construidas con cargo al diferencial azucarero, solo 37 estaban emplazadas en parajes donde hacían falta. Las 591 restantes se situaron arbitrariamente, con fines, por lo común, de propaganda politiquera. No interesaba, en ningún caso, la atención a las verdaderas necesidades de la población escolar. Vastas zonas campesinas, urgidas de escuelas, quedaron a merced de la ignorancia, la miseria y el parasitismo. El costo nominal de las escuelas rurales construidas fue de \$12,000 por unidad. Su costo real no debe sobrepasar de la tercera parte de esa suma.

Imperaba, a todo trapo, el sistema de libre nombramiento en el magisterio. El número de concursantes a las oposiciones se vio reducido, por tal motivo, al 13 por ciento del total de opositores en años anteriores. En cinco meses, fueron designados libremente más de mil maestros. Se destinaban a las enseñanzas especiales el 72 por ciento; el 28 por ciento a la enseñanza común. Fueron enchuchados casi todos en los distritos urbanos. Según el censo efectuado por el ejército en 1946, 1,220 fincas permanecían sin escuelas, y de sus pobladores 54,416 niños sin enseñanza. La violación del reglamento de instrucción primaria se erigió en norma. Se desconocían y burlaban los derechos del maestro de escalafón, se engavetaban los recursos de alzada fallados por el poder ejecutivo, se distribuían nombramientos apócrifos y se vendían aulas en pública subasta. En tanto se despilfarraban \$67.000,000, brillaban por su ausencia el material de trabajo, el desayuno escolar y el pago de los alquileres. Se les burlaba sus haberes a más de 3,000 conserjes. No tramitaba un solo expediente la Comisión de Retiro. Excepto las escuelas rurales, la mayoría de los edificios escolares quedaron sin concluir. Los créditos para equipar el Instituto de la Víbora y la Escuela Normal de Matanzas se esfumaron como bruma mañanera al latigazo del sol.

En numerosas escuelas, los maestros de enseñanzas especiales sobrepasaban, considerablemente, el número de maestros de enseñanza común, viéndose estos impedidos de cumplir el normal desarrollo del programa. La cantidad total de maestros existentes el 31 de mayo de 1948 ascendía a 22,634. De esa cantidad, sólo 14,127 pertenecían a la enseñanza común. Entre junio y octubre de 1948, durante el tristemente célebre albur de arranque, se nombraron 119 maestros de kindergarten, 367 de enseñanza común y 829 de enseñanzas especiales. El número de inspectores provinciales de enseñanza común, de inspectores de distritos auxiliares, de inspectores de enseñanzas especiales y de inspectores generales ascendía,

respectivamente, en vísperas del cambio de poderes, a 35, 300, 494 y 11. Detrás de esas cifras el fango chorrea a borbotones.

En las escuelas especiales, el nivel de enseñanza descendió a extremos increíbles. Su profesorado, en gran parte, era hijo del favoritismo y de la politiquería y su incompetencia corría pareja con su genealogía. Baste recordar que una profesora de la Escuela Normal de Kindergarten de Santiago de Cuba y otra de la Escuela del Hogar de la propia ciudad fueron desaprobadas en los exámenes de ingreso en la Facultad de Pedagogía de la Universidad de Oriente —ya lo habían sido en la Universidad de La Habana— por atentados a la gramática y carencia absoluta de preparación. Y, tampoco debe olvidarse a un estudiante de la Escuela Superior de Artes y Oficios de Santiago de Cuba que pasó a ser alumno de sí mismo, al autodesignarse profesor a título de «líder de la juventud». ¡Oh manes de Julio Antonio Mella, de Rafael Trejo y de Ramiro Valdés Daussá!

De las denominadas escuelas politécnicas, «especialmente» atendidas por José Manuel Alemán, podría escribirse un capítulo digno de la picaresca española. Es la farsa más descomunal que se haya montado en el trópico. Nadie sabe, a ciencia cierta, el resultado de esa enseñanza ni los objetivos que perseguía. Lo único que se supo siempre fue que sus créditos se tragaron a fauces abiertas y que fueron escándalo impar en punto a profesorado, disciplina y aprendizaje. La Escuela Técnica Industrial de Rancho Boyeros constituye excepción. Funcionó con regularidad y fue objeto de particulares predilecciones. La fundó Gerardo Machado y ostenta el nombre de General José B. Alemán.

Aun más dramático y sublevante es el cuadro ofrecido por la enseñanza secundaria. La mayoría de los actuales institutos arrastran el pecado de su origen espúreo. Fueron improvisados por Fulgencio Batista en 1937 a fin de recompensar a la legión de traidores y oportunistas que se habían plegado, servilmente, a sus exigencias después de la huelga de marzo. Estos planteles, creados sin edificios propios, sin profesorado idóneo y sin material docente fueron caldo de cultivo de la incompetencia, la corrupción y la algarada. Durante el gobierno de Grau San Martín, el sistema de la libre designación establecido por Batista llegó a su apogeo. Hubo un instituto con 160 alumnos y una nómina de 110 profesores y 105 empleados. Como el promedio de sueldos es de \$150, puede calcularse que cada uno de los bachilleres graduados le costó al Estado alrededor de \$25,000.

La distribución del profesorado en los planteles secundarios, jamás se ajustó a un estudio estadístico de las necesidades regionales, ni a razones de competencia o de antigüedad. Siempre la palanca decidió la designación, el traslado o el ascenso.

Las disposiciones inconsultas, disparatadas o perjudiciales, dictadas por presión del alumnado o para satisfacer las apetencias de camajanes, fueron innúmeras. En varios institutos, la plétora profesoral obligó a repartir el trabajo en dos períodos durante el curso a fin de que se pudieran cumplir las tres horas semanales de labor. Situaciones agudas se promovieron, por esta causa, en los institutos de Marianao, del Vedado y de La Víbora y en la Escuela Normal de La Habana. Ni que decir tiene, que los planteles secundarios más abarrotados eran los de la capital de la república o de sus aledaños. Los institutos anteriormente mencionados tenían más de cien profesores cada uno. El de Santiago de Cuba, con 2,300 alumnos, contaba sólo con 50. Y, para completar el cuadro, añádase a lo dicho la expedición de certificados de octavo grado para ingresar sin examen en el bachillerato; el pernicioso sistema de copias, folletos o libros impuestos por profesores de pacotilla, las deficiencias fundamentales de los planes de estudio, el anacronismo de los métodos de enseñanza, la falsificación de títulos, la indisciplina estudiantil y la quiebra de la autoridad profesoral. Estos dos últimos extremos merecen tratamiento aparte.

No hubo perturbación más grave y profunda en la vida docente cubana que durante la regencia, ya directa, ora por control remoto, de José Manuel Alemán. En época de sus inmediatos antecesores, el Ministerio desconoció, sistemáticamente, la autoridad de directores, claustros y profesores hasta reducirla al escarnio; pero fue bajo el imperio mefítico del BAGA que los bonchistas hicieron la zafra, se **hojó** a toda hora la dignidad de los centros docentes y se pisoteó sin tapujos la legislación escolar. Los jefes de la piratería estudiantil gozaban de más influencia y consideración en el Ministerio que los directores y profesores. Las decisiones de los consejos de disciplina se revocaban a la simple petición de los propios sancionados o se dejaban sin efecto a capricho del ministro. Se sucedían en toda la isla, sin consecuencia alguna, las huelgas y la toma de planteles. Papel mojado eran los acuerdos de los claustros. Era la hora áurea del bravucón, del granuja y del ignaro, que se proyectaría con reverberaciones sangrientas en la Universidad de La Habana.

Ningún ejemplo más ilustrativo, como compendio y culminación de este cúmulo de inverecundias, que lo acaecido en el Instituto de Holguín. Un grupito de facciosos, acaudillado por un pescador profesional de río revuelto, declaró un paro absolutamente injustificado e inmoral so pretexto de la «severidad» de ciertos exámenes y la negativa de algunos profesores a someterse a su arbitrio. Como el claustro rechazara tajantemente, las exigencias y coacciones de que fue objeto por parte de los revoltosos, éstos se apoderaron del edificio y cometieron desmanes de todo género. Las «demandas» se aumentaron hasta incluir la destitución de la

directora, el vicedirector, el secretario y dos profesores de matemáticas. El Ministerio envió a Holguín a los inspectores de segunda enseñanza Pedro Cañas Abril, Emilio Legañoa y Francisco Souto. Su informe fue favorable a las autoridades del plantel y recomendaron el pleno respaldo a quienes eran víctimas de un miserable complot. El Ministerio designó entonces al profesor Aníbal Rodríguez como delegado en el Instituto de Holguín, al objeto de intentar una conciliación entre las partes en conflicto. No le fue posible conseguirla, dada la actitud hostil del alumnado, al cual se enfrentaría sin vacilaciones, recomendando igualmente en su informe el apoyo a las autoridades del Instituto y al claustro de profesores. El plantel fue al cabo restituído por el ejército a la directora, María del Carmen Núñez Berro, que dispuso en seguida la reanudación de las clases. Inconcebible resulta el estado en que fue encontrado el local al desalojarlo aquel tropel de energúmenos: el mobiliario destrozado, las aulas mancilladas por heces fecales, el pizarrón del aula magna repleto de dibujos pornográficos y de frases obscenas. De todo eso se tomaron fotografías y se levantó acta notarial. Pero al renunciar Carlos Arazoza y sustituirlo Miguel Angel de la Guardia, el Ministerio, que aparentemente respaldaba al profesorado de Holguín, hizo causa común con los perturbadores, satisfizo todas sus «reivindicaciones» y entregó el instituto a un profesorcillo desprestigiado y venal. Se premiaba, una vez más, la desvergüenza y la incapacidad. Los profesores que arrostraron virilmente las embestidas del gangsterismo estudiantil fueron destituidos, cesanteados o trasladados a otros planteles.

No todo, afortunadamente, estaba podrido en Dinamarca. En manifiesto contraste con esta ola de inepticias, inmoralidades y tropelías, se forman promociones de jóvenes afanosos y descuella una pléyade de profesores, provenientes en su mayoría de la generación revolucionaria, que honraron la cátedra y sirvieron la causa de la cultura. Esta constelación de jóvenes sólidamente preparados, no sólo luchó a brazo partido para rescatar el decoro de la enseñanza, sino que rindió al par una fructuosa labor académica. Incluso arriesgando a veces la vida, estos profesores tuvieron tiempo y sosiego para escribir libros, realizar investigaciones y publicar monografías que sitúan a Cuba entre los pueblos de nuestra América de más rica y valiosa producción en materia didáctica. Los textos de matemáticas editados por Ignacio Fiterre y Sócrates Rosell han sido cálidamente encomiados en los centros escolares del extranjero. Los libros de geografía y psicología publicados por Leví Marrero y José María Velásquez figuran como textos en Puerto Rico y en Centro y Sur América. También se ha distinguido, por sus aportes a la bibliografía didáctica, Carlos González Palacios, Gustavo Torroella, Aníbal Rodríguez, Manuel J. Gayol,

Anélica Santana, Fernando Portuondo, Raúl Gutiérrez Serrano y Mercedes, Rosaura y Ernesto García Tudurí. En Universidades extranjeras, han laborado proficuamente Antonio Hernández Travieso, Gerardo Canet, Isabel Iglesias y Humberto Piñera. Carlos Alfara, Pedro Cañas Abril y Julio César Torras se llevan las palmas en la investigación de las irregularidades cometidas en distintos planteles y Dulce María Escalona, Leví Marrero, María del Carmen Núñez Berro, Ignacio Fiterre y Carlos Salomón como directores. No cabe duda que un profesorado capaz de dedicarse por entero a sus tareas, en medio de las dificultades, inquietudes y agresiones a que fue sometido, está en óptimas condiciones para contribuir, decisivamente, a la victoria en la batalla por la educación pública en Cuba. Ni los estudiantes verdaderos; ni los padres de familia, serán remisos a ocupar el puesto de vanguardia que les corresponde.

Aureliano Sánchez Arango recibió, hizo ahora seis meses, la herencia putrefacta del BAGA. Ni administrativa, ni técnicamente, era un Ministerio lo que se ponía en sus manos, era una sentina. El intrusismo invadía el magisterio. La enseñanza secundaria presagiaba tormenta. Ni señales de vida daba el Estado en el terreno de la cultura. Derruidas las casas escuelas, exhaustos los almacenes, suprimido el desayuno escolar, el pistolero atrincherado detrás de los cheques, la administración descoyuntada, la niñez abandonada a su propia suerte. No había otra alternativa que virar resueltamente al revés el podrido y desvencijado armatoste y reconstruirlo de nuevo desde los cimientos a la cúpula. Pero, ya la vibrante clarinada de Aureliano Sánchez Arango denunciando el comercio de aulas y la venta de cargos y el apoyo visible de la opinión pública, del magisterio incontaminado y del profesorado honesto y competente anunciaban el advenimiento de tiempos mejores.

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

El rescate de la cueva

De las vacilaciones, torpezas, yerros y excesos que ha ido acumulando el gobierno de Carlos Prío Socarrás nadie pudo llamarse a engaño desde el instante mismo en que fue designado su primer gabinete. Tampoco de los aciertos y logros que pudieran apuntarse. Cabía prever las consecuencias, en cada caso, con matemática exactitud. Nunca el ñame ha producido mameyes. Siempre el peral ha dado peras. La fecunda y denodada labor de Aureliano Sánchez Arango en el Ministerio de Educación verifica, cumplidamente, lo dicho.

No se equivocó Prío al confiarle la suprema rectoría de esa dependencia. Ingentes y apremiantes eran los problemas que heredaba el nuevo gobierno. Ninguno alcanzaba, sin embargo, como ya subrayé en mi artículo La herencia del BAGA, ni las dramáticas dimensiones ni la trascendencia nacional que la situación de bancarrota imperante en la enseñanza. Había que expulsar a los mercaderes del templo y virarlo todo al revés. Esta empresa titánica demandaba un hombre de voluntad férrea, carácter diamantino, capacidad relevante y coraje a toda prueba. Un hombre, en suma, que nada tuviera de común con la procesión de farsantes que ha desfilado por el Ministerio de Educación, ni responsabilidad alguna en las inverecundias, excrecencias y tropelías del grausato.

Nada evidenció más claramente el tino de Prío que la toma de posesión de Aureliano Sánchez Arango. Se lanzaran truculentos rumores para aguarle la fiesta al nuevo ministro. Ninguno de esos augurios tuvo eficacia. Allí acudieron, en avalancha, los profesores competentes, los escritores sin miedo, los revolucionarios honrados, los compañeros de antaño, los amigos de siempre. Vi a gentes que hacía años se había esfumado de mi vista. Gente que convivió con nosotros en el Castillo del Príncipe, en la fortaleza de la Cabaña y en el Presidio Modelo. Y pueblo, pueblo anónimo, que iba a mostrarle su simpatía a quien no se arredró ante los pistoleros de José Manuel Alemán, que tomaba posesión de su cargo a pecho descubierto, que estaba decidido a coger al toro por las astas y no esgrimía otra arma que su fuerza moral. Aquello no se parecía a los velorios de paniaguados que suelen ser, entre nosotros, los trámites de circunstancias. La apretujada y febril muchedumbre que escuchó las claras, viriles y promisorias palabras de Aureliano Sánchez Arango en el hemicycleo, le infundieron al acto singular resonancia y simbólico significado. No en balde Aureliano Sánchez Arango era un revolucionario ejemplar y un profesor intachable y no en balde había proclamado bajo la égida luminosa de Enrique José Varona: «Estoy dispuesto a enfrentarme a cada instante a cuantos han conspirado y conspiran contra la moral y la cultura. Vengo a esta gestión para exaltar las mejores calidades del niño y del joven cubanos, no para deprimirlas; a enseñar, a educar y a galvanizar las fuerzas morales y cívicas, no a impulsar o favorecer la estulticia, ni a glorificar el desenfreno de los apetitos, ni a reverenciar la mediocridad y la impudicia. Rebajar los valores esenciales del espíritu es llevar a los pueblos, por senderos oscuros, a la pérdida de la libertad. Deprimir es aquí preparar el imperio de la opresión».

Aureliano Sánchez Arango se dio a la tarea inmediatamente que tomó posesión del cargo. Había que fumigar y reconstruir de consuno. Miles de

prebendas, de nombramientos apócrifos y de plazas subastadas reclamaban la poda implacable. No se podía contemporizar, ni hacer concesiones, sin traicionar el espíritu mismo de la cruzada emprendida. El estado caótico que ofrecían las distintas dependencias del Ministerio requería un tratamiento de urgencia y una reorganización acorde con la amplitud y complejidad de las funciones que le venían atribuidas por la constitución y las leyes. Barrer la podre que inficionaba la cueva del BAGA le costó a Aureliano Sánchez Arango comparecer ante el Senado. Macizo de fondo y tajante de estilo fue su informe. No vaciló un solo momento ante las amenazas y vociferaciones de los piratas de la enseñanza. La limpieza se hizo. Se expulsaron de las nóminas a los comecandelas, se suprimieron los sueldos fantasmas, se dejaron sin efecto los nombramientos del albur de arranque. La ciudadanía responsable aplaudió cálidamente la medida y el magisterio empezó a sentirse garantizado en sus legítimos derechos.

En el orden administrativo, la reorganización abarcó desde los cimientos a la cúspide. Se dotó el departamento, en consonancia con las disposiciones de la carta fundamental, de una Subsecretaría de carácter técnico, con la consiguiente redistribución de funciones y la creación de nuevas oficinas. La reorganización administrativa incluida en el anteproyecto de presupuestos comporta reformas esenciales, a tono con las finalidades propias del Ministerio y el incremento y extensión de sus actividades. El Negociado de Presupuestos y Cuentas se eleva a la categoría de Dirección con dos secciones y sus respectivos Negociados. A fin de ejercer un riguroso control de todos los pagos, de reducir los gastos administrativos de las Escuelas Politécnicas y de facilitar el cobro de haberes a los profesores, funcionarios y empleados del interior de la isla, se crea una Pagaduría Central. El Negociado de Estadística adquiere el rango que técnicamente le corresponde y se le dota de un moderno equipo de tabulación y clasificación de datos que le permitirá disponer de una información fidedigna del movimiento escolar y del desenvolvimiento administrativo del Ministerio. Las dos Subsecretarías se organizan sobre el plano de la unidad de propósitos de la dual estructura. Las Direcciones de Enseñanza y Escuelas Politécnicas y las de Administración y Contabilidad quedan adscriptas, respectivamente, a la Subsecretaría Técnica y a la Subsecretaría Administrativa. La Dirección de Administración tiene una función coordinadora entre los Negociados de Personal y Bienes, Almacén y Efectos Escolares, Registros y Archivos, Custodia y Limpieza y Suministros. Este último Negociado, de nueva creación, queda encargado de la adquisición de todo el material del Ministerio y sus

dependencias, mediante pulcros y adecuados procedimientos que han rendido ya visibles frutos en estos seis meses.

Ninguno de estos nuevos servicios afectan económicamente las atenciones docentes, académicas o culturales del Ministerio. Basta decir que las transformaciones operadas en el aparato administrativo ascienden, por una parte, a \$10,000 más de lo que tiene asignado hasta la fecha y, por la otra, disminuyen en \$73,000 el costo de los Negociados incluidos en la Dirección de Administración, lo que permite crear, sin gravamen alguno, la Dirección de Contabilidad. Aun más. Desde octubre de 1948, el Ministerio viene ahorrándole mensualmente al tesoro de la nación la respetable suma de \$953,000. Jamás se ha laborado tan intensamente en el Ministerio como en estos seis meses. Testigo he sido de jornadas de sol a sol. Ningún funcionario devenga un centavo extra por esta abrumadora tarea. Ni una sola persona figura hoy en comisión a las órdenes del Ministro. Los empleados fantasmas han desaparecido definitivamente bajo las horcas caudinas de la ficha dactiloscópica. Si hay algún botellero clandestino, la responsabilidad incumbe, exclusivamente, a quienes certifican sus servicios incumpliendo sus deberes. Se acabaron las filtraciones, las canonjías y los negocios. La Comisión de Compra y Subasta, integrada por Salvador Vilaseca, Ignacio Fiterre, Fernando González, Felipe Donate y René Hernández Vila, es máxima prenda de garantía. Basta advertirlo en el crédito que goza actualmente el Ministerio en las esferas comerciales. La honestidad administrativa trompeteada por Carlos Prío en su propaganda electoral es blasón singular de Aureliano Sánchez Arango y debe exaltarse, a toda hora, para sonrojo de quienes la propugnan demagógicamente de labios afuera.

Las medidas adoptadas en el campo de la enseñanza demuestran, inequívocamente, que un nuevo espíritu rige hoy la política educacional de la república. Se han anulado todos los nombramientos de maestros e inspectores efectuados entre junio y octubre de 1948 sin cumplir los requisitos legales. Los maestros sustitutos e interinos indebidamente promovidos en este período fueron reintegrados a las plazas que anteriormente desempeñaban. Aureliano Sánchez Arango renunció expresamente a realizar ningún nombramiento libre en la docencia. Las designaciones de maestros e inspectores se han realizado de acuerdo con el Reglamento General de Instrucción Primaria. Sólo tienen derecho a ocupar las plazas vacantes o de nueva creación los maestros de escalafón. No se ha producido ningún traslado de una escuela rural a una urbana sin llenarse los requisitos reglamentarios, ni se han concedido licencias o comisiones a maestros rurales sin

previo cumplimiento de lo dispuesto en la ley. Se está confeccionando el censo escolar. Numerosas aulas rurales, a un ritmo de ocho a diez por semana, se han ido creando de acuerdo con las necesidades del paraje y mediante los trámites de rigor. Se han establecido gratificaciones extraordinarias para los maestros rurales que residan en los lugares en que enseñan. Las designaciones de alumnos eminentes en las Escuelas Normales, del Hogar y de Kindergarten se han reglamentado debidamente. El sistema de oposiciones se ha modificado agregándose una prueba escrita y disponiéndose que se efectúen por Distritos de Inspección, a fin de que los aspirantes estén vinculados al sitio en que han de trabajar. Los cargos de inspectores de todas las categorías y enseñanzas, que vaquen o sean creados, se cubrirán por oposición en unos casos y por concurso en otros. Se ha regulado el sistema para cubrir las plazas vacantes de auxiliares de kindergarten y establecido rigurosamente un régimen de escalafón para las auxiliares en ejercicio.

Las deficiencias de material escolar —crónica tragedia de la enseñanza cubana— se han suplido, en parte, mediante un crédito de \$250,000. La supervisión y fiscalización de las inspecciones ha quedado sometida a la Oficina del Centro Técnico de Inspecciones creada a esos efectos. Se ha sustituido el tradicional desfile escolar del 28 de enero por actos en concordancia con la resistencia física de la niñez y el pensamiento de José Martí. La organización del Negociado de Dietética marca un señalado paso de avance en la materia. No se ha podido aún restablecer el desayuno y merienda escolares en todos los ámbitos de la república; pero están ya distribuyéndose 109,984 raciones diarias entre 4,446 escuelas. La Comisión Técnica para la reforma de la enseñanza primaria ha concluido ya y elevado a la superioridad un completo análisis de las deficiencias y vicios que la adulteran y lastran. También han elaborado su informe los técnicos designados para estudiar las reformas de las Escuelas Primarias Superiores. La fiscalización del funcionamiento, nivel técnico y orientación de las escuelas privadas se ha venido efectuando asidua y celosamente.

Parejos resultados se han obtenido en la enseñanza secundaria. La disciplina estudiantil y la autoridad profesoral, resquebrajadas medularmente en los últimos años, han sido restablecidas en todos los planteles de la Isla. No se han tolerado violencias de ninguna clase. Las peticiones de los alumnos son recibidas por conducto reglamentario y resueltas con insobornable espíritu de justicia. Directores, profesores y claustros han tenido el pleno respaldo del Ministerio en el ejercicio de sus funciones. El Instituto de Holguín —otrora el más abominable baldón de la docencia cubana— ha vuelto a recobrar su prestigio y desenvuelve hoy normalmente sus labores, gracias a la eficaz cooperación de los profesores Carlos

Alfara y Julio César Torras. Se ha creado la Comisión Nacional de Psicometría y Orientación Vocacional para la segunda enseñanza. Esta Comisión, integrada por profesores secundarios y asesorada por profesores universitarios, tiene a su cargo las investigaciones y mediciones de inteligencia, el diagnóstico de aprovechamiento y dificultades del aprendizaje, la orientación vocacional y el examen de la personalidad de los estudiantes de todos los centros secundarios de enseñanza.

Se ha modificado el reglamento general de los Institutos y se han introducido reformas parciales en la Escuela de Periodismo. El reglamento para cubrir por concurso-oposición todas las cátedras vacantes o de nueva creación está ya concluido y están confeccionándose los escalafones del profesorado. Se estudia incluso la posibilidad de convocar a concurso-oposición todas las plazas proveídas por mero nombramiento. La Comisión Técnica de reformas de la segunda enseñanza, compuesta por la más granada representación del profesorado secundario, acaba de elevar un acucioso y documentado informe a Aureliano Sánchez Arango proponiendo un amplio plan, enderezado a transformar, radicalmente, las bases, los métodos y los objetivos de la enseñanza con una visión dinámica de los intereses y aptitudes del alumno, las necesidades de una educación al servicio de la nacionalidad y las exigencias científicas y pedagógicas. Se han recogido las directrices cardinales y los aportes positivos de Enrique José Varona, superando los anacronismos y limitaciones de su ya histórica reforma.

La enseñanza politécnica ha sido puesta por primera vez en marcha hacia sus verdaderos objetivos. Ya funcionan el Centro Politécnico superior de Ceiba del Agua y la Escuela José Martí de Rancho Boyeros, que permaneció clausurada durante dos cursos. Se ha reajustado la plantilla de la Dirección, se ha suprimido el personal docente superfluo y se han otorgado 1,200 becas más sin que hayan aumentado las cantidades consignadas a esas atenciones. De acuerdo con los informes de la Comisión designada para la reforma de la enseñanza politécnica, se han dispuesto ya de los créditos para adquirir los instrumentos, útiles y maquinaria necesarios a fin de transformar la Escuela José Martí, la de Matanzas, la de Las Villas y la de Holguín en verdaderos centros vocacionales. La restauración del Parque Infantil José Martí se ha iniciado ya sin necesidad de gastos extraordinarios. El próximo curso reanudarán su funcionamiento los Hogares Infantiles.

La Comisión Nacional de Educación Física ha sido reorganizada, previa depuración del profesorado y de las irregularidades cometidas. Nueva estructura se le ha dado al Instituto Nacional de Educación Física. Se edita, mensualmente, la Revista de Información Científica y Pedagógica, destinada al profesorado de edu-

cación física. Cuarenta mil niños y adolescentes están participando en los primeros juegos deportivos nacionales, inaugurados el pasado 24 de abril con un desfile atlético frente al capitolio. Las competencias culminarán el próximo mes de junio en esta ciudad.

La antorcha del maratón martiano avanza ya hacia la provincia de Oriente portada por jóvenes corredores. Una gran oportunidad se le ofrece a Aureliano Sánchez Arango con motivo de la suspensión del Tercer Congreso Panamericano de Educación Física que debía efectuarse en Lima. La turbulenta situación política del Perú, sometido a los rigores brutales de una dictadura militar de típico estilo fascista, obligó a adoptar ese acuerdo. No hace aún muchos días que la Oficina Permanente de dichos Congresos, radicada en Montevideo, propuso a La Habana como posible sede del Tercer Congreso. El Ministerio de Educación, que está vivamente interesado en encauzar por nuevos rumbos la educación nacional, debe recoger esa propuesta y arbitrar los recursos necesarios a fin de que ese importante evento se celebre en nuestra capital.

La Universidad de Oriente, oficialmente reconocida por un acuerdo del Consejo de Ministros, ha sido eficazmente ayudada por el Ministerio de Educación, que ha intervenido en su reorganización provisional dictando los estatutos que habrán de regirla hasta que el Congreso apruebe la ley correspondiente que establezca y garantice su régimen de enseñanza, su dotación económica y su autonomía docente y administrativa. Elías Entralgo, José Manuel Gutiérrez y yo participamos en esa labor como representantes de la Universidad de la Habana, conjuntamente con Felipe Salcines, Pedro Cañas Abril y Felipe Martínez Arango, figuras destacadas de la nueva y pujante institución, llamada a los más altos destinos por maternidad y a la creación de nuevas escuelas. A \$468,19 asciende la consignación fijada para la creación de cuatrocientas aulas en el próximo curso. En cuanto a la atención del magisterio tres consignaciones nuevas aparecen en el anteproyecto de presupuestos: una para abonar las gratificaciones que reglamentariamente deben percibir los directores con aula: y sin aula por su labor de supervisión; otra para restituir al magisterio el sobre sueldo por cinco y diez años de servicios que una ley de la república estableció y se ha venido incumpliendo; y, finalmente, una cantidad inicial para establecer la gratificación a los maestros rurales residentes en lugares apartados de difícil acceso, como el más eficaz estímulo para lograr su vinculación y arraigo en el medio campesino. Las plazas de maestros de enseñanza común, de enseñanzas especiales y de kindergartens

incluidas en el anteproyecto de presupuestos ascienden a 22,759. No se suprime, pues, ni una sola de las existentes en la enseñanza primaria.

Los inspectores quedan distribuidos de acuerdo con las necesidades de los distintos tipos de enseñanzas, escuelas y maestros. No se ha seguido otro criterio que el puramente técnico y, en todo caso, las excedencias propuestas se ajustan a lo dispuesto en el Reglamento General de la Instrucción Primaria. En la enseñanza común, habrá un inspector por cada 70 maestros y en las enseñanzas especiales uno por cada 45 maestros de kindergarten, por cada 86 de artes manuales, por cada 35 de música y por cada 7 de educación física. La totalidad de las excedencias, en la enseñanza común, alcanza a 30 inspectores y a 251 en las enseñanzas especiales. No resulta ocioso añadir que en música y en educación física había un promedio de un inspector por cada dos maestros y a veces por uno, en justa correspondencia con la descocada política de distribución del peculado, puesta en vigor, a bombo y platillo, por Ramón Grau San Martín.

Igualmente considerables son las consignaciones de material para los centros secundarios. En los Institutos se eleva a \$67,000, en las Escuelas del Hogar a \$36,000, en las Escuelas Especiales (Artes y Oficios, Escuelas Técnicas Industriales) a \$229,072, en las Escuelas Profesionales de Comercio, a \$47,470 y en las Escuelas Normales a \$32,650. Es absolutamente falso que se supriman los cursos nocturnos que han venido funcionando en los Institutos. Los fondos para su sostenimiento aparecen, expresamente consignados, en el anteproyecto de presupuestos. No son ajenos al propalado infundio de algunos profesores que aún siguen los dictados del BAGA y grupos estudiantiles que aspiran estentóreamente a estudiar cada vez menos, en nombre de una tradición que ignoran y mancillan. Las Escuelas Profesionales de Comercio, sitas en las cuencas lecheras de Sancti Spíritus y Bayamo, son particularmente atendidas y orientadas sus enseñanzas en el sentido de cooperar a la organización más cabal y al más amplio desarrollo de las actividades agrícolas e industriales de esas zonas ganaderas.

A las actividades culturales se les presta, por primera vez, la debida atención económica. La Dirección de Cultura ha solido ser, desde su fundación, la cenicienta del Ministerio de Educación. Mucho antes de que José Manuel Alemán convirtiera esa dependencia en la cloaca de la república ya habían sido proscritos los valores del espíritu. Aureliano Sánchez Arango ha puesto las cosas en su verdadero sitio. En el anteproyecto de presupuestos se asignan \$300,000 al capítulo de subvenciones y dotaciones. El Archivo, la Biblioteca y el Museo Nacionales dispondrán ahora de \$20,000 cada uno para cubrir sus primordiales necesidades. Se consigna la suma de

\$160,000 para el sostenimiento de los becarios del Ministerio. Y para la organización de actos culturales, otorgamiento de premios, publicaciones de libros, exposiciones de pintura y escultura, concursos literarios, musicales, científicos y periodísticos, que antes contaban con dotaciones mezquinas o carecían totalmente de ellas, se fija en el anteproyecto de presupuestos un cuarto de millón de pesos. No debía Aureliano Sánchez Arango dejar de la mano la creación de una Escuela Libre de Pintura y Escultura, que es ya urgencia inaplazable del alto coeficiente de madurez a que han llegado las artes plásticas en Cuba. Ni su anunciado proyecto de fundar un Instituto de Investigaciones Científicas y Altos Estudios.

Esta es, en apretado resumen, la gigantesca labor desarrollada por Aureliano Sánchez Arango en el Ministerio de Educación durante los seis meses que acaban de transcurrir. Solo mediante el esfuerzo constante y creciente y la más absoluta probidad, ha podido lograrse el cambio radical de estructura y de orientación que se observa ahora en esa vasta y compleja dependencia. Aureliano Sánchez Arango ha ofrendado sus mejores energías a esa faena. Fecunda ha sido la siembra y ubérrima será la cosecha.

El Ministerio de Educación prefigura lo que pudieran ser los restantes si tuvieran al frente hombres de la voluntad tesonera, de la irreprochable conducta y del claro talento de Aureliano Sánchez Arango. No de otro modo se explica el puro oxígeno que hoy se respira en lo que fue una sentina hasta el 10 de octubre de 1948. El esforzado núcleo de colaboradores, que echó rodilla en tierra junto a él, sabe que está lidiando por la niñez, por la cultura y por un porvenir mejor. Me honra sobremedera haberme ligado entrañablemente a ese noble empeño, que lleva adelante, contra viento y marea, entre asechanzas e insidias, un compañero de los días heroicos que permanece limpio de pies a cabeza y puede invocar sin remordimientos a Julio Antonio Mella, a Rafael Trejo, a Antonio Guiteras y a Pablo de la Torriente Brau. Gran risa me dan los apostolitos de gabinete que han optado por presenciar este bizarro y reconfortante espectáculo desde el florido ventanal de sus jugosas ocupaciones. Y, solo desprecio, los que se han erigido un pedestal político clamoreando reformas docentes que jamás sintieron ni quieren.

No es agrediendo a la soberanía de la conciencia, ni aherrojando a sus adversarios, ni reviviendo instituciones odiosas como se conquista el respaldo popular y se restaura el imperio del orden democrático, en grave trance por la impunidad del gangsterismo y la crisis de autoridad. Camino equivocado y sumamente alarmante está tomando el gobierno con estas inconsultas y arbitrarias medidas, que afectan a la sustancia misma del régimen de libertades establecido y

garantizado en la constitución. Tiempo es aún de recoger velas y seguir la ruta de trabajo, responsabilidad y decoro, trazada por Aureliano Sánchez Arango en el Ministerio de Educación. De otra suerte, no le arriendo las ganancias a Carlos Prío ~ al Partido Revolucionario. Cubano. El futuro será de los que breguen por el presente sin complicidades con el pasado. No pertenezco a ningún partido político, ni es mi oficio la oposición sistemática. Es una sincera advertencia al presidente de la república.

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

La Isla de los empleados públicos

Medio siglo de existencia cumplirá pronto la república. En algunos aspectos, el balance arroja, como acaba de demostrar Ramiro Guerra en documentado ensayo, un saldo sobremanera favorable. No ha podido aún trascender, sin embargo, la estructura económica que obstaculiza su pleno desarrollo político, industrial, comercial y agrario. El objetivo fundamental del movimiento revolucionario que insurge el 30 de septiembre de 1930 fue la transformación de las bases coloniales de nuestra economía y de las condiciones sociales de vida de nuestro pueblo. La desproporción entre lo querido y lo logrado es demasiado visible para que necesite ser subrayada. Baste decir que, no obstante el adelanto espiritual y material obtenido, Cuba continúa siendo, en última instancia, una plantación azucarera rodeada de empleados públicos por todas partes.

Nadie ha pintado tan certeramente el drama psicológico de la burocracia criolla como Enrique Serpa en uno de sus cuentos; pero la tragedia externa de ese oscuro proceso de resentimientos, defraudaciones, amarguras y miserias está aún por describir. Ni siquiera se le acreditan sus probados sacrificios al fiel servidor del Estado. La contribución del empleado público al derrocamiento del Machadato fue decisiva. Se lo jugó todo a una carta en la huelga de marzo de 1935. De todos los núcleos sociales de la república, ha sido el más zarandeado, preterido y burlado. No se le ha hecho nunca justicia. La designación, el ascenso y la destitución han estado siempre a merced de los mangantes de turno. Excepcionalmente se ha tenido en cuenta la capacidad, la eficacia y la honradez. Miles de casos podrían citarse de la probidad premiada con la cesantía y de la aptitud con el menosprecio. La Comisión

del Servicio Civil ha funcionado, usualmente, a conveniencia y arbitrio del partido de gobierno. No ha pasado de ser un demagógico señuelo la carrera administrativa.

A partir de 1940, ninguno de los aspirantes a la suprema magistratura dejó de inscribirla en su programa; para todos fue letra muerta apenas se atrincheraron gozosamente en el presupuesto. En la plataforma presidencial de Fulgencio Batista se prometió, a bombo y platillo, «la organización de la administración pública sobre la base de la carrera administrativa y su tecnificación». Uno de los más restallantes latiguillos de la propaganda auténtica, antes de ocupar el poder, fue el establecimiento de la carrera administrativa. No vacilaría en pasarla por la piedra de su desparpajo el inefable simulador de la Quinta Avenida. Eddy Chibás, Juan Marínello y Ricardo Núñez Portuondo también ofrecieron establecer la carrera administrativa en sus plataformas de gobierno. Numerosos proyectos de ley, encaminados a su implantación, duermen la siesta del olvido en el Senado y en la Cámara. Carlos Prío Socarrás prometió solemnemente, durante su campaña electoral, promulgar la ley de inamovilidad del empleado público. En su primer mensaje presidencial al Congreso, demandó de éste la ley complementaria correspondiente, sin que nada se hiciera por satisfacer el clamor de la opinión pública, harta ya de chicharrones de viento. Ahora, en un nuevo mensaje al Congreso, el presidente Prío ha puesto otra vez, en el primer plano de la actualidad, la carrera administrativa. No resulta ocioso, pues, dedicarle un comentario al asunto.

Si el problema de la reorganización de la administración pública y la tecnificación del Estado es ya de solución inaplazable, es también de los más enmarañados y arduos. La íntima relación de dependencia entre el sistema de monocultivo imperante y el crecimiento desmesurado de la burocracia le imprimen peculiar sesgo a la cuestión de la carrera administrativa en nuestro país. Es indiscutible que las angostas perspectivas inherentes a toda estructura económica de tipo colonial y la debilidad congénita de la burguesía cubana han convertido a la administración pública en una de las principales fuentes de subsistencia de la clase media y algunas capas del proletariado; pero no lo es menos que el aumento de la población y la creciente amplitud y complejidad de las actividades del Estado, que invade hoy esferas otrora inaccesibles al poder público, son, asimismo, factores concurrentes de capital relevancia. Nada habría que argumentar si el hecho en cuestión estuviera determinado, meramente, por el perfeccionamiento de la organización administrativa y el efectivo cumplimiento de sus funciones. Es grave, desde luego, que los partidos políticos cubanos hayan venido usufructuando como botín de guerra los cargos públicos desde los tiempos idílicos de Tomás Estrada

Palma, que dio el santo y seña; pero es aún más grave que el nivel moral de la administración pública haya descendido en la propia medida en que el personal ha proliferado. «Si el estado moderno es esencialmente burocrático —escribe Harold J. Laski— su vida está estrechamente ligada a la condición de sus funcionarios públicos, la administración descansa en las manos de estos, y es imprescindible que quienes tienen la misión de aplicar el derecho, deben poseer las aptitudes necesarias para cumplir esta tarea». La administración pública cubana jamás fue modelo en su género; pero nunca alcanzó el grado de desbarajuste, corrupción, incapacidad, improvisación y favoritismo que en los últimos años. Las emanaciones mefíticas de la ciénaga de Zapata huelen a primavera si se las contrasta con los hedores del BAGA, sigla representativa del pistolero empollado con cheques.

La carrera administrativa tiende a satisfacer dos exigencias fundamentales de la sociedad contemporánea: la organización de un servicio civil eficiente y honrado mediante la tecnificación de la administración pública y el establecimiento de un régimen de garantías para la clase burocrática. Esta doble fundamentación de la carrera administrativa, ha contribuido a considerarla, frecuentemente, como aspiración propia del programa general de la tecnocracia y como forma particular de expresión del sindicalismo proletario. La palabra tecnocracia —indicativa de un nuevo sistema y filosofía de gobierno por la ciencia y por los científicos— fue lanzada a la circulación por el ingeniero norteamericano H. Smyth. El movimiento en pro de la tecnocracia adquirió su meteórico esplendor paradójicamente al ser elegido Franklin Delano Roosevelt, un político, para suceder a Herbert Hoover, un ingeniero. Su «doctrina» podría resumirse de esta suerte: habiendo fracasado el gobierno constitucional en la dirección de los Estados Unidos, resultaba indispensable sustituirlo por un gobierno de ingenieros. Nadie, fuera de estos, era capaz de comprender la técnica industrial. Sólo los ingenieros estaban capacitados para resolver la crisis económica que agobiaba al país, que era una crisis puramente técnica. Solo ellos, en consecuencia, debían asumir la dirección del gobierno y procurar el bienestar general con la adecuada tecnificación de los servicios públicos. La tecnocracia olvidaba que el gobierno de los procesos mecánicos y el gobierno de los hombres son radicalmente distintos. Su aspiración a tecnificar la administración respondía, sin duda, a una necesidad de nuestra época; pero no es menos cierto que la tecnificación de la administración pública es absolutamente compatible con un régimen democrático. El ideal sería la coexistencia efectiva de un gobierno por elección y de una administración por selección.

Mucho se ha controvertido, en los últimos años, sobre el problema del sindicalismo administrativo. Escasos son los gobiernos que permiten la sindicalización de los funcionarios y empleados públicos. Este tipo de sindicalización, que aboga por los mismos derechos que informan la carrera administrativa, está prohibido en Cuba desde el decreto-ley núm. 65 de 9 de marzo de 1934. Ni que decir tiene que la mayoría de los dirigentes obreros son partidarios del sindicalismo administrativo, aduciendo que entre la administración pública y los funcionarios y empleados existe un verdadero contrato de prestación de servicios. Este punto de vista ha sido vigorosamente combatido por los que entienden que la situación de los funcionarios y empleados públicos viene dada legalmente por el Estado y sólo a este incumbe reconocer o no el derecho de aquellos a sindicalizarse o a asociarse para fines recreativos y culturales. No existe, pues, en ningún caso, contrato de trabajo entre la administración y sus servidores. La naturaleza jurídica del vínculo que liga al empleado público frente al Estado es enteramente distinta a la del obrero frente al patrono. Ni siquiera la relación económica es la misma. Todo esto, por supuesto, es discutible a la luz de la doctrina social y de la sindicalización progresiva que se advierte en todas partes. Lo que sí resulta inobjetable es que la carrera administrativa nada tiene que ver con la sindicalización de los funcionarios y empleados públicos. La carrera administrativa va enderezada, exclusivamente, a la tecnificación de la administración y a la protección de los derechos, de sus agentes.

Dos sistemas se han solido enfrentar para el reclutamiento y organización de los funcionarios y empleados públicos: el sistema del despojo (spoils system) y el sistema del mérito. En el primero, los cargos públicos constituyen el botín del partido vencedor en las elecciones. No se atiende a la naturaleza de las funciones públicas para cubrir los cargos ni a la capacidad de los empleados. En el segundo, la selección se efectúa atendiendo a la capacidad y aptitud de los aspirantes y se garantizan su inamovilidad, sueldos y ascensos. La Ley del Servicio Civil, promulgada por el decreto núm. 45 de 11 de enero de 1909 estableció en Cuba la carrera administrativa. Esta ley fue redactada por la Comisión Consultiva, encomendándosele la ponencia a Erasmo Regüeyferos, quien hubo de elaborarla con la decisiva colaboración de Luis Comma Castaños. No obstante ese extraordinario paso de avance en el proceso de la tecnificación de la administración, en la práctica ha imperado siempre el sistema del despojo, del peculado y del prebendaje. Ha sido más ineficaz la Comisión del Servicio Civil que la quinta rueda del coche. La Sección Segunda del Título VII de la constitución de 1940 ha preceptuado los principios cardinales de la carrera administrativa contenidos en la aludida ley de

1909 y establecido, en una disposición transitoria, la necesidad de adoptar una legislación complementaria. Con anterioridad a Cuba, habían constitucionalizado estos principios, entre otros, el Estado Libre de Danzig, Finlandia, Alemania y la República Española. Inglaterra y Francia han mantenido, tramontada ya la mitad de la pasada centuria, una eficiente organización administrativa y un sistema de selección por el mérito. Desde Andrew Jackson a nuestros días, los Estados Unidos han ganado bastante terreno en ese camino; pero, nadie ha superado aún, el record del presidente Jackson como saltador de cargos públicos.

La cuestión del estatuto del funcionario público ha concitado la atención primordial de los congresos internacionales de ciencias administrativas efectuados antes de la segunda guerra mundial. Entre las conclusiones adoptadas, merecen citarse las siguientes: a) el valor moral, la capacidad intelectual, el conocimiento de la actividad administrativa y ciertas aptitudes particulares indispensables para el ejercicio de determinadas funciones son cualidades requeridas en todo buen funcionario; b) selección y promoción de los funcionarios y empleados en atención a su capacidad y aptitudes; c) período de prueba como requisito previo a la inamovilidad en el cargo; d) adiestramiento constante de los servidores del Estado a través de cursos organizados conjuntamente con los poderes públicos, los centros universitarios y las instituciones docentes; y e) preparación universitaria especializada y título correspondiente. Es interesante señalar que en estos congresos fue objeto de vivísimo debate el problema de la insuficiencia de la pura formación jurídica para el desempeño de los cargos públicos, preconizándose la creación de institutos especiales en las Universidades a fin de asegurar una adecuada preparación para la carrera administrativa.

Según la constitución de 1940, son «funcionarios, empleados y obreros públicos los que, previa demostración de capacidad y cumplimiento de los demás requisitos y formalidades establecidos por la ley, sean designados por autoridad competente para el desempeño de funciones o servicios públicos y perciban o no, sueldo o jornal con cargo a los presupuestos del Estado, la Provincia o el Municipio, o de entidades autónomas». Y, a seguidas, dispone que su inamovilidad se garantiza por esta constitución, con excepción de los que desempeñen cargos políticos o de confianza. El ingreso y el ascenso en los cargos públicos —que no sean políticos o de confianza— solo podrán obtenerse después que los aspirantes hayan cumplido los requisitos, y sufrido, en concurso de méritos, las pruebas de idoneidad y de capacidad que la ley establecerá, salvo en aquellos casos, en que por la naturaleza de las funciones de que se trate, sean declarados exentos por la ley. No se podrán

imponer sanciones administrativas a los funcionarios, empleados y obreros públicos sin previa formación de expediente, instruido con audiencia del interesado y con los recursos que establezca la ley.» La propia constitución ordena, para resolver las cuestiones relativas a los servicios públicos, la creación de un organismo de carácter autónomo que se denominará Tribunal de Oficios Públicos, del cual me ocuparé detenidamente en otra ocasión.

Si se examina el texto constitucional de 1940, salta manifiestamente a la vista la íntima conexión que establece entre la función de la enseñanza superior y la organización de los servicios públicos. Adriano G. Carmona ha iluminado, magistralmente, la trabazón orgánica de estas instituciones y advertido las beneficiosas consecuencias que de este hecho podrían derivarse para el mejoramiento y progreso del pueblo cubano. De acuerdo con el artículo 47 de la constitución, «la cultura, en todas sus manifestaciones, constituye un interés primordial del Estado». Esto significa, ni más ni menos, que el Estado cubano aspira a poner en función social la cultura y la Universidad al servicio del pueblo. No en balde el artículo 53 postula que «la enseñanza oficial proveerá al estímulo y desarrollo vocacionales, atendiendo a la multiplicación de las profesiones y teniendo en cuenta las necesidades culturales y prácticas de la nación». La propia constitución declara que los Ministerios de Educación, de Salubridad y Asistencia Social, de Agricultura y de Obras Públicas, actuarán «exclusivamente como organismos técnicos». La intención de irradiar la politiquería de estos departamentos se infiere del precepto mismo; pero, también se precisa, categóricamente, que la labor a desarrollar en esos departamentos deberá encomendarse a profesionales especializados en cada una de esas ramas de la actividad estatal. De otra suerte, ninguno de esos Ministerios podría actuar «exclusivamente como organismo técnico». No se trata, en este caso, de tirar un cuarto a espadas en favor del profesionalismo, que en garantía de las funciones públicas ampara la constitución en el artículo 57. Se trata, por el contrario, de defender las funciones "técnicas del Estado, de propinarle una estocada a fondo al intrusismo de la política en el ámbito que le está constitucionalmente vedado. Lo importante, en definitiva, es que la enseñanza y la administración se unen y enlazan, la administración se tecnifica y la técnica encuentra cabida en la administración. Esa es, justamente, la piedra angular de la carrera administrativa y de la inamovilidad. El Estado dejará de ser un hospicio de incapaces y botelleros para garantizar, únicamente, a los funcionarios y empleados de idoneidad y pulcritud reconocidas. Aureliano Sánchez Arango, profesor genuino, revolucionario de cepa y hombre entero y verdadero, está dando el

ejemplo en el Ministerio de Educación, que por primera vez, desde que fue promulgada la constitución de 1940, tiende a convertirse rápidamente en un organismo técnico.

En lo que a ella particularmente concierne, ya la Universidad de La Habana viene proporcionando enseñanzas especializadas a los ciudadanos con vocación de servicio en el Instituto de Administración Pública de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público. La fundación de este Instituto se apoya en el artículo tercero de los estatutos universitarios, en que se preceptúa, taxativamente, que los planes de enseñanza deben concordar con los fines del Estado. Por el carácter autónomo de las materias científicas que se cursan en este centro, el Consejo Universitario le ha impartido validez profesional al título de Capacitado en Administración Pública que expide. En tal virtud, diversos Ministerios han reconocido a los graduados del Instituto su derecho a la gratificación adicional que previene el decreto núm. 2743 del 30 de agosto de 1934. La experiencia ha sido en grado sumo fructífera. Los alumnos del Instituto de Administración Pública representan un valioso aporte a la vida universitaria por su asidua asistencia a las clases, su afán de superación y su sentido de la responsabilidad. Y, al prepararlos debidamente para el desempeño de sus funciones e inculcarles un espíritu de servicio público a prueba de tentaciones y chanchullos, el Instituto está contribuyendo a levantar el nivel técnico y moral de la burocracia cubana.

Ahora tienen la palabra el Congreso y el presidente Cados Prío Socarrás. Si se quiere realmente limpiar la podre que inficiona la administración pública y organizarla para el cumplimiento de sus fines, debe promulgarse cuanto antes la ley de oficios públicos, pendiente hoy de aprobación en el poder legislativo. El proyecto presentado por el senador Antonio Martínez Fraga, a pesar de sus limitaciones y extravíos, pudiera servir de base a la discusión. La ley de oficios públicos deberá plasmar los principios constitucionales a que he hecho referencia y consignarlos en preceptos que se conjuguen, armónicamente, con aquellos otros principios de la propia constitución que tienden a la tecnificación de la administración y a darle acogida preferente en sus departamentos a los ciudadanos preparados al efecto por la Universidad de La Habana. Pero será indispensable, además, verificar las aptitudes y capacidades respaldadas por un título académico mediante un concurso de méritos, como se dispone en el artículo dos de la Carta de 1940. Y, deberá establecerse, parejamente, el régimen de garantías que defienda al funcionario y al empleado el ascenso inmerecido, de la reducción de emolumentos y de la cesantía arbitraria. Salvo «aquellos funcionarios, empleados y obreros que acrediten llevar más de

veinte años en la administración», en lo adelante la carrera administrativa deberá regir, con implacable rigor, en todas las dependencias del estado.

La reconstrucción de la educación pública emprendida por Aureliano Sánchez Arango y la banca central recientemente puesta en marcha, bajo la diestra dirección de Felipe Pazos, son las notas positivas más acusadas del llamado régimen de la cordialidad. Si a la promulgación de la carrera administrativa se sucedieran las demás leyes complementarias de la constitución. y el gobierno se aprestara decididamente a movilizar el crédito, abrir nuevas fuentes de producción, poner en movimiento el dinero acumulado en los bancos, estimular las inversiones, diversificar los mercados, someter a los monopolios extranjeros al interés nacional, atajar el desempleo y combatir la depresión, impulsando de consuno la industrialización de nuestra economía y el nivel de vida de la población, Cuba dejaría de ser la isla de los empleados públicos, el agro una plantación azucarera, la administración una pocilga y los partidos políticos reservorios de caudillos y gavillas de aprovechados. El pueblo le daría a este programa pleno respaldo y activo concurso. No en vano su destino anda por medio.

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

Chorro de luz

En el año del cincuentenario de la fundación de la república y en vísperas de comicios generales, un golpe militar nos ha retrotraído a tiempos que parecían definitivamente tramontados. No puede ser más dramático el cuadro. Hasta el 10 de marzo de 1952 tuvimos un gobierno por consentimiento. Tenemos ahora, a pesar del estatuto y del reconocimiento, un gobierno por imposición. La estructura constitucional vigente desde 1940, fruto genuino de la voluntad popular, ha sido segada de un tajo. Cuba ha dejado de pertenecer a la ya opaca constelación de la democracia hispanoamericana. Estamos de nuevo en la encrucijada. A muchos se le antoja una pesadilla. Desgraciadamente es una, realidad.

No se trata, en modo alguno, de una mutación radical de las bases de sustentación de la sociedad cubana en beneficio de las masas populares. Si así fuera, estaríamos en presencia de una verdadera revolución y, por consiguiente, de un nuevo orden social ~: legitimado por la "aquiescencia plausible". Se transitan otra vez trillos y estelas que nos son dolorosamente familiares. Ninguna semejanza ofrece este típico cuartelazo con la sublevación del 4 de septiembre de 1933. Esta

nuda insurgencia es idéntica, por su naturaleza y finalidad, al derrocamiento del gobierno revolucionario del doctor Ramón Grau San Martín en enero de 1934 y a la constitución del doctor Miguel Mariano Gómez en diciembre de 1936. La pretensa justificación aducida muestra, diáfananamente, el real móvil de la asonada: apoderamiento por la violencia de lo que no podía obtenerse por el fallo democrático de las urnas.

Vítores y banderas, jubilosamente fundidos, saludaron la promisoría alborada del 4 de septiembre. El Directorio Estudiantil universitario y zonas considerables del pueblo le imprimirían carácter y sentido a la subversión. Silencio, aprensión, estupor, incertidumbre, ira y tristeza -mezcla singular de incontenible repudio- ha sido la réplica popular a este salto en el vacío. Una turbia atmósfera de pesadumbre flota sobre la ciudad, que había tornado a ser, durante la última década, "alegre y confiada".

Serena, enjundiosa y firme es la palabra del máximo organismo de gobierno de la Universidad de la Habana al enjuiciar el pronunciamiento castrense que ha dado al traste con veinte años de porfiada brega para asegurarle al pueblo cubano autodeterminación nacional, convivencia pacífica, justicia social, progreso cultural y libertades políticas y civiles. El Consejo Universitario, con ejemplar sentido de su misión rectora, ha fijado su postura con el sobrio, severo y directo lenguaje que la contingencia demanda. Su mensaje es un chorro de luz en esta hora crepuscular de la república. No sólo procesa, juzga, falla y condena en nombre de los principios democráticos también advierte, orienta y recaba.

En este histórico documento -cuyo contenido ofrezco en apretado resumen- la Universidad de la Habana defiende el decoro de la ciudadanía y propugna postulados inmanentes a la existencia de la república y a la organización democrática de la vida civil. No acepta, ni puede aceptar, la sustitución del estado de derecho por la usurpación de poderes. Sin un sistema de normas que garanticen la inviolabilidad de la conciencia y los derechos correspondientes, no puede haber seguridad jurídica. La única vía legítima para el ejercicio de la autoridad política es el sufragio universal. Ninguna persona, o entidad, tiene el derecho de arrogarse la salvación del país, por encima de la constitución y de las leyes. Los errores de la democracia sólo pueden curarse con la democracia. La convalidación del golpe militar entrañaría, ineludiblemente, la consagración de la violencia como instrumento político. Fatal y grave, por sus implicaciones y consecuencias, es obtener el concurso de las fuerzas armadas, mediante la destrucción de su organización disciplinaria y jerárquica. Los derechos individuales, políticos y sociales,

plasmados en la constitución de 1940, han desaparecido virtualmente al concentrarse en una sola persona el poder ejecutivo; el poder legislativo. La suspensión de las garantías constitucionales no es más que un expediente del "gobierno de facto para prolongar su arbitraria permanencia. No hay, pues, otra salida a este sombrío callejón, en que han metido a la república quienes estaban obligados a salvaguardarla, que el inmediato restablecimiento de la constitución de 1940 y de las garantías constitucionales, la sustitución presidencial de acuerdo con lo previsto en los artículos 148 y 14-9 de la constitución, el funcionamiento pleno de todos los poderes y organismos del estado y la normalización del proceso electoral en forma que permita restaurar el ritmo constitucional quebrantado.

No es esta la primera vez que la Universidad de la Habana, como corporación, asume pareja postura. Ya en 1930 y en 1935, se irguió contra los regímenes dictatoriales a la sazón imperante. La bicentenaria institución -reservorio de la alta cultura y baluarte irreductible de la dignidad nacional...:- ha estado siempre en su puesto en las coyunturas críticas de la patria. No podía dejar de ocuparlo en esta difícil circunstancia.¹ Como igualmente se apresuró a ocupar el suyo, con impar denuedo, la actual Federación Estudiantil Universitaria, bizarra continuadora de la gloriosa, tradición de la juventud cubana. Ningún timbre más claro de orgullo que este nuestro de ser hoy estudiante o profesor de la universidad de la Habana.

No importa que, por el momento, el horizonte luzca cerrado. El mensaje universitario encuentra los oídos alertas y los corazones en línea. Nuestro pueblo maduró su conciencia democrática en la manigua y ya no quiere ni sabe vivir de otro modo que sintiéndose dueño de su propio arbitrio. Ni la conjura de las fuerzas tenebrosas podría doblegar su voluntad o deformar su espíritu. De la levadura de ese pueblo surgieron amasada por madres abnegadas y padres viriles- nuestros apóstoles, héroes y mártires. El futuro pertenece, exclusivamente, al pueblo cubano.

Ya la Universidad de la Habana ha dado la pauta y el norte. Ni violencias estériles, ni atomizaciones suicidas. La república es patrimonio de todos y no capellanía de unos cuantos.

Guárdense arrogancias, rencores y sectarismos en el campo de la resistencia civil y anúdense inteligencias, entusiasmos y voluntades.

La única manera digna y fecunda de honrar a Cuba, en este aciago avatar de su destino, es unirnos todos y luchar infatigablemente por el restablecimiento del orden constitucional derrocado.

Nunca se repetirá .bastante que nada se da por añadidura en la historia. Y, porque así es, de la actividad que se despliegue ella la consecución del objetivo

propuesto, dependerá, en gran medida el carácter, el sesgo y el curso ulterior de los acontecimientos. La libertad no es una flor de invernadero, ni una merced de los dioses. Hay que conquistarla para merecerla.

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

Lo que el golpe se llevó

Mucho se ha reflexionado y escrito sobre la libertad. Tanto, por lo menos, como sobre la virtud, la belleza, el amor y la justicia. No en balde encarna un valor ya definitivamente incorporado al repertorio de los temas fundamentales de la vida humana. Sin libertad el espíritu se agosta, la sociedad se corrompe, la cultura se anquilosa y el hombre se cosifica.

Sobremanera difícil resulta precisar la fecha exacta en que afloró la libertad como idea. Se suele dar por sentado que germinó en la conducta de Sócrates, despuntó en la hoguera de Giordano Bruno, maduró en las grandes revoluciones populares y cuajó en el Estado de Derecho. No faltan, sin embargo, los que fijan su cuna en la India milenaria de las pagodas y mahatmas o en la China venerable de los aforismos y cohetes. Es una cuestión, pues, aun sujeta a controversia.

De lo que no cabe ya duda es que la libertad surgió, como sentimiento, con el primer hombre que tuvo conciencia de su dignidad. Pudo haber sido en la selva, junto a una pirámide o en una galera. Vendría luego, sucesivamente, la concepción de la libertad como categoría racional, jurídica política económica social, ética, filosófica; pero entonces, como hoy, en que se aspira al pleno señorío del espíritu en una estructura social fundada en la equitativa distribución de la riqueza, la raíz y el ápice de la libertad es la soberanía de la conciencia.

Múltiples definiciones se han formulado de la libertad. Algunas admirables por lo enjundiosas y precisas. La de Montesquieu sobresale entre ellas. Se singularizan otras por su savia al par metafísica y poética. Figuran, entre estas, las de Miguel de Cervantes y Juan Jacobo Rousseau. Hay varias que delimitan, rigurosamente, la naturaleza, ámbito y contenido de la libertad. Ninguna aventaja, en este aspecto, la de Maximiliano Robespierre. Pero nadie, absolutamente nadie, supo captar como José Martí el sentido profundo y las implicaciones efectivas de la libertad. «Es el derecho —sentenció en aquella su prosa concentrada de médulas y aromas— a pensar y hablar sin hipocresía». Esta definición vértebra y unifica, en suprema síntesis, la libertad como destino, norma y concepto. La libertad resulta así

concebida en función del hombre en cuanto tal. Y, en consecuencia, deja de pertenecer a la esfera de los derechos patrimoniales —libertad libértica— para ser libertad de todos, mediante un régimen de garantías contra los desvíos, transgresiones y abusos del poder.

De no existir ese régimen de protección jurídica y de seguridad política, la libertad se torna merced, ficción, caricatura o mero enunciado sin validez sustantiva. No de otra suerte acontece en los gobiernos que la proclaman en «estatutos» o «constituciones» que dimanen, exclusivamente, de la voluntad de uno. La dogmática democrática es papel mojado o torniquete encubierto sin el sustentáculo de la aquiescencia popular y de las instituciones en que se corporiza y expresa.

Pero vengamos a lo concreto. Hoy existe en Cuba libertad absoluta de pensamiento. Incluso el esclavo puede sentirse libre en la atormentada soledad de su conciencia. Ya lo advirtió estoicamente Marco Aurelio en la Roma decadente de los césares. Pero lo que ya objetivamente no existe es la libertad de expresión. Antes era un derecho garantizado por la ley. Ahora es una gracia dispensada al arbitrio.

El «golpe» nos trajo la democracia embalsamada, el camaleón vergonzante, el merengue con púas, el consejero aconsejado el partido tricolor y la paz de la tranca; pero se llevó, a ochenta días de las elecciones y en vísperas del centenario de José Martí, el derecho a pensar y hablar sin hipocresía. Se llevó, en suma, la esencia y razón de ser de la república proclamada solemnemente en Guáimaro el 10 de abril de 1869 y establecida el 20 de mayo de 1902 entre vítores, lágrimas y banderas.

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

Resistir y esperar

No había yo nacido aún el 20 de mayo de 1902, pero según testigos sobrevivientes jamás emoción análoga ha sacudido después al pueblo cubano. Azul el cielo, el aire encendido, reverberante el mar. Millares de banderas flameaban alegremente en los balcones. Don Tomás Estrada Palma, austero y humilde, ocupaba la presidencia de la república entre clamores, laureles y lágrimas. Una sinfonía de vítores y una procesión de pañuelos despedían al general Leonardo Wood. Cuba —a despecho de dolorosos menoscabos y de limitaciones ostensibles— adquiriría el status de nación independiente y una nueva estrella fulguraba en el firmamento político de nuestra América. Ningún hecho puede alcanzar más alta jerarquía

histórica que éste para un pueblo que todo lo ofrendó a fin de regir soberanamente sus destinos.

Medio siglo cúmplase hoy de las gloriosas efemérides. Pero lo que debió haber sido epinicio y epifanía al arribo de la madurez se ha trocado en hosco y patético retraimiento. La república fundada en Guáimaro el 10 de abril de 1868 no está para jubilosos desbordamientos este 20 de mayo. La patria está de duelo y su símbolo máspreciado a media asta en el corazón de los cubanos. En el mismo año en que conmemora su advenimiento a la vida independiente le fue arrebatado la libertad mediante un alevoso golpe de mano. El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo —cifra y compendio del Manifiesto de Montecristi— ha sido violentamente suplantado por el gobierno en nombre del pueblo, sin el pueblo y contra el pueblo.

José Martí quiso que la república fuese «con todos y para todos», sobre el primado de la libertad y de la justicia. Y quiso también que la ley primera y fundamental de la república fuese el culto a la dignidad plena del hombre. Su mandato ha sido desconocido y su memoria mancillada en vísperas del centenario de su natalicio. La usurpación ha sustituido al consentimiento, el estatuto a la constitución, el consejo consultivo al parlamento, la arbitrariedad al derecho y la voluntad unipersonal al régimen democrático.

Pero aún resuena, orienta e ilumina la palabra de José Martí. Un pueblo —afirmó en crítica circunstancia— no se manda como se manda un campamento. Para realidades trabajamos y no para sueños. Para liberar a los cubanos y no para acorralarlos». «Hay que impedir —postuló en los umbrales de su holocausto— que Cuba se tuerza por intereses de grupo o por la autoridad desmedida de un grupo militar o civil». Y, como previendo estos días oscuros, difíciles y angustiosos, dejó esta clara y terminante advertencia: «No puede combatirse con medios de respeto a los que, por encima de todo respeto, saltan y rompen. No puede tenerse miramientos para los que anidan en el seno de la constitución con ánimo de herirla y devorarla».

En otro 20 de mayo también luctuoso —la república se encontraba a la sazón intervenida y un procónsul yanqui a su frente—, Ramón Roa, mi abuelo, escribió estas palabras de fe y de esperanza: «En esta fecha nos vienen a la mente los gloriosos hechos, la abnegación sin límites, los ingentes sacrificios del cubano revolucionario que tonifican más de medio siglo de nuestra historia; y esto nos basta para no desesperar del porvenir que todavía tenemos en nuestras manos, y el cual depende de nuestra conciencia y de nuestra dignidad.» Y, a su conjuro, me vienen a

la memoria el ejemplo de Rafael Trejo y de Julio Antonio Mella y de Antonio Guiteras y de Pablo de la Torriente Brau.

De las tumbas de cuantos cayeron antaño y hogaño en defensa de la libertad de Cuba, brota hoy en ráfaga llameante la consigna Enrique José Varona: «Resistir y esperar».

En esta actitud beligerante conmemoraré yo el 20 de mayo 1952. No podía ser de otra manera en quien tiene, como su más puro timbre de orgullo, el ser nieto de un teniente-coronel del Ejército Libertador, que fue al par ayudante y secretario de Ignacio Agramonte, Julio Sanguily y Máximo Gómez.

¿A dónde va Cuba?

Esa es la interrogación que brota de múltiples labios, con angustioso trémolo, en estos días convulsos, azarosos y sombríos, en que empecinamientos, rencores y agravios furiosamente desatados siembran la muerte, el dolor y el luto, como semillas malditas, en el corazón de un pueblo bueno, laborioso, pacífico, campechano, alegre y confiado. Es la interrogación que se hace hoy, en la intimidad de su conciencia, el ciudadano sensible y responsable, sin distinciones de filiación; fortuna, sexo y raza. Sobre todo se la hacen las madres, las esposas, las hermanas y las novias, heridas ya muchas por la pérdida de seres queridos. Y, la respuesta que he escuchado, ha sido siempre la misma y con trémolo igualmente angustioso: por el camino que han tomando las cosas Cuba va, inexorablemente, hacia el abismo.

Ni exageran ni se equivocan. Interrogación y respuesta responden la lógica demoníaca que parece regir los acontecimientos que a todos afecta, acongoja y preocupa. ¿Es que podría haber otra alternativa cuando el estado de derecho, fundamento de la convivencia civilizada, es sustituido por el estado de naturaleza, ley de la selva?

Nada peor puede ocurrirle a un pueblo que esta catastrófica subversión en sus relaciones de vida individual y colectiva. Se desploma el orden social, corrompense las instituciones, se trastruecan los valores, la cultura se estanca, cunde el odio, se expande la violencia, la impunidad señorea, la razón se eclipsa, la inseguridad se entroniza y el homo hominis lupis de Hobbes deja de ser una metáfora para convertirse en cotidiana y brutal realidad. ¿Podría significar esto, en algún sentido, una solución a la tremenda crisis en que nos debatimos? ¿O entrañaría, por el contrario, la inmersión de Cuba en un ciclo interminable de sangre, lodo, miseria, desesperación y tiniebla?

Si de algo cabe estar seguro es que el pueblo entero repudia esa alternativa. Está frente a ella. Está contra ella. El país entero quiere paz, seguridad, justicia, libertad, progreso. Quiere vivir conforme a la constitución y a la ley. Quiere elegir libremente a sus gobernantes y ejercitar plenamente sus derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales. Quiere respeto para la vida, la hacienda y la dignidad de las personas. Quiere, en suma, que se le oiga, se le atienda y se le tenga en cuenta, como depositario legítimo que es de inalienable albedrío. Quiere eso. Sólo eso. Nada más que eso.

Eso ha querido desde hace cinco años y sigue hoy queriendo el país; pero en vez de escucharle y de traducir en hechos sus apremiantes reclamos se le ha ido metiendo en un callejón que ya casi no tiene salida y que es el más propicio caldo de cultivo de la siniestra antinomia amigo-enemigo. Se ha desoído, menospreciado y engañado al país como si este no existiera, o fuese un mudo rebaño de fantasmas. Y así, por la soberbia de unos y la miopía de otros, estalló el drama, que muchos presagiaron a tiempo y hasta propusieron fórmulas de avenencia decorosa para conjurarlo. Todo se salió abruptamente de cauce y ahora nadie vive tranquilo.

Ni añadido ni quito. Ese es el cuadro que está a nuestra vista. Y precisa convenir en que no pueden ser más lúgubres las perspectivas.

¿Qué hacer? Todo menos cruzarse de brazos y fiarlo todo a los dioses. La indiferencia, el silencio o la inhibición resultan en esta hora delitos de lesa patria. Hay que hacer cuanto sea necesario para evitar que caigamos, definitivamente, en el abismo.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

Una herencia, social y democrática, para la revolución de 1930

Rescate y proyección de José Martí

Mucho se ha escrito y hablado, en estos últimos tiempos, sobre José Martí. No se ha dado aún, sin embargo, una versión condigna de su vida trepidante y generosa, ni se ha sustanciado, plenamente, el alcance de su pensamiento político. Julio Antonio Mella -que amó tanto a Martí como el más ferviente martiólatra- juzgó esa faena «una necesidad, no ya un deber de la época». Y, más de una vez, soñó escribir un libro sobre Martí «en una prisión, sobre el puente de un barco, o en el vagón de tercera de un ferrocarril, o en la cama de un hospital convaleciente de cualquier enfermedad», ya que estos eran para él -fuerza apostólica en duelo

permanente- los «instantes que más incitan a trabajar con el pensamiento». Balas arteras troncharon aquella vida impetuosa y resplandeciente, que era esperanza y clarín de los oprimidos. Mella anhelaba arrancar a Martí de «tanto mercachifle, de tanto adulón, de tanto hipócrita que habla o escribe sobre él».

Ese libro, aun por hacerse, tiene que escribirse. Y sólo una pluma limpia y viril, genuinamente revolucionaria, podrá culminar tamaña empresa. Este libro deberá devolvernos, como fue, aquella vibrante y poemática figura, «la personalidad más conmovedora, patética y profunda -al decir de Fernando de los Ríos- que ha producido hasta ahora el alma hispana en América». En las páginas de ese libro, deberá estar todo Martí: el poeta más preocupado de la utilidad de la belleza que de su goce subjetivo, el escritor coruscante y personalísimo, el tribuno de vuelos inusitados y abisales hallazgos, el amador infatigable que calcinó brumas y malogró primaveras; pero, estará, sobre todo, como síntesis fúlgida de estas descollantes calidades, el revolucionario ejemplar.

Y, ya estaremos entonces, en aptitud de mensurar, en toda su estatura, al hombre que afirmó, para siempre, que «las etapas de los pueblos no se cuentan por sus épocas de sometimiento infructuoso sino por sus instantes de rebelión». Quien realice ese libro -que Julio Antonio Mella pudo haber rematado victoriosamente- se hará digno de gratitud imperecedera. Mientras no se realice, que cada cual contribuya, en su medida, a difundir los momentos estelares de la vida de José Martí y a desentrañar la esencia de su pensamiento revolucionario, proyectando su luz potentísima sobre las tinieblas enconadas del presente cubano.

Nadie más acreedor, entre nosotros, a todos los homenajes y a todas las recordaciones que José Martí. No en balde es nuestro “gran fiador” ante el mundo. Y visto ya en perspectiva, como hombre y como revolucionario, tiene muy pocos pares legítimos en la historia. Honrarlo, honra. Evocarlo, enaltece. Pero esta evocación y esta honra no pueden enmarcarse en los senos recónditos de un culto abstracto. Ha de ser, tiene que ser, un culto vivo, pugnaz, beligerante: un culto como el que esta noche le rendimos. No nos hemos juntado, en este aniversario de su muerte, para verlo como no fué, ni para pintarlo con atributos y arreos que jamás usó ni fueron suyos, ni para vaciarle de gusanos la carne mortal y rellenarla imbécilmente de miraguano divino, ni para vestir con muselinas pudorosas su magnífica y exultante desnudez humana. Nos hemos juntado esta noche para verlo como fué, como es imperativo verlo, como contemplamos las figuras señeras de otros pueblos, en función de realidad. Los genios obedecen también a las leyes

inexorables del espacio y del tiempo. Y, mientras más de su instante y de su medio sea el poeta, el pensador y el revolucionario, más dilatada resonancia tendrá su acento, su mensaje o su conducta en la historia.

Por ser muy de la Mancha, -ha escrito Miguel de Unamuno- es Don Quijote un símbolo ecuménico. Por ser muy de su tiempo y de su medio, es José Martí primogénito del mundo. Momentos antes de partir rumbo a Santo Domingo, -donde lo aguardaba ya impaciente y calzado y con la estrella rutilante en el sombrero mambí el generalísimo Máximo Gómez- escribió Martí al Club 10 de Octubre de Puerto Plata: «Estamos haciendo obra universal. Quien se levanta hoy con Cuba, se levanta para todos los tiempos». «Hasta hoy -dirá en seguida en nuestra tierra oriental- no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio». Y el 18 de Mayo, en el pórtico mismo de su caída estremecedora, en carta a Manuel Mercado, recogería, con emoción difícilmente sofrenada, lo más puro y perdurable de su pensamiento revolucionario: «Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber -puesto que lo entiendo y tengo ánimo con que realizarlo- de impedir, a tiempo, con la independencia de Cuba y Puerto Rico, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso». La urgencia ineludible del combate dejó trunca esa carta. Y, trunca también, la obra magna a la que José Martí había ofrendado su vida.

Pero esa vida y esa obra no han muerto en Dos Ríos. Mientras la colonia siga viviendo dentro de la república, y Puerto Rico no logre entrar en América, y casi toda ésta sufra en sus carnes laceradas la tenaza mortal de la dominación extranjera y sienta sus entrañas roídas por el buitres del caudillaje y de la tiranía, ahora miméticamente revestido de plumaje seudodemocrático, la obra de José Martí necesitará ser completada y su pensamiento político tendrá mucho que hacer en América, junto con la espada de Simón Bolívar y el rifle de Sandino. Y, cabalmente por eso, porque José Martí vive y alienta y está presto de nuevo, en su caballo piafante, a pelear por la libertad americana y la justicia social, urge -como pedía Mella- rescatarlo de los falsos intérpretes de su doctrina, de los que usufructúan desvergonzadamente su sacrificio, de los que titulándose discípulos suyos no han vacilado en transformar su devoción en cheque y de los que, entre estos últimos, han exhibido, con inaudito descoco, como propios, sus inconfundibles tesoros literarios. Hay que rescatarlo de manos purulentas y de labios impuros y convertirlo, otra vez

en bandera de fe y esperanza, en tribuna y trinchera. Hay que rescatarlo de los escribanos y mandones que enarbolan todos los días, en provecho propio, sus aforismos rutilantes y sus apotegmas encendidos. Es hora ya de salirle enérgicamente al paso a los chupópteros insaciables de su gloria, a los que trafican con sus huesos, a los que repiten su letra traicionando su espíritu, a los que son incapaces de sustentar con su conducta, en las horas de prueba, los mandatos imperativos de su doctrina ética del comportamiento civil.

Escribir o hablar sobre Martí puede cualquiera. Lo que ya no puede cualquiera es vivir, como propia, la vida de sacrificio, la abnegación y de coraje que vivió Martí. Vivir como Martí vivió, en tensión heroica contra lo que es y está superado, es patrimonio exclusivo de los que viven para Martí y no de Martí; de los que sienten en la entraña el dolor y la justicia de una república usufructuada por una oligarquía rapaz contra todos y por el bien de ella; de los que, por su posición creadora en el proceso social, anhelan traer, con su esfuerzo, etapas superiores de su desarrollo. Para esos, que representan la fuerza motriz de nuestra nacionalidad, hay que rescatar a Martí. Para que Martí viva, como anheló y pidió vivir, diluído, como misteriosa esencia, en las raíces más insobornables de los desheredados y perseguidos de América.

A coadyuvar a ese rescate apremiante, vengo precisamente, esta noche, invitado por los estudiantes del Instituto de La Habana, que han sido siempre, con sus compañeros universitarios, «el baluarte de la libertad cubana y su ejército más firme». «Las Universidades -dijo Martí- parecen inútiles; pero de ellas salen los apóstoles y los héroes». La experiencia de la nuestra -de esa casa gloriosa que hay que defender, en pareja medida, del bonchismo interno y del bonchismo externo- verifica, enteramente, la validez de este aserto. Apóstoles y héroes han brotado, en fecunda simiente, de las aulas cubanas. Sintetizo la constelación nutridísima en estos nombres preclaros: Julio Antonio Mella, Mariano González Rubiera, Rafael Trejo, Ramiro Valdés Daussá. Martianos genuinos fueron estos jóvenes bizarros, que jamás escondieron lo que pensaban ni contemplaron el crimen en calma, que fueron a toda hora fieles a sí mismos y al destino de Cuba, que ni transigieron ni desmayaron, que frente al holocausto les creció el denuedo y frente al oprobio se irguieron coléricos, que viven no obstante estar muertos, que nos señalan el rumbo con índice inapelable. ¡Qué lejanos estos practicantes de la doctrina martiana de la conducta civil, de esos otros que ayer y que ahora reducen su culto a Martí a rito externo, a gallardías de gabinete, a hazañas bibliográficas, a santificaciones sin sentido, a especulaciones jugosas! ¡Qué distantes estos bregadores del ideario

martiano de esos plumíferos sietemesinos que, de vivir en su tiempo, lo hubieran dejado solo porque llevaba luz y entre el yugo que engorda y humilla y la estrella que ilumina y mata se hubieran abrazado, alegremente, al yugo! No, no podían estar junto a él los que ahora con la boca enjorjada de citas y las manos repletas de infolios, están contra él en la práctica política y en la conducta ciudadana. Junto a él pudo estar Félix Ernesto Alpízar. Junto a él pudo estar Mariano González Gutiérrez. Junto a él pudo estar Ivo Fernández Sánchez. Junto a él pudo estar Antonio Guiteras. Junto a él pudieron estar cuantos en la república han ofrendado su vida por completar su obra de liberación nacional y social.

De ese Martí, del Martí revolucionario, es que nos sentimos intérpretes los jóvenes que aun no hemos pactado con los que, en su nombre, sojuzgan, confunden, medran y matan; los que todavía no nos hemos incorporado -ni nos incorporaremos nunca- a la comparsa batistera, ni a los que, desde la otra ribera, hoz y martillo en alto, le hacen miserablemente el juego.

La vocación revolucionaria despuntó, tempranamente, en José Martí. A los diez y siete años apenas, fue llevado, junto con Fermín Valdés Domínguez, ante un consejo de guerra y condenado a seis años de presidio. Fue su primer encuentro con el aparato represivo de la España colonial, que el régimen franquista hoy reproduce agravado. Inevitablemente, llamea en la memoria su condenación inapelable: «Si Dante hubiera estado en presidio, no hubiera tenido necesidad de pintar el infierno: lo hubiera copiado». Conmutada la pena por la de destierro, Martí fue deportado a España, en donde radica hasta 1874. Al instaurarse la república en España, Martí se enfrenta con ella, demandándole el reconcimimiento inmediato de la independencia cubana, ya ganada, en desigual contienda, contra los ejércitos bien nutridos y equipados de la monarquía borbónica. De España, pasó Martí a Francia, y a Inglaterra; y, de ésta, puso proa rumbo a México.

Fué aquél, sin duda, un momento decisivo de su existencia. México era América, la América de Juárez, «más grande por infeliz y por nuestra que la América de Lincoln». Allí, a la vera de los volcanes humeantes y de la indiada exprimida, trabó Martí conocimiento entrañable con nuestra realidad americana, una realidad amasada de injusticias y pletórica de ímpetus. Una realidad, que «no venía de Washington ni de Rousseau, sino de sí misma»; y urgida, en consecuencia, de «plasmar en formas nuevas y propias un fermento largo tiempo en maceración». América fue así, para José Martí, el «continente de la esperanza humana». Y, al declararse hijo suyo, se consagró a su «revelación, sacudimiento y fundación

urgente», en un afán desbordado de «poner alma a alma y mano a mano a los pueblos de nuestra América».

México le robó el corazón y le maduró la pupila, incendiada por la guerra cubana. «México -escribe- no yerra, y se afianza y agrega mientras se encona y descompone el vecino del norte». Años más tarde, en un acto organizado en honor de México, Martí saludará en éste «al pueblo ejemplar y prudente de América, la república que viene a ser en América como la levadura de la libertad». Y, angustiado por su destino, le recordará, severamente, su heroico e ineludible deber continental: «¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, ve los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el norte un vecino avieso se cuaja. Tú te ordenarás, tú entenderás, tú guiarás: yo habré muerto, ¡oh México! Por defenderte y amarte; pero si tus manos flaquean y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego velas de hierro para lanzas, como un hijo, elevado a su ataúd, vé que un gusano le come a la madre las entrañas».

México le abra las talanqueras de América. Y por ellas se entra Martí, jubiloso e inquieto, como quien penetra en selva virgen. Pero América seguirá siendo México y Martí volverá de la hazaña con el jolongo rebosante de maravillas y mieles y hondamente perturbado el espíritu por el destino de esas tierras, presas codiciadas del «norte revuelto y brutal que las desprecia». «De sociología -concluye- se sabe poco y de sus leyes, tan precisas como ésta: los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se aparten de los Estados Unidos». Formulada en las entrañas mismas del “mostruo”, fruto directo de la observación y del estudio de la realidad americana, esta ley sociológica ya no se apartará nunca de la meditación y de la acción políticas de Martí. Sobre esa ley sociológica se levantará su concepción revolucionaria del problema antillano y de sus implicaciones y consecuencias continentales. «El fiel de América -afirma con perspicacia asombrosa- está en las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder -mero fortín de la Roma americana-; y si libres -y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora- serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aun amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio -por desdicha feudal ya, y repartido en secciones hostiles- hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea

inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orden por el predominio del mundo».

La revolución cubana no podía, pues, sin traicionar su destino histórico, confinarse, egoístamente, a la isla oprimida. La revolución cubana tenía, a la vez que liberar a Puerto Rico del yugo español, levantar, con su triunfo, un farallón inexpugnable a todas las expansiones futuras y a la expansión norteamericana, ya a punto de cuajar en proceso imperialista. Y, para lograrlo, precisaba ensanchar y enriquecer el contenido social de esa revolución e impedir que, con su participación, los Estados Unidos capitalizaran, en beneficio de sus financieros y politicians, el movimiento emancipador. Martí se dió a ello consciente de sus limitaciones y dificultades.

El alcance histórico de esa tarea ha planteado más de una vez, entre nosotros, si Martí trascendió o no, en su concepción teórica y práctica, el ámbito específico de la revolución de independencia nacional. Se ha opinado, por algunos, que Martí era recónditamente socialista. Es una opinión sobremanera aventurada. No basta reunir un haz reverberante de frases aisladas y aducirlo como prueba. De todas maneras, aunque Martí hubiera sido íntimamente socialista -que no lo fue- no habría podido operar, como tal, en aquella coyuntura. No existía otra salida real a nuestro problema de entonces que el desencadenamiento de la violencia revolucionaria contra la dominación colonial de España, cada día más exasperante y sangrienta. La genialidad de su pensamiento político radica en haber planteado la revolución de independencia nacional sobre bases que viabilizaran su ulterior desarrollo. Esta concepción suya, que lo convierte en pionero de la lucha antimperialista en América, hubo de tropezar con los resabios castrenses de los jefes del 68, prodigiosamente duchos en bélicos menesteres, pero cortos de visión política; y en algunos núcleos de emigrados, víctimas aún del complejo de inferioridad creado por la prédica falaz de los anexionistas.

Martí fue implacable con unos y con otros. Cuando Máximo Gómez solicita su apoyo, para el movimiento armado de 1884, le responde enérgicamente: «Un pueblo no se funda, General, como se manda en un campamento». Y, cuando entre los cubanos de la emigración se encarecen los proficuos rendimientos que implicaría para Cuba convertirse en un Estado más del imperio norteamericano, Martí enrojece de cólera y con el látigo quemante de su apóstrofe azota, despiadadamente, el rostro de los claudicantes. Sólo ante los autonomistas experimenta Martí pareja repulsa que ante los anexionistas de entonces, que son los entreguistas de hoy, los mismos que

pretendieron sentarlo en la mesa redonda de la mediación en contubernio con el imperialismo y los representantes del machadato.

Al cabo, la tenacidad de Martí logró quebrantar los diques que la miopía de unos y la incomprensión de otros habían levantado, vinculando al gran objetivo que el instante demandaba a Maceo y a Moncada, a Máximo Gómez y a Flor Crombet, a los pinos viejos y a los pinos nuevos, a los héroes curtidos del 68 y a los combatientes bisoños del 95. Y, para viabilizar ese gran objetivo, para obtener la independencia de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico, surgía y se organizaba el Partido Revolucionario Cubano, que convocaba a la guerra «para bien de América y del mundo». «Pelemos en Cuba -declara Martí- para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana».

Pero, donde se evidencia cristalinamente que el movimiento revolucionario organizado y dirigido por Martí se proponía, como objetivo cardinal, impedir que Cuba y Puerto Rico cambiaran de arreos coloniales, o que la independencia teórica fuera sólo vestidura formal de un protectorado efectivo y a su sombra asfixiante se conjugaran, para desangrarnos y empobrecernos, el millonario del norte y el caporal nativo, es en el sentido que Martí le infunde a la guerra y en la misión y contenido que le asigna a la república. La guerra necesaria no va dirigida contra el español ni contra España: va proyectada, exclusivamente, contra la dominación opresora y exhaustiva de ésta, alimentada y mantenida por la monarquía borbónica y su bellaca nobleza. Como su conocimiento del rol hegemónico que aspiraban a ejercer los Estados Unidos, no le impidió alabar sus glorias legítimas y sus hombres representativos y juzgar aliado suyo al gran pueblo norteamericano, víctima, a su vez, de la organización imperial que lo rige, Martí advirtió la coexistencia de dos Españas radicalmente distintas: la España artificial, desapoderada, cruel y parasitaria y la España vital, la verdadera, la única, feudo infortunado y transitorio de la otra, contra la cual habría de alzarse el 18 de julio de 1936 en épico estallido. De vivir, José Martí, el último adversario de la España colonial en América, se hubiera inclinado, alborozado y reverente, ante el pueblo español, que disputa solitario y espléndido al gangsterismo internacional su derecho a la vida y a la libertad.

Aunque los fundamentos económicos de la república democrática tienen que enraizarse, necesariamente, en el sistema general capitalista, Martí quiere que la república cubana -amiga cordial del vecino poderoso, pero sin interferencias, ni sumisiones, ni hipotecas que la subordinen, esclavizándola, al interés político y económico de su casta dominante- satisfaga el anhelo y la necesidad de cada ciudadano, sin distinción de razas ni de clases, mediante la abolición de todas las

desigualdades sociales y de una equitativa distribución de la riqueza. Su criterio, a este respecto, no admite dudas. Martí encarna, en América, las esencias más puras y progresistas del pensamiento democrático. «La revolución -responde a Carlos Baliño- no es la que vamos a iniciar en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la república». «Si la república -advierde con palabra tajante- no tiene por base el carácter entero de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como un honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos y no para sueños. Para liberar a los cubanos trabajamos y no para acorralarlos». «Hay que impedir -postula categóricamente- que las simpatías de Cuba se tuerzan y esclavicen por ningún interés de grupo, o por la autoridad desmedida de una agrupación militar o civil, ni de una comarca determinada, ni de una raza sobre otra». «El hombre -observa certeramente para entonces y para siempre- no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza o a otra: dígame hombre y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro: peca, por redundante, el blanco que dice mi raza; por redundante, el negro que dice mi raza. Todo lo que divide a los hombres, todo lo que aparta, especifica o acorrala, es un pecado contra la humanidad. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Dos racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro».

He ahí la réplica anticipada de Martí a los nazis, falangistas y fascistas que infectan hoy la república, disfrazados de demócratas. La réplica anticipada de Martí a Hitler, a Mussolini y a Franco, dirigentes supremos de la mafia totalitaria, de la represión corporativa, del retorno brutal a la gleba y a los autos de fe. «Un gobernante -afirma- puede tener simpatías por un culto determinado; pero cuando acepta el cargo de gobernante, sobrado difícil para que todos lo entiendan y lo cumplan, acepta con él la constitución y leyes adicionales que el cargo representa: prohíben estas leyes contemplación predilecta a culto alguno; la ley no asiste a los actos religiosos porque la Ley es el Estado; el Estado no puede tener principios religiosos, porque no cabe la atención especial a una determinada tendencia religiosa en aquel que tiene el deber de atender de igual manera a todas». «En nuestros países, -escribe-, ha de hacerse una revolución radical de la educación, si no se les quiere ver siempre, como aún se ve ahora a algunos, irregulares, atrofiados y deformes como el monstruo de Horacio-Contra teología, física. Que la enseñanza elemental sea elementalmente científica: que en vez de la historia de Josué se enseñe la de la

formación de la tierra. No basta ya, no, para enseñar, dar con el puntero en las ciudades de los mapas, ni hilar con fortuna un romancillo en escuelas de sacerdotes escolapios. Alcemos esta bandera y no la dejemos caer: la enseñanza primaria tiene que ser científica». Y de ahí la réplica, también anticipada, de Martí, a los que ahora insurgen tremolando contra la escuela cubana pública y privada el estandarte de la libertad de enseñanza en un afán desesperado de controlar esa libertad a favor de la clerecía extranjera y de la concepción totalitaria de la vida y del mundo. Para esos zapadores de la nacionalidad, escribió Martí estas palabras: «No puede combatirse con medios de respeto a los que, por encima de todo respeto, saltan y rompen. No pueden tenerse miramientos constitucionales para los que anidan en el seno de la constitución con ánimo de herirla». Y, redondeando su concepción de la república por cuyo establecimiento efectivo luchaba, concreta su aversión profunda a la explotación del hombre por el hombre. José Martí anhelaba -síntesis de su pensamiento político- una república holgada, libre y cordial, donde la ley primera y fundamental fuese el culto a la dignidad plena del hombre, una república laica y generosa, con «la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan», una república sin siervos, ni mendigos, ni apapipios, ni esclavos. «Esclavo -puntualiza- es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio sobre él». «Con los oprimidos -agrega con visión y lenguaje actualísimos- habrá que hacer causa común para afianzar el sistema opuesto a los intereses y al hábito de los opresores. Mientras haya un pobre, a menos que no sea un perezoso o un vicioso, hay una injusticia». La patria no vale por sí misma: vale en la medida que sea justa. No es triunfo, sino agonía y deber. Nunca está hecha. Hay que hacerla y rehacerla cada día. Si crear suele ser oficio de poetas, llevar a la vida lo creado, es oficio de hombres.

La caída de José Martí fue catastrófica para Cuba y Puerto Rico. El nuevo delegado, Tomás Estrada Palma, hizo cuanto pudo por hipotecar, antes de nacida, la república de Cuba. Y la causa puertorriqueña fue abandonada a su suerte. Coincidiendo con esas torpezas y con la carencia de una burguesía cubana vigorosa, hizo su aparición en Estados Unidos -ya completada su expansión interior a expensas de las regiones más opulentas de México- el capital monopolista, ávido de nuevos mercados y de nuevos territorios preferentemente poco desarrollados, donde volcar el excedente de su producción mecánica, extraer materias primas fundamentales para la industria en ascenso e invertir óptimamente sus dólares inactivos. Pero, a la vez, necesitaban los Estados Unidos robustecer, por imperativos estratégicos y ulteriores miras, su posición en el mar Caribe. Su intervención en la guerra hispano-cubana señala el inicio de la etapa imperialista en dicho país. El

derrumbamiento del poderío español en América fue sustituido, de esta manera, por la dominación colonial de los Estados Unidos en Puerto Rico y por el control económico y político de Cuba mediante la Enmienda Platt y facilitado por la apertura, sin limitaciones, de nuestras riquezas, a sus banqueros y negociantes. «El suelo -había prevenido Martí- es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás».

Nada valió la palabra admonitoria y profética de Manuel Sanguily en el Senado de la república y mucho menos su proyecto de ley -que ni siquiera fue discutido- prohibiendo la enagenación de tierras y bienes raíces. La obra generosa, trascendental y revolucionaria de José Martí quedó así frustrada por su muerte prematura y por la conjunción de factores hostiles. Las consecuencias de esa frustración la hemos sufrido durante treinta y cinco años de farsa seudodemocrática y de realidad colonial, en que Cuba ha sido patrimonio sangriento de una minoría victoriosa y factoría azucarera circuida de palmares. Contra lo que él predicó y se propuso, la república ha sido -es hoy más que nunca- «la perpetuación con formas nuevas, o con alteraciones más aparentes que esenciales, del espíritu burocrático, militarista y corrompido de la colonia». La curva del sojuzgamiento económico marca ya sus temperaturas más altas. Cuba vive hoy una vida anémica y empantanada, a merced de las barreras arancelarias norteamericanas, de los unilaterales tratados de reciprocidad y de los préstamos intervenidos. «Quien dice unión económica -advirtió Martí- dice unión política. Hay que asegurar el comercio para asegurar la libertad. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato, o algún bachiller, a unión política. La unión con el mundo y no con una parte de él contra otra».

Trunca en 1895, la obra emancipadora de José Martí está aún por hacer. Hacer esa obra, transfundir a la realidad histórica el ideal de vida que alimentó su existencia y dió valor simbólico a su muerte, es la etapa inmediata que a Cuba se le planea en este tránsito violento que el mundo se dispone a afrontar, que está afrontando ya en Europa y en Asia. Si esto es así, -y negarlo sería ignorar la dinámica interna de los procesos históricos, el nexos vital entre las situaciones fallidas y la etapa subsiguiente- José Martí, que se batió denodadamente con la monarquía española por devolverle a Cuba sus riquezas arrebatadas y el control de sus destinos sobre una base genuinamente democrática, opera, tiene que operar hoy, en que a las viejas servidumbres se enfrentan nuevas y más sombrías esclavitudes,

como fuerza creadora, como rueda impelente durante largo trecho del riesgoso camino. El espíritu popular, con esa percepción finísima que lo caracteriza, advirtió, antes que nadie, esta vinculación militante del pensamiento emancipador de José Martí y la actual coyuntura histórica y, por eso, antes que nadie también, se apretó y aprieta, fuertemente, alrededor de su ideario democrático, presto a defenderlo de manos intrusas y de criminales mixtificaciones.

Al pueblo cubano, y particularmente a su juventud estudiantil, corresponden la culminación de la faena inconclusa de José Martí: realizarnos históricamente sin interferencias ajenas. Estamos contra el fascismo, monstruo de mil cabezas engendrado en la entraña tenebrosa de una civilización en decadencia; pero, estamos también, contra los que en nombre de la democracia o del socialismo, pretendan sojuzgarnos. Contra unos y contra otros: con la justicia para todos, con la democracia verdadera y la riqueza justa para todos, con el derecho a la propia determinación para todos.

La lucha por ser lo que queremos ser, amanecida en José Martí, se reanudó el 30 de septiembre de 1930. violentamente desviada el 12 de agosto de 1933, tuvo su arranque soberbio en la huelga general de 1935. hoy vive soterrada, aguardando su hora. No importa que, por el momento, las constelaciones luzcan adversas. La responsabilidad de este momento hediondo y confuso, en que privan en la vida pública los intereses más opresivos y reaccionarios, no alcanza directamente a nuestro pueblo. La responsabilidad es exclusiva de los que torcieron su rumbo traicionando su deber histórico. Esa responsabilidad no tardará en exigirse. «Cuando un pueblo entra en revolución -postuló José Martí- no sale de ella hasta que la corona». El destino de esa revolución es nuestro propio destino. De pie frente al porvenir, abracémonos a él como a la estrella que ilumina y salva. Y, aceptemos como jefe, en tanto ese destino no trascienda históricamente los objetivos emancipadores de la revolución de independencia nacional, a José Martí, que no faltará a la cita, como estuvo presente el 19 de Mayo de 1895, para morir de nuevo, de cara al enemigo, como había soñado y pedido, por la independencia de Cuba y Puerto Rico, por el futuro de América, por «poner al hombre en el pleno goce de sí mismo».

La Revolución inconclusa

Momento estelar de nuestra historia es la efemérides que conmemora Bohemia en este número extraordinario. El 24 de febrero de 1895 el pueblo cubano reafirmó definitivamente su determinación de ser libre. De nuevo relampagueó el machete, la isla se inflamó de punta a punta y se puso impetuosamente en marcha «la guerra necesaria y justa». Aún resuena, como clarinada en la amanecida, el mensaje de Enrique José Varona a los pueblos de nuestra sangre: «Los cubanos han apelado a la fuerza, desesperados no iracundos, para defender su derecho y sacar triunfante un principio eterno, sin el cual peligran las sociedades más robustas en apariencia, el de la justicia. No hay derecho para oprimir. España nos oprime. Al rebelarnos contra la opresión, defendemos el derecho. Así servimos la causa de la humanidad, sirviendo nuestra propia causa. No hemos contado el número de nuestros enemigos, ni hemos medido su fuerza. Hemos sacado la cuenta de nuestros agravios, hemos pesado la masa de injusticia que nos agobia y hemos levantado el corazón a la altura de nuestras legítimas reivindicaciones. Delante, a pocos pasos, pueden estar la miseria y la muerte. No importa. Cumplimos con nuestro deber. Si el mundo nos vuelve la espalda, tanto peor para todos. Se habrá consumado una nueva iniquidad. El principio de la solidaridad humana habrá sufrido una derrota. Habrá disminuido la suma de bien que existe en el mundo, y que el mundo necesita para que sea pura y sana su atmósfera moral. Cuba es un pueblo que sólo requiere libertad e independencia para ser un factor de prosperidad y progreso en el concierto de las naciones civilizadas. Hoy es un factor de intranquilidad, desorden: ruina. La culpa es exclusivamente de España. Cuba no ofende, se defiende. Vea América, vea el mundo de parte de quien está la razón y el derecho».

Aquel disciplinado, potente y dinámico movimiento revolucionario era producto de la confluencia dialéctica de la necesidad histórica y de la voluntad concertada de las emigraciones y del pueblo de la isla, al conjuro del genio político de José Martí. En eso consistió el aparente milagro. La revolución iniciada era la última estrofa del poema épico de 1810. Pero era también la primera estrofa de la oscura y sangrienta ilíada del hombre común, libre ya de vendas y grillos y en desesperada porfía por ganar un puesto al sol en un mundo regido por la política de poder y usufructuado polémicamente por imperios de presa. José Martí tuvo clara y afilada percepción de ello. Horas antes de partir rumbo a Santo Domingo —donde lo aguardaba ya impaciente y calzado, y con la escarapela rutilante en el sombrero mambí, el generalísimo Máximo Gómez— había escrito al Club 10 de Octubre de

Puerto Plata: «Estamos haciendo obra universal. Quien se levanta hoy con Cuba, se levanta para todos los tiempos.» Y como él había convocado la guerra, su responsabilidad no concluía, sino comenzaba con ella. Alzar el mundo era su misión histórica; pero su íntimo deseo sería pegarse al último tronco, al último peleador, y morir callado. De ahí su exultante confesión al pisar los breñales de Oriente: «Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria toda la vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio».

Gozo todavía mayor es para José Martí ver cómo la insurrección se va desarrollando conforme a sus previsiones, planes y anhelos. Confía y espera y sueña. Su Diario adquiere, a menudo, tono marcial. Pero a los heraldos del ideal les toca siempre ofrendarse antes de llegar a la tierra prometida. El 19 de mayo de 1895 José Martí caería, con arranque de apóstol y estilo de héroe, en Boca de Dos Ríos. En su ya histórica carta a Manuel Mercado, había fijado nítidamente el verdadero alcance de su pensamiento revolucionario y la dimensión americana de su obra: «Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimo con que realizarlo— impedir, a tiempo, con la independencia de Cuba y Puerto Rico, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso». José Martí ha muerto; pero un pueblo entero alzaría su cadáver como llameante bandera. Lo anticipará él mismo en frases lapidarias: «La muerte da jefes. La muerte es júbilo, reanudamiento, tarea nueva.» Y la revolución siguió adelante, guiada invisiblemente por quien la trajo con su esfuerzo y la consagró con su holocausto.

Cada palma fue un mástil, cada montículo un centinela, cada bohío un campamento. Máximo Gómez y Antonio Maceo emularon glorias de Ayacucho y Junín, antaño renovadas por Ignacio Agramonte y Julio Sanguily. Hasta los caracoles de las playas y las sombras iluminadas de Simón Bolívar y Benito Juárez se incorporaron a la pelea. Blancos y negros se disputaron, confundidos, el laurel y la oblación. La historia se hizo leyenda y la leyenda historia. Los que tuvieron la dicha de ser actores de la proeza magnificaron para siempre sus horas vacías. Los que hoy evocamos añorantes le rendimos guardia de honor reverentes y orgullosos. El pueblo capaz de tamaña empresa es un gran pueblo. Ningún goce más hondo para un cubano que poder decirlo a plena voz.

De aquel egregio despilfarro de abnegación y coraje surgió esta Cuba de hoy, en comprometido trance de renquiciamiento y remolde. Duro, fatigoso y largo ha sido el proceso de formación de la nación cubana. Largo, fatigoso y duro el camino de su libertad. Nada se nos dio nunca por gracioso regalo de los dioses. Todo lo que fuimos y lo que somos lo hemos conquistado a brazo partido.

Tierra de explotación y medro fue la nuestra durante varios siglos. Tuvimos que crear sobre el lodo, la sangre, la ignorancia y el fanatismo. Nuestra población indígena fue brutalmente exterminada. De poco valdría la noble y contumaz protesta de fray Bartolomé de las Casas, protector de los indios y grande de España. El negro —cazado en las selvas misteriosas de África por empedernidos mercaderes— sustituyó al indígena como pura fuerza de trabajo. El régimen social impuesto por los colonizadores no podía ser más simple e inhumano: una típica pigmentocracia que fundaba sus derechos a la exacción, al crimen y a la esclavitud en supuestas superioridades raciales y religiosas. Las leyes de Indias jamás se acataron, ni se cumplieron. El azúcar, manchado de infamia, fue, desde los comienzos, nuestra principal fuente de riquezas y de penurias. Y la fuente también de todas las abominaciones y codicias internas y foráneas.

En el seno opresivo y deformado de ese presidio rodeado de agua por todas partes, creció lentamente el pueblo cubano. Hizo sus primeras armas contra los corsarios y piratas. Cultivó el surco heredado de sus mayores. El ambiente telúrico y la comunidad de destino le dejaron su impronta indeleble. Del proceso de transculturación y mestizaje nació el criollo, que ama su tierra y su estirpe. La fragancia deleitosa del trópico y el voluptuoso regodeo de los sentidos aroman sus lánguidos, sensuales y pintorescos cantares. En 1762, los ingleses, a la sazón en guerra con España, sitiaron y tomaron la Habana, no sin que los cubanos le ofrecieran gallarda resistencia. La isla, hasta entonces secuestrada del mundo por el monopolio implacable de España, se abrió al mar ávida de aires y de luces. Junto a las oleadas de esclavos que sucesivamente la inundaban, empezaron a colarse las ráfagas redentoras del enciclopedismo y de la revolución industrial. El brusco y creciente desarrollo del comercio ultramarino transformaría la factoría en colonia de plantaciones, dedicada al cultivo en gran escala de la caña, del café y del tabaco. Y, parejamente a ese vigoroso impulso económico, brotarían un nuevo espíritu y una cultura que, por los gérmenes que la preñan, los problemas que plantea y las soluciones que aporta, está destinada a convertirse en fermento revolucionario. No en balde se ha dicho que don Francisco de Arango y Parreño fue el primer habanero y el protoprecursor de la patria.

La gesta hispanoamericana removi6 profundamente la conciencia criolla. Vate y adivino, poeta y profeta suelen ser uno y lo mismo. La trompa mesiánica de José María Heredia anunciaría —prodigioso despliegue de trenos, nostalgias, imprecaciones y ayes— que los radiantes días por llegar están en camino. Sintiéndose ya con estatura de hombres, vegueros y esclavos se sublevan. Se descubren las primeras conspiraciones. Ascienden al cadalso los primeros mártires. No tardaría en aflorar y abrirse paso victoriosamente —anexionistas y reformistas han agotado su circunstancial vigencia histórica— el movimiento emancipador. Y, al estallar éste el 10 de octubre de 1868, tiene ya, tras de sí, una tradición, un martirologio y una fe. Amor de patria y amor de mujer vibran, fundidos, en la guitarra insurrecta:

Cuando yo envaino el acero
después que pasa la acción,
vas fija en mi corazón
como un brillante lucero.
¡Escucha! . . . El clarín guerrero
suena ya en la selva umbría ...
¡Adiós!, que si en este día
la muerte he de recibir,
al instante de morir
pensaré en ti, vida mía.

Ni vencidos ni convencidos retornarían los cubanos a sus hogares maltrechos después de diez años de desigual contienda. Guiados la estrella solitaria habían ido a la manigua en pos de una patria ideal. De la manigua volvían con la imagen concreta de patria ideal. Su divisa continuaba siendo independencia o muerte. Pero necesitaban reponer sus fuerzas, aliviar sus fatigas restañar sus heridas y olvidar sus decepciones. Era indispensable tregua. Ni «soborno, ni infamia, ni traición», como dirían responsablemente los que permanecieron boconeando en el destierro. Simplemente un paréntesis. Eso sería, en rigor, la paz suscrita en Zanjón el 28 de febrero de 1878. En esa tregua, el pueblo cubano —estremecido aún por las hazañas de la guerra— se apercibió y preparó para nuevas y más trascendentales batallas, en tanto que las potencias pulían sus garras y acechaban la coyuntura propicia para caer sobre Cuba y apoderarse de ella. Los descreídos y los ambiciosos —en su mayoría cubanos descastados— se arrimaron a la sombra de la más reaccionaria facción del

Partido Autonomista. Los desvalidos y explotados, los que sufrían en su carne y en su dignidad la afrenta del coloniaje, los que no podían seguir viviendo de rodillas sin mutilarse el decoro, se agruparon primero en torno a los que mantenían enhiesto el pendón separatista y se vertebraron luego en el Partido Revolucionario Cubano.

José Martí fue la conciencia, el pensamiento y la palanca de la revolución. Titánica, en verdad; sería su labor. De un lado, ata, ordena, espolea, ilumina y funda. Del otro, le imprime al movimiento insurreccional carácter civil, objetivos democráticos, contenido social, sentido económico y proyección americana. Esclarece, deslinda, precisa. La guerra no era contra el español, ni contra España: la guerra era contra el régimen que enyugaba, corrompía y degradaba, por igual, a españoles y cubanos. Y, al calor de su palabra arrebatada, los «pinos viejos» y los «pinos nuevos» sellarían, en abrazo memorable, el propósito de conquistar, por el común esfuerzo, la independencia de Cuba y el establecimiento de una república que tuviera la libertad por asiento y en la cual la riqueza y la cultura se difundieran generosamente en los llanos y no se atesorasen avaramente en las cumbres. Para eso se había organizado el Partido Revolucionario Cubano y para eso se desataba la guerra. Y, asimismo, para acelerar el equilibrio del mundo, salvar el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, galvanizar el espíritu de la América nuestra y salvaguardar el futuro de las Antillas de sojuzgamientos soterrados de insolentes depredaciones.

Pero la república concebida por los fundadores y diseñada por José Martí en el Manifiesto de Montecristi emergió a la existencia por condiciones sobremanera adversas. La voladura del acorazado Maine, la Joint Resolution y los rough riders de Teodoro Roosevelt desviarían el curso ulterior del proceso revolucionario. Contrahecha y menoscabada surgió la república, sin que permitiera advertirlo momentáneamente el legítimo júbilo de su advenimiento. Si la Enmienda Platt ponía en cuestión su soberanía, económica y financieramente quedaba a merced de tutores sin escrúpulos, que tendrían siempre dúctiles instrumentos y complacientes servidores en los partidos políticos, en los tribunales de justicia, en la administración pública y en la prensa. La estructura colonial supervivía bajo los símbolos ficticios del himno, del escudo y de la enseña. En ese pozo de aguas negras se cebó el complejo de inferioridad que caracteriza nuestra vida republicana hasta el 30 de septiembre de 1930.

Nuevas generaciones, empujadas históricamente a completar la trunca epopeya de 1895, le inyectaron al pueblo cubano nuevos bríos y nuevas esperanzas. Las fundamentales mutaciones operadas, a partir del 12 de agosto de 1933, en la

estructura económica política y social del país, son frutos de su heroica arremetida contra la colonia sobreviviente en la república. Muchos más hubiéramos cosechado si la competencia, la honestidad y la visión de porvenir hubieran primado en las esferas rectoras. Muchos más, en suma, si el movimiento revolucionario que derrocó al machadato no hubiese sufrido tremendos extravíos y dolorosas frustraciones, inculminables principalmente a Fulgencio Batista y a Ramón Grau San Martín, pero sin excluir las responsabilidades de Carlos Prío y las irresponsabilidades de Eddy Chibás. En el campo de la moral pública se ha llegado a inauditos extremos. No podría explicarse de otra suerte que aparezcan luciendo refulgente clámide, en oportunista coincidencia, quienes han fatigado los siete pecados capitales de la inverecundia política.

Justamente lo que no pudo traerse en su momento, o fue pervertido, o aplastado, es lo que ahora urge alcanzar. Este, y no otro, es el compromiso histórico que plantea el 24 de febrero de 1895. «Cuando un pueblo entra en revolución — nunca se repetirá demasiado esta sentencia de José Martí— no sale de ella hasta que la corona». La etapa que hoy vivimos es, sin duda, contrastada objetivamente, mejor que la de ayer. Más, es sólo eso: una etapa. Mientras esté en devenir, la revolución de 1895 no se habrá coronado. Y, como los tiempos son otros y el mundo ha entrado en nueva y decisiva fase de su historia —en la cual se entremezclan significativamente exteriores vagidos— habrá que culminar la revolución de 1895 a la altura de la época y en apretado haz con los pueblos que Simón Bolívar liberó con su espada y José Martí fecundó con su verbo.

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

Manuel Sanguily

Si la evocación de Manuel Sanguily es válida en cualquier coyuntura, en ninguna lo es, sin embargo como en esta en que un puñado de espíritus independientes nos hemos reunidos a la sombra radiante del Libertador a renovar nuestra fe en el destino de América. Muy pocos entre los primogénitos de nuestra patria común, alentaron esa fe tan activa y ardidamente como él. Ni nada da tampoco cabal medida de su tamaño humano como esta consagración suya —pareja a la de Simón Bolívar y José Martí— a «poner alma a alma y mano a mano a los pueblos de nuestra América», a plasmar en formas nuevas y propias un fermento largo tiempo en maceración. Un siglo del natalicio del egregio cubano va ahora a

cumplirse y a festejarse. Y, por lo ya dicho y porque me brota del hondo del alma yo quiero rendirle anticipado tributo en la entraña caldeada del pueblo por «donde América mostró al mundo como la libertad vence desnuda sin mas cureña que el lomo del caballo ni más rancho que recortes de cuero, al poder injusto que se socorre de las riquezas de la tiranía y del mismo ciego **favor de la naturaleza**». **De esta** Venezuela que se ha de «querer y admirar sin límites porque la sangre que dio por conquistar la libertad ha continuado dándola por conservarla». Ni escenario más augusto ni trance más oportuno ni homenaje más simbólico.

No fue solo Sanguily escritor de estilo inconfundible y vigoroso pensamiento, crítico de buidez y rigor poco comunes, tribuno de vuelo sostenido y lógica avasalladora e historiógrafo de juicio insobornable, puntilliosidad extrema y magistrales esclarecimientos. Fue además por encima de todo —síntesis perfecta de su personalidad multifacética— revolucionario ejemplar y fundador de la república. Pocos en este sentido le aventajan en pasión, desinterés, gallardía, perseverancia espíritu de sacrificio, pulcritud de conducta, claridad de fines, comprensión de su tiempo y amplitud de perspectiva. Supo siempre a donde iba, lo que quería y como obtenerlo.

La tarea revolucionaria a la que se dio Manuel Sanguily iba derechamente encaminada a dotar a Cuba de genuina personalidad política de una estructura social efectivamente democrática y de la soberanía económica indispensable para vincularla con plenitud de atributos al destino de América. Nacido bajo la dominación española se encaró mozo aún al dilema que su circunstancia le planteaba: **colono o persona**, términos que podrían simbolizarse respectivamente, para decirlo con José Martí en el yugo y la estrella. El yugo significaba la tripa repleta y la cerviz doblada. La estrella significaba la despensa vacía y la dignidad enhiesta. Discípulo dilecto de José de la Luz y Caballero, hijo legítimo de El Salvador, Sanguily no vaciló un instante: se abrazó a la estrella. Era el único modo auténtico de ser persona. Y la única vía adecuada para que Cuba conquistara su personalidad política su independencia económica y el señorío de sí propio. Si Cuba quería ser libre tenía que luchar para conseguirlo. Nunca la libertad se dio por añadidura y para merecerla —lo advirtió ya Goethe y lo comprueba la historia— hay que pelear por ella todos los días.

Sanguily se lanzó a la manigua a luchar por la libertad cubana. No parará ya de pugnar por ella hasta que su indómita cabeza que «solo se inclinó ante el libro» caiga vencida por la muerte en desigual combate. En el campo y en la ciudad, en el libro y en la tribuna, en el folleto y en la asamblea, en Cuba y en el extranjero,

donde quiera que este, donde quiera que el deber lo lleve, será siempre un soldado de la libertad cubana. Imposible encontrar página suya que no muestre la impronta candente de su actividad emancipadora. Tras la interpretación más objetiva se encontrará siempre emboscado al revolucionario. Tras el artista de la palabra la arenga arremolinada. Tras la miel, la lava. Tras la rosa, la avispa. Aún en el epistolario íntimo asoma en cada línea la agonía del peleador perpetuamente obsesionado por el destino de su patria.

No bastaba sin embargo luchar por la libertad de Cuba. Urgía parejamente insuflarle un contenido concreto a esa libertad. Esta preocupación lo punza y desvela. Las páginas de su Diario revelan la torturante angustia que lo poseía cuando las querellas caciquiles, los apetitos desmandados y la estrechez de miras propias de una insurrección originariamente lastrada por la mentalidad feudal de muchos de sus principales promotores, amenazaban torcer, mixtificar y frustrar los objetivos históricos de la ingente contienda que no podían ser otros que darle al pueblo de Cuba sobre el primado de la independencia nacional y de la libertad política un régimen social que promoviera indefinidamente su ascenso cultural y garantizara por el trabajo creador y la riqueza justa, sus condiciones de existencia. Ni para jerarquías artificiosas, ni para privilegios abominables ni para irritantes discriminaciones quería Sanguily la libertad cubana. La quería como Ignacio Agramonte como todos los grandes revolucionarios de nuestra América para viabilizar el ensanchamiento constante de la base material de vida de nuestras masas y levantarlas al refinado disfrute del banquete platónico. Gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo. Y no gobierno en nombre del pueblo sin el pueblo y contra el pueblo. Semejante trastrueque —que Venezuela y Cuba han sufrido más de una vez en su carne y en su espíritu— entrañaba la supervivencia de la estructura colonial hipócritamente disfrazada con arreos republicanos.

Esta postura mantenida inquebrantablemente durante diez años machete en ristre era la expresión vital de su pensamiento político de límpida prole democrática. Y por eso no transigió con las veleidades castrenses ni con el espíritu faccioso. Vicente García supo de su discrepancia tajante y de su condena implacable. En frente lo tuvieron cuantos intentaron transformar en mando cuartelero la jefatura civil de la revolución. Lorna de Sevilla es uno de los más **claros** timbres de su gloria. Y sus arremetidas contra la concepción **militarista de Máximo Gómez, Manuel de la Cruz y Enrique Collazo**, la más vibrante y contundente defensa del ideario democrático que ungió con su sangre y blasonó con su ejemplo.

Si por los atajos de la Mancha salió Alonso Quijano a la conquista del mundo por los andurriales de la libertad cubana llegó Sanguily al americanismo, etapa superior de evolución de su pensamiento político. Mas que en Locke y en Jefferson se había amamantado en los enciclopedistas franceses. En ellos sorbió al par que los ingredientes teóricos de su construcción política y social el zumo fertilizante de la dignidad humana. El culto a la dignidad plena del hombre que José Martí quiso que fuera la ley primera y fundamental de la república fue también su culto. Ni que decir tiene que esa perspectiva y ese culto pugnaban radicalmente con la problemática concreta de su circunstancia; pero, a la vez que su repudio, le daban la razón histórica de su existencia y los medios efectivos de superarla. **«La historia — escribe— es el esfuerzo perpetuo del espíritu contra la forma de reproducción eterna del ave que rompe el huevo solicitando mejor existencia y son las instituciones moldes de las sociedades que se endurecen y oprimen que desfiguran y matan que a veces resultan estrechas porque envejecen mientras las sociedades se renuevan y que por lo mismo deben cambiar a compás de ellas si se quieren evitar la violencia y el dolor: deben modificarse a tiempo, para que no sean desbaratadas al estampido de la revolución».**

Ese concepto de la historia esta en la raíz misma de su acción y de su pensamiento. Y sustentándose en él es que, al examinar las distintas tendencias políticas que se disputan el favor público después del convenio del Zanjón, manifestara su adhesión a la separatista o revolucionaria, única capaz de adecuar la forma social al espíritu pujante de la cubanía. «El espíritu separatista —afirma— no es propio únicamente de los naturales de Cuba ni exclusivo de los antiguos revolucionarios. El espíritu separatista es esencial y peculiarmente colonial y muy propio de toda agrupación, de todo sistema de intereses lastimados, desconocidos u oprimidos por otra agrupación o por otro sistema de intereses, que el caso no es tanto un asunto de sentimiento por lo general como un asunto complejo de toda suerte de circunstancias. Por eso el espíritu separatista está en el fondo en la sustancia de la naturaleza humana. Donde quiera, así en lo moderno como lo antiguo, siempre que una fracción del género humano se sienta explotada, humillada, ahogada —a menos que haya bajado hasta el enflaquecimiento o la vileza— se revuelve, lucha y si preciso fuera, parece antes que consentir impasible en su ruina y en su **oprobio**, que primero que la ley humana de la ciudad está la ley divina de la naturaleza para que fuesen la regla de la vida, el sentimiento de la dignidad y el sentimiento de la justicia».

Los párrafos transcriptos fijan cristalinamente la posición de Sanguily ante la autonomía, ante lo español y ante España. No podía admitir ni justificar ni encarecer una tendencia política en radical discordancia con la historia, la naturaleza y la determinación del pueblo cubano. No fue odio contra el español ni contra España lo que impulsó a aquel a sublevarse contra el régimen colonial que lo estrujaba y ofendía. El espíritu separatista, conciencia del querer ser de toda comunidad humana entrabada en el libre desenvolvimiento de su personalidad política, económica y cultural, era una necesidad histórica, una tendencia inexorable, una ley natural como la llamó Sanguily en típico lenguaje roussoniano. Ya la estructura colonial, agotadas sus posibilidades de reajuste y acomodamiento, resultaba incompatible con el proceso superador que le había nacido dialécticamente en las entrañas.

El espíritu separatista era pues, por su propia índole, inconciliable con las formas absorbentes de poder. Si la revolución cubana aspiraba a realizar la democracia no podía sin negarse a sí misma emplear medios y modos antidemocráticos en la puja por su propio alumbramiento. Ese espíritu separatista tendría en Sanguily su concreción más encendida y afilada. Es su personero y su dinamo. No tuvo José Martí en su campaña revolucionaria coadyuvante más eficaz, valeroso y decidido que el expedicionario de la **Galvanic** y héroe de Palo Seco. En las fauces mismas del despotismo, pobre y perseguido, aviva constantemente, con su verbo y con su pluma, la llama de la rebeldía cubana.

No se ha hecho aún justicia a la participación decisiva de Manuel Sanguily en la formación de la conciencia revolucionaria, que sirvió de combustible al estallido de Baire. En esa época tempestuosa fatigó la elocuencia desde la tribuna, **que fue a la sazón su trinchera, nostálgico de sus días heroicos, por sus periodos reverberantes** y lujosos desfilan en epopéyico estilo las proezas de la guerra grande. Y es en esta propia época también en que como culminación de su pensamiento político aflora por primera vez el americanismo en su palabra. En su admirable oración sobre José Maria Heredia el poeta nacional de Cuba, Sanguily reitera su fe en el destino de América y concreta en fórmula definitiva su concepción del americanismo. «El americanismo —postula— no es impulso de aproximación de razas como el germanismo o el eslavismo sino una tendencia social, un ideal de vida y de gobierno cuyo término es la federación, cuya base es la autonomía, cuya fórmula es la república y cuya esencia es la democracia. Buscad ese espíritu en Europa —concluye— y no lo encontraréis».

El contraste violento entre la tendencia ideal y la realidad histórica, no escapó a su pupila. En muchas regiones de América la democracia era montonera, la

autonomía chauvinismo, la república «mayordomía lúgubre» o máscara reluciente de corrompido bajalato; pero por lo mismo en el seno de los pueblos burlados, maltratados o uncidos existía, con renovado ímpetu, el espíritu americanista de la hora germinal de la emancipación, el espíritu de que América fuera lo que **debe ser**: el hemisferio de la paz, de la justicia social y de la dignidad humana. Mientras Cuba y Puerto Rico permanecieran sojuzgados, esa transformación, ese avatar más alto de la conciencia que implicaba el americanismo será imposible. Ambas por su historia y su coraje se habrán ganado su **propio en América**. Ambas, por no ser todavía América, representaban las esencias más activas y creadoras del americanismo que es impulso incontrastable hacia la libertad. Liberadas ambas, el americanismo estaría ya como espíritu, en aptitud de trasfundirse en realidad histórica. No ayudar efectivamente a esa liberación a que Cuba y Puerto Rico entraran en América —aún Puerto Rico no ha entrado— era traicionar la naturaleza misma del americanismo.

Hay que decirlo. No cumplió entonces América su deber de solidaridad continental. Más todavía: fue «cómplice indiferente», porque era montonera y no democracia, del infortunio cubano y del dolor boricua. Medio siglo hacía desde que Simón Bolívar postulara como base de todo americanismo la independencia de Cuba y Puerto Rico. José Martí en el umbral mismo de la guerra necesaria había precisado que «la independencia de las Antillas era el fiel de la balanza americana, la garantía del equilibrio en el continente, la de la independencia de la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del norte que en el desarrollo de su territorio —por desdicha feudal **ya y repartido** en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellos abría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo».

Bolívar y Martí fueron traicionados. «**Yo** —exclamó entonces con hirviente iracundia Manuel Sanguily— no encuentro excusa para América: porque no existe más que un derecho divino: el derecho divino que tiene toda sociedad humana de vivir conforme a su voluntad, el derecho a no ser explotada, por otra el derecho a no ser afligida por la fuerza y Cuba es su paladín esforzado y solitario; no existe más que **en** un interés americano el interés de la democracia y la república y Cuba es su único y abnegado representante ya que los pueblos hermanos no se atreven a requerir en su defensa la espada creadora con que Bolívar quiso redimirlos ni aún ahora que la lanza con que Boves aterró los llanos de Venezuela se ha convertido en la puntilla del torero con que Weyler ultraja la civilización y deshonor el linaje humano». El americanismo comporta imperativos insoslayables y deberes

intransferibles. Sentir como propias las afrentas, las angustias y los afanes de América, acudir con las banderas desplegadas en auxilio de hermano que sufre la opresión y quiere a precio de sangre sacudirla, es lo que singulariza y define el americanismo verdadero. Lo otro es ese americanismo postizo genuflexo y retórico que mima y condecora el State Department y suelen exhibir sin sonrojo los Juan Vicente de ayer y los Trujillos de hoy.

Americanismo genuino, ese que redime, crea, galvaniza y transforma, fue el de Manuel Sanguily. En los días oscuros del absolutismo colonial se abrazó a él con fervor de cruzado. En los días inciertos de la colonia dentro de la república libró, con el americanismo por escudo solitario y altivo, como altivo y solitario habrá antaño bregado contra los poderes opresivos de la monarquía borbónica, sus mas épicas y trascendentales batallas defendiendo el destino de América en el destino de Cuba en su derecho a la libertad y a la justicia en el respeto a su soberanía y a su independencia, conquistada a punta de sacrificio en hazañosa porfía. «Porque si no vivimos por derecho propio y si nuestra condición nos ha sido otorgada en precario por ajenos caprichos y conveniencias —afirmó solemnemente— ni cabe dignidad en nuestra vida ni autoridad en el estado ni posibilidad siquiera de orden verdadero y paz permanente y honrosa».

Mal americanismo, americanismo que enfeuda el espíritu a la **letra**, era aquel que empezaba a negarle al vecino el derecho a regir su propia casa y conducía indefectiblemente a la servidumbre. No admitió Sanguily bajo ningún pretexto que una parte de América predominara sobre la otra. Nada lo movió tanto al combate como la opresión del débil por el fuerte. La imagen de una América señoreada por oligarquías codiciosas y tiranuelos de alquiler lo incitaba al flagelo. Para él, **América esta y la otra**, la de Sarmiento y la de Lincoln, la de Juárez y la de Whitman, era «el continente humano por excelencia, la mansión del hombre redimido, la tierra de la libertad personal, el laborioso taller donde se embotan las armas inútiles del soldado y se forjan las azadas conquistadoras del agricultor, la patria augusta del ciudadano inviolable, el refugio del oprimido, el mundo de la esperanza». Para él, América era eso: quería ser eso o no era nada. No solo hay en Sanguily una doctrina del americanismo florecida al calor de la experiencia histórica y madurada en la intuición genial de azares, contingencias y riesgos ya prefigurándose en la corriente soterrada del futuro. Hay también una práctica, una conducta, un estilo.

Consecuente con su postura. Sanguily dio también la pauta de como debe defenderse en el orden nacional el destino de América. Aplastada la dominación

española por el esfuerzo conjunto del ejército mambí y de las fuerzas expedicionarias de Estados Unidos, Cuba quedó sujeta a la jurisdicción y gobierno de estos, no obstante la Resolución Conjunta. Sanguily se ofreció a lo que consideraba el puesto previo de nuestra incorporación al destino de América: la defensa celosa de nuestro derecho a organizarnos en Estado independiente y soberano. No otro es el levantado móvil que informa su controvertida actitud en la Asamblea del Cerro. Elegido delegado a la Convención Constituyente por el Partido Republicano de La Habana hubo de enfrentarse sereno y erguido con el espinoso y complejo problema de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Acallando sus convicciones más íntimas se produjo al discutirse la Enmienda Platt en favor de su aceptación no sin antes librar recia lidia por evitarla o restringirla. En el acta de la memorable y agitada sesión quedó constancia de su limpia actitud: Sanguily «votaba la enmienda porque por sus términos creía favorecer la constitución de la república de Cuba y de la personalidad cubana, que de otro modo desaparecerían por completo porque entendía que la Enmienda Platt es el complemento y pretende llevar a la realidad según terminante declaración de preámbulo la Joint Resolution de 20 de abril de 1898 y sobre todo porque una imposición de Estados Unidos contra la cual toda resistencia sería definitivamente funesta para las aspiraciones de los cubanos».

Votó Sanguily la Enmienda Platt; pero nadie en la historia ulterior de la república habría de oponerse como él, **ni con su autoridad moral**, a la aplicación de sus grilletes. Nadie tampoco como él puso en juego mayor suma de inteligencia y de energía para impedir que Cuba se transformara. Por obra del acaparamiento foráneo de nuestras tierras y riquezas en una factoría azucarera a merced de aranceles y de especuladores extranjeros. En un proyecto de ley presentado al Senado de la República, intentó Sanguily con visión profética de nuestro gran drama futuro corporizar jurídicamente la advertencia admonitoria de Martí. El primer artículo de esta frustrada declaración de independencia económica prohíbe taxativamente a partir de la fecha todo contrato o pacto a virtud de los cuales se enajenen bienes raíces en favor de extranjeros». «Ningún extranjero —reza el artículo sexto— ni ninguna sociedad extranjera de cualquier clase y denominación que fuera podrán fundar caseríos, poblados y ciudades sin autorización previa del congreso de la república mediante información acerca de su conveniencia y necesidad». «Los caseríos, preceptúa en el artículo octavo, construidos en los bateyes de los ingenios de azúcar, u otras cualesquiera fincas rústicas cuya población no fuera inferior a doscientos cincuenta moradores, se incorporarán a los ayuntamientos más próximos de los cuales serían considerados como barrios

rigiéndose por las disposiciones y ordenanzas que aquellos dictaren o estuvieron vigentes». Si el latifundio perdió a Roma también podía perder a Cuba. Y, para evitar que Cuba se pierda por la concentración de la propiedad territorial y su traspaso a manos extranjeras es que su voz se yergue erizada de presagios y fulminaciones.

Este proyecto de ley ni siquiera se puso a debate. Las consecuencias que trataba de evitar están dramáticamente a la vista: Cuba tierra de feracidad milagrosa, verdadero paraíso antillano por su clima y estupenda posición geográfica es presidio de **cañas** amargas. Las mutaciones operadas en la estructura social de la industria azucarera y el alza del precio, de las utilidades y de los salarios en los últimos años, no han alterado ni pueden alterar por sí solas las condiciones coloniales de la economía cubana. Pueblos agrarios sin suelo propio en su mayoría económica y financieramente supeditados al capital extranjero vecinos siempre a mano y solo buenos a la hora del saqueo tolerado o de la entrega sin escrúpulos: he ahí lo que nos empareja, subyuga y abraza. La disyuntiva es clara y terminante: o reservorios de materias primas o naciones enteras y verdaderas. México intentó trazar el sendero. Cuba ha luchado briosamente en estos últimos tiempos por rescatar su destino adelantando un trecho en la áspera ruta. De Venezuela depende hoy en gran parte el futuro de nuestra liberación nacional y social. Cuenca materna de la independencia hispanoamericana debe ser otra vez gonfalon y vanguardia.

Parejo objetivo al de su proyecto de ley sobre la tierra inspiró la denodada oposición de Sanguily a nuestro primer Tratado de Reciprocidad con Estados Unidos. Si antes dio el alerta sobre el latifundio y denuncia sus graves implicaciones políticas y sociales, ahora da la clarinada sobre los peligros que para nuestra nacionalidad traerá consigo el soberbio señorío de los trusts y de las empresas centralizadoras extranjeras. «Si uno de los poderosos motivos —declaró en el Senado— si uno de los grandes alientos, si la fuerza propulsora mayor para sublevar al pueblo cubano contra la dominación española, fue la absurda situación económica en que se colocó respecto de la península, **como suprimir tanta sangre devastadora las calamidades sin cuento para volver antes la corriente de los sucesos reproduciendo el pasado en una como apostasía que revive un régimen condenado de manera formidable**». «La aprobación del Tratado —sentencia— es una perturbación más, un nuevo factor de confusión y trastorno acaso tambiéé motivo a la larga de la desesperación irrecusable de las clases del trabajo que llevan sobre sus hombros con mayor pesadumbre el esplendor de las otras y que al cabo —humildes y casi siempre ignoradas— son las que deciden

en definitiva el destino de los pueblos; **porque el problema de la reciprocidad, como el problema nacional, el problema fundamental de la vida económica e independiente de los cubanos, está íntimamente relacionado con el problema de los trusts; que por fuerza han de vivir y solo viven en razón de los privilegios que obtienen por lo que de propia necesidad tienen que explotar al estado sujetándolo a su influencia y poderío corruptor**». Y sabiéndose de antemano derrotado por la opinión adversa de un parlamento sometido antes que al interés de Cuba a los reclamos de la banca extranjera concluyó su formidable perorata de esta guisa quijotesca: «Tal vez en breve otra palabra os señalará rumbo distinto y haríais lo que ella dicte. Lamentaré sí, por mí patria no por mí, verme en el suelo bajo su lanza de oro; pero, entonces parodiando al más generoso hidalgo que haya concebido humana fantasía, yo le diría con sincero convencimiento: Me alegro de tu triunfo como amigo; lo siento empero como cubano. Por esto dueleme en lo íntimo del ánimo; que tus armas son mejores que las mías, más no tu causa. Sí, Caballero de la Blanca Luna, podré reconocerme derribado; pero jamás me harás confesarme que no es la más hermosa dama que vieran ojos humanos la que yo venero y bendigo desde el fondo del corazón atribulado» .

Designado Secretario de Estado del gobierno del general José Miguel Gómez, Sanguily evidenció una vez más la prócer estatura de su espíritu, **la auténtica** cubanía, su lealtad militante al americanismo. Fue aquel en verdad un período cuajado de enormes dificultades. Pocas veces estuvo tan amenazada de zozobrar nuestra soberanía y de eclipsarse nuestro honor nacional como entonces. Manuel Sanguily se produjo a la altura de su historia, de su investidura y de las circunstancias. Ni se acobardó ni se vendió: le hizo frente a los acontecimientos de «cara al enemigo y al debate y con la palabra de oro como la cabellera». A la intromisión extraña en nuestros asuntos respondió con el repudio enérgico y bizarro. Un telegrama suyo al presidente Taft suscrito por el general Gómez impidió por la voluntad de resistencia que anunciaba el desembarco de tropas norteamericanas en Cuba. Había salvado en pareja medida con su resuelta postura, el destino de Cuba y el destino de América. Y tuvo aún la ocasión de ratificarla virilmente ante el propio Secretario de Estado de Norteamérica al visitar este, poco después, La Habana en sospechoso periplo por el continente.

Su paso por la vida pública fue digno trasunto de su conducta revolucionaria; pero al hacérsele irrespirable la atmósfera deletérea que empezaba a circuir, Sanguily refugió su «fiera inconformidad en el hogar». «Se fue a su casa —escribe Rubén Martínez Villena en lapidario boceto— a sufrir la espantosa impotencia del

creador que ya **sobraba** a mirar, con desolados ojos de padre paralítico, la ruindad fratricida de los hijos; a ver en un tremendo destierro espiritual la obra honrada de la abnegación en ambiciosas manos de pillos. Desde allí, espectador emocionado, lanzó sobre el desastre sus ironías y sus anatemas; porque rara vez convivieron más armónicamente en un espíritu el humorismo y la cólera». Sus días postreros, iluminados de resplandores retrospectivos y ensombrecidos de penas inconsolables, discurrieron entre sarcasmos y libros, ternuras balsámicas, y relampagueantes indignaciones; **pero asido fuertemente asido** al «ancla de oro» de su fe inextinguible en el pueblo cubano y en la plena realización de sus destinos.

Agua viva y purificadora fue su verbo. Lección inmarcesible de ciudadanía fue su vida en un medio ya en proceso de profunda descomposición. Jamás sacrificó el bienestar colectivo a su bienestar personal. Nunca **manchó** su boca con la mentira. Ni la vanidad ni la envidia enturbiaron jamás el nítido fulgor de su mirada. Nació pobre y murió pobre, pudiendo haber amasado una fortuna. Defendió infatigablemente contra malandrines y follones, la Dulcinea desvalida de sus sueños. Develó tinieblas y encendió luces. Vivió siempre en agonía y deber. Murió como había soñado con «el perfil vuelto hacia los astros». Y como aún tiene mucho que hacer en América, junto con Simón Bolívar y José Martí, como Cuba está hoy más necesitada que nunca de su brazo y de su mente, he creído ineludible evocarla en Venezuela, en la propia actitud con que lo despidió mi adolescencia: rodilla en tierra y a pecho descubierto.

Tomado de *Retorno a la alborada* [Crónicas y ensayos], breve prólogo por Samuel Feijóo, Universidad Central de las Villas, tomo 2 La Habana, 1954

José Ingenieros

Venía ya herido de muerte cuando en 1925 paso por La Habana rumbo a Buenos Aires. Sobre la ciudad resplandeciente tendía su esmalte azul el cielo de septiembre. Un grupo de jóvenes —escritores, poetas, periodistas, universitarios— abordó el buque para testimoniarme su admiración y su simpatía. De alguno tenía ya referencias por sus versos, sus ensayos, sus folletos y sus libros. Sostenía, con otros, correspondencia frecuente. Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y Gustavo Aldereguía le eran familiares. Charló largo y tendido con todos. Y, aunque a menudo se quejaba de un agudo dolor en la frente, la risa clara y la paradoja buida le

infundieron a su plática la promisoría fragancia de la primavera. Seguía siendo joven y aún confiaba en los jóvenes.

Alguien evocó sus irónicas travesuras de antaño. Y se le encandilaron los ojos y se le dilató la sonrisa. El Syringo volvió por sus fueros y una cosecha de urticantes anécdotas le granó, alegremente, de los labios gruesos. Los ecos de su carcajada se multiplicaron en la soledad de la cubierta. De súbito, una alusión al tormentoso presente y al incierto porvenir de nuestra América le cambió la fisonomía, el tono y el ademán. Y habló, con dramático acento, del papel de la juventud y de los deberes de la inteligencia en las grandes crisis de la historia. «No olvidéis —concluyó gravemente— que vuestra misión es desenvolver la justicia social en la nacionalidad continental. Ni tampoco olvidéis que todo tiempo futuro será mejor». Y así se despidió de aquel grupo de jóvenes, José Ingenieros, el gran maestro de la juventud hispanoamericana. Iba ya camino de la muerte; pero su última palabra en Cuba era una apelación al combate y una profesión de fe.

No tuve yo entonces la oportunidad de conocer personalmente a José Ingenieros. Pero la lectura de *El hombre mediocre*, *La universidad y el porvenir* y *Los tiempos nuevos* ya me habían ganado la devoción y la estima. Cuando murió, entregando con varonil serenidad su espada rota al destino vencedor, Rubén Martínez Villena, en vibrante artículo, lo situó, por su triple condición de carácter, apóstol y maestro, entre los heraldos de la juventud hispanoamericana, más allá de José Enrique Rodó y de José Vasconcelos.

No exageraba Rubén. Se puede controvertir, con sobra de argumentos, la originalidad del aporte científico y filosófico de José Ingenieros a nuestra cultura. Hasta resulta dable sostener que, en su obra, predomina el divulgador sobre el creador. Prefiero ahora eludir la cuestión. En definitiva, aun aceptándolo, como yo lo acepto, lo importante en él es su actitud ante la ciencia más que su producción científica, su posición crítica ante las abstracciones metafísicas más que sus proposiciones relativas al porvenir de la filosofía, su vida acrisolada más que sus sermones laicos, en los que es fácil percibir el eco de Guyau y la huella de Emerson. Lo importante era que la juventud perdía a uno de sus guías más leales y puros, a un hombre entero y verdadero, que predicaba con el ejemplo, que arrostró injuria, soledad y pobreza antes que torcer o callar hipócritamente su criterio. Y, por ello, porque lo vieron siempre apercebido a perderlo todo, incluso la vida, antes que traicionar su pensamiento o deshonorar su conciencia, los jóvenes se sintieron irresistiblemente atraídos por su noble figura.

No se si el rito persiste; pero hasta 1930, cada año, en el aniversario de su prematura caída, los estudiantes de nuestra América se reunían para discutir su obra y para repasar su vida, reafirmando en ambas su fe apasionada en que la juventud es la levadura moral de los pueblos. Los ideales dan confianza en las propias fuerzas, el pensamiento vale por la acción que permite desarrollar, el espíritu de rebeldía emancipa de los imperativos dogmáticos. Y lo bueno posible se alcanza buscando lo imposible mejor.

Dos efemérides transcurrieron sin que nosotros nos congregáramos en torno a la sombra iluminada de su memoria. No podía ser de otra suerte en una Universidad amordazada por los consejos de disciplina y militarmente intervenida por haberse erguido la juventud estudiantil contra la prórroga de poderes. La Asociación de Estudiantes de Derecho decidió, a contrapelo de las autoridades universitarias, rendirle público tributo a José Ingenieros el 31 de octubre de 1928. Fui yo designado para consumir un turno en el acto; pero, minutos antes de iniciarse, hube de renunciarlo por entender que el profesor escogido para el resumen estaba moralmente incapacitado para hablar sobre José Ingenieros. No hacía unas semanas que había concluido de esta guisa una picúa perorata loando las excelencias de la dictadura: «Perdóname Martí; pero Machado te ha superado.»

La réplica de la Asociación a mi actitud fue irradiarme de su seno durante un curso. Al año siguiente, de nuevo invitado —esta vez por Lorenzo Rodríguez Fuentes— leí una conferencia titulada «La actitud política y social de José Ingenieros», en la velada conmemorativa. Aun los soldados hollaban la Universidad y era Rector el «sargento» Octavio Averhoff. Recuerdo que Carlos Prio, Ramon Miyar, Rafael Rubio Padilla, Silvia Martel, Florentino Mas, el poeta manzanillero Manuel Navarro Luna y otros compañeros me sirvieron de claqué en los puntos culminantes, logrando arrastrar con sus aplausos al resto de la concurrencia.

Mi protesta contra la ocupación militar de la Universidad Y mi denuncia de la farsa panamericana que se representaba, a la par en el Aula Magna —alabanza al monroísmo y a la enmienda Platt en la persona intelectualmente descolorida de James Brown Scout— mientras Nicaragua se desangraba cruelmente y era cada vez mas arrolladora y brutal la penetración imperialista en Cuba, Haití, Santo Domingo y toda la zona oprimida y explotada del Caribe, provocó un vendaval de gritos y, más de uno, condenando al régimen de Machado. Como el Cid, José Ingenieros seguía dando y ganando batallas después de muerto.

De estudiante, el esclarecido maestro argentino fue, con José Martí, Enrique José Varona, Manuel Sanguily, Juan Montalvo, Manuel Gonzalez Prada, Alfredo L.

Palacios y José Carlos Mariategui mi ideal abrevadero. En estos días, arreglando mis libros me tropecé con un amarillento ejemplar de Las fuerzas morales. Salté de un capítulo a otro, deteniéndome en algunos párrafos; pero, galvanizado por aquella estimulante exhortación, sin darme casi cuenta, releí el libro de un tirón.

El 31 de octubre de este año se cumple justamente el veinticuatro aniversario del deceso de su autor. Evocar a quienes aleccionaron con sus hechos y roturaron conciencias con sus dichos, es obligación ineludible y tarea útil. Mucho más, si en torno lo que impera es el medro, la simulación, la demagogia, el miedo y la chabacanería. Hoy, que la Universidad está en crisis y urgida de radicales transformaciones, en que faltan hombres y sobran homúnculos en la vida nacional, en que la Juventud Universitaria no ha tocado aun a rebato, quiero rendirle a José Ingenieros, como profesor, el Homenaje que siempre le rendí como estudiante. .

Nació José Ingenieros el 24 de abril de 1877. Su infancia se deslizó —precisa Héctor P. Agosti— en medio de acontecimientos definitivos: el levantamiento de Buenos Aires, el gobierno de Roca, la legislación liberal de Wilde, el unicato de Juarez Celman, la revolución del Parque. Aún Domingo Faustino Sarmiento perturbaba, con sus truenos verbales la plácida digestión de la aristocracia porteña. La generación de 1880 —radiante constelación de risueños varones— aceleró el pulso de la vida política, social y cultural de Argentina. En manifiesta pugna con el gauchismo y el engolamiento, despliega el abanico de la risa y el pañuelo del humorismo, satirizando el empaque de los seudopróceres y burlándose de los adulterios melodramáticos del tango.

No desdeñan la cultura europea; pero, la preocupación por lo argentino es la nota dominante de esta generación, que encabeza Sarmiento y muestra la impronta de Moreno; Echevarria y Alberdi. El proceso de industrialización precipita su ritmo y deja en zaga a las facciones agropecuarias, que habían venido ejerciendo, omnímodamente la dirección política y económica del país; después de la frustración democrática de 1810. Lucha irreductible entre la urbe y la pampa, entre las sobrevivencias corrompidas de la colonia y los elementos pujantes de la burguesía.

Esta mutación interna en la estructura económica y social de Argentina repercutiría, profundamente, en el ámbito de la cultura, de la técnica, de la política. A la vez que el capitalismo imponía su estilo peculiar en las formas de vida, introdujo el sistema de ideas y la tabla de valores que le sirvieran de sustento y espuela. Grandes inversiones de capitales británicos contribuyeron, decisivamente, al desarrollo de determinadas industrias pero en tanto que Argentina se enfeuda cada

vez más a los banqueros de Londres, crece y se organiza el proletariado y se difunde y arraigan las teorías sociales importadas de Europa. El culto a la razón y a la ciencia se puso de moda. En literatura, Rubén Darío, recién llegado de Chile entre palmas y vítores, fue el nuevo oráculo. Martín Fierro y la vidalita dieron paso al minué y al vizconde rubio de los desafíos. Inusitada primacía alcanzaron las ciencias de la naturaleza. José María Ramos Mejía impulsó la medicina por los cauces de la investigación y de la experiencia. Florentino Ameghino —merecedor de sentarse a la diestra de Darwin, según un hiperbólico europeo— corona sus estudios paleontológicos, reclamando, para América, la gloria de ser la cuna de la especie humana. Y, mientras la religión se batía en retirada en vastas zonas de la conciencia social, Augusto Comte y Herbert Spencer fueron deificados.

En esa atmósfera típica de la fase ascendente de la burguesía industrial, en que el liberalismo político y el canglor de las fábricas se fundían con la escolástica positivista y la ebullición de la clase media, despuntó la adolescencia de Ingenieros. Hijo de un emigrado italiano, fundador de la Primera Internacional, desde muy joven estuvo en contacto con intelectuales, conspiradores, obreros, y folletos subversivos. Su casa era el centro de operaciones de los socialistas y acratas de la época. Durante todo el tiempo que permaneció en Buenos Aires, Enrique Malatesta era visita diaria y él asistía emocionado a las encarnizadas polémicas entre su padre y el célebre anarquista italiano.

No había transpuesto la quincena y ya José Ingenieros andaba metido en reuniones clandestinas y en andanzas revolucionarias. Aunque se confesaba socialista y secuaz de la Internacional, en rigor estaba más cerca de Bakunin que de Marx. La culpa la tenía Max Stirner y, sobre todo, Federico Nietzsche, cuyo rastro espiritual puede todavía columbrarse en sus últimos libros. El superhombre, la moral de los fuertes y la acción directa lo fascinaban. Su diversión favorita era el motín callejero. En el Colegio Nacional, donde cursaba el bachillerato, sus profesores lo mostraban siempre como arquetipo de indisciplina y de aversión al estudio.

Era lógico. Un temperamento rebelde como el suyo, la fina calidad de sus neuronas, y su sensibilidad exquisita no podían acomodarse al principio de autoridad a los desmedrados conocimientos que oía verter, cada mañana, mecánicamente, en la clase. En cambio, la madrugada sorprendía en metódicas y provechosas lecturas.

Sus primeras escaramuzas políticas las hizo al frente de una hoja estudiantil, denominada significativamente La Reforma. La sublevación popular de 1890 tuvo su adhesión y su apoyo. Meses después, el levantisco mozalbate encabezaba revueltas estudiantiles y, al año siguiente, al estallar la llamada revolución

provincial, fue uno de los conductores del arriesgado asalto a la municipalidad de Avellaneda.

En ese propio año, ingresa en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y es protagonista de pintorescas y resonantes aventuras. Su vocación por la medicina aflora desde los primeros momentos. Estudio con ahínco las materias básicas. Horas enteras las dedicaba a disecar en el anfiteatro de anatomía. Era alumno interno del hospital de clínicas, acudía asiduamente a las clases prácticas y devoraba libras, folletos y revistas. Apasionado de su carrera, no se desvinculó, por eso, de sus actividades políticas y sociales. Estas asumieron, por el contrario, una orientación y un matiz definidos. Ingenieros organizó el Centro Socialista Universitario e ingresó en el partido de los trabajadores, haciéndose cargo de la secretaría general. Y aun tenía tiempo para el titeo y la fumistería. Fundó, con Rubén Darío, la *Syringa* y le tomó el pelo a medio Buenos Aires.

En 1897 dio a la estampa, con el poeta Leopoldo Lugones, *La Montana*, periódico que tuvo repercusión nacional y fue un ardiente vocero de las aspiraciones y necesidades de la clase obrera Argentina. Durante ocho meses, *La Montana* apareció regularmente, suscitando cada número el odio y el ataque de la reacción, que acabaría por dar al traste con la publicación. Esta circunstancia serviría para verificar que no todos los que compartieron las jornadas de *La Montana* poseían verdadera consistencia política. En su gran mayoría, se fueron desfavoridos a rumiar sus hazañas revolucionarias en aterciopeladas poltronas. Lugones, por su parte, desarto por unos mendrugos: su prosa restallante se trocaría en incensario del despotismo, proclamando, descocadamente, que el bienestar de América y del mundo radicaba en el imperio del sable. Su inverecundia trascendió todos los límites. Baste recordar su abyecta defensa, con su lírico colega José Santos Chocano, del oprobioso régimen de Leguía.

Pero Jorge; Ingenieros había nacido con la «luz y firmeza del cristal de 10 roca». Ni se amedrentó, ni se vendió. Se mantuvo siempre fiel a su ideario socialista y a su concepción democrática. Ciertamente que, al graduarse de médico, abandonó la barricada y la conspiración por el laboratorio y la cátedra. Más, esta retirada de la lucha activa -que fue solo un paréntesis- no puede interpretarse como una dejación de sus principios. Cada vez que las contingencias demandaron un pronunciamiento. Público, Ingenieros lo hizo con la misma valentía y el mismo calor que en aquellos días turbulentos de su juventud. Y, en todo instante, sus libros fueron baluarte de su ideología política. No de otra raíz les viene su eficacia rectora. Cada nuevo libro suyo era ansiosamente leído por la juventud y los oprimidos, a los que llevaba el

aliento y el acicate de su palabra fraternal y rebelde. Revísese su obra y se advertí, en toda ella, un clamoreo constante contra la bella quería y la demagogia, el dogmatismo y la simulación, el sofisma y la hipocresía, la mentira y el Servilismo.

En los últimos años de su carrera, Ingenieros se especializó en patología mental internándose resueltamente, a instancia de Ramos Mejía, en los intrincados predios de Charcot y de Lombroso, de Maudsley y de Morselli. El conocimiento y trato del famoso criminólogo Pietro Gori, que dictó un breve curso en la Facultad de Medicina, acrecentó en Ingenieros su predilección por los problemas psicopatológicos. A los 23 años se graduó de médico y su tesis, La simulación de falocura, obtendría el premio de la Academia de Medicina a la mejor obra científica publicada ese año en Argentina.

A propósito de su ejercicio de grado, se cuenta una sabrosa anécdota que pinta, admirablemente, su carácter. Como carecía de recursos económicos, solicitó de la Facultad que se le eximiera del pago de los derechos de grado. Y, como transcurrieron varios meses y aquella no respondiese, optó por ofrecerle la dedicatoria de la tesis al portero de la Facultad, a cambio de que este apresurase favorablemente el trámite. Ingenieros cumplió su palabra. Al frente de su tesis puede leerse esta deliciosa dedicatoria: «Al modesto y laborioso Maximino García, portero de la Facultad». El tribunal examinador juzgó aquello una grave irreverencia. Pero al hacérselo presente a Ingenieros, este, sin inmutarse, se concretó a responder: «Yo no he venido aquí a discutir mis afectos, sino mis conocimientos.»

Su tesis de grado le abrió a Ingenieros las puertas de la estimación científica. César Lombroso la encareció cálidamente. Fue designado Jefe de Clínica de las cátedras de Neurología y de Medicina Legal. La Academia de Medicina le adjudicó, en sesión solemne, el más codiciado galardón a que podía aspirar un sabio argentino. Y en el banquete que le intelectualidad hubo de ofrecerle para festejar el triunfo, Ingenieros -sin abandonar su sonrisa ni su absurda levita gris- pronunció palabras que fueron luego norma luminosa de su vida. Fijo allí, como fórmula de juventud, la que enarbolaría como propia hasta el momento en que, sintiendo ya próxima la huida de la lucidez, escribió, con pulso firme, la página laminar de Las fuerzas morales, fórmula que encuadro en estos términos: "Vida ascendente y programa infinito». Y, concluyó su discurso, haciendo votos porque un argentino de su generación conquistase análogo premio de la Academia de Medicina de París. Un libro suyo, escrito en francés, Patología del lenguaje musical, lo obtendría meses más tarde.

En 1901, Ingenieros fue al Congreso científico de Montevideo representando a la medicina Argentina. A su regreso centro su atención en los problemas criminológicos. Siendo aun estudiante había publicado trabajos y folletos sobre la materia. Crea el Instituto de Criminología y funda los Archivos de Psiquiatría y Criminología. El resultado de sus indagaciones y experiencias lo recogió en un libro ya clásico, no obstante sus fallas y lagunas; en el que precisa su posición adversa los excesos y miopías del positivismo italiano, que en un principio había seguido a pie juntillas. Lo más destacado de la Criminología de Ingenieros es sin duda la clasificación psicopatológica de los delincuentes, altamente elogiada por Ferri y Lombroso.

Ingreso en la docencia universitaria en 1904, como profesor de Psicología, desarrollando una intensa labor, culminante en su libro Psicología biológica y en un ensayo que alcanzo gran labor Los accidentes histéricos y Las sugerencias terapéuticas. En abril de 1905, partió para Europa como delegado al quinto Congreso Internacional de Psicología, convocado en Roma. Treinta años acababa de cumplir a su regreso ~ de este viaje y era ya la personalidad mas descollante y discutida de la inteligencia Argentina. Varios de sus Libros se hayan traducido al ingles al alemán, al francés y al italiano. Universidades de Europa y Estados Unidos le hablan otorgado, honrándose, títulos honoris causa. Habíase codeado fraternalmente en Roma con Lombroso Seria Ferri Janet y Wn J lam ames. Y, de paso por Paris, el eximio Lacassagne no vacilo

En ofrecerle su cátedra y lo presento así a sus alumnos: "He aquí un maestro que viene a enseñar a la edad en que yo comenzaba aprender.»

Desierta la sazón la cátedra de Medicina Legal, Ingenieros se inscribió como aspirante en el concurso. La Facultad le otorgo, por unanimidad, el primer puesto en la terna. A pesar de eso, o quizás por eso mismo, el presidente de la republica designó profesor de Medicina Legal a un paniaguado suyo. Sintiéndose íntimamente ofendido en su dignidad intelectual, Ingenieros se embargo para Europa, no sin antes declarar que iba a autopsiar moralmente a Sáenz Pena. Y en Suiza, frente a la nivea majestad de los Alpes y a la quietud cristalina de los lagos que supieron de la angustia secreta de amiel, cumplió su promesa escribiendo El hombre mediocre. Hallen ese libro páginas de subido valor poético y exaltada fe en las virtudes cardinales del cardinales. Si Sáenz Pena sale descuartizado de sus páginas, Ameghino y Sarmiento, que encarnan el gentío argentino, son líricamente enaltecidos.

El hombre mediocre fue recibido en nuestra América con mezcla de alborozo y sorpresa. Los jóvenes gustaron de aquella literatura. Cálida y emuladora, que entusiasmaba y esclarecía. Para los que le creían enteramente sumergido en las hoyas de la psiquiatría, el libro fue una verdadera revelación. Y, en la propia Europa, Mayer comentaba la viva sorpresa que le habían producido aquellas páginas, cuyo Patente lirismo le recordaba, a veces, los mejores capítulos de Emerson.

Pero la injusticia inferida va a operar un cambio decisivo en la vida de Ingenieros y a imprimir rumbos distintos en la orientación de su pensamiento. El hombre de gabinete dará paso al hombre de acción. El psiquiatra y el criminólogo al apóstol, al sociólogo y al moralista. El cielo de su producción científica se ha cerrado ya definitivamente. El nuevo ciclo será de predica y de lucha. En Lausanne y en Heidelberg prepara y afila sus armas. Presiente la gran faena que Le aguarda. «Estoy -escríbe a un amigo- en el camino -de Damasco. Atravieso por una crisis

. De idealismo romántico, cuyo des-enlace para mi personalidad intelectual no se prever. Lo único que me pesa es la edad, irreparable; el alma se me ha regenerado totalmente. Ahora -¿lo creerás?- me gustaría ser un apóstol o un santo de algún nuevo ideal.»

El 22 de noviembre de 1913 arriba Ingenieros a Buenos Aires. Ya había desaparecido de la escena política el personaje causante de su destierro voluntario. Venía desbordante de salud y de optimismo y con el ánimo maduro para las más ingentes empresas. Se había vuelto a encontrar. Su último libro estaba despertando a la juventud, dormida al anilló de Prospero, junto a la estatua impasible de Ariel. Su nombre empezaba a resonar de un extremo a otro del continente. En cambio, solo un periódico registro, en la penúltima plana, su llegada. Era la respuesta La del mundo oficial, de la gauchocracia crapulosa y reaccionaria a su rebeldía generosa y a su conducta diamantina.

Meses después Europa se consumía en la hoguera sangrienta de la guerra. Ingenieros ocupó, inmediatamente, su puesto de combate. En lo adelante, cuanto haga y escriba Ira transido de una viva emoción política y humana. Su vida será ofrenda y torbellino. En medio de la confusión y angustia reinantes, su voz poderosa se alza iluminando la conciencia" popular. Llama ala revolución y a la guerra contra la guerra. Su prosa, tan armoniosa y nítida en la exposición científica, fue entonces agresiva y candente. Se derrumba el imperio de los zares en Rusia. Sin pararse a medir las consecuencias, acallando el temor cariñoso de la esposa" y desoyendo la advertencia leal de la amistad, dando un ejemplo imperecedero de

coherencia absoluta entre sus principios y su conducta, entre su pensamiento y su vida, hizo suya la causa de la Revolución Rusa. Su conferencia en el Teatro Nuevo, colmado de estudiantes y obreros, sobre la Significación histórica del movimiento maximalista, tuvo relieve y resonancia americanos. De todos los parajes del continente le llegaron mensajes encendidos de simpatía y aliento.

La reforma universitaria, que tuvo su inicio en Córdoba en junio de 1918, encontró en José Ingenieros un decidido y eficaz propulsor. Su palabra y su pluma se movieron incansables, en favor del gran movimiento estudiantil que pugnaba por incorporar la Universidad al ritmo de los tiempos nuevos. «El nuevo ideal universitario --escribió-- se manifiesta como tendencia a aumentar la función social de la cultura, que no debe considerarse como un lujo para entretener ociosos sino. Como instrumento capaz de aumentar el bienestar de los hombres en el planeta. Renovar la Universidad es un problema de moral y de acción. Las ciencias son técnicas de economía social. La filosofía es un proceso de unificación de ideas generales para ensanchar el horizonte de la experiencia humana. Bienvenida la nueva generación universitaria. Su obra será eficaz si logra que su acción se mantenga inmune de las filtraciones políticas y confesionales que en todas partes usan los demagogos y aventureros que se mezclan a los movimientos juveniles para desviarlos de sus originarias tendencias. La juventud que no esta con las izquierdas es una simple vejez que se anticipa a las canas».

El movimiento reformista se expandió por toda América. La revolución universitaria de 1923, dirigida por Julio Antonio Mella, logro, en r1cnodada batalla, sentar las bases de una verdadera transformación en Nuestra casa de estudios. Los movimientos de 1927 y 1930 intentaron afianzar y robustecer las conquistas obtenidas entonces. De aquella espléndida lumbrarada, restan hoy las sombras y las cenizas de lo que pudo haber sido y no fue.

Hombre de energías proteicas, de asombrosa capacidad de trabajo, Ingenieros, en medio de la tremenda agitación en que vivía, tenía tiempo y serenidad suficientes para elaborar, a la vez, dos de sus obras mas ambiciosas y densas de pensamiento, La evolución de Las ideas argentinas! Y las Propositiones relativas al porvenir de la filosofía. Igrita, en las paginas de esta ultima, contra las supersticiones el pasado, cuyo suicidio proclama jubilosamente. Exhorta a la lidia abierta por la renovación de la sociedad. Cree en un venturoso porvenir inmediato. Es un libro tumultuoso y profundo. Concluye con una invocación a los jóvenes: «Y a vosotros, que sois la esperanza de la humanidad, de los pueblos, de la cultura creo un deber deciros la ultima y mas sincera palabra de mí juventud no estéril: respetad el pasado en la justa

medida de sus meritos, pero no lo confundáis con el presente, ni busquéis en, ellos, ideales del porvenir. Mirad siempre adelante, aunque os equivoques; mas vale para la humanidad equivocarse en una visión de aurora que acertar en un responso de crepúsculo».

La penetración cada vez más veloz y profunda del imperialismo norteamericano en nuestros pueblos preocupó hondamente a Ingenieros. Y, en el banquete que en octubre de 1922 ofreció la intelectualidad argentina a José Vasconcelos, fijó su postura frente al dramático proceso desentrañando meridianamente sus causas. Dijo palabras viriles y esclarecedoras. «No somos -afirmo-, no queremos ser mas, no podríamos seguir siendo panamericanista. El peligro no comienza en la anexión, como en Puerto Rico, ni en la intervención como en Cuba, ni en el pupilaje como en Nicaragua, ni en la secesión territorial como en Colombia, ni en la ocupación armada como en Haití, ni en la compra como en Las Guayanas. El peligro, en su primera fase, comienza en la hipoteca progresiva de la independencia nacional mediante empréstitos a renovarse; aumentar sin cesar, en condiciones cada vez mas deprimentes para la soberanía de los aceptantes. El apóstol cubano José Martí advirtió hace ya tiempo lo que hoy repite con voz conmovida el eminente Enrique José Varona: guardémonos de que la cooperación de amigos poderosos pueda transformarse en un protectorado que sea puente hacia la servidumbre».

Este discurso, publicado en *Renovación* y profusamente reproducido en las revistas estudiantiles y obreras de América, no es solo una exposición analítica y documentada del problema. Es también un llamamiento a la lucha, una incitación al combate. De lo que no cabe ya duda es de que nuestro futuro depende de nosotros mismos: de nuestra organización y disciplina, de nuestra capacidad y pulcritud, de nuestro coraje y espíritu de sacrificio.

En mayo de 1925, Ingenieros fue invitado por el gobierno francés a la conmemoración del centenario de Charcot. Cuando regresó en septiembre, nadie pudo sospechar su próximo fin. Venía repleto de ilusiones y de proyectos. Inmediatamente editó *Las fuerzas morales*, su último libro, concluido pocos días antes de embarcarse para Francia. Después se dedicaría a terminar el tercer tomo de *La evolución de las ideas argentinas*, para concentrar enseguida sus meditaciones en la elaboración de los *Principios de metafísica*, ápice natural de la labor filosófica emprendida en las *Proposiciones*.

No pudo ser así. Dos semanas después de su llegada, el dolor en la frente, intenso como nunca, iba acompañada de un inquietante edema de los párpados.

Cayó en cama. Era la primera vez, en veinte años, que Ingenieros faltaba a su consultorio. La enfermedad pareció ceder y se instaló en el gabinete. El 29 de octubre tuvo que recogerse de nuevo. No volvería ya a levantarse. El 31 había muerto, como había sonado y pedido en el prólogo de *Las fuerzas morales*, escrito la noche anterior, en los umbrales mismos de la agonía, antes de envejecer, y en la vanguardia de su generación.

Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*; Editora Universitaria, Universidad Central de las Villas, 1966

Enrique José Varona y nuestra generación

Guiar sólo puede quien va delante, ve más lejos y ajusta sus hechos a sus dichos. Vocación de guía tuvo, como pocos, Enrique José Varona. No en balde José Enrique Rodó le instó a ser el Próspero de su Ariel. Hombre de ágora, nutrido en la más pura linfa del ideario democrático y dado a la tarea de redimir y transformar la sociedad de su tiempo, Varona rehusó el magisterio de púlpito que se le ofrecía. Quiso- ser, y fue, un pastor de muchedumbres. Soñando con ser hombre de acción discurrió su dilatada existencia. No asumió nunca la postura de Erasmo. Su amor a la libertad se mantuvo encendido hasta la hora postrera. Su pasión intelectual le acompañó hasta la muerte. Su destino fue darse a los demás y pugnar infatigablemente con el destino.

Fue uno de los más esclarecidos sobrevivientes del primer ciclo de plenitud de la cultura cubana. En la época colonial, abatió selvas, aventó sombras, roturó surcos, sembró ideas, liberó conciencias, señaló rutas y alumbró horizontes. En la época republicana, juntamente a Manuel Sanguily, fue custodio celoso de la nacionalidad, profeta erizado de rayos y asilo y escuela de la juventud. Pero, la reprimenda, el consejo y la prédica de ambos sería desoída por las generaciones usufructuarías de la colonia superviva en la "vestidura formal de un protectorado efectivo". Manuel Sanguily, que intentó denodadamente emancipar a

Cuba del vasallaje económico y del tutelaje político, refugiaría "su fiera inconformidad en el hogar", condenado a ver, "en tremendo destierro espiritual, la obra honrada de la abnegación en ambiciosas manos de pillos", y lanzando sobre el desastre sus ironías y sus anatemas. Enrique José Varona se replegaría en la sonora soledad de su biblioteca aguardando la coyuntura de volver al palenque.

No le fue dable plasmar, ni regir, el espíritu de las viejas generaciones republicanas; pero sería, ya anciano y enfermo -recompensa inefable de una vida fecunda, gloriosa y rebelde- el evangelio vivo de nuestra generación. Pasmados le vimos erguirse, bizarramente, sobre sus ochenta años, para combatir la tiranía y exhortarnos al sacrificio. Su pensamiento, su palabra y su conducta influyeron, decisivamente, en aquella promoción heroica, abnegada y generosa que se inmoló, en impar ofrenda, por un mañana luminoso y cordial que es aún ensueño y camino en el centenario de su nacimiento. Tres jóvenes revolucionarios, que vieron expirar a Rafael Trejo tragándose el llanto, tocaron una noche de angustia a su puerta. Sabían ya de persecuciones y de cárceles. Desde el 30 de septiembre de 1930, se les vió desafiando el peligro y dando el ejemplo. Graves eran las circunstancias y oscuras las perspectivas. Le abrieron su corazón al maestro y al cabo la interrogación saldría, dramáticamente, de sus labios:

-¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Y, ésta fue, la lapidaria respuesta: -Resistir y esperar.

Del pensador original y profundo, del escritor terso y vivaz, del orador elocuente y exquisito, del poeta repujado y fluida y del periodista sagaz y elegante, se ha hablado, ya, profusamente, en todos los toúrs " y estilos y nunca se hablará bastante. Valores permanentes atesora la obra filosófica y literaria de Varona. Cada página suya es una lección de sobriedad, precisión y limpieza. Varona fulge señora en las letras cubanas. Pero hay otro Varona, que es precisamente raíz y ápice del que ya desfila, reverberante de encomios, por las plumas más empinadas del continente. De ese Varona, que se enfrentó con la república factoril y la combatió sin descanso, que vivió atento a los latidos del mundo y en perenne agonía, apenas se habla. Se pasa por él como sobre ascuas, o se tiende un velo cómplice de silencio. Hay una evidente conjura para momificarle el mensaje y recluirlo, canonizado, en una resplandeciente vitrina de museo. De ese Varona, que aun guía y demanda, que sigue siendo "útil después de muerto", que es trinchera y tribuna, poco o nada se dice. De lo que ese Varona pensaría hoy, en torno a las complejas y apremiantes cuestiones que nos afectan como pueblo y afectan a la humanidad, se escapan despavoridos los que continúan confundiendo, deliberadamente, la pureza cívica que simboliza la "flor de mármol" a que aludiera José Martí, con la supuesta frialdad de quien jamás "contempló un crimen en calma" y jamás negó su concurso al progreso de Cuba, al desarrollo de la cultura, al embellecimiento de la vida y al mejoramiento humano. "A Varona, como a Martí -acaba de sentenciar Fernando Ortiz- le sobran turiferarios y le faltan los seguidores". Aun más. So pretexto de alabar un poema

infeliz de la adolescencia, La Hija Pródiga, fruto de momentáneo desmayo, ahora se a y agrade. No es nuevo el truco. El 14 de julio de 1896 el Diario de la Marina lo emplea por primera vez. Varona, a la sazón director de Patria, replicó de esta suerte: "Dícese que Ruiz Zorrilla no habría escrito La Hija Pródiga, en las circunstancias en que yo la escribí. Lo ignoro; pero, en cuanto a mí, puedo asegurarle que tampoco la hubiera escrito, a tener algunos años más, a conocer mejor la historia colonial de España, y si hubiera sido yo, como lo fui después, testigo de los horrores de la represión. Al cabo puedo congratularme de que mis enemigos, para combatirme en el terreno de los principios, no encuentren otra arma que unos pobres versos de adolescencia". Plumíferos de alquiler, que ha poco exaltaron su vida y ensalzaron su obra, le niegan, pérfidamente, la sal y el agua. Hora es ésta propicia, como ninguna otra, para que ese Varona preterido y menospreciado recobre su genuino perfil y su verdadera estatura como pensador, escritor y maestro de juventudes. ¿Qué homenaje más alto podrían rendirle los que aún lo evocan sin quebranto de conciencias, ni rubores postizos de inverecundos a paga? ¿Qué tributo más fervido a los discípulos de su apostolado patriótico que ya duermen, prematuramente, junto a él, sin haberse ganado todavía el reposo?

Muchacho era yo cuando me cayó en las manos el discurso de Varona sobre José Martí. De un tirón devoré aquella prosa límpida, cadenciosa, fulgurante y estremecedora. Era tan vigoroso y fragante el aliento que trasminaban aquellas páginas y tan vívida, plástica y poética la evocación, que me pareció ver a Martí "levantarse nerviosamente ágil, dirigirse rápido a la tribuna, erguirse en ella, casi abrazarla, llenarla, y empezar a dar salida al raudal impetuoso de sus pensamientos que empujaban las palabras y rebosaban de ellas, como de cauce demasiado estrecho, el simétrico cerco de su cabellera tomando forma de aureola y al orador transformarse en apóstol". He leído después cuanto se ha escrito sobre Martí. Nada ha podido superar hasta ahora ese discurso de Varona. Martí está en él resurrecto y como ya ungido para la inmortalidad. De esos años ya lejanos, data mi ardiente admiración por Varona y desde entonces lo leí y estudié con renovado goce y provecho. Supe, más tarde, que Varona, en la ya histórica polémica originada por un libro de mi abuelo, Ramón Roa, había disentido tajantemente de las calumniosas imputaciones hechas al autor de A Pie y Descalzo. Mi admiración se insufló entonces de gratitud. Seguí abrevando en sus escritos. Alguna vez le vi al paso, vestido como siempre de blanco y con un libro repujado en precioso cuero bajo el brazo. No le conocería personalmente hasta varios años después.

Era yo aun estudiante de último curso de bachillerato cuando estalló la revolución universitaria encabezada por Julio Antonio Mella. Atraído por el sonado suceso, traspuse furtivamente el Patio de los Laureles. Una vibrante multitud lo cuajaba. De lo alto de improvisada tribuna, surgió una voz que poseía el fragor del mar en tormenta y la incitación metálica del clarín. Revuelta la ensortijada melena, la pupila relampagueante, el perfil aquilino, -el pecho robusto, enérgico el ademán. Parecía una estampa arrancada a una hoja de la Convención francesa. Era Julio Antonio Mella. Y explicaba a la juventud, ya encrespada, la razón, el programa y los objetivos del movimiento iniciado.

-Esta insurgencia representa, -afirmó categóricamente- la reanudación de la lucha por la república frustrada de Martí y por una Universidad que responda a las exigencias, necesidades y aspiraciones de la época y del pueblo cubano. Eusebio Hernández y Diego Tamayo están con nosotros en esta cruzada renovadora. Y también el viejo mentor de la juventud, el ilustre filósofo Enrique José Varona. Acaba de enviarnos su total y entusiasta adhesión...

La república frustrada; frustrada la Universidad. Ese fue el brutal impacto que recibidos al iniciar la carrera. ¿Y por qué esa frustración? ¿Quiénes los culpables? No tardaríamos en adquirir plena conciencia del drama.

Advino la república capitidismida por el desenlace de la revolución de 1895 y enfeudada por la imposición de la Enmienda Platt. La revolución se había desatado para rescatar la libertad, la riqueza y el decoro, de un poder extranjero que fatigó la avaricia, la crueldad y el desprecio, cebándose en la carne y el espíritu del pueblo cubano. Se habían vertido torrenteras de sangre para erigir un estado dueño de sus propios destinos y armado de los instrumentos y recursos indispensables para llevar a cabo la ingente faena de reconstruir una nación devastada, empobrecida y desangrada y de impulsada, rápidamente, por la vía de la paz, del progreso y de la cultura. Aquella revolución, iba enderezada a impedir, por una parte, "la perpetuación en formas nuevas, o con alteraciones más aparentes que esenciales, del espíritu autoritario y de la composición burocrática la colonia". Y a obstaculizar, por la otra, que "se extendieran por las Antillas los Estados Unidos, y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América". Cuanto hice hasta hoy y haré -diría José Martí en el pórtico de- su radiante desplome- es para eso". La mutación de la forma y el contenido de la vida cubana, el replanteo y ajuste de las relaciones sociales, la organización de la economía sobre el primado de la justicia distributiva y la sustentación popular del poder político, se obtendrían, como natural resultado, de la consecución de ese doble objetivo. No podía, en modo alguno, ser antes.

Pero la intervención interesada de un imperio naciente, el desvalimiento económico y la desvertebración política de la burguesía criolla, la fatiga propia de una larga y penosa contienda y la complicidad de los falsos veteranos y de los falsos patriotas, darían al traste, aún antes de haberse fundado, con la república prometida en el Manifiesto de Montecristi y puesta en trance de advenimiento por la revolución de 1895. El 20 de mayo de 1902 ocupaba Tomás Estrada Palma la presidencia de Cuba entre clamores, laureles y lágrimas. Más, el pueblo cubano quedaba reducido de nuevo a la condición de paria en su propia tierra. Nada de lo que hubiera podido hacerle libre y feliz era suyo. Las fuentes de producción, el comercio, la banca, la tierra y la industria seguirían siendo extranjeros. En plena luna de miel de la república, se inauguraba un nuevo ciclo de dominación colonial. Cuba resultaría presa fácil de los negociantes y politicians del poderoso vecino y cornucopia de muñeques, manengues, camajanes y mercaderes. "El suelo -había previsto Martí- es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otros, ni hipotecar jamás". Nada valió la palabra admonitoria y profética de Manuel Sanguily, oponiéndose al tratado de reciprocidad con Estados Unidos; y, mucho menos, su proyecto de ley, que ni siquiera fue discutido, prohibiendo la enajenación de nuestras tierras y bienes raíces.

Enrique José Varona se había resistido tenazmente a incorporarse a la vida pública a su retorno de la emigración. No quiso formar parte de la Asamblea del Cerro, ni de la Asamblea Constituyente. Dudas terribles sobre el futuro mediatizado de Cuba ensombrecían su espíritu. "No veo claro el horizonte" - escribió entonces. Aceptó, no obstante, desempeñar la Secretaría de Hacienda primero y la de Instrucción Pública después, acometiendo la reorganización de la enseñanza superior y secundaria.

Ingente tarea rendiría Enrique José Varona en la Secretaría de Instrucción Pública. Moda es hoy censurar los planes y métodos de enseñanza que puso en vigor. No han faltado quienes hayan atribuido a su orientación positivista -ciencia, experiencia, conciencia- los descalabros, concupiscencias y frustraciones de la república. Se cargan estúpida, o dolosamente, a su filiación filosófica, los efectos de causas que precisa indagar en los estratos más profundos de la sociedad cubana. De dónde vendría a resultar, monstruosamente, que el único responsable de la crisis de la moral pública en Cuba es Enrique José Varona. ¿Y por qué no José Martí, que antepuso a Darwin a la Biblia y a Spencer a Rousseau?

La mayoría de los que así piensan han perdido de vista la situación imperante en 1900: Ni tampoco conocen la fundamentación técnica, social y espiritual que dió Varona a su plan de enseñanza. Varona misma se encargaría de impugnar a sus contradictores de ayer y de ahora. "Sólo he intentado -advierde- sentar las bases y hacer trazos en el terreno, dejando a la mano de los obreros levantar las definitivas construcciones. Desde luego, he buscado un cambio radical en nuestra manera de enseñar y aprender y en las materias de estudio y enseñanza; pero sabía que no podía hacer más que indicar direcciones. He pensado que nuestra enseñanza debe dejar de ser verbal y retórica para convertirse en objetiva y científica. He pensado que a nuestros escolares les convendría leer menos y observar más, comparar más; en una palabra, interrogar más a la naturaleza que oír al maestro. He pensado que nuestros profesores deben ser solamente profesores, y serlo en el sentido moderno: hombres dedicados a enseñar cómo se aprende, cómo se consulta, cómo se investiga; hombres que provoquen y ayuden al trabajo del estudiante; no hombres que den recetas y fórmulas al que quiere aprender en el menor tiempo la menor cantidad de ciencia con tal que sea la más aparatosa. Hoy un colegio, un instituto, una universidad deben ser talleres donde se trabaja, no teatros donde se declama". Y, a los que entonces le imputaban como crimen la supresión del latín en los institutos, les replica de esta guisa: "Necesitamos recuperar el tiempo perdido; y no es haciéndolo malgastar en un estudio de mera erudición, como se pone un pueblo al nivel de los que están transformando la tierra y la sociedad en torno suyo. Abrir caminos, muchos caminos, canalizar ríos, alcantarillar poblaciones, limpiar puertos, encender faros, desmontar bosques, -explotar minas, mejorar en todos sentidos nuestras condiciones de vida material, para que se morigere e ilustre la gran masa inerte de nuestra mísera población, es lo que necesitamos, antes de sentarnos a saborear a Virgilio o a descifrar a Horacio. Ni siquiera como disciplina del intelecto puedo admitir que debemos los cubanos preferir el estudio de las humanidades al de las ciencias. La enseñanza clásica, preferida a la enseñanza científica, significa la imitación preferida a la observación directa. Los problemas que tenemos delante son vitales. No es con la imaginación y el buen gusto con los que se abordan victoriosamente, sino con el cálculo, la previsión, el manejo de los instrumentos, la aplicación de las máquinas y la consulta de las tablas estadísticas".

No cabe duda que el plan de enseñanza establecido por Varona atiende, preferentemente, a la formación de tipo científico. Ni cabe duda tampoco que, por su estratégica unilateralidad y por haberse ya rebasado en aspectos fundamentales, resulta hoy anacrónico. Pero, no es menos cierto que su espíritu tiene aún eficacia

rectora, que respondía a las exigencias más perentorias del desarrollo de la nacionalidad cubana y que enderezaba al cultivo y arraigo de los valores éticos, estéticos y sociales. "La Universidad -escribe- llama a su gremio a la juventud más apta de un país; la congrega, forma con ella un cuerpo moral, le infunde un elevado y firme amor a la ley, a la verdad y al bien y, mediante esta disciplina ineludible, pone a cada uno de sus miembros en condiciones de desenvolver todas y cada una de sus actividades, todas y cada una, corporales, racionales, emotivas, a fin de que cuando se desprenda de ellas, como el hijo del seno nutricio de la madre, posea una profesión especial que le permita realizar con éxito una parte de la labor social, posea una inteligencia enriquecida por los principios generales del saber humano, posea un gusto depurado para disfrutar las ventajas de una sensibilidad afinada y equilibrada, posea un profundo sentimiento del deber cívico y del deber moral; posea sobre todo un carácter amaestrado, flexible y a la par resistente, que reúna y dirija todas esas capacidades a la- realización de una existencia decorosa y bella la cual se concierta con la de sus coasociados para hacer a la vez decorosa y bella la existencia colectiva".

A Varona se debió la transformación de la Universidad colonial en una Universidad a la altura de la época. Sus enseñanzas, impulsadas por las nuevas corrientes científicas y culturales, cobraron lozanía y objeto. Fundó nuevas Facultades. Trasladó la institución, del viejo convento de Santo Domingo, a la colina en que hoy exhibe, a la pupila del transeúnte, su bello perfil clásico. Varona había dado ya el santo y seña de la Reforma Universitaria en América. Según él, la Universidad debía ser "el laboratorio científico de la nación". Y añade: "Debe la Universidad enseñar, desde luego; pero debe ante todo despertar la curiosidad del saber, el deseo de ver cada cual por sí mismo, de experimentar, de investigar, de criticar". No sólo eso. Su "más alta incumbencia es formar hombres cada vez más aptos para realizar la plena vida humana y más capaces de asegurar al país condiciones favorables al desarrollo armónico y continuado de sus elementos de bienestar, cultura y moralidad superior"; debe ser preparar ciudadanos con "la firme resolución de resistir el mal y la injusticia y el carácter templado para ese arduo empeño, con el corazón encendido en el amor a la patria y en el anhelo del bien de la humanidad". Esta concepción de la Universidad es la misma que levantaría nuestra generación en demanda de una radical y genuina reforma académica.

"No son momentos propicios los actuales -escribe melancólicamente en 1919 el viejo maestro-- para quienes han dado calor en su seno a esperanzas que están muy lejos de haberse cumplido. Ni en la situación general del mundo, sacudido por

la más pavorosa catástrofe de que hay memoria, ni en la particular de mi patria, desgarrada por las pasiones de sus hijos, que parecen ciegos ante las tremendas señales de los tiempos, pueden encontrarse alicientes para mantener un estado de ánimo que se abra confiado al porvenir". ¿Qué había acontecido en Cuba y en el mundo para que fluyera ese profundo desaliento de la pluma de Enrique José Varona?

"La república -anotaba dolorido Carlos M. Trelles en 1923- se encuentra enferma; y lo que es más triste, gravemente enferma". "Nuestra patria -advertía conturbado en el propio año Raimundo Cabrera está atravesando una pavorosa crisis. No es la crisis de un gobierno, no es la crisis de un partido, no es la crisis de una clase. Es la crisis de todo un pueblo". "La sociedad cubana -clamaba Fernando Ortiz en 1924- se está disgregando. Cuba se precipita, rápidamente, en la barbarie". Algo, sin duda, sobremanera grave, le había acontecido a la república para que esas voces, esclarecidas y adultas, se levantaran, de consuno, presagiando un inminente desastre. Grave, muy grave, para que este lírico lamento empenachase de iracundia la rubia caballera de los cañaverales:

Musa patria, esto no fue,
lo que predico Martí.

No podía ser, en efecto, más grave. De la república de nítida y potente raíz popular, libre y laica, sin distinciones de raza ni privilegios de fortuna, efectivamente soberana y económicamente independiente, que propugnara el Partido Revolucionario Cubano, sólo restaban ya los símbolos ficticios de la constitución, la bandera y el himno. "Salida ayer de la colonia -concluirá patéticamente Enrique José Varona- Cuba ha vuelto, casi por su propio peso, a la colonia. Impulsada, con oculto pero firme empuje, por la banca norteamericana, va tomando su antigua posición doblada sobre la caña con la mocha en la diestra". Y no podía ser más agobiante lo que había ocurrido en el plano universal de la historia. "En ocasiones -escribía Varona- me figuro asistir a la apocalíptica destrucción de un mundo, la cual predice el alumbramiento de un orden social muy diverso. Los poderes públicos, elevados sobre las mismas ideas en que se había nutrido mi espíritu, parecen tocados de vértigo, y lanzados unos contra otro en una colisión tremenda de la que han de salir destrozados. Corren vientos huracanados de socialismo y cesarismo, todo junto".

Frustrada la república, la universidad en decadencia, el mundo sacudido por subterráneos terremotos. Ese era el inquietante y sombrío panorama que se abría ante nuestra generación en 1925. Nos tocaría, por imperativo inexorable de la historia, vivir la culminación y síntesis de ese proceso de franca desintegración

nacional. No teníamos culpa alguna de la espantosa debacle. No había sido, ciertamente, nuestra generación la que entregó la riqueza nacional al extranjero, la que vació de contenido las instituciones democráticas, la que dispuso a su antojo de la voluntad popular, la que convirtió el tesoro público en patrimonio privado, la que hipotecó la república, la que corrompió la administración, la que sobornó la ciudadanía, la que fomentó la impunidad, la que encharcó la enseñanza, la que falsificó la reforma universitaria de Varona, la que nada hizo, en suma, "por impedir la continuación de ese doloroso proceso, sino que, por el contrario, lo aceleraría con renovado empuje". No era nuestra, precisamente, esa responsabilidad abrumadora. Son ya otros los que la cargan ante la historia.

Esa fue la herencia que recibimos al irrumpir en la vida pública. y contra esa herencia nos rebelaríamos ofrendándolo todo en desigual contienda. Enrique José Varona no sería ajeno a esa briosa y fecunda insurgencia. No habíamos aún tenido contacto directo con él; pero ya lo sabíamos presto al requerimiento de la juventud. La oportunidad no tardaría en presentarse.

Fue el 30 de marzo de 1927. Entre el aplauso de los paniaguados y el clamor de los alabarderos, la Cámara de Representantes había aprobado la reforma constitucional prorrogándole el mandato a Gerardo Machado. Un ensordecedor vocerío sacude la colina más empinada y díscola de la urbe. Aquella mañana la Universidad toda olía a primavera. Aroma en el aire y fuego en los espíritus. Los estudiantes de derecho, filosofía y ciencias se han ido concentrando en torno al añoso laurel. Discuten, gesticulan, gritan. Por el maltrecho camino que conduce al hospital Calixto García, avanza una abigarrada legión de muchachos. Son los estudiantes de medicina. También ellos se han sentido agujados de la misma inquietud y vienen a compartirla con sus compañeros de las otras Facultades. Alguien habla con acento bronco y gesto ceñudo. Denuncia la prórroga de poderes y llama al estudiantado a combatirla sin tregua. Mueras y abajo llenan de vida la soledad de las aulas. Hablan otros en el mismo tono combativo y vibrante. Pero somos tantos que ya resulta difícil oír. Entonces, uno, interpretando el sentir de todos, ordena:

-¡Al Stadium!

Y, allá vamos, decididos y entusiastas. Se organiza el mitin. Consumen turnos numerosos compañeros. Un estudiante, líder de la protesta, se apodera de la tribuna y lee un manifiesto al pueblo desenmascarando el criminal atentado a las instituciones democráticas y a la voluntad popular. No queda un estudiante sin firmar este documento.

Algunos proponen salir en manifestación a la calle y llevar el manifiesto a los periódicos. La repulsa es completa. La prensa, en su casi totalidad, está vendida al gobierno. ¿A dónde llevarlo, a quién entregarlo? Una voz, salida, como índice orientador, del seno profundo de la asamblea, propuso que hiciéramos depositario de nuestra protesta a Enrique José Varona. La ovación fue cerrada. Y unánime el griterío:

-¡A casa de Varona. ¡Abajo la prórroga! ¡Muera Machado! ... Se le había ya telefonado a Varona y nos esperaba en el portal de su domicilio. El primer choque con la policía se produjo en el y 17. El segundo en 17 y 8. Ante el implacable toleto, la manifestación se escinde en dos grupos. Sólo uno lograría penetrar en la casa de Varona. Recuerdo la escena con singular nitidez. En el recoleto jardincillo, en la enhiesta postura que conocieron y respetaron los capitanes generales de la colonia, refulgente de pies a cabeza, nos aguardaba el viejo maestro. No olvidaré nunca su emocionante saludo:

-¡Muchachos! ¡Mis muchachos!

Un estudiante, previas palabras explicativas de nuestra actitud, leyó el manifiesto de protesta contra la prórroga de poderes. Varona agradeció conmovido el homenaje y nos exhortó a mantener la actitud adoptada, costase lo que costase. No había concluído cuando la policía, con su jefe al frente, asaltó el jardincillo, maltrató de obra y palabra a Varona, repartió garrotazos a diestra y siniestra e hizo añicos el mobiliario de la sala. Las teclas del piano volaban como mariposas. Unos pocos, indefensos, permanecimos junto a Varona intentando protegerle. El jefe de la policía -un bárbaro galoneado- se dirigió a él amenazadoramente. y aquel anciano canijo, menudo, frágil, enfermo, señalándole con el índice airado la verja, le dijo en tono que no admitía réplica:

-¡Salga de aquí miserable! ¡Usted ha hecho en plena república lo que no se atrevió nunca a hacer un capitán general de la colonia!

La noticia del asalto al domicilio de Enrique José Varona conmovió la ciudad. Esa propia tarde la Universidad fue allanada por la policía y esa misma noche recibía yo de las manos venerables del maestro unas líneas estremecidas de fuego juvenil, incitándonos a continuar la lucha:

"La actitud de los estudiantes cubanos, que constituyen la más pura fuerza viva del país, al protestar de la violación a nuestros postulados constitucionales me reafirma el concepto de que Cuba tiene una juventud capaz de afrontar cualquier situación, por difícil que sea, en defensa de las libertades públicas o individuales. Bajo la honda impresión proporcionada a mi espíritu en esta mañana, me dirijo a la

juventud universitaria alentándola a mantener su actitud valerosa". A partir de entonces, Enrique José Varona estaría junto a nosotros, fervoroso y desvelado, hasta su muerte.

Se constituye el Directorio Estudiantil Universitario contra la prórroga de poderes y se organiza la lucha. El gobierno apela a la intimidación y al soborno. "Esta juventud -rispotará el Directorio- ni claudica, ni se vende". Mella, en vibrante mensaje, envía su adhesión y su aliento. Se improvisan tánganas y mítines. La Universidad es clausurada y militarmente ocupada. Centenares de estudiantes son expulsados por orden de Machado. Numerosos intelectuales y obreros son recluídos, arbitrariamente, en la cárcel.

Nos dirigimos otra vez a Enrique José Varona en busca de orientación y consejo. Su respuesta fue clara y terminante: "Ustedes han querido vivir la vida del estudiante del siglo veinte. Justo y conveniente propósito. Cuba es una república de ahora; y sólo podrá progresar de una manera ordenada si se amolda a las nuevas condiciones de la vida social en América. Piensen que es cuestión de honor puesto que es cuestión de interés general. Una defección, una sola, significa la mayor de las torpezas individuales".

Se gobierna de facto, el terror se organiza, el hambre se extiende, el descontento crece. "El pueblo se ha incorporado —constata jubiloso Varona— parece tantearse el cuerpo gigantesco y tratar de convencerse de que sus miembros no están ya agarrotados". La chispa que incendiaría la isla de punta a punta, poniendo en pie de guerra a la conciencia pública, será prendida por la juventud universitaria. Un reducido núcleo de estudiantes, compuesto por Juan Ramón Breá, José Antonio Guerra, Carlos Prío, Virgilio Ferrer Gutiérrez, Ramón Miyar, Rafael Rubio Padilla y dirigido por Aureliano Sánchez Arango, concibió un plan de lucha encaminado a promover un levantamiento popular contra la tiranía. No voy a referir ahora el largo, fatigoso, arriesgado y oscuro trecho que tuvimos que recorrer para formar una vanguardia resuelta y con ciento de su misión. Baste decir que ya en la primera quincena de septiembre de 1930 estábamos apercebidos para la lidia.

Semanas antes Enrique José Varona había exhortado de nuevo a la juventud universitaria y al pueblo de Cuba. Estas declaraciones le imprimirán carácter más amplio al homenaje que se proyecta rendirle por un prestigioso grupo de intelectuales hispanoamericanos en el cincuentenario de su primera lección de filosofía. Al editar el primer volumen de su curso filosófico, Varona había estampado al frente esta significativa dedicatoria: "A la juventud cubana, en cuyo corazón deseo fervorosamente que jamás se extinga el amor a la ciencia, que

conduce a la posesión de sí mismo y a la libertad". Se trataba ahora de completar el homenaje, ya en marcha, con un gran acto público de reconocimiento a sus virtudes ciudadanas y de exhortación y apoyo por su viril y gallarda protesta contra la tiranía de Machado. Se señaló el acto para el día 3 de octubre y fuimos designados para hablar Juan Marinello, Gustavo Aldereguía y yo. Machado impediría, por un úkase, que se le rindiera este tributo popular a Enrique José Varona.

En días ya muy cercanos al 30 de septiembre, se constituyó el Directorio Estudiantil Universitario. La tángana fue acuciosamente planeada y comprendía los extremos siguientes: manifiesto al pueblo de Cuba, asamblea en el patio de los laureles contra los crímenes y latrocinios del gobierno, manifestación a casa de Enrique José Varona y rompimiento de hostilidades con la tiranía.

Agitadas y premonitorias fueron las vísperas de la memorable jornada. "Aquí hace falta una víctima" -afirmó enfáticamente Rafael Trejo. Nuestra hora, sin duda, había llegado. La generación que tuvo a Enrique José Varona como maestro estaba ya madura para la muerte. Lista para inmolarse. Dispuesta a todos los sacrificios, abnegaciones y heroísmos. ¡Cuántas primaveras tronchadas, cuántas vocaciones perdidas, cuántas vidas prematuramente rotas!

Se dió la tángana y sangre estudiantil se mezcló simbólicamente con sangre obrera. La lucha irreconciliable contra la república factoril daba comienzo. Se abría una nueva etapa de un proceso inconcluso. Se reanudaba, en circunstancias diversas, la epopeya trunca de 1895. Se quería una Cuba distinta y un futuro mejor. Ese fue la oriflama de nuestra generación. Aspirábamos a darle a Cuba su plenitud de destino. Nada más. Nada menos.

Varona ocuparía posición de vanguardia en la brega. Dió lo que pudo y lo que no pudo. Su casa siempre estuvo abierta a la juventud perseguida. No obstante sus años y su maltrecha salud, aceptó participar en el acto organizado, a la memoria de Rafael Trejo, por Dulce María Borrero de Luján, Ofelia Domínguez, Flora Díaz Parrado y Ofelio Rodríguez Acosta. El acto fue violentamente suspendido por la policía. Lo .que entonces iba a decir Enrique José Varona se transcribe a seguidas:

"En plena juventud, rebotante de esperanzas, en todo el vigor de una alta inteligencia y una voluntad bien dirigida, cae Rafael Trejo fulminado. Aún lo vemos empapado de sangre; conducido por manos amigas, entre el horror de los circunstantes, al lecho, que se trueca en mortuorio; llevado en lúgubre apoteosis, en hombros de un pueblo entero a su tumba prematuramente abierta. Dolorosísima pérdida para sus padres, para sus amigos, para la Universidad; tremenda lección para

Cuba, que tiene allí ante sus ojos el ejemplo lamentable de a dónde puede conducir el menosprecio de algo que debiera ser intangible para el hombre: la vida humana.

Segar la vida en flor como ha sucedido con Rafael Trejo, ¿no es proclamar que se tiene en poco la existencia humana? Y no se diga que el generoso mancebo no fue muerto intencionalmente. El hecho resalta por eso, si no menos lastimoso, mucho más grave. Por coartar el derecho de un grupo, se ha sacrificado una vida. Los disparos no iban contra él. Iban contra nuestra libertad".

Lo que vino después ya se sabe, mi 12 de agosto de 1933 se derrumbaría el machadato al empuje incontrastable del pueblo cubano. Varona, gravemente enfermo, recibió la ansiada nueva de labios de uno de sus hijos.

-Ya puedo morir... Fue su único comentario.

El 19 de noviembre exhalaría su postrer aliento Enrique José Varona.

Su cadáver fue tendido en el Aula Magna de la Universidad. Y tuve yo el honor de despedir el duelo, en nombre de la juventud universitaria. El crepúsculo había ya invadido, con sus sombras moradas, la inmensa necrópolis. Algunas estrellas empezaban ya a reverberar en el cielo. Un silencio profundo, apenas turbado por el lúgubre gemir de los pinos, descendía de lo alto. Millares de cabezas se afanaban en ver, por última vez, el modesto sarcófago que guardaba aquellos restos amados, envueltos en la bandera cubana. Sus funerales fueron los de un hombre de acción.

Cien años cúmplanse ahora del advenimiento de Enrique José Varona a la existencia en Santa María de Puerto Príncipe. No podría resumirse esa vasta parábola en rápido trazo. Desde niño, llevó la patria clavada en el alma. Y, desde niño también, inició su cultivo interior. Se formó a sí mismo en un ambiente tradicionalista y rancieramente colonial. Se ganó el pan con la pluma y dando clases particulares. Afrontó, estoicamente, estrecheces, rigores y adversidades. Vivió en permanente vigilia. Su voluntad estuvo siempre tensa, como el arco de una flecha. Fue un trabajador infatigable. Absoluta fue su lealtad a sus principios. Creyó en la libertad, en la justicia, en la ciencia, en la tolerancia, en el progreso, en la belleza y en la virtud. Combatió el dogmatismo, el clericalismo, el imperialismo, el fascismo y el comunismo. Y propugnó, al par, una reorganización de la sociedad capitalista sobre una base democrática. Amó a Cuba y es amado por Cuba. Murió pobre. Nunca más oportuna la lección de probidad pública y de heroísmo civil que dictaron sus actos. Su tumba sigue siendo evangelio vivo y su mensaje irradia aún claridades por venir. Enrique José Varona es ya un símbolo.

Dictadura y Totalitarismo

Peras al cuarto

El derrocamiento del general Juan Domingo Perón es el hecho político más importante acaecido durante los últimos años en este hemisferio. No es una dictadura cualquiera la que acaba de ser abruptamente desalojada del mando en Argentina. El régimen derribado poco tenía en común con las tradicionales satrapías que han padecido, y padecen, los pueblos de nuestra América. Es una estructura de poder radicalmente distinta la que se vino abajo con la renuncia del epígono gaucho de Benito Mussolini. Es, en suma, una dictadura totalitaria. La experiencia de este tipo de estado totalitario nos había sido ajena hasta que el general Perón se adueñó de los resortes claves del poder en 1946. La penetración, la influencia y el arraigo de las corrientes totalitarias europeas en determinadas esferas y capas sociales de algunos países del continente —maniobra cuidadosamente elaborada por estrategias de la geopolítica nazifascista— no pudo cristalizar nunca a satisfacción y arbitrio de sus promotores y agentes. La aventura de **Gualberto** Villarroel concluyó, dramáticamente, en un farol de La Paz. El corporativismo de Getulio Vargas se vio siempre agrietado por las innatas blanduras del fallecido caporal. El paulatino declive de las potencias del eje y su aplastante derrota en el olimpo de batalla obligó a los Duces y **Fuhrers** en potencia de aquende a cambiar de disfraz, lenguaje y estilo, y a adherirse, con cínico desplante, a los victoriosos. Los aprendices de brujo argentinos constituyeron excepción. Se abroquelaron, taimadamente, en sus posiciones, y apercibieron a llevar adelante sus planes.

Circunstancias insitas al peculiar desarrollo de la vida nacional y al creciente embrollo del ambiente internacional vinieron en su ayuda. De esa confluencia de factores y de la ruda intromisión del embajador norteamericano Spruille Braden en los asuntos internos de Argentina surgieron el triunfo de la camarilla militar totalitaria, el justicialismo a palos y la demagógica tercera posición. Formado en la escuela militar y política del nazi fascismo, Perón explotó, a fondo la coyuntura, y logró, al cabo, mediante la propaganda, la incondicionalidad, el soborno y la intimidación, darle mecánico apoyo de masas a su régimen unipersonal. Una actriz fracasada y resentida, Eva Duarte, con quien había contraído matrimonio años antes, fue su brazo mágico en la histriónica faena de atraerse, unir y movilizar **a los descamisados.**

Este vasto sector social, compuesto en su casi totalidad por obreros políticamente atrasados, fue el dócil ariete que utilizó la dictadura contra la clase proletaria organizada, los partidos democráticos, la universidad, la prensa independiente, la aristocracia porteña y la burguesía disidente. A falta de pan, les proporcionó circo a todos y a toda hora, satisfaciendo, diabólicamente, sus pasiones y rencores; pero sin olvidar a los primates del GOU —Grupo de Oficiales Unidos— a quienes cubrió de privilegios, mercedes y prebendas. Con ellos ejecutó expropiaciones onerosas, levantó industrias falsas, despilfarró las divisas, arruinó la ganadería y devastó la agricultura. Y, con ellos, también, planeó expediciones punitivas a Uruguay y Chile y gobernó, por control remoto, a Paraguay, y, más de una vez, a Venezuela y Perú.

Si la constante del régimen peronista fue el absolutismo integral —conciencia secuestrada, cultura dirigida, parlamento sumiso, estado de sitio— su oportunismo no conoció límites ni escrúpulos. Lo mismo le hacía carantoñas al Kremlin, que al Vaticano, la Casa Blanca o al Palacio del Pardo. Fatigó el mimetismo y la acrobacia. Pero un mal día se topó con la iglesia, otrora objeto de sus **preferencias** y mimos, y núcleos de oficiales catequizados, operando ya en terreno movedizo —bancarrotas económica, disconformidad popular, autoridad quebrantada, carisma exhausto— le pusieron las peras al cuarto, trocando el perón de la leyenda en la perita de la fábula.

No es posible aún poder predecir el sesgo y curso que tomarán los acontecimientos en la patria de Sarmiento. Sea como fuere, se ha dado un paso decisivo en el proceso de la restauración del régimen democrático. La palabra del pueblo argentino será la que roture y alumbre el camino en el ciclo que ahora se abre.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

Estrellas a ras del suelo

De todos los pueblos de nuestra América, ha sido a Venezuela, fragua de la gesta emancipadora y cuna de Simón Bolívar, al que le ha tocado afrontar, en su desenvolvimiento, las más adversas circunstancias. No se trata, desde luego, de un destino manifiesto, ni de un castigo de la providencia. Ni se trata tampoco de que el único gobierno adecuado a su tradición histórica, a su desarrollo social, a su composición étnica y a su estructura psicológica sea el cesarismo criollo, que Laureano **Vallelnilla** Lanz intentó convertir en tesis sociológica para justificar y

encarecer los asesinatos, robos y atropellos del Tigre de Maracay. Las razones fundamentales que explican el predominio del despotismo en la historia republicana de Venezuela hay que indagarlas en su historia misma y en la historia del imperialismo. Son las propias razones que le permitieron denunciar a Enrique José Varona, a fines del pasado siglo, el fracaso de la democracia en la mayoría de nuestros países. No se puede hablar de democracia, sin prostituir el vocablo o mentir a sabiendas, cuando el pueblo no participa efectivamente en la dirección política, económica, social y cultural de un país, o cuando sus riquezas y sus determinaciones están en manos extranjeras. Nada significa una constitución formalmente perfecta si no traduce los factores reales de poder, o se vulnera abierta o solapadamente. Es en este sentido, que cabe afirmar que la democracia ha fracasado hasta ahora en la mayoría de los pueblos que sufren, luchan, sueñan y mueren al sur del río Bravo. Ya lo expresó Rubén Darío en gráficos versos:

Cristo va por las calles flacas y enclenques,
Banabás tiene esclavos y charreteras,
y las tierras de Chibcha, Cuzco y Palenque
han visto engalanadas a las panteras.

Asaz frecuentes han sido los eclipses de la libertad en nuestra América. Centenares de veces caudillos y generales han impuesto por la violencia, su voluntad y su codicia. No aludo exclusivamente al pasado. En los días que corren, tras una guerra universal en defensa de la dignidad humana, del régimen democrático y de la libre determinación de los pueblos, contadas son las repúblicas hispanoamericanas en que se respetan los derechos individuales, en que funcionan realmente las instituciones representativas y que mantienen una política acorde con la Carta del Atlántico en la esfera internacional. Doctores y gamonales rigen omnímodamente en algunas, a la usanza de Rosas, García Moreno y Veintimilla; en otras, como Bolivia, Ecuador y Paraguay las asonadas se suceden en vertiginosa teoría; en varias las juntas militares son dueñas de vida y hacienda; en Colombia se presagian los **borrares** de la guerra civil, en Santo Domingo y Nicaragua imperan «lúgubres **mayordomías**». **Pero** este secuestro de la libertad nunca ha sido tan constante como en Venezuela. Ni, al par, tan esforzada y viril la lucha del pueblo por su rescate y disfrute. En este aspecto, su semejanza con España resulta evidente. Incluso se podría trazar un dramático paralelismo entre el desplome de la república española y el último colapso de la democracia venezolana

No es mi propósito, en esta ocasión, referir la pugna entre la barbarie y el progreso en la historia republicana de Venezuela; pero, sí quiero destacar los principales jalones de esa gran tragedia, que es de todos y a todos nos afecta. Apenas liberadas Venezuela de la coyunda colonial, bayonetas aún cubiertas de laureles depusieron a José María **largas**, electo presidente por una abrumadora mayoría de sufragios. Varios años más tarde, soldados al servicio de un caudillo ambicioso —otrora la primera lanza de Oriente—disolvieron el Congreso, asestándole rudo golpe al renacer de la fe democrática. A partir de entonces, la historia política de Venezuela es un surco sangriento en que señorean los espadones ensoberbecidos y las oligarquías montaraces. Juan Vicente Gómez representa la culminación de ese tormentoso proceso. Veintisiete **años** duró su torvo reinado, **en que** se fatigó el crimen, la miseria, el latrocinio y el entreguismo en escala que trasciende los más duros epítetos. Mientras en la Rotunda y en las fortalezas militares se sometían a las más horrendas torturas a los abanderados de la libertad, el subsuelo de Venezuela se prorrataba, descocadamente, entre los principales monopolios petroleros y se entraba a saco en el tesoro público con inaudito desenfreno.

No le fue dable al pueblo venezolano derribar aquella oprobiosa satrapía y sancionar, por mano propia, a sus más caracterizados responsables y beneficiarios. Juan Vicente Gómez moría en 1935, rodeado de sus connilitones, de un cáncer prostático, su jefe de estado mayor, general **Elcazar** López Contreras, heredaba la presidencia de la república sin que un alzamiento popular hubiera echado por tierra la estructura administrativa, económica y social de la insaciable y feroz autocracia. No es menos cierto, sin embargo, que la desaparición de Juan Vicente Gómez del escenario político abrió una etapa de transición en la vida de Venezuela, que habría de culminar, con la consiguiente resistencia de las clases sociales, los intereses económicos y las facciones políticas quebrantadas por el empuje de las masas populares, en el gobierno constitucional presidido por Rómulo Gallegos, la más alta figura de las letras americanas de nuestra época. Fugaz y fecundo fue el tránsito de Venezuela por los caminos de la democracia. Un año hace justamente ahora que un golpe de estado, urdido en los cuarteles y apoyado por las empresas petroleras, las fuerzas reaccionarias, los caudillos fugitivos y los espadones del continente, retrotraería a Venezuela a los tiempos más ominosos de la era gomecista.

La profunda transformación operada en la vida pública de Venezuela, en la década subsiguiente a la muerte de Juan Vicente Gómez, se debió, primordialmente, a los elementos revolucionarios que habrían de constituir el Partido Acción

Democrática. Rómulo Betancourt fue el estratega indiscutido de esta lidia memorable en favor de la libertad política, de la independencia económica, de la honestidad administrativa y de la justicia social. Su acción enérgica y responsable se orientó, principalmente, en tres direcciones. En el orden político, recabó la inmediata devolución al pueblo de su soberanía arrebatada. Su lema fue elecciones libres, mediante sufragio universal, secreto y directo, de todos los cargos electivos de la nación. En el orden administrativo, combatió a sangre y fuego el peculado, gangrena tumefacta del gobierno de Medina Angarita. Y, en el orden económico, demandó una mayor participación del Estado venezolano en las cuantiosas utilidades derivadas de la explotación de los hidrocarburos nacionales. Esta triple dirección del movimiento encabezado por Rómulo Betancourt, le ganaría, rápidamente, un cálido y decisivo apoyo de las masas populares. No serían otras las consignas centrales del programa que enarbolaría la Junta Revolucionaria al asumir el poder el 18 de octubre de 1945. El nuevo gobierno, surgido de la confluencia espontánea de la calle y del cuartel ante la inminente imposición de un presidente títere, precisó, en tajante proclama, su línea de conducta. «El gobierno provisional —se afirma categóricamente en ese documento ya histórico, redactado y suscrito por Rómulo Betancourt— tendrá como misión inmediata la de convocar al país a elecciones generales para que, mediante el sistema de sufragio directo, universal y secreto, puedan los venezolanos elegir sus representantes, darse la constitución que anhelan y escoger el futuro presidente de la república». Semanas después, en un mensaje radial a la nación, Rómulo Betancourt fijaría, terminantemente, la política petrolera de la Junta Revolucionaria: «En Venezuela no deberán obtenerse sino utilidades honestas, y no sobre beneficios exagerados, por quienes son concesionarios de fuentes nacionales extranjeras.» Y, en punto a política internacional, se rompían relaciones diplomáticas con Trujillo, Somoza, **Carias** y Franco y se propugnaba un cordón sanitario contra los regímenes opresores de pueblos.

En un lapso brevísimo, Venezuela adelantó más en el camino de la democracia que muchos pueblos hispanoamericanos en una centuria. Trece partidos políticos se disputarían, prontamente, la opinión pública en libre y ardoroso debate. La organización sindical cobró inusitado vuelo. De 1935 a 1945, se habían inscripto en el Ministerio del Trabajo quinientas veintidós asociaciones de trabajadores y cinco asociaciones patronales. De 1945 a 1947, se inscribieron setecientas cuarenta organizaciones obreras y doce asociaciones patronales. Trescientos mil obreros y campesinos organizados darían expresión militante a sus aspiraciones y necesidades

en la Confederación de Trabajadores de Venezuela. Y se vivificarían también la Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción. Seiscientos contratos colectivos de trabajo se concertaron entre los sindicatos y las empresas. La demostración más inequívoca del clima social propiciado por la Junta Revolucionaria se encuentra en esta declaración formulada por el presidente de la Cámara de Comercio de Caracas el 27 de enero de 1947: «Aquí en Venezuela, hasta el presente, no se ha presentado ningún conflicto serio de trabajo».

No tardaría la Junta Revolucionaria en promulgar un estatuto electoral de la más pura sustancia democrática. Se establecía la creación de un Consejo Supremo Electoral, integrado por delegados de todos los partidos políticos y al cual le incumbía todo lo concerniente a los comicios, sin interferencia alguna del poder ejecutivo. Era, en su estructura y funcionamiento, un organismo autónomo. Y se consagraba el sistema de sufragio directo, universal y secreto, siendo electores y elegibles todos los venezolanos, hombres o mujeres, mayores de dieciocho años. Un millón cuatrocientos mil ciudadanos acudirían a las urnas el 27 de octubre de 1946 para elegir a los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente, sin que sufriera el más leve menoscabo la libertad de conciencia y la paz pública. Acción Democrática obtuvo, en esa justa comicial, un millón cien mil votos y su más cercano oponente, el partido fascistoide COPEY, solo ciento ochenta mil votos. Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Felipe Uovera Páez se encargarían de impugnar, en documento dirigido a la Asamblea Nacional Constituyente, a los que trataron de atizar el descontento en las filas del ejército en nombre de supuestos fraudes cometidos. La Asamblea Nacional Constituyente — afirmaron enfáticamente los traidores de hoy— es representativa de la voluntad popular, elegida libremente el 27 de octubre de 1947, en comicios que estuvieron bajo nuestra vigilancia y por ello nos consta que fueron llevados a cabo con la mayor pureza». La constitución elaborada por esa Asamblea es una de las más avanzadas de nuestra América. Bajo sus amplios preceptos se efectuaría, el 14 de diciembre de 1947, la intachable elección de Rómulo Gallegos para presidente de la república.

Ejemplar fue la obra de la Junta Revolucionaria en la depuración de la administración pública. Se creó un Tribunal de Responsabilidad Civil y Administrativa, que habría de juzgar a los funcionarios acusados de latrocinio en anteriores regímenes. Las sentencias dictadas por ese tribunal, previo el juicio correspondiente, entrañaron la devolución al patrimonio nacional de más de cien millones de bolívares. La Junta Revolucionaria, a su vez, obligó a todos los

funcionarios a hacer declaración jurada de sus bienes ante un juez. Y ya bajo el régimen de Rómulo Gallegos, se promulgó una ley contra el enriquecimiento ilícito de funcionarios públicos.

No puede ser más halagüeño el balance de la obra efectuada en Venezuela por la Junta Revolucionaria primero y después por el gobierno constitucional de Rómulo Gallegos. Esa obra, en el orden económico y social, fue el fruto de una audaz política fiscal, que afectaba las utilidades de las grandes empresas nacionales y extranjeras. Se reconoció y ratificó la ley de hidrocarburos aprobada en 1943; pero, la política petrolera se llevó a consecuencias decisivas, para el futuro económico de la nación, con la reforma de la ley de impuesto sobre la renta y la ley del 50-50, en virtud de la cual las ganancias de las compañías deben distribuirse, por partes iguales, entre el estado y las empresas. Estas reformas se tradujeron en una considerable elevación de los ingresos fiscales. En 1944, el estado venezolano percibió sólo cuatrocientos millones de bolívares de la industria petrolera. En 1947, mil trescientos millones de bolívares. Facetas cardinales de esa política nacionalista fueron la negativa a otorgar nuevas concesiones sobre el subsuelo de Venezuela, la venta en mercado abierto de una parte de la regalía sobre la producción, la reinversión de parte de las utilidades de las compañías en el incremento de la producción de artículos alimenticios, mediante la formación de empresas mixtas con las cuales se asoció el estado a través de la Corporación Venezolana de Fomento; y apoyo a las demandas de los trabajadores petroleros, que vieron aumentados sus salarios en un ochenta por ciento sobre los niveles anteriores a la revolución de octubre.

Los ingresos fiscales así obtenidos se aplicaron, preferentemente, a la consolidación y desarrollo de la Economía nacional. El instrumento de esa política fue la Corporación Venezolana de Fomento, a la cual se le confió la misión de incrementar y financiar empresas, privadas y públicas, enderezadas a transformar la estructura económica de Venezuela mediante la diversificación de la producción, la tecnificación de la agricultura, el aprovechamiento de los recursos naturales y los préstamos a largo plazo. Sembrar el petróleo fue la norma que rigió la confección del presupuesto aprobado durante la administración de Rómulo Gallegos. De cada mil bolívares, cuatrocientos cuarenta y uno se destinaban a convertirse en escuelas y hospitales, en obras sanitarias y de regadío, en puertos y carreteras, en casas para obreros y en importación de maquinaria. Los resultados están a la vista. En tres años, se construyeron más edificios escolares que en los ciento cuarenta y cinco precedentes de la historia republicana. Se edificaron numerosas casas para obreros.

La red de carreteras fue extraordinariamente ampliada. Se duplicó el número de los maestros. Las Universidades fueron reorganizadas y su matrícula notablemente acrecentada. Se fundó la Flota Gran Colombiana, juntamente con los gobiernos de Ecuador y Colombia, para liberar al país del monopolio marítimo ejercido por empresas extranjeras. Veinticinco mil hectáreas de tierras planas fueron incorporadas a la producción mediante el regadío. Se reconstruyó el puerto de La Guaira. La electrificación estaba en marcha. Se creó el Instituto de Alimentación Popular. Los seguros sociales se reformaron sustancialmente, extendiéndose y mejorándose sus servicios. El paludismo, la tifoidea y las enfermedades parasitarias, fueron implacablemente batidas. Se aumentó el potencial humano de la nación mediante una política inmigratoria de puertas abiertas. La tierra fue racionalmente distribuida y se sentaron las bases de una efectiva reforma agraria y se mantuvieron a toda hora, en plenitud de vigencia, las libertades individuales y públicas, garantizadas en la constitución. No cabe duda que Venezuela volvía a ser otra vez ejemplo y bandera.

La réplica de las empresas petroleras, de las fuerzas reaccionarias y de los militares ávidos de riqueza y de poder a esta heroica empresa civilizadora, fue el cuartelazo del 24 de noviembre de 1948. Se habló de bancarrota administrativa, de caos económico, de anarquía social, de incapacidad política, de sectarismo estéril. Hasta se puso en solfa la probidad irrecusable del equipo dirigente del gobierno presidido por Gallegos. Se habló de todo eso y de mucho más para justificar el criminal atentado. Pero he aquí, al año de haber usurpado la voluntad popular la junta de coroneles traidores, lo que dicen los hechos con su aplastante elocuencia:

1) Abrogación de la constitución democrática de 1948. 2) Abrogación de la ley de educación nacional, en que se establecía la escuela unificada, gratuita y obligatoria. 3) Abrogación de la ley de reforma agraria. 4) Abrogación de la ley de enriquecimiento ilícito. 5) Anulación de los juicios incoados a los convictos de peculado. 6) Paralización de las obras de regadío y cultivo intensivo y extensivo de la región de El Cenizo, que se proponían incorporar a la producción cien mil hectáreas de tierras hasta ahora baldías. 7) Destrucción de las comunidades agrarias, fundadas por el Ministerio de Agricultura y Cría y la Corporación Venezolana de Fomento, para explotar, en forma colectiva, tierras hasta entonces inmovilizadas. 8) Venta a precio vil, de numerosas propiedades **de la nación** —haciendas, empresas industriales, potreros, **ganado**— a paniaguados del régimen o a socios comanditarios de los coroneles traidores. Sirvan de ejemplo el central Tacarigua y los telares, la estación ganadera experimental y las fábricas de mantequilla y aceite

de la ciudad de Maracay. 9) Aumento en un 54% del presupuesto del Ministerio de Defensa. 10) Abandono de las construcciones escolares. 11) Rebaja, en dieciocho millones de bolívares, del presupuesto destinado a obras sanitarias. 12) Rebaja, en 15%, del Consejo Venezolano del Niño. 13) Asignación de trescientos millones de bolívares para gastos secretos y prebendas. 14) Reducción, en veintiséis millones de bolívares, del presupuesto de la Corporación Venezolana de Fomento. 15) Reducción, en cinco millones de bolívares, de la cantidad destinada a las campañas de alfabetización y de difusión de la cultura. 16) Reducción, en millón y medio de bolívares, de los fondos asignados a la educación primaria, secundaria y normal. 17) Supresión de dos escuelas normales. 18) Reducción de los presupuestos a la Orquesta Sinfónica de Venezuela y de la Radio Nacional. 19) Anarquía administrativa y latrocinio a caño abierto. 20) Supresión de los derechos individuales y de las libertades públicas. 21) Censura de prensa. 22) Restablecimiento de relaciones con Franco y Trujillo. 23) Persecución sistemática a los adversarios políticos. 24) Disolución del Partido Acción Democrática y de sus organismos sindicales. 25) Expulsión de estudiantes y profesores desafectos en las Universidades. 26) Entrega abierta al capitalismo extranjero. 27) Alianza pregonada con Perón, Odría, Somoza, Franco y Trujillo. 28) Cárceles repletas. 29) Torturas y asesinatos a mansalva. 30) Confinamiento en infernales campos de concentración, en la tórrida e insalubre región de El Dorado, de millares de ciudadanos. 31) Destierro de las figuras representativas del gobierno constitucional derrocado.

Ese es, en rápido recuento, el haber de la junta de coroneles traidores, al año de haber usurpado el poder en Venezuela. Sus estrellas de militares han quedado a ras del suelo. Ya la historia ha dictado su fallo. El pueblo de Venezuela, que ha organizado corajudamente la resistencia acosado de rifles por todas partes, no tardará en darles su merecido, colgándolos, en acto de suprema justicia, de los «altos y olorosos» caobos que montan guardia de honor junto a la estatua de Simón Bolívar. Caracas volverá otra vez a cuajarse de orquídeas y Rómulo Gallegos retornará triunfante entre el jubiloso clamor de las muchedumbres. No en balde supo caer de pie en la hora aciaga de la derrota.

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

Triunvirus al desnudo

Múltiples y complejos son los problemas que afronta nuestra América en estos días azarosos que preludian la tercera guerra mundial. Ninguno, sin embargo, tan apremiante y dramático como la marcha victoriosa de las dictaduras militares, el repliegue suicida de los escasos gobiernos democráticos que perviven y la torpe complicidad del State Department, aterrorizado por sus propios fantasmas.

Esta embestida contra las libertades públicas, el desarrollo industrial y los avances sociales, responde a una estrategia y a un plan trazados por la nueva Santa Alianza, que tiene su cuartel general en la España franquista, su brigada de choque en la Argentina de Perón, su raigambre en las oligarquías nacionales, su apoyo embozado en los monopolios extranjeros y su chivo expiatorio en el comunismo. Sus bases económicas y sociales son las mismas en todas partes. Idéntico también el lenguaje de los espadones, los objetivos que persiguen y el destino manifiesto que atribuyen a los ejércitos. No se precisa ser muy zahorí para percatarse del contenido reaccionario y del pergeño totalitario de las insurgencias acaudilladas por estos pretensos redentores de pueblos. Es la barbarie organizada, que vuelve por sus fueros a la altura del tiempo. El espíritu de la mazorca, del virreinato y de los cacaos impulsando el leviatán del neofascismo en beneficio de sus legatarios y de la constelación de ambiciosos, aventureros, resentidos y cavernícolas que medran a su vera.

No cabe ya duda. La concepción totalitaria de la vida, la sociedad y el estado, derrocada en los campos de batalla, ha resurgido en la postguerra y está ganando terreno, por días, en todos los parajes. La América que Simón Bolívar liberó con su brazo y José Martí iluminó con su prédica, tiene también ya su cortina de hierro, tras la cual —sin que la ONU se de por enterada ni la OEA se sienta aludida— se atropella, se encarcela, se explota, se tortura, se deporta y se asesina a mansalva. Y, mientras los condotieros se unen y conciertan para socavarlos y derruirlos, los gobiernos democráticos levantan, airadamente, su voz de protesta contra la violación de los derechos humanos en el este de Europa y silencian los desmanes y crímenes que, ante sus propias narices, se están cometiendo, invocando en unos casos y olvidando en otros compromisos internacionales igualmente solemnes; pero, lo más grave es que, con esta dualidad vergonzante, están sirviendo, inconscientemente, los torvos propósitos de sus enemigos declarados de fuera y de dentro.

Debió de ser más tajante nuestra Cancillería al precisar su postura ante la situación reinante en la polémica región del Caribe. No son los gobiernos democráticos los que perturban la paz del Caribe. Los que perturban la paz del Caribe son los que han degollado la libertad y establecido bajalatos a la vista de

todos. La paz del Caribe quedará restablecida cuando sean derrocados los perturbadores que se han impuesto, a sangre y fuego, en Santo Domingo, Nicaragua, Honduras, Venezuela y Colombia. No puede ser otra la réplica de los gobiernos de Cuba, Guatemala y Haití, recientemente sometidos a una vejaminosa investigación por la OEA, que de sobra sabe quiénes son las víctimas y quiénes los victimarios. Si los gobiernos democráticos que aún restan en nuestra América tuvieran clara conciencia de los peligros que les acechan y una política internacional coherente, firme y definida, aprovecharían la coyuntura para recabar, en cumplimiento de compromisos multilaterales contraídos en San Francisco, París, Río Janeiro y Bogotá, una investigación inmediata de las condiciones imperantes en los pueblos hermanos sumidos en el infierno del neofascismo militarista. El gobierno democrático, que se atreviese a dar este paso decisivo, le imprimiría dimensión histórica a su política internacional y, al par, se defendería a sí propio y su pueblo y alentaría la resistencia de los pueblos que luchan, heroicamente, por sacudirse la esclavitud y el oprobio.

Aunque nada efectivo ha hecho, hasta ahora, por impedir esta epidemia de golpes de estado, el gobierno de Washington ha manifestado, más de una vez, su preocupación por el sesgo alarmante de los acontecimientos en nuestro hemisferio. «Creo —le escribía el presidente Harry Truman a Rómulo Gallegos, en carta publicada en *Bohemia*— que el uso de la fuerza para efectuar cambios políticos es, no solamente deplorable, sino también contrario a los ideales de los pueblos americanos. El gobierno de Estados Unidos se propone hacer todo lo posible, de acuerdo con sus obligaciones internacionales, para fortalecer las fuerzas democráticas del hemisferio. Esta preocupación ha sido presentada a la atención de los gobiernos de otras repúblicas americanas y se ha solicitado de ellas un consejo para determinar qué pasos deben darse debidamente a fin de alentar procedimientos democráticos y constitucionales en las Américas». El propio presidente de Cuba, Carlos Prío Socarrás, apenas asumió el cargo, hizo un cálido llamamiento para integrar un frente de naciones democráticas y presentarle un dique al proceso de expansión de los regímenes de fuerza en nuestra América.

¿Por qué no recoge esa iniciativa el nuevo Ministro de Estado, profesor Ernesto Dihigo, y plantea la cuestión en la OEA y en la ONU? Además, al franquearle sus puertas a la comisión investigadora de la OEA, Cuba —que no tiene arte ni parte en la zozobra creada en el Caribe por la hiena de Santo Domingo, la pantera de Nicaragua y el chacal de Honduras— queda obligada, por imperativos históricos y por propio decoro, a demandar que se incoe proceso a los usurpadores

del continente. Venezuela podía encabezar, sin disputa, la lista negra de los encausados. Carlos Delgado Chalbaud, Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez, el odioso triunvirato de tenientes coroneles que hoy oprime; saquea y desangra la patria del Libertador, en el breve lapso de un año se han hecho acreedores a la horca en la plaza pública y al desprecio de la posteridad. Su responsabilidad es doble: por haber traicionado al pueblo venezolano y por haber retrasado el reloj que, en dinámico y fecundo trienio, habían adelantado audazmente, con pleno respaldo popular, la Junta Revolucionaria presidida por Rómulo Betancourt y el gobierno constitucional de Rómulo Gallegos.

Tuve el honor de asistir a la toma de posesión del esclarecido autor de Doña Bárbara. Sabía ya, por haber seguido muy de cerca el proceso, de las profundas transformaciones operadas en la estructura social, económica, política y administrativa de Venezuela durante el gobierno revolucionario. Venezuela había cambiado, radicalmente, de fisonomía y de espíritu. Detrás quedaban, como alucinante pesadilla, el lúgubre rechinar de los grillos que caracterizó la era gomecista y los despilfarros, inverecundias, trapacerías y desmanes de los generales López Contreras y Medina Angarita. El pueblo venezolano, tras un dilatado período de subversiones castrenses y de regímenes montaraces, sentía renacer su fe en los destinos de la democracia y en el futuro de nuestra América. La revolución de octubre le había devuelto el ejercicio de la soberanía y lo había incorporado a la ingente tarea de conquistar la liberación nacional y social de Venezuela. Ni aún sus más encarnizados adversarios pueden negarla a Rómulo Betancourt, sin mentir a sabiendas, que cumplió lo prometido al ocupar la suprema jefatura del gobierno revolucionario: libertad política, honestidad administrativa, justicia social, sufragio universal, constituyente soberana y elecciones libres. Cuando salió de Miraflores para su modesto hogar de Caracas, pudo reiterar a sus amigos lo que ya había afirmado en imponente asamblea: «Vuelvo a mi casa con la única hacienda que poseía el 18 de octubre: mi pluma y mi vocación de servicio.» Y, volvía también, con el aplauso y la gratitud de un pueblo, que lo vio afanarse en procurarle sustento, libertad y decoro. Igual acontecería con Rómulo Gallegos. Electo presidente en comicios ejemplares, de su casa salió para Miraflores a coronar la empeñosa faena con parejo desvelo y renovado brío una multitud entusiasta lo escoltó la histórica mañana en que se hizo cargo de la presidencia de la república y el pueblo entero de Venezuela presenció, sobrecogido, la majestad de su caída. Su nombre, ya consagrado en las letras con fulgores inextinguibles, se trocaría en símbolo de la

democracia americana. Quienes lo depusieron, en artera emboscada, llevarán para siempre, en la frente, el infamante inri de los traidores.

En mi artículo «Estrellas a Ras del Suelo», publicado en *Bohemia* al cumplirse el primer aniversario de su asalto al poder, hube de hacer un balance de la dictadura militar, que traducido a hechos sobrepasa todos los cálculos y todas las previsiones. De entonces a acá, la persecución ha arreciado y la resistencia ha crecido. Ni que decir tengo que la tediosa perorata de Carlos Delgado Chalbaud el 24 de noviembre del año pasado, prometiendo convocar a elecciones y restablecer las garantías constitucionales, fue una farsa montada, exclusivamente, para el consumo exterior. Su cinismo colmó la medida al anunciar, enfáticamente, que las cárceles rebosantes de Venezuela estaban vacías de secuestrados políticos. Un mes más tarde, seis estudiantes universitarios, que se habían asilado en Colombia, Rogelio Anzola de Armas, Hugo Guillén, Evelio García Hernández, Alejandro **Yabrucly**, Efraín Guzmán Monagas y Carlos Andrés Pérez —**este último secretario privado de Rómulo Betancourt y diputado al Congreso Nacional**— fueron entregados a la Junta Militar por los secuaces de Laureano Gómez y sepultados en las mazmorras de la cárcel Modelo de Caracas, en donde han sido objeto de toda clase de maltratos. Y, un mes antes, a compás de la fanfarria de Miraflores, habían salido del país deportados un centenar de ciudadanos.

La muerte del teniente coronel Mario Vargas evidenció, hasta qué punto clavaron sus escrúpulos en las charreteras, los junteros neofascistas de Venezuela. Vargas era la más limpia figura militar del movimiento revolucionario de octubre. No obstante estar gravemente enfermo, se ofrendó a la reconstrucción democrática de Venezuela, con impar abnegación y fervor. El alevoso derrocamiento de Rómulo Gallegos lo sorprendió en Saranac Lake, en donde estaba sometido a severo tratamiento; pero, cuando aterrizó en Maiquetía, ya sólo pudo consignar su protesta y su repudio. Fue arrestado en su domicilio y, pocos días después, se vio compelido a abandonar el país. Sus vínculos políticos y su identificación personal con Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos se estrecharon, aun más, en la adversidad. Era un hombre entero y verdadero y sus dichos estuvieron acordes, a toda hora, con sus hechos. Al enterarse de su fallecimiento, la Junta Militar, sin respetos ni miramientos de ninguna índole, se apoderó de su cadáver y quiso explotar políticamente su entierro; mas, no contaron estos con la criada respondona. Miles de hombres y mujeres, desafiando las bayonetas, acompañarían a Mario Vargas hasta su tumba, en amenazadora torrencera. Ya en el cementerio, la muchedumbre se impuso y logró que Antonio Pinto Salinas, previamente designado por Acción

Democrática para despedir el duelo en nombre del partido, levantara su palabra condenatoria ante el momentáneo estupor de los facciosos; pero, como se arremolinase la multitud, al ser violentamente derribado el orador de la improvisada tribuna y profiriese gritos y acusaciones contra los triunviros presentes, la guardia nacional desenfundó las pistolas y proyectó una granizada de balas sobre los protestantes, con un saldo de cinco muertos, numerosos heridos y centenares de presos, la mayoría de los cuales fueron deportados sin previo juicio.

Análoga suerte han corrido obreros, estudiantes, profesionales intelectuales y periodistas en lo que va de año. Las prisiones de Venezuela están cuajadas de jóvenes, mujeres y ancianos. Se allanan los hogares, se tortura a los presos, se asesina impunemente. La censura de prensa es absoluta. Hace varias semanas fue expulsado de Venezuela el escritor y periodista Alberto Ravell, que permaneció recluido en La Rotunda durante quince años, cargado de grillos. No pertenece a ningún partido político. Ha sido un combatiente infatigable por los derechos del pueblo. Como su pluma no se vendió ni se rindió, fue secuestrado primero y desterrado después. A quinientas alcanzan las deportaciones en este año de gracia.

En un solo día, el 19 de enero de 1950, fue allanada siete veces la casa de Luis **Tronconis** Guerrero, director del diario *El País*, clausurado por la Junta Militar, a raíz del golpe de estado. Tronconis logró salir, clandestinamente, de Venezuela y hoy se encuentra en Colombia. En los calabozos de la Seguridad Nacional, le fue aplicado el «tercer grado» al doctor Raúl Nass, director de la Secretaría de la Presidencia durante los gobiernos de Betancourt y de Gallegos. Actualmente está preso e incomunicado en la cárcel Modelo de Caracas y condenado a régimen de pan y agua. Nass tampoco milita en ningún partido político. Los métodos nazis se practican frecuentemente. Con motivo de la captura de una emisora clandestina, para obligar al ciudadano Pedro González Abad a que se entregara, fueron detenidos e incomunicados su padre y hermano. La esposa y los niños de un obrero llamado Luis Durán han sido secuestrados a fin de obligarlo a delatar a sus compañeros de resistencia. El doctor Miguel Romero, distinguido profesional de Barquisimeto, ha sido brutalmente torturado por un capitán de apellido Naranjo. De numerosos ciudadanos se ignora su paradero. Se les supone secuestrados y recluidos en los campos de concentración de El Dorado.

La situación en el ejército es verdaderamente crítica. Tres amplias galeras de la cárcel Modelo de Caracas están abarrotadas de oficiales, clases y soldados. La agitación y el descontento se acentúan por instantes. Uno de los edecanes del triunvirato, el comandante Roberto Casanova, ha sido confinado en la ciudad de San

Juan de los Morros, sospechoso de estar conspirando contra la camarilla palaciega. Los triunviros están sentados sobre un volcán de apetitos y pasiones puesto en erupción por su voracidad y su soberbia. Ven conspiradores hasta en la sopa. Se espían entre sí y se dan la mala, recíprocamente, cada vez que pueden. Marcos Pérez Jiménez ha creado una policía militar privada que funge de perro de presa. Los oficiales de la guarnición de Maracaibo se sientan a la mesa protegidos por esta milicia fascista, organizada por esbirros importados de España. El descontento se manifiesta también en la esfera de los negocios. El caos administrativo, el saqueo del tesoro público y la intranquilidad social han quebrantado el comercio retraído los capitales y mermado los ingresos fiscales. Venezuela es hoy un inmenso campo petrolero rodeado de cárceles por todas partes. Los triunviros están al desnudo. .

El pueblo, entre tanto, se organiza y pelea sin desmayos ni vacilaciones. Los cuadros de la resistencia se engrosan constantemente. Veinticinco periódicos clandestinos denuncian los atropellos, robos, estupideces y crímenes de los tenientes coroneles traidores. Varias emisoras clandestinas bombardean, sin tregua, el ya tambaleante armatoste del neofascismo venezolano. La voz de Acción Democrática es la única voz libre que se escucha tras la cortina de hierro. Algún día habrá que historiar las proezas y sacrificios de esta anónima epopeya.

Los gobiernos democráticos de nuestra América no pueden permanecer impasibles, sin traicionarse a sí mismos y a sus pueblos, ante esta brega denodada que tiene por teatro a Venezuela, Santo Domingo, Argentina, Honduras, Nicaragua, Perú, Paraguay y Colombia. Nunca se repetirá bastante que la libertad es indivisible y que los gérmenes del neofascismo militarista sólo esperan el ambiente propicio para desarrollarse. Ha llegado la hora de reclamar en la ONU y en la OEA la adopción de medidas enérgicamente enderezadas a ponerle coto a las dictaduras militares y a los regímenes de fuerza, si queremos que nuestra América vuelva a ser el baluarte de la libertad y el continente de la esperanza humana. Y es la hora también de levantarse los pueblos para defender lo conquistado y recobrar lo perdido.

Tomado de *15 años después*, Editorial Librería Selecta, La Habana, 1950

Dictadura exportada

Aunque parezca mentira, el asesino, ladrón y pirata dominicano Rafael Leónidas Trujillo tiene cubanos a sueldo que defienden sus fechorías, mancillan la

memoria de Máximo Gómez y traicionan los intereses fundamentales de la nacionalidad. El abordaje, captura y secuestro del buque mercante guatemalteco Quetzal por una unidad filibustero de la marina dominicana, ha puesto, a plena luz, el sucio papel que está desempeñando ese grupo de condotieros. Pocos podían ya llamarse a engaño respecto a la política agresiva y al estilo totalitario del régimen de “Chapita”. El ilegal apresamiento del Quetzal y la inicua condena de sus tripulantes a largos años de trabajo forzado -cinco compatriotas nuestros entre ellos- acabó por abrirle los ojos a los ciegos y los oídos a los sordos. Pero los turiferarios y paniaguados de Trujillo no vacilarían en imputarle al presidente Carlos Prío la responsabilidad de la turbulenta situación creada en el Caribe por el enfatuado matachín. Según propalan descocadamente, son los polvos de su constante interferencia en los asuntos internos de Santo Domingo y su torpe afán de “exportar democracia” a diestra y siniestra los que han traído estos lodos.

La consecuencia de la falaz y remunerada argumentación salta a la vista. No es Trujillo, que ha burlado mil veces los acuerdos de la OEA, la ONU, el CIP y la OIT, el culpable de la pendenciera actitud que caracteriza a su gobierno y de su último acto de piratería. El único culpable de que Trujillo ande enfurecido eructando rayos y centellas, en típica reacción de legítima defensa, es el gobierno de Carlos Prío, que ha ajustado siempre su política internacional al sistema jurídico interamericano y a la Organización de las Naciones Unidas. El arcángel Rafael metido a demonio a contrapelo de su voluntad. Ni más, ni menos.

Firme y clara ha sido nuestra posición ante las reiteradas provocaciones de Trujillo y el coro arrodillado de sus plumas a paga. Si bien es cierto que el gobierno de Cuba predica la democracia que practica, y repudia toda forma autoritaria de organización política en cualquier sitio del planeta, no lo es menos que, en ningún momento, como afirmó categóricamente el Ministro de Estado en su reciente entrevista Ante la Prensa, se ha dedicado a “exportar democracia” a Santo Domingo, ni a ni ninguna otra tiranía o dictadura del hemisferio. Y, por ello, es que se ha opuesto y opone, abiertamente, a «los gobiernos que se dedican a exportar dictadura». «En Cuba, -dijo textualmente el doctor Aureliano Sánchez Arango tras de defender el derecho de asilo a los perseguidos políticos- se nos han hecho secuestros de exilados y se les ha desaparecido de la faz de la tierra, utilizando instrumentos que nada tienen que ver con las relaciones normales de las naciones. El apresamiento del Quetzal, la propaganda difamatoria contra nuestras instituciones y

gobernantes y el soborno de periódicos y periodistas, obedecen a un plan previamente organizado que opera en los países democráticos. Nosotros nos limitamos a lo menos que pueden hacer los pueblos libres, que es escoger los mejores amigos. En Cuba se ejerce la democracia a plenitud y los cubanos todos se sienten satisfechos de ella. Nosotros no tenemos una política especial contra Trujillo, ni contra nadie. Defendemos los intereses nacionales». Y de eso, de defender los intereses nacionales, de defender la soberanía y la dignidad cubanas, agredidos por Trujillo, es de lo que cabalmente ahora se trata.

No ha habido tiranuelo, cesarillo o sátrapa en nuestra América que no haya intentado derribar por cualquier medio, solo o en concierto, las instituciones democráticas en los pueblos vecinos. Su odio a la libertad y al progreso trasciende las propias fronteras. Ninguno, sin embargo, ha alentado ese propósito con la contumacia e insolencia de Trujillo. Megalómano delirante, sueña, en sus orgías orientales, con ceñirse la diadema imperial de Tiberio y señorear, con pergeño de macho cabrío, sobre las “provincias” de Santo Domingo. Subyugar a Cuba -contrapartida de su bajalato- es la obsesión que atormenta su depravada vigilia.

Durante los veinte años de su tenebrosa “era”, Trujillo ha convertido a Santo Domingo en una finca privada, que explota y usufructúa a expensas del sudor, de la sangre y de la vida del pueblo. Ni Mussolini, ni Hitler, ni Franco han concentrado tamaña suma de poder arbitrario en sus manos. Luis XIV resulta un niño de teta a su lado. Su jactanciosa divisa -Dios y Trujillo- basta para procesarlo, juzgarlo y ahorcarlo. Este régimen unipersonal, dinástico y feudal -agravado sobremanera por la paranoia y el ambisexualismo de Trujillo- es radicalmente incompatible con la convivencia civilizada. Ya sólo, por eso, merecería la interdicción internacional y el derrocamiento revolucionario. Un régimen así debía estar excluido de las Naciones Unidas, de la Organización de Estados Americanos y del Derecho de Gentes. Pero justamente, por no ser así, constituye un permanente peligro para la paz y la seguridad de los pueblos del Caribe. La naturaleza y objetivos de la política internacional de todo estado está condicionada por la índole de su estructura interna. El absolutismo político nacional lleva, inexorablemente, al intervencionismo político en la vida internacional. La satrapía trujillista sirve, como ninguna otra, para verificar el aserto. Si alguien puede alertar títulos exclusivos en el vil comercio de exportar dictadura, es el barbarócrata dominicano.

No me es dable referir pormenorizadamente las amenazas, conjuras, enredos, complots, agresiones y atentados de Trujillo contra los pueblos que habitan en la cuenca del Caribe. Quizás acometa la empresa en varios artículos. Esta vez me limitaré a destacar aquellos hechos que evidencian, palmariamente, su política intervencionista y la vesánica ambición de someter a su rampante dominio a esos pueblos. Empezaré con Haití y terminaré con Cuba.

De todos los pueblos de esa región, es Haití, por su vecindad geográfica, el más expuesto a los vandálicos ataques de Trujillo y el que más ha sufrido su criminal intromisión. Entre los objetivos cardinales de la política exterior de Trujillo ha figurado siempre, en primer plano, la conquista y anexión de Haití. Desde 1933 inició una intimidatoria campaña de prensa y una serie de actos hostiles, que culminaron en la instalación de aeródromos fronterizos y en la espantosa matanza de doce mil haitianos. El presidente Vincent, empavorecido, accedió incluso a entregarle los emigrados dominicanos reclusos en el campo de concentración de Jeremie, salvándolos de la tortura, la cárcel y la muerte un virtual ultimátum del gobierno revolucionario de Ramón Grau San Martín, a propuesta del Secretario de Gobernación Antonio Guiteras. A partir de esa época, Trujillo ha intervenido directamente en los asuntos internos de Haití, sobornando jefes militares, fomentando revueltas, alquilando periodistas y planeando el asesinato de los presidentes Elié Lescot y Dumarssais Estimé, con la ayuda de aventureros, demagogos y rufianes de la vecina república. Crear quintacolumnas es uno de los métodos favoritos de su estrategia política.

La madeja del atentado contra Lescot fue tejida por Augusto Fernando Gómez, cónsul en la ciudad fronteriza de Balladere, y Tomás Hernández Franco, Encargado de Negocios en Port-au-Prince. La captura de varios haitianos conjurados permitió al gobierno de Lescot descubrir la urdimbre de la conspiración y precisar sus conexiones con Trujillo. Agentes del FBI comprobarían, poco después, que las armas ocupadas habían sido vendidas al ejército dominicano por el gobierno de los Estados Unidos.

En 1949 Trujillo organizó una conspiración, con ramificaciones en Buenos Aires, Quito, Río Janeiro, New York y Puerto Rico, para asesinar al presidente Estimé e instaurar una dictadura militar títere presidida por el coronel Astral Roland, sobornado jefe de un estratégico departamento militar de Haití. Los dirigentes

inmediatos de esa conspiración se proponían envenenar al presidente Estimé y a los militares haitianos Magloire, Lavaud y Levelt, con la cooperación de Johanna Verbracken, bella aventurera belga especializada en administrar pócimas mortales a la sombra fragante de sus senos. Esta tuvo que salir precipitadamente de Haití al suscitar las sospechas de Magloire.

No obstante este contratiempo, el plan de Trujillo siguió en pie. Astrel Roland continuó conspirando descaradamente y la legación dominicana laborando en la organización de un nuevo complot contra la seguridad interior y exterior de Haití. El simultáneo asesinato de Estimé, Magloire, Prosper, el propio Encargado de Negocios de Santo Domingo Sebastián Rodríguez Lora y algunos diplomáticos hispanoamericanos -entre los cuales figuraba el Ministro de Cuba en Haití doctor Enrique Camejo- marcaría el inicio de la sublevación, que conllevaba la inmediata invasión del territorio haitiano por bandas uniformadas de Trujillo. Develada a tiempo la siniestra conjura, Estimé presentó formal denuncia ante el Comité Interamericano de Paz de «las actividades conspiratorias y agresivas de la república dominicana contra Haití». Ya los poderes especiales, conferidos a Trujillo por el congreso para declarar la guerra a cualquier nación del Caribe a su entero arbitrio, so pretexto de una inventada invasión de Santo Domingo con base en la finca L'Amelie sita en la región oriental de Cuba, habían puesto en estado de alerta al presidente Estimé y al gobierno de Prío. Las protestas de Haití y Cuba motivaron una enérgica declaración del Comité Interamericano de Paz, que entrañaba una denuncia de la política intervencionista de Trujillo y del carácter antidemocrático de su régimen.¹ Al ver descubiertas las maquinaciones de Trujillo, Sebastián Rodríguez Lora abandonó su cargo, refugiándose en los Estados Unidos y revelando

¹ Transcribo textualmente, a seguidas, los puntos sustanciales de dicha declaración:

- 1) Los hechos comprobados por la Comisión Investigadora, que le fueron imputados al gobierno de la República Dominicana por los gobiernos de Cuba y Haití, son contrarios a las normas contenidas en varios instrumentos interamericanos, tales como la Convención de Derechos y Deberes de los Estados, suscrita en Montevideo en 1933, el Protocolo adicional relativo a la No-Intervención, firmado en Buenos Aires en 1936, cuyo principio está también contenido en el artículo 15 de la carta de la OEA, así como en otras disposiciones que rigen las relaciones pacíficas de los miembros de la Organización.
- 2) Pedir al gobierno de la República Dominicana que tome medidas inmediatas y efectivas para evitar que funcionarios oficiales toleren, instiguen, estimulen, ayuden o fomenten movimientos subversivos o sediciosos contra otros gobiernos.
- 3) La actitud de cualquier gobierno americano al recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza, aun invocando la legítima defensa, en desacuerdo con las disposiciones de la Carta de la ONU, del Tratado de Río y de la Carta de la OEA, sin haber realizado antes todas las tentativas razonables para una solución pacífica, constituye una violación de las normas esenciales de la convivencia interamericana.
- 4) Reafirmar los principios de la democracia representativa, conforme al artículo 5 de la OEA, y de sufragio y participación en el gobierno, consagrado en el artículo XX de la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre, como fundamentales en el sistema interamericano, y expresar el criterio de que, por consiguiente, debe procurarse acordar las medidas legítimas para darles completa efectividad.

en dramático documento detalles del sensacional complot, que incluía su propio asesinato a fin de “justificar” la invasión de Haití.

La ingerencia de Trujillo en los asuntos internos de Venezuela está sobradamente comprobada. Ya había amagado sus primeras fintas durante el corrompido y demagógico gobierno del general Isaías Medina Angarita, ofreciéndole dinero y armas al lugarteniente de Juan Vicente Gómez, general Eleazar López Contreras. Pero es durante el régimen revolucionario presidido por Rómulo Betancourt, que adquiere esa ingerencia un carácter francamente agresivo y sedicioso.² La compra de cincuenta mil rifles automáticos al gobierno de Betancourt. Igualmente las armas robadas en la base militar de Bush, con la participación decisiva de Carlos Libardo Blanco, cónsul de Santo Domingo en Miami. El fiscal de la causa consideró absolutamente probada la implicación de Kart John Eisenhardt y Edward Brower, autores materiales del robo en una conjura para invadir el territorio venezolano y derribar su gobierno. Ambos fueron condenados a un año y un día de presidio.

En febrero de 1948, ya electo presidente Rómulo Gallegos, apareció imbricado Trujillo en un nuevo acto de hostilidad contra el gobierno democrático de Venezuela. Rómulo Betancourt, en posesión de informaciones fidedignas, denunció ante las cancillerías del continente y la Unión Panamericana que los días 26 y 27 de enero habían salido de Estados Unidos rumbo a Venezuela, con escala en Santo Domingo, los aviones piratas de bombardeo PBI-3888 y PBI-30137. Dichos aviones, con tripulación venezolana y equipados por Trujillo, despegaron hacia Caracas desde el aeropuerto dominicano Kilómetro 22. El jefe de la abortada «operación de bombardeo» sobre Caracas era el mayor venezolano Carlos Maldonado Peña, que ocupó un alto cargo en las fuerzas aéreas de Santo Domingo a raíz de su huída de Venezuela.

² Sirva de muestra esta circular expedida el 28 de diciembre de 1945, a todos los funcionarios diplomáticos y consulares de Santo Domingo en América:

«De igual modo suplicole estar alerta a las emisiones de nuestra estación oficial HIN, especialmente después de las 7 p.m., hora nacional. También me recomienda el honorable presidente Trujillo que es su deseo que usted atienda a los exilados venezolanos, enemigos de la Junta Revolucionaria de Caracas que residen ahí o que pasen por su jurisdicción, e informarles que en la República Dominicana encontrarán buena acogida, hospitalidad y protección, tanto personal como política; haciendo todo lo posible por convencerles para que vengán a residir a nuestro país.»

Los tentáculos de Trujillo han intentado también estrangular al régimen democrático de Guatemala. Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz constituyen uno de los blancos preferidos de la emisora oficial dominicana. El infecto chorro de procacidades, insultos, difamaciones y calumnias que expelen esos micrófonos no tiene par en el mundo. Su director, Ramón Marrero Arizti, es una cloaca parlante. Siguiendo su táctica de costumbre, Trujillo ha comprado periodistas y adversarios del régimen. En las numerosas conspiraciones que tuvo que encarar Arévalo, anduvo siempre la mano del ensoberbecido matarife dominicano. Hay pruebas indubitables de haber incitado personalmente al coronel Arana a sublevarse contra los poderes legítimamente constituídos.³ Su última agresión a Guatemala es el apresamiento y secuestro de la motonave Quetzal, que se dirigía a Puerto Livingsgton con un cargamento de posturas de aguacate. Si esta cadena de agresiones no se para a tiempo, Trujillo acabará por imponer su guapetonería en los barrios más apartados del Caribe. Ninguna consideración humana, ningún escrúpulo de conciencia cabe admitir en este sanguinario homúnculo. No se detiene ante nada por respetable que sea. Donde quiera que pueda dividir, azuzar, corromper y subvertir estará presente con su red de cipayos, espías, saboteadores, aventureros y malhechores. Costa Rica, Panamá, Quito, Lima y Río Janeiro saben, en carne propia, de sus tropelías, intrigas y amenazas. La participación de agentes trujillistas al servicio de Laureano Gómez en el incendio de Bogotá es ya un secreto a voces.

Ningún país del Caribe, excepción de Haití, ha sido tan sistemáticamente agredido y agraviado por Trujillo como Cuba. Muchos años antes de la frustrada expedición de Cayo Confites, el sátrapa dominicano aprehendió, torturó, despojó de sus bienes al ciudadano cubano Max Rodríguez. El general Enrique Loynaz del Castillo, a la sazón Ministro de Cuba en Santo Domingo, renunció su alto cargo como protesta contra este incalificable atropello. Muchos años antes de la masacre de Luperón, Trujillo hospedó a Gerardo Machado y a su hamponesca cohorte, brindándole protección y apoyo de toda índole. Monstruos cargados de crímenes, como Arsenio Ortiz, Jorge Crespo, Mariano Fagel y Ramón Souto, ocuparon posiciones señeras en los cuerpos represivos de la satrapía, dignos émulos de la

³ No deja lugar a dudas esta transmisión de la emisora HIN, propiedad del gobierno dominicano, el 23 de septiembre de 1949:

«Aló, Guatemala. Los días y las semanas pasan y el ejército de Guatemala no se ha vengado todavía de la muerte del coronel Arana. Los días y semanas pasan y el pueblo paciente en el sufrimiento no comprende por qué el ejército no se ha vengado de este agravio, no se ha vengado de un crimen que le ha quitado la vida a este honrado militar en el que había puesto sus esperanzas de redención. ¿Qué actitud tomará el coronel Arbenz según el deseo evidente de Arévalo de sustituirlo con el mayor Aldana? Es de conocimiento público que el licenciado García Granados ha hecho arreglos con elementos de la oposición, tales como Villa Grau, Silva Perez y el licenciado Gonzáles».

gestapo nazi. Pero Trujillo fue aún más lejos. Preparó, organizó y financió el retorno de Machado a Cuba en 1934. Copiosa correspondencia, capturada por Pablo de la Torriente Brau en New York y editada en un folleto titulado Los títeres de Ferrera en 1935, pone al descubierto la trama. Desde entonces, Trujillo ha venido interviniendo, constantemente, en los asuntos internos de nuestro país.

Es, sin embargo, a partir de 1944, que Trujillo planifica su política agresiva contra Cuba. Soborna periódicos, estaciones de radio y líderes obreros. Intriga en los mandos militares de las provincias orientales y se capta varios generales batisteros refugiados en Miami. Envía espías y saboteadores a La Habana. El mayor Henri Gazon, agregado militar de la legación dominicana en Cuba, estimula las querellas entre los “grupos de acción” y anuda estrechas relaciones con Genovevo Pérez Dámela. El general Federico Fiallo fue designado por Trujillo para preparar, con un grupo de oficiales retirados por Grau San Martín, la invasión de Cuba. La campaña difamatoria contra el gobierno cubano corrió pareja con el desarrollo de la conspiración, que al cabo se malograría. El fracaso, meses más tarde, de la expedición de Cayo Confites, por intervención directa de Genoveva Pérez Dámela, sellaría la amistad y connivencia de Trujillo con el jefe del ejército de Cuba. No dejaría ya de incitarlo diariamente a derrocar el régimen constitucional y erigirse en dictador de la isla.

En 1947, Anselmo Paulino Alvarez, Ministro de Gobernación de Trujillo, envió a Santiago de Cuba, en calidad de cónsul, a Augusto Fernando Gómez, -ya conocido por sus actividades gansteriles en Haití- con instrucciones de fomentar un golpe de estado contra el gobierno de Grau San Martín. No le respondieron los comprometidos. Pero antes de retornar a Santo Domingo perpetró un asalto armado al Instituto de Segunda Enseñanza de Santiago. Bohemia dio cuenta del hecho en esa oportunidad. No hace muchos meses Fernando Gómez asesinó, con refinada servicia, a ocho dominicanos en una solitaria carretera. Una de las víctimas era hermano de Miguel Angel Ramírez, propietario del Quetzal.

La llamada “Conspiración de New Orleans” -hasta ahora desconocida del pueblo cubano- se organizó también en el propio año de 1947. Bajo el aparente propósito de dedicarse a la explotación de madera en Honduras británica, se constituyó en Nueva Orleans la Marsalis Constrution Company. Fungía de presidente William I. Marsalis y de tesorero George W. Rappleyes. Esta compañía

adquirió inmediatamente del material sobrante de guerra dos buques del tipo LST, cuatro aviones P-38, varios tanques, piezas de artillería, bombas aéreas, armas automáticas, abundante parque y camiones ligeros y pesados. Dichos buques fueron bautizados Libertad y Pepín Rivero y abanderados nicaragüenses. Los miembros de la tripulación, los pilotos y los choferes eran todos de nacionalidad norteamericana y poseían experiencia militar. El plan trazado comprendía los siguientes extremos: bombardeo de La Cabaña, campamento de Columbia y aeropuerto militar; desembarco de una fuerza expedicionaria en la playa de Marianao, que ocuparía Columbia; desembarco de los tanques y camiones en la ribera izquierda del río Almendares a fin de tomar primero el cuartel del cuerpo de ingenieros y marchar después sobre el palacio presidencial.

Notificado el gobierno de Cuba por el Servicio Secreto del Tesoro de los Estados Unidos de las extrañas adquisiciones y misteriosas maniobras de los presuntos negociantes en madera, ordenó al cónsul en Nueva Orleans que procediera a solicitar el embargo de los buques y aviones. Uno de éstos logró escabullirse; pero se vió forzado a aterrizar en Rancho Boyeros, donde fué detenido y requisado las investigaciones practicadas demostraron que detrás de este ataque filibustero a la capital de Cuba estaba el Chacal de las Antillas. Los acusados, Marsalis, Rappleyes y Saint Phillip, al declararse culpables de la tenencia ilegal de implementos de guerra, fueron sancionados a varios años de presidio.

La inesperada destitución de Genovevo Pérez Dámera por el presidente Carlos Prío se debió a su participación en un golpe castrense proyectado y dirigido por Trujillo.⁴ El gobierno cubano estuvo ampliamente informado de los pasos de Pérez Dámera por los dirigentes del movimiento revolucionario dominicano. La drástica determinación adoptada por Prío dió al traste con esta nueva conjura trujillista. El martes 23 de agosto de 1949 eran irradiados del ejército Genovevo Pérez Dámera y un grupo de oficiales sospechosos. El odio de Trujillo contra Cuba se exasperó descomunadamente ante este descalabro. No tardaría, empero, en volver por la picada.

⁴ Ninguna prueba más concluyente de las íntimas relaciones del general Pérez Dámera con Trujillo que esta transmisión de la emisora oficial dominicana HIN, el 29 de julio de 1949:

«Aló, Aló, Habana, Aló, Año Habana, General Pérez Dámera, Gral. P. Dámera, cuídese. Se prepara un ataque contra usted. Recuerde la adventencia que fué dirigida al coronel Arana de esta misma estación de radio».

El abordaje, captura y secuestro del Quetzal forma parte de la nueva maquinaria enderezada a derrocar el régimen democrático en Cuba y a suprimir a figuras representativas de los movimientos populares de liberación en el área del Caribe. Los datos que apporto son rigurosamente exactos. El consulado dominicano en Miami es el centro de operaciones de esa vasta conjura internacional urdida en el despacho de Trujillo. Los principales agentes de este subversivo consorcio, dedicado a la exportación de dictadura en las propias narices del Comité Interamericano de Paz, han sido extraídos por Trujillo del inagotable reservorio de conspiradores, contrabandistas, pistoleros, soplones, espías y lacayos que tiene su servicio. Dos de los más corrompidos y crueles personajes de la camarilla palaciega, Augusto Fernando Gómez y Aníbal Díaz, figuran como responsables inmediatos ante Trujillo de esta sombría organización que da punto y raya a las mafias de Sicilia y a los bonches de Chicago. José Arizmendi Trujillo, hermano del sátrapa, colabora estrechamente con ambos. Grupos a sueldo de la torva empresa laboran, secretamente, en lugares estratégicos de toda América. Hace ya mucho tiempo que los servicios de inteligencia de la Junta Militar de Caracas y de la tiranía dominicana actúan de consuno. Justamente, en estos momentos, uno de los más peligrosos conjurados de Miami ha sido enviado por el coronel Marcos Pérez Jiménez a trabajar con los espías y matones de Trujillo. El mosto de la intriga y la traición contra la democracia cubana hierve hoy en el subsuelo del Caribe.

Es indispensable que nuestro pueblo lo sepa. No sólo cuenta Trujillo con recursos bélicos superiores a los nuestros; cuenta también con la ayuda de cubanos descastados, prestos a todas las infamias, ya para satisfacer sus resentimientos personales o políticos, ya en beneficio propio. Esta táctica de utilizar a determinados cubanos en agresiones contra su propio pueblo se remonta, como ya se ha visto, a la caída de Machado. Pero es en los últimos años que Trujillo ha desarrollado una política de captación sistemática de los cubanos enemigos del régimen democrático, o carentes de escrúpulos. Esbirros de las dictaduras de Machado y de Batista esperan hoy al servicio de Trujillo. Notorio es el caso del ex cabo Manuel Alonso, amigo íntimo de Mariano Faget y uno de los victimarios de Pedro Fajardo Boheras, conocido por Manzanillo en los círculos revolucionarios. Es uno de los hombres de confianza del general Federico Fiallo y desempeña la jefatura secreta del aeropuerto de Santo Domingo. Su misión es vigilar a todo cubano que visite ese país. Bajo las órdenes de Alonso actúan la mayoría de los porristas exilados.

Trujillo ha tratado también de captarse a los pseudorrevolucionarios y aventureros políticos que se han visto compelidos a emigrar de Cuba por transgredir el código penal común. Varios han ingresado ya en las filas del espionaje dominicano. Incluso antiguos militantes comunistas y ex miembros del ejército republicano español vienen desarrollando actividades contra su propio pueblo, jugosamente recompensados por Trujillo. Baste citar, por vía de ejemplo, a José Tabío Silva, ex comunista, ex combatiente antifascista, ex jefe de la policía de Costa Rica, ex empleado personal de Tacho Somoza y traficante en drogas. No ha sido ajeno a ninguna de las maquinaciones de Trujillo contra Guatemala, Haití y Cuba. Cubanos a sueldo de Trujillo participaron en el frustrado asesinato en Miami del ex presidente de Costa Rica José Figueres y cubanos son los que asesinaron al líder obrero Mauricio Báez y tramaron la muerte de los más significados líderes del movimiento democrático dominicano. No es descabellado presumir que la garra de Trujillo anduvo metida en el frustrado asesinato de Rómulo Betancourt, ex presidente de Venezuela. Y, si a todo esto se añade la procaz campaña desatada por Trujillo contra nuestras instituciones, la arbitraria condena de los marinos cubanos, los esfuerzos redoblados por sobornar periódicos, periodistas y legisladores, los preparativos para la invasión por sorpresa, los cambios en el personal diplomático y la probable imputación de hechos imaginarios al gobierno de Guatemala y al nuestro que justifiquen

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

Brindis por la América que sufre

Sólito es que vivan sin estrecheces ni sobresaltos los periódicos y revistas «vividores». Conozco uno que ha puesto a prueba la resistencia del cuerpo social durante más de un siglo al servicio de las peores causas. Lo que sí resulta insólito es durar desafiando el soborno, la estolidez, la calumnia y el cerco. Vivir muriendo de honradez y morir viviendo de abnegación, suele ser el destino de los periódicos y revistas que prefieren la estrella que ilumina y mata, al yugo que engorda y degrada. De ese periodismo ejemplar fue ayer muestra señera el *Repertorio Americano* de Andrés Bello y son hoy luminosos dechados el *Repertorio Americano* de Joaquín García Monge y los «*Cuadernos Americanos*» de Jesús Silva Herzog. Para conmemorar el Decimocuarto aniversario de esta gran tribuna —bastión y conciencia **de la** dignidad continental— nos hemos reunido esta noche un puñado de

hombres libres de México, de España y de nuestra América, cuya representación me ha sido generosamente confiada.

Si es esta la primera vez que un cubano tiene la honra de levantar su palabra en la cena anual de «Cuadernos Americanos», no podía ser, en verdad, en más dramáticas circunstancias para los pueblos de nuestra tradición, lengua y espíritu. Nuestra América, la América de Bolívar, Juárez y Martí, está hoy abocada a la total extinción de su soberanía y a su feudal sometimiento a una estructura imperial roída por la codicia y la soberbia. No viene esa amenaza, precisamente, de Europa o de Asia: viene de tan cerca que la sentimos gravitar sobre nosotros. Viene de una potencia sita en nuestro mismo vecindario, allende un río que la separa de México. Su sigla es USA, su canto de sirena la democracia y **su expiatorio** el comunismo. Un leviatán aerodinámico disfrazado de tía candorosa, con la bomba de hidrógeno bajo la manta.

Hace ya muchos años lo advirtió, solemnemente, José Martí: «Por el norte un vecino avieso se cuaja». Ya cuajó y ahí está, presto a engullirnos en nombre de la libertad. ¿Cabe mayor afrenta a la semántica? No tendría eso al cabo importancia alguna si no anduviese por medio el decoro, la autodeterminación y la subsistencia de ciento cincuenta millones de seres humanos. Eso es lo que cuenta; y lo que no cuenta, ni puede contar, es el pensamiento aséptico, la literatura de balcón o el arte de nube.

El imperialismo norteamericano no es, por desgracia, una categoría metafísica, ni una invención soviética. **Es un hecho como puño.** Un fruto legítimo de la dialéctica histórica del régimen de la libre empresa. No es tampoco una invención soviética, ni una categoría metafísica la dictadura criolla que le brinda, a costa de nuestra sangre, sudor y miseria, sostén y riqueza. De ahí el abierto apoyo que el imperialismo le ha prestado siempre a los espadones del continente y el impúdico respaldo de estos a sus fechorías y depredaciones. **Se entienden, auxilian y complementan.** Cuando el cipayo falta, se fabrica, pertrecha e impone, con absoluto desprecio a todas las normas, usos y costumbres civilizadas, como aconteció hace unos meses en Guatemala y está aconteciendo en Costa Rica, invadida, como aquella, por una horda de mercenarios a paga de conocidos monopolios y del tristemente célebre Tacho Somoza. En la cena pasada de «Cuadernos Americanos», mi querido amigo y eminente escritor guatemalteco, Luis Cardoza y Aragón, hizo un cálido llamamiento a la conciencia hispanoamericana en defensa de su pequeña patria amenazada. Yo quiero hacerlo en ésta en defensa de la minúscula y casi inerte Costa Rica. La batalla de Costa Rica es, también, nuestra

batalla. Pelear por ella es pelear por nuestro albedrío y sobrevivencia. Y es, además, insoslayable deber, pues «todo hombre de justicia y honor pelea por la libertad dondequiera que la ve ofendida, porque es pelear por su entereza de hombre, y el que ve la libertad ofendida y no pelea por ella, o ayuda a los que la ofenden o no es hombre entero.

Ya se pueden contar con los dedos de una mano los pueblos hispanoamericanos que aún participan, en alguna medida, en la conducción de sus propios destinos. ¿Tres? ¿Dos? ¿Uno? En este caso, lo más seguro es quién sabe.

No es de ahora, ciertamente, la crisis del régimen democrático en nuestra América. Esa crisis data desde lo albores mismos de la independencia. No es preciso acudir a interpretaciones biológicas, climáticas, o éticas para explicarla. Basta apelar a nuestra propia historia y a sus factores condicionantes en el plano de la historia universal. Su razón última hay que buscarla en las supervivencias de la estructura colonial, en la concentración de la propiedad rural, en el desarrollo económico dependiente, en el predominio político de las oligarquías, en la concepción patrimonial de la administración pública, en el avaro atesoramiento de la cultura, en la pugna ínter imperialista por el control de materias primas esenciales y en la etapa de tránsito social que atraviesa el mundo. Ni Porfirio Díaz, ni Juan Vicente Gómez, ni Estrada Cabrera, ni Machado, ni Trujillo, ni Ubico, ni Somoza, ni Rojas Pinilla ni Odría, ni Pérez Jiménez, ni Batista ni Castillo Armas son el producto de un «destino manifiesto». Son el producto y la expresión de la alianza de la reacción, el cuartel y el imperialismo. Meros títeres de fuerzas políticas, sociales y económicas que se conciertan y anudan para frenar, en beneficio propio, el desarrollo nacional de nuestros recursos y el ascenso de las masas populares a mejores condiciones de vida. En ese ya dilatado conflicto entre la reacción y el progreso, la dictadura y la democracia, el imperialismo y la nación, los pueblos hispanoamericanos han intentado, una y otra vez, encontrar la expresión de su propio rumbo y su acceso al banquete platónico. Mil veces han sido abatidos por la violencia, el engaño y la avaricia; mil veces se han alzado y proseguido la lidia. No en balde cuando «un pueblo entra en revolución no sale de ella hasta que la corona». Y aún está por coronar la epopeya iniciada en 1810.

Pero la crónica crisis del régimen democrático en nuestra América nunca ha sido tan profunda y generalizada como en agitados días que corren. De sur a norte, espadones, gamonales y godos andan haciendo de las suyas con manifiesta complacencia del State Department y sin que a la Organización de Estados Americanos o a la Organización de Naciones Unidas les importe un comino los

desafueros, latrocinios y crímenes que se perpetran en esa vasta porción del llamado mundo libre. El torvo mecanismo, lubricado con grasa nacional y extranjera, ha yugulado ya, en casi todo el continente, las libertades públicas, las conquistas sociales y los avances económicos obtenidos tras prolongadas y fieras contiendas. La cínica adulteración de la voluntad popular, o la violenta sustitución de gobiernos democráticos por minorías castrenses o civiles apoyadas en intereses extranjeros caracterizan este borrascoso proceso. Ningún caso más ilustrativo, a este respecto, que el de Guatemala. La única democracia que tolera allí el State Department es el imperio de la **Unit Fruit**. Y aún están vivas en la memoria de todos, las soterradas intrigas y las campañas difamatorias contra el gobierno revolucionario del general Lázaro Cárdenas al poner a disposición de! pueblo mexicano, en acto de inalienable soberanía, la riqueza petrolera, hasta entonces usufructuada en beneficio exclusivo de consorcios foráneos. Gravísima es la situación que afrontamos. Nuestra América quiso y quiere ser, como dijera Manuel Sanguily, «el continente humano por excelencia, la mansión del hombre redimido, la tierra de la libertad personal, el laborioso taller donde se embotan las armas inútiles del soldado y se forjan las azadas conquistadoras del agricultor, la patria augusta del ciudadano inviolable, el refugio del oprimido, el mundo de la esperanza». Hoy es, en superlativa medida, campo de concentración, cementerio de vivos y reservorio del imperialismo. Pueblos sin tierras, económica y políticamente supeditados al imperialismo norteamericano, a merced de bárbaros coroneles, batidos por la miseria, la ignorancia y la corrupción. Una alternativa les queda: la sumisión o la rebeldía.

Solo hay una vía para ser lo que somos: pelear a pecho descubierto contra las dictaduras que nos oprimen y los monopolios que nos succionan. Poco trecho se andaría, si **al derribar** un déspota se dejase intacta la estructura económica y social que lo engendra y reproduce. La lucha revolucionaria por nuestra liberación nacional es el camino correcto en esta etapa de nuestro proceso integral. No importa que soplen vientos contrarios. Lo importante es recoger el guante y devolver el reto. Lo importante es que pueblos sojuzgados y exprimidos están en pie de lucha, arrostrando heroicamente el hambre, la persecución, la cárcel, la tortura y la muerte. Esa América en agonía es la que personifica hoy los más altos valores de la cultura. Nunca es tan culto un pueblo, por analfabeto que sea, como cuando mata y muere por la libertad atropellada, la soberanía perdida o la dignidad mancillada. Esa América en agonía es la América verdadera, la que sufre, resiste, sueña y espera, la que madura y crece en el dolor y la esperanza, **la que será mañana, la que no ha**

podido y quiere ser la América libre, unida y pujante de Bolívar, Juárez y Martí, la América a cuyo servicio brega, desde su fundación, sin vacilaciones ni compromisos, «Cuadernos Americanos».

Por ella levanto yo mi copa de proscrito; por ella y por España invicta y por Cuba, mi isla sangrante, «palmar vendido», presidio de cañas amargas, erguida toda en épico desafío.

Tomado de *Retorno a la alborada* [Crónicas y ensayos], breve prólogo por Samuel Feijóo, Universidad Central de las Villas, tomo 2 La Habana, 1954

Arenga soñada

Había leído esa tibia noche de otoño los poemas de Antonio Machado. Y, de nuevo, me pareció grito que clama, incita y espera **aquel** verso que fue recato de amor, soledad perfumada, espejo de entraña, **Milludades** de Soria, mármol que llora. Durante largo rato estuve recorriendo, en semivigilia, los caminos ensangrentados de España, «**vendida** de monte a monte, de río a río, de mar a mar». Entonces soñé un sueño extraño y pronuncie esta arenga:

«Creo en la libertad, en la justicia y en la cultura. Y, justamente por eso, es que vengo a consumir un turno en este acto a título de profesor universitario. Debo, sin embargo, antes de entrar en materia, diiucidar un problema de conciencia que me sale al paso. Quiera que no, yo me gano la vida amasando ideas en la cátedra universitaria. Pero, quiera que no, también soy, antes que profesor, y después de profesor, lo que siempre he sido y quiero seguir siendo, a pesar de los pesares y de la ganga hedionda que tiene adherida la palabreja, por obra y gracia de sus usurpadores: un revolucionario. Y he ahí por que me parece obligado conmigo mismo despojarme de inmediato de la «muceta de doctor» y «entrarle a la res con la manga al codo». Sé bien lo que hago. Incluso el profesor ganará con ello.

«De tiempo en tiempo, convienen sobremanera **estas** bruscas inmersiones en sulfumán y creolina para contrarrestar el sutil laboreo de la polilla académica. **¿Para** qué sirve, en rigor, un sabihondo sin savia vital? Solo sirve, como tantos que yo conozco y padezco, para disfrazarse de **Minerva**, sin salvarse, por ello, de que los estudiantes genuinos **le tuen** cada día, mientras retorizan a todo trapo, la serpentina de su desprecio. Profesor sin profesión de fe política, sin conciencia civil de la ciencia, sin sentido social de su ministerio, puede ser, a lo sumo, un **erudito a la violeta o un maestro Ciruela**; pero jamás un profesor en el legítimo significado del vocablo. Profesor es el que guía, el que va delante, el que predica con el ejemplo, el

que tira la piedra y no esconde la mano. Como Sócrates, como José de la Luz y Caballero, como Francisco Giner de los Rios. De los que no lo son, de los falsos profesores, hay que huir, por razones profilácticas, aunque reciten, de un tirón la Enciclopedia Británica.

Por lo pronto, y en prenda de buena fe, prometo ser breve, claro, sencillo, directo y beligerante.

«La agonía y la esperanza del pueblo español nos congrega de nuevo en un acto público que es, en pareja medida, condenación y demanda. Para llorar lágrimas de cocodrilos, o suscribir autógrafos sentimentales no estamos ahora. Esta es hora de pelea y a pelear hemos venido. A pelear por el pueblo español y para el pueblo español, que es como pelear por todos los pueblos oprimidos y esclavizados, humillados y ofendidos,

«No es lo mismo, en efecto, ni en el terreno de los hechos, ni en el ámbito de la valoración histórica, pelear por el pueblo español que por el pueblo hindú, por el pueblo griego, por el pueblo puertorriqueño, o por el pueblo dominicano. Cuando se pelea por esos pueblos, atropellados y zaheridos en lo más íntimo de su dignidad nacional, si teóricamente se esta quebrando una lanza en favor de una causa que los trasciende, en la práctica se esta peleando por cada uno de ellos en particular; pero, cuando se pelea por el pueblo español se pelea por todos los pueblos en análoga o similar circunstancia, que no en balde aquel echó sobre sus espaldas, en patética soledad sin paralelo, el destino de la libertad, de la justicia y de la cultura sin distinguos de razas y naciones, reviviendo en sus hazañas las arremetidas de Simón Bolívar y fundiendo, entre resplandores inextinguibles, a los mambises de Palo Seco y a los milicianos de Guadalajara.

«Si el fascismo hubiera sido derrotado en España, ya la India sería independiente y lo sería también Puerto Rico y el cráneo lombrosiano de Trujillo sembraría el espanto en la vitrina de un museo dominicano. No exagero. Ni hace falta hacerlo en abono de mi tesis. Solo una frase epónima necesito recordar para verificar irrecusablemente su validez: el «no pasarán» madrileño. ¿Qué hombre libre del mundo no sintió, como propia, esa bizarra salida? ¿No fue emulada en español y a la española, por las mujeres chinas, ante las murallas derruidas de Shanghai y de **Catón**? No fue acaso, durante una época, nuestro más efectivo grito de guerra contra la dictadura corporativa de Fulgencio Batista, que no vaciló en saquear los centros republicanos españoles y retener en el puerto de La Habana al vapor «Manuel Arnús»? Y ahora mismo, ¿qué hombre libre del mundo no sabe que al pelear contra Franco le esta propinando una estocada mortal al miura totalitario?

«Fue esa proyección ecuménica a y ese sentido de humanidad lo que hizo entonces de Madrid capital y conciencia del orbe y de España una alborada maravillosa de ilusiones. Por ella sufrieron, lucharon y murieron, como por la propia tierra, jóvenes de todos los parajes y latitudes; por ella sufrió, peleó y murió un cubano que simboliza mejor que otro alguno, por su alta jerarquía intelectual y humana, a todos nuestros compatriotas caídos en tierra española. Por España sufrió, luchó y murió, de cara al enemigo, Pablo de la Torriente-Brau. Y, al hacerlo sufría, luchaba y moría también por la independencia de Cuba.

«Triunfo el fascismo en España y ya se sabe por qué. No voy a repetir lo que para todos es punto menos que pan comido; pero, sí a recordar que la responsabilidad de las denominadas democracias en ese triunfo corre pareja con las potencias totalitarias. Y lo que es más grave todavía. Aun el paraguas de Chamberlain cierne su ala tenebrosa en los círculos dirigentes de casi todas las Naciones Unidas. Y eso sí que no puede callarse ni admitirse. Eso hay que clamorearlo en cada esquina y contra eso hay que oponerse resueltamente, so pena de que la flamante Carta del Atlántico tenga que formalizarse sobre la carne tumefacta del pueblo español, mientras el buitre epiceno, un generalote analfabeto, un reyezuelo clorótico o un políticastro de borrón y cuenta nueva deglutan, inverecundamente, las cuatro libertades, a la sombra de la democracia asesinada por la espalda.

«Hay que estar alerta. Un lord inglés de nefanda memoria —peluca empolvada, pantalón impecable, gesto engomado, cerebro de olla y careta de *gentleman*— dijo una vez, atrincherado cobardemente tras la escuadra de Su Majestad, mientras el pueblo español ponía a la altura de las estrellas el decoro humano envilecido por la City y el Quai DoOrsay, que todo él no valía lo que la gota de sangre de un marino británico. No pido excusas por el estilo tan zafio de señalar. Aludo a lord Duff Cooper. Tamaña bellaquería dijo hace años este galoneado palafrenero del fascismo, en un lenguaje que de sobra conocemos por propia experiencia. Y eso siguen diciendo todavía muchos, con la boca apretada de rabia, en los Ministerios de Relaciones Exteriores, en los centros financieros, en las esferas mercantiles, en las instituciones culturales y hasta en los saraos de los embajadores democráticos.

. «Quienes eso dicen albergan, ahora como antes, un pravo y manifiesta propósito: alimentar y sostener, a toda costa y por cualquier vía, un foco de fascismo en la tierra, sea en España, sea en Italia, sea en Argentina. Lo que les manda su interés es continuar el fascismo, por otros medios y otras formas, después de su

derrota en los campos de batalla. Los que eso dicen quieren eso. Y, contra los que dicen y quieren eso, se precisa estar en guardia permanente. Son los munichistas de ayer, los que llevan el corazón en las tripas, los eternos remontadores de ríos, los mercaderes de la democracia, los quintacolumnistas disfrazados de ovejas, los farsantes de todas las insignias, los oportunistas y traidores de toda laya y progenie.

"Ya despunta en Europa y en Asia el tormentoso crepúsculo de la derrota para los que intentaron restaurar la vieja relación de esclavitud con el aerodinámico pergeño del aquelarre por televisión. El heroísmo, la disciplina y el ímpetu sostenido de los pueblos en armas han contribuido de manera decisiva a producirla. Ingleses y rusos, norteamericanos y chinos, franceses y griegos, yugoeslavos y holandeses, belgas y polacos, checos y brasileños, italianos y noruegos, filipinos y canadienses, hindúes y australianos han fatigado el valor y la abnegación en homéricos combates. El gigantesco esfuerzo industrial de los Estados Unidos merece particular encarecimiento. Y no puede tampoco olvidarse el valioso aporte de los pueblos de nuestra América, que han dado ahora infinitamente más de lo que han recibido. Ya se han concertado acuerdos internacionales con vistas a un mundo mejor, liberado de la tiranía, de la inseguridad, del imperialismo y de la guerra. Hace solo unos días tuvo lugar en Yalta una trascendental reunión. Y en estos mismos momentos, se está efectuando en México una conferencia, acaso decisiva para los destinos de nuestros pueblos.

«Gran expectación se ha suscitado en torno a todo eso. Un denso silencio, que no huele precisamente a rosas, rodea, sin embargo, la cuestión española. ¿Y España, qué? —preguntan angustiados todos los antifascistas. Inútil indagar la respuesta. ¿Maniobra? ¿Contubernio? ¿Complicidad? ¿Presión de las oligarquías reaccionarias?

«Lo que sea. Lo cierto es que, hasta hoy, no se ha definido la política de las Naciones Unidas frente a España, como no sea el bienquistarse con el régimen franquista, cargado de crímenes horribles y repleto de cieno hasta el tope. No cabe duda de que por el momento, lo que está primando es la determinación reaccionaria de mantener en España un gobierno dependiente y antidemocrático.

«Pero, una cosa es con guitarra y otra con violín. El pueblo español no ha muerto. ¡Qué va a morir! Ahí está lidiando a diario por la Libertad y el decoro de los que lo han abandonado, miserablemente, a la sevicia inagotable de Franco. Su gesta aún ilumina los confines más remotos del planeta. Ni ha perdido el coraje, ni ha perdido el honor. Hay agonía y hay esperanza. Es decir: hay puja y hay horizonte.

«La república española fue un día derribada por una torva confabulación, en la que fungieron de cómplices los rectores de las potencias democráticas. La república tiene que restituirse a España, si no se quiere una paz maldita y gravada. El pueblo español, que la anhela y lo sabe, brega por ella sin escatimar riesgos ni sacrificios.

«A nosotros, pueblos de América forjados en la matriz hirviente de España, hermanos suyos en la lucha contra la anti España de aquí y allá, afanosos de una libre comunidad cultural hispanoamericana, sin imperios obsoletos ni noblezas mangazonas, nos toca poner codo a codo nuestro esfuerzo con el pueblo español en esta hora incierta de su futuro, que es el nuestro. Si nadie lo ha dicho, lo digo yo ahora. España es el espejo en el que tienen que mirarse los pueblos de nuestra América: en la perspectiva histórica y en el proceso de la cultura, lo que España sea seremos nosotros. Y, es precisamente por esta inexorable identidad de destino, que estamos peleando por nosotros mismos al pelear por España. Ahora bien: ni nos disolvamos estérilmente en querellas de partidos o de grupos, ni caigamos en la química turbia de las fórmulas perfectas. Lo que la república sea en este nuevo granar, obra será del pueblo español. Este, y solo este, será quien fije la índole y el alcance de su contenido económico y de su estructura social. Nada de eso nos compete ni incumbe.

«Lo que urge es contribuir, con todas nuestras energías y entusiasmos, al derrocamiento popular del régimen franquista y al restablecimiento de la república democrática en España. Múltiples maneras hay de cooperar a ese empeño inaplazable. La más importante y eficaz, sin duda, para los cubanos y españoles de Cuba, es lograr la ruptura de relaciones diplomáticas y comerciales con el general de feria Francisco Franco. Rige ahora nuestro país un gobierno que se precia de su respaldo popular. Toquémosle a la puerta vigorosamente. Exijámosle, cara a cara, su inmediato rompimiento con la cohorte de pillos y la banda de murciélagos que se ha adueñado por la violencia, para mayor gloria y servicio del fascismo internacional, de los resortes fundamentales de la vida pública y privada de España. Si lo hiciera, que la historia se lo abone a ese gobierno. Si se negare a ella, que la historia se lo demande por haber desoído el hondo clamor del pueblo cubano» ...

La hora de demandarlo ha sonado. España sigue llevando, a costas, la pesada cruz de su tragedia inenarrable. Esta ya gestándose una guerra terrífica contra la Unión Soviética, desatada por la codicia de los imperialismos sobrevivientes. La Carta del Atlántico es un papel mojado. Un amasijo de marrullerías los acuerdos de Potsdam. Sobre una sobria lapida, en Hyde Park, se mustian los apócrifos laureles

de la Buena Vecindad. Ficciones son las soberanías nacionales de los pueblos pequeños. Impera la política encapsulada en la bomba atómica. La libertad, la justicia y la cultura están más amenazadas que nunca por los leviatanes enmascarados y las panteras al descubierto. Reflorece, con inaudito descoco, la falange y la hispanidad entre nosotros. Los intelectuales ambidiestros traicionan, una vez más, los deberes de la inteligencia. Genovevo Pérez ha retornado de España condecorado por Franco y la panza acrecida. Es todo un símbolo. Y pesadilla, pura pesadilla, aquella arenga mía soñada una tibia noche de otoño de 1944.

Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*; Editora Universitaria, Universidad Central de las Villas, 1966

Pablo de la Torriente Brau y la revolución española

Dos grandes honores le fueron conferidos póstumamente a Pablo de la Torriente Brau. La adjudicación del premio "Justo de Lara" a su bellísima -crónica "Guajiros en New York", publicada en la revista "Bohemia", es uno de ellos. El otro, otorgado en España, ya inmóvil, definitivamente inmóvil la mano que habría escrito el libro egregio de la revolución española, fue el homenaje condigno a su sacrificio y a su ejemplaridad revolucionaria: la imposición, solemne a su pecho acribillado, entre el sordo retumbar del canon y una guardia silenciosa y nutrida de puños en alto, de las insignias gloriosas de capitán de milicia muerto en campana. Este tributo sobrepasa, largamente, a todos los tributos que hubieran podido rendirse a Pablo de la Torriente Brau: este tributo, conmovido y viril, del pueblo español en armas, a su generosidad y bravura, convierte al excelso revolucionario cubano en héroe y en símbolo, sobre todo en símbolo, de los oprimidos del mundo.

Si no estuvieran históricamente ligados la revolución española y los empeños liberadores que alienta el pueblo cubano, la sangre fecunda de Pablo de la Torriente Brau las habría vinculado indisolublemente. Desde el inicio de aquella, han afluido a España numerosos cubanos y forman ya legión los que han entregado su vida generosamente, en aras de un futuro lejano, de un futuro luminoso y cordial que no será suyo. No hace aun tres semanas que el cable reporto, con dramático laconismo, la muerte, en acción de guerra, de Rodolfo de Armas, figura representativo del estudiantado cubano. Ya antes habían caído, de cara al enemigo, el joven y valioso escultor Jesus Maydagán y Moisés. Raigorowski. Pero fue Pablo de la Torriente Brau quien ostento mas cabal mente, por su vigorosa personalidad intelectual y su alta jerarquía revolucionaria y humana, la representación de Cuba irredenta en la pugna memorable que sostiene el pueblo español contra las hordas sombrías del fascismo internacional, a cuyo frente aparece con nominal jefatura, ese general de alquiler que responde por Francisco Franco. Fue mas todavía: fue Cuba misma participando, activamente, en una guerra que es va, por su contenido y alcance, el prologo epopéyico de la guerra definitiva entre las oligarquías parasitarias y los que hasta ahora han venido sufriendo, no obstante su posición creadora en el proceso productivo, el fardo monstruoso de sus exacciones, torpezas, injusticias y crímenes.

En España se están librando, en efecto, las primeras batallas de esa ineludible contienda. No se hable ya mas, porque se miente,-cínicamente, de que las morismas "nacionalistas" y los condotieros de Hitler y Mussolini, fraternalmente confundidos con los rufianes del Tercio, llevan en la punta de sus bayonetas intrusas la salvación, la cultura y la integridad de España. España-la España legitima-esta toda ella y en pie de lucha contra los invasores, fascistas y los generales aventureros que se han puesto, descocadamente, a su servicio, violando su juramento de lealtad a la republica.

La guerra española - que inicialmente, ofrecía las características típicas de un conflicto interior-es ya española solo de nombre. No importa que Anthony Eden en la Cámara de los Comunes y León Blum en el Parlamento francés se nieguen, criminalmente, a contemplarla y a tratarla en su verdadera faz y naturaleza. La actitud de Eden es, en definitiva, la adecuada a la correlación de fuerzas sociales que representa; pero la de León Blum, jefe de un gobierno particularmente enderezado a impedir el desarrollo y establecimiento del fascismo en Francia, es ya merecedora de la condenación y denuncia de las conciencias honradas. No es esa, precisamente, la conducta de Italia y de Alemania. Ni Roma ni Berlín disimulan su posición y su interés en el conflicto español. ¿No ha dicho una y otra vez el Doga melodramático, rapiñados de Etiopía y codicioso de Ceuta, de las islas Baleares y de las minas de mercurio de España, que sus camisetas negras no saldrán de esta en tanto no instalen triunfalmente en Madrid al Pu Yi gallego, pretende salvador de la "civilización cristiana de occidente" y a su cohorte mahometana y católica? ¿No ha vociferado reiteradamente Hitler, que aspira igualmente a repartirse las riquezas y el suelo de España, su oposición irreductible a que triunfe la causa del pueblo? ¿No bombardean implacablemente, los Capronis romanos y los Junkers nazis las ciudades indefensas controladas por la república, asesinando mujeres y niños y destruyendo los tesoros artísticos y culturales, acumulados por el genio español en largos siglos de esforzado y fecundo laboreo? ¿No desembarcan, diariamente, contingentes enormes de tropas regulares extranjeras en los puertos facciosos, con la connivencia punible del llamado Comité de No Intervención, instrumento dócil de la intervención constante y abierta de Hitler y Mussolini en favor de los generales traidores y de los falangistas, moros, inquisidores, villanos, duques y manganzones que pretenden instaurar en España un sistema policiaco y totalitario, que castigue la discrepancia con la muerte, reglamente y degrade el conocimiento, entronice la servidumbre social y reduzca al trabajador a la condición de simple máquina productora en beneficio exclusivo de la finanzas, de los señores de la tierra y de los altos jerarcas de la iglesia católica? ¿Hay alguien que dude, a estas alturas, que la lucha formidable mantenida por el pueblo español contra los militares sublevados el 18 de julio de 1936 es una lucha por la independencia nacional y por el decoro del hombre? ¿Que el pueblo español lidia, a la vez que contra los militares traidores y sus cómplices nativos, contra los gobiernos de Alemania e Italia, que han atacado e invadido a España sin previa declaración de guerra, como si España fuera una "Abisinia blanca" o un sultanado de Melanesia? ¿No salta meridianamente a la vista que, sin la ayuda extranjera-concertada por Gil Robles y Lerroux mucho antes del triunfo electoral de las izquierdas-la militarada fascista habría sido totalmente liquidada hace rato y en España funcionaria, con ritmo ascendente, un régimen de justicia social y de dignidad humana?

La guerra civil española-precisa puntualizarlo-es ya guerra de todos. Por eso, gobiernos y pueblos se han polarizado, activamente, sobre uno u otro bando beligerante. Resulta obvio añadir

que sólo una ínfima minoría de los primeros, con México ejemplarmente a fa cabeza, se ha alineado junto al gobierno que representa la voluntad inalienable del pueblo español, políticamente encuadrada en el frente popular. La casi totalidad de los gobiernos europeos, han tomado, por el contrario, una posición plenamente adversa a fa causa republicana. Ello explica fa impunidad con que la armada insurgente ha ejercido y ejerce la piratería en todo el litoral español. Ello explica las insolencias de Mussolini y las bravuconerías de -Hitler. Ello explica por que el convenio de neutralidad funciona, exclusivamente, en detrimento de los intereses legítimos del gobierno español. De aquende el Atlántico, ya podrá suponerse. Consecuentes con su tradición y carácter-factorías endomingadas con arreos democráticos-las satrapías y dictaduras de América se aprietan, unidas, alrededor de Franco, de Burgos y del fascismo internacional. En cambio, los pueblos todos, aun los pueblos mismos deformados por la horma ideología a de los regimenes totalitarios, aun los nucleos humanos mas retrasados y distantes, con una fina percepción de su destino y de la trágica realidad circundante, sienten como suya, y la defienden y enarbolan, la causa que ennoblece con su sangre y su heroísmo el pueblo anónimo y trabajador de España. Por su parte la inteligencia ha estado esta vez a la altura de las circunstancias. Las figuras más prestigiosas y claras del arte, de las letras y del pensamiento actual, se han apresurado a enviar su adhesión militante a esa gran causa. Sintetizo la pléyade numerosa en unos cuantos nombres ilustres: Romain Rolland, Albert Einstein, Aldo Huxley, Andre Gide, Pablo Picazo, H. G. Wells, Elias Castelnuovo, Joaquin Garcia Monge y Waldo Frank. De vivir, Jose Martí, nuestra gran figura histórica, la encarnación mas representativa y beligerante del pensamiento democrático en América, que ofrendo su genio y su vida toda a la magna tarea de liberar a Cuba del pretorianismo colonial y del dominio exhaustivo de las camarillas monárquicas y oscurantistas de España, estaría hoy, también, alentando con su verbo fulgido y acaso con su presencia iluminada, a los españoles que han entablado duelo a muerte contra las mismas clases y fuerzas históricas que nos sojuzgaron y exprimieron, en nombre de Dios y de la civilización, durante mas de cuatrocientos años.

Sobre Madrid, sitiada desde hace seis meses por las tropas mercenarias del fascismo internacional, se concentra hoy la mirada del mundo. Madrid es hoy nuestra angustia y nuestra esperanza. Madrid derrotada implicaría nuestra derrota: implicaría un retroceso de siglos en el curso ascendente de la historia. Madrid victorioso entrañaría una victoria contra la barbarie fascista y acaso la quiebra definitiva del régimen económico que la engendro y alimenta. Por acelerar esta victoria-que es victoria del mundo y de Cuba-lucho y murió en España Pablo de la Torriente Brau y combaten y caen innumerables revolucionarios de todas las latitudes. España es hoy lo que fue Francia en 1789: raíz y vehiculo de una nueva etapa histórica, "realidad y conciencia del mundo", como alguien ha dicho.

Par eso, porque España es "realidad y conciencia del mundo", esta presente en este acto, viva y ardiente en nosotros, que la sabemos y sentimos nuestra, que es parte de nosotros mismos, de todos los que bregan por un mundo nuevamente amanecido, "donde el derecho al pan y el derecho al canto tengan pareja consagración". Por eso, este homenaje encendido que hoy tributamos a la memoria de Pablo de la Torriente Brau es también un acto de fe en los destinos del pueblo español y un homenaje ferviente a la España revolucionaria y eterna, a la España de Don Quijote y de Miaja, de los comuneros de Castilla y de los mineros asturianos de Gonzalez Pena, a la España de Numancia y de Irun, de las milicias populares y de las mujeres aguerridas, a la España que, a costa de la flor de sus hijos mejores, esta salvando a la cultura y_ a la conciencia humana de la hoguera y del grillete, a la España, en fin, que no solo vencerá sino también convencerá. Homenaje sincero, emocionado, vertical. Homenaje que, por será Pablo de la Torriente Brau y al- pueblo español, es, asimismo, un tributo afirmativo a la revolución cubana y a cuantos ofrendaron su vida y su libertad por enaltecerla e impulsarla. Ese, y no otro, es, a mi juicio, el sentido entrañable y profundo de este acto memorable, que proyecta una claridad prometedora y robustece el aliento en esta coyuntura dramática que Cuba atraviesa.

Pablo de la Torriente Brau se encontraba en New York al estallar la sublevación fascista en España. Hacia mas de un año que compartía los rigores del exilio con las exigencias y abnegaciones de la lucha revolucionaria. No paso un solo día, en todo ese tiempo, sin que Pablo ofrendara a la causa antimperialista un aporte relevante de su inteligencia o de su brazo.- En unión de varios compañeros igualmente exilados, fundó la "Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista", cuyo objetivo central era propiciar el establecimiento de la unidad indispensable de acción de las fuerzas cubanas de izquierda. En ese empeño nobilismo, Pablo de la Torriente Brau puso a toda presión su capacidad Y. energía: "Frente Único"-vehículo periodístico de aquel -era emplanado y, en su casi totalidad, redactado por él. En su apartamento humildísimo, se discutían y acordaban las actividades del grupo. Allí, Pablo de la Torriente Brau hada de aglutinante y de palanca impulsora. Siempre optimista, siempre contento, siempre infatigable. El New York revolucionario advirtió pronto en el, en su desbordada y exultante vitalidad, a una fuerza de la naturaleza fecundamente encauzada. Jamás había pasado por sus centros de lucha un hombre tan inflamado de fe en la victoria final de la revolución y de tan vertiginos. El dinamismo como Pablo de la Torriente Brau. A, puro milagro, organizo actos de masa donde antes jamás se habían podido celebrar mas que bailes, y contribuyó, eficazmente, con Alberto Saumell, a echar las bases del "Club Marti", existente todavía. Y mientras realizaba todo eso y trabajaba doce, horas diarias para ganarse difícilmente el sustento, tenia aun tiempo y sosiego para completar su magnifico libro sobre el Presidio Modelo y escribir, con impar humorismo, las. "Memorias del Soldado Cubano Desconocido"; falsa novelesca que es, sin duda, su mas acabada realización literaria.

En esa brega terrible y hermosa, lo sorprendió el 18 de julio de 1936. Pablo de la Torriente Brau, percibió, rápidamente, la magnitud y proyección del conflicto. No era aquel un mere pronunciamiento militar al estilo del siglo XIX español. De pronunciamiento tenía incuestionablemente. Pero, si solo hubiera sido eso, carecería de la enorme significación histórica que reviste. La insurgencia del 18 de julio, preparada sigilosamente por Roma y Berlín y dirigida por los generales monárquicos y mercenarios, por los descendientes de Weyler y de Martínez Campos, envolvía, históricamente, la sublevación, en masa, de las clases secularmente opresoras del pueblo español en un supremo y desesperado esfuerzo por arrancar los destinos del país a sus legítimos interpretes. No era, pues, la clase trabajadora, ni sus organizaciones ni partidos representativos quienes encendían la guerra civil, sino las propias clases conservadoras que, al lanzarse a la sangrienta aventura en complicidad con el fascismo internacional, abrían sobre España la perspectiva de una pugna excluyente, con toda su secuela de horrores y de sustantivas transformaciones. Sobre esas clases conservadoras, cerrilmente empeñadas en mantener, no obstante su escaso volumen—menos del 2 % de la población total de España—su predominio económico y político sin ceder un ápice de sus fabulosos beneficios, cae toda la responsabilidad histórica de la guerra civil que esta arruinando y desangrada el viejo y glorioso solar de la raza. Son ellas, las que, a pesar de autoproclamarse defensoras de la civilización occidental y de la tradición española contra la "furia moscovita" que amenaza aniquilarlas, están destruyendo, con aviones alemanes e italianos, las ciudades más españolas y los monumentos más representativos y valiosos de la cultura y del arte peninsulares. Son ellas, y no las "fuerzas disolventes" y "asiáticas" que se han "apoderado" del gobierno de Azaña, las que ultrajan a España invadiéndola con soldados extranjeros, ex convictos y moros que ceban su cavernaria sevicia en la carne inocente de mujeres y niños. Son ellas, y no la "anarquía salvaje y demoledora" de la España izquierdista, las que violan mujeres y fusilan los prisioneros en masa, las que torturan, infaman y vejan, las que, santificadas por la bendición de la Iglesia, ametrallan los hospitales y descuartizan a los curas que se niegan a convertir los templos en fortalezas y el sacerdocio en militancia fascista. Son ellas, y solo los españoles genuinos que pusieron en desordenada y ridícula fuga a los sicarios de Mussolini en Guadalajara, las que están escribiendo a golpes de crímenes, de depredaciones e infamias, la página más incivil y sangrienta que registra la historia de la barbarie humana. Son ellas; en fin, las que merecieron de Miguel de Unamuno, en los umbrales de su agonía, palabras definitivas de condenación y repulsa que, en cierta manera, lo reivindicaban de su adhesión inicial.

Yo había creído—dice Unamuno—que este movimiento era un movimiento que salvaría la civilización porque se me aseguro que operaría con medios cristianos. Por el contrario, he visto triunfar con el militarismo, al cual soy total y profundamente opuesto. Y ¿qué decir de estos alemanes que se encuentran por todas partes en las calles de Salamanca cantando "Deutschlan

uber Alles"? ¿Es esta una guerra nacional o internacional? Aquí me tienen prisionero, temerosos de que yo vaya a gritar al mundo entero las causas de mi separación del rectorado de la Universidad de Salamanca, de que yo diga que ellos fusilan a espaldas de los sucesos del frente. Pero yo he escrito al extranjero, a Francia, a Inglaterra, a Portugal, para decir como este movimiento es inicuo, sádico, cruel, bestial. Se me dice que en el campo "rojo" las mujeres pelean como fieras; pero aquí, entre los rebeldes, se asiste al adioso espectáculo de mujeres cubiertas de reliquias y escapularios que asisten a los fusilamientos como quien asiste a un teatro. Mola es el digno hijo de Martínez Anido y de Arlegui, esos canallas que, al servicio de Primo de Rivera, diezmaron las filas obreras bajo las balas de los pistoleros a sueldo.

El movimiento cavernícola, paralizado en octubre de 1934-única vez que el proletariado y el pueblo se han enfrentado a tiempo con el fascismo- cobro audacia y orientación decidida ante la amenaza que entrañaba para su pervivencia la incorporación de la masa a la gobernación del país, como consecuencia de la victoria electoral de las izquierdas el 16 de febrero de 1936. Nadie podía llamarse a engaño, ni mucho menos sorprenderse, al acontecer el estallido. Desde la subida al poder de Gil Robles y Lerroux en octubre de 1934 con la anuencia desvergonzada de Niceto Alcalá Zamora - determinante central de la gloriosa insurrección del proletariado en Asturias y de la ruptura de los partidos esencialmente republicanos con la nueva situación creada-España vivía bajo la amenaza de un golpe fascista, vigorizado y alentado por los arrastres históricos que han torcido siempre, en favor de las camarillas gobernantes, su rumbo ascendente. Las elecciones del 16 de febrero proyectadas directamente contra esa amenaza determinaron un cambio brusco en la correlación de fuerzas dominantes. Y ante el desbordamiento popular incontenible - que arrancaría de las mazmorras y cárceles a treinta mil presos políticos y expulsaría del poder a Gil Robles y secuaces-la reacción tuvo un instante de profunda vacilación, que habría de traducirse, en la práctica, en una retirada medrosa del escenario, que no supo aprovechar el gabinete de Casares Quiroga, reduciendo, resueltamente, la base material de su fuerza política. Fue solo un instante. La CEDA, Falange Española, los grupos monarquizantes y el alto clero católico se aprestaron, inmediatamente; a la lucha por el recobramiento del terreno perdido.

Ningún método más eficaz para lograr sus propósitos que desatar sobre el gobierno un diluvio de injurias y de falsas acusaciones, capaces de suscitar entorno suyo una atmósfera de inquietud y de confesión. Gil Robles y Calvo Sotelo, desde sus escaños parlamentarios, arremetieron- brutalmente contra el gabinete de Casares Quiroga imputándole estar al servicio de intereses extraños, mientras la prensa derechista -verdadero surtidor de inmundicias-iniciaba, por su parte, un ataque refinado y sistemático contra el prestigio y esencia de las instituciones republicanas, intentando infiltrar en la opinión neutral del país la creencia de que por el camino de la democracia y del frente popular se iba inexorablemente, a la anarquía y a la barbarie. Esta repugnante campana era la etapa previa del movimiento sedicioso, estudiado y aprobado, dos

meses antes del triunfo electoral de las izquierdas, por Sanjurjo y los agentes de Hitler y de Mussolini en Berlín.

La agitación-atajada ya sin embozo por los cónsules italianos y las oficinas comerciales nazis-adquirió un ritmo aciclonado. Los atentados y masacres de obreros, ejecutados por falangistas y pistoleros a sueldo, se multiplicaban por días. La infidencia cundía en la alta oficialidad del ejército. Era voz pública que se estaba preparando un golpe de estado fascista. En vano, Indalecio Prieto desde la prensa y los partidos del proletariado advertían al Gobierno de la gravísima situación que confrontaba. El asesinato de un oficial de la Guardia de Asalto por un grupo de falangistas determinó al gobierno de Casares Quiroga a asumir una actitud definida y enérgica contra las embestidas y provocaciones de la reacción. Se dictaron, inmediatamente, medidas destinadas a cortar el ascenso de la marea fascista. Por su parte, el pueblo, o habiendo la inminencia del golpe de estado, se lanzó a la calle ocupándola. La sublevación militar del 18 de julio era la respuesta brutal al intento. Una vez más evidenciaba la historia que un gobierno revolucionario inserto adjetivamente en la maquinaria del estado, sin pleno control de todos sus órganos y particularmente de los represivos, está cogido, fatalmente, entre dos fuegos: entre las fuerzas de la reacción y los fusiles infieles del ejército.

Pero esta vez el gobierno revolucionario superó victoriosamente el trágico callejón sin salida. La egregia lección que ofrece la lucha española es precisamente esa: ni en determinadas coyunturas el ejército regular, al servicio del poder o alzado contra él, es capaz de sofocar las determinaciones revolucionarias del pueblo, ni el fascismo es una forma histórica ineluctable e invencible, como es creencia generalizada. Se les había olvidado a los generales traidores y a sus aliados extranjeros que el pueblo español a quien juzgaban muerto, existía, que estaba presto a defender, a precio de vida, las libertades populares y las esencias más puras y progresistas de la cultura y de la personalidad histórica de España. La toma inverosímil del cuartel de la Montaña en Madrid con un corto número de fusiles, piedras y palos y la reconquista de Barcelona a pecho descubierto, quedarán en la historia como muestra imperecedera de lo que es capaz un pueblo: sabrá todo el pueblo español cuando se decide a afirmar su voluntad de ser libre.

Desatada la lucha entre la España caduca, corrompida y perdedora, y la España nueva, la situación asumió caracteres inequívocos y dilemáticos, con sus correspondientes derivaciones internacionales. Triunfante la reacción, España sufriendo, conjugados, a Felipe II y a Fernando VII, con estructura corporativa y centro mediatizado. Victoriosas las fuerzas democráticas y laboriosas, España conservando su integridad nacional y gozaría de un régimen de justicia y de superación cultural en marcha hacia formas superiores de convivencia histórica, que culminarían en la realización del socialismo.

El eje de la lucha revolucionaria mundial se habrá, indudablemente, trasladado a España. De los resultados de lo que allí estaba aconteciendo, dependerá una involución en escala

internacional hacia el medioevo o la inauguración de una época nueva limpia de injusticias y sombras. Pablo de la Torriente Brau comprendió lucidamente que su puesto, como revolucionario y como hombre, estaba en España, que era un deber irrenunciable apoyar por todos los medios al pueblo español y compartir sus reveses y triunfos, que habrá en una palabra, que estar explícita y activamente con España, donde se estaban debatiendo los destinos futuros de todos los pueblos y del pueblo cubano.

España,-me escribió a la sazón-es hoy mi preocupación única, Vivo obsesionado por lo que allí esta pasando. Y ni como ni duermo pensando como podría llegarme hasta allá. Ya estoy en contacto con el consulado español. Quiero pelear en España, por España y por Cuba. Y para lograrlo, sacare el dinero si es precise del Tondo del mar. Pero ten la seguridad que me iré.

Había decidido irse a España y se iba. Impedírselo, convencerlo de lo contrario, era, fue, tarea inútil. En sus largas horas de insomnio, en los huecos relampagueantes del trabajo brutal, se veía ya confundido en el frente con el pueblo armado, entre milicianos sin miedo y sin tacha, uno más entre ellos, soldado de la libertad española, que es ser soldado de la libertad del mundo. Sus ahorros precarios los guardaba con generoso celo avaro. No tenía otra aspiración ni, más pensamiento que allegar fondos para pagarse el pasaje. La fiebre de la revolución española se había posesionado de él, absorbiendo toda su capacidad de servicio, sus energías inagotables y su sentido heroico de la vida. Sus cartas evidencian su resolución inquebrantable. Ramiro Valdés Dausa y yo intentamos entonces, egoístamente, sofrenar aquella pasión volcánica, aquel deseo torrentoso de ofrendar la vida, por amarla mucho, a la causa de la justicia, que, si lo llevaba derechamente al país glorioso donde hoy vive el mundo su momento crucial, lo arrancaba acaso para siempre de la revolución cubana, en la que tanta falta hacia. He aquí su respuesta admirable:

Es inútil. He decidido irme y me iré. Yo no hago ahora falta en Cuba. Voy a España precisamente para darle a Cuba, a la revolución cubana, toda mi experiencia. Creo que, si por cualquier razón, me fracasara el viaje, me tirarían en un rincón a morir solitario, a morir de dolor y de rabia.

Pudo, al fin, tras múltiples y denodados esfuerzos, zarpar rumbo a España como corresponsal de guerra de la revista "New Masses" y del periódico "El Machete". Tete Casuso cuenta cómo aquel día memorable - no obstante el aullido agorero de un perro vecino durante la noche-todo el irradiaba confianza, alegría, luz. Iba empenachado de júbilo, como Sandokan se hacía a la mar tormentosa en busca del leopardo inglés.

Fue a España, pero primero estuvo en París y después en Bruselas, en el Congreso Mundial de la Paz. Y en un minuto de tregua se llegó hasta Brujas con Leonardo Fernández Sánchez, realizando así uno de los anhelos más hondos y sostenidos de su espíritu. Brujas, la muerta, la ciudad silenciosa y romántica que inmortalizó Rodembach en sus versos, debió sentir que un soplo de alegría primigenia la sacudió hasta la entraña al paso de Pablo por sus calles

dormidas. De Brujas-cuyo recuerdo crepuscular se le fijó en la retina-fue a Barcelona, vía Francia. Y de la ciudad condal-todavía palpitante de la jornada épica del 19 de julio de 1936-a Valencia y enseguida a Madrid, la urbe simbólica en este amanecer embanderado de esperanzas que estamos viviendo.

Aquel Madrid no era, ciertamente, el Madrid negligente, capitoso y sensual que trascendía, perfumado y rutilante, de las crónicas literarias. Era un Madrid responsable, vigilante, viril, abnegado, heroico: un Madrid en pie de guerra por la independencia nacional de España y por la dignidad humana. Un Madrid cuajado de milicianos vibrantes y de proclamas marciales, de cartelones alusivos a los acontecimientos del frente y de niños huérfanos y mujeres despanzurradas por la artillería fascista y los bombardeos aéreos. Pablo de la Torriente Brau debió sentir ante el-ante ese Madrid-una conmoción visceral.

Como iba en funciones de corresponsal de guerra, se puso inmediatamente a la obra. Su primera gestión periodística fue en el invencible y castigado frente del Guadarrama. Allí, y en plena lucha epopéyico,-lucha que solo tiene par en la historia contemporánea con la guerra civil rusa-conoció y trato al general Julio Mangada, y allí, también, tuvo su bautismo de fuego y polemizó con el enemigo de trinchera a trinchera.

La tribuna--escribió en crónica escalofriante por lo vivida-fue un parapeto sobre una roca. El escenario, la noche prelunar, densa aun y peligrosa. Mi contrario un cura guerrillero. El público; los milicianos de la revolución española y los fascistas insultadores, requetés, falangistas, guardias civiles y militares traidores. Los aplausos, ráfagas de -ametralladoras.

Vinieron entonces los días oscuros, difíciles y torturantes de la carda de Toledo y del retroceso paulatino y estremecedor hacia Madrid. Las gavillas uniformadas de Franco, equipadas y nutridas por Alemania, Portugal e Italia, en incontenible ofensiva, irrumpieron una mañana al otro lado del Manzanares, frente a la ciudad misma. Merece registrarse la fecha: 7 de noviembre de 1936. El alto mando fascista anunció esa propia noche por radio que dos días después sus soldados cenarían en la Puerta del Sol. El "no pasaran" miliciano pareció ceder al "pasaremos de todas maneras" rebelde.

En esa coyuntura angustiosa, cuando la carda irremisible y fulminante de Madrid se pregonaba de confín a confín y hasta se festejaba anticipadamente con jerez añejo por el beodo y bigotudo general Queipo de Llano, Pablo de la Torriente Brau se presentó en el Ministerio de la Guerra. Cien mil hombres se habían alistado de una sola vez, en épico arrebató, esa propia mañana. Las mujeres, rifle al hombro y los díos brillantes, desfilaban por las calles ametralladas, camino del Puente de los Franceses. Cuadrillas de niños contribuían, febrilmente, a reforzar las defensas de la ciudad. Pablo de la Torriente Brau no había nacido para "contemplar el crimen en calma". Ni era honrado pelear con la pluma cuando lo que urgía era enfrentarse decididamente alas balas. Así fue. Pablo de la Torriente Brau .arrojó violentamente su pluma-esa pluma suya

que deja paginas inmortales-y se alistó en las milicias con el gran pintor español Gabriel Garcia Maroto. Autodenominados comisarios políticos, lo fueron oficialmente después por el Ministro de la Guerra, Julio Alvarez del Vayo.

Contra lo que se esperaba, Madrid no cayó. Contra lo que se creía, Madrid resistió a pie firme, con inquebrantable heroísmo, las arremetidas reiteradas del Tercio, los bombardeos aéreos y el diluvio interminable de obuses fascistas. Pablo de la Torriente Brau-comisario político del batallón comandado por Valentín Gonzalez, "El Campesino", compuesto por agricultores de Extremadura y Castilla-desafió, en primera fila, como el 30 de septiembre de 1930 las iras cavernarias de los esbirros machaditas del imperialismo yanqui, la metralla mortífera. La valentía, el ímpetu, la abnegación sin tasa del pueblo madrileño desbordaron su admiración siempre alerta para loar lo admirable.

Aquí-escribe-en medio de una serie de cosas que serán siempre indescriptibles, ha ocurrido el espectáculo de un pueblo que, en todo momento, ha pensado en la victoria o en la muerte, pero nunca en la rendición. Y esto es digno de que se diga en todo instante para que se sepa lo que un pueblo puede llegar a ser cuando se dispone a no ser esclavo más nunca.

El implacable bombardeo aéreo le arranca las reflexiones siguientes:

Mentira es todo lo que se ha dicho y escrito y se ha filmado hasta ahora sobre la guerra. Con razón me decía López Rubio en el Castillo del Príncipe que todo lo que habrá visto y leído no servia para nada junto a la realidad bárbara de la guerra europea. Yaqui pasa lo mismo porque debo advertirte qUe" Madrid no le enseña nada ninguna de ras ciudades que fueron castigadas durante la guerra de 1914. Hay barrios enteros destrozados por el canon y los bombardeos aéreos de la aviación fascista, que ha causado entre las mujeres y los niños madrileños tantas o más victimas que las que han causado durante toda a guerra. Los incendios nocturnos fueron empleados con gran frecuencia y no han vacilado en bombardear museos, palacios y hospitales. Nada les detiene ante su fracaso. Llegaron a Madrid como en un paseo y después el paseo se les ha convertido en un tormento como el de Tántalo. Porque hace mas de quince días que están a la vista de Madrid. Que está más cerca de Madrid, en muchos casos, que los mismos madrileños y, sin embargo, no pueden ni podrán entrar nunca. Y por eso han decidido hacer todo y no han titubeado en declarar que aunque 110 ganen se encargaran de dejar destruida la ciudad y toda España. Y la destruirán, pero no vencerán.

El batallón de "El Campesino" había sido destinado a contener el empuje insurgente en el estratégico sector de la Casa del Campo. Día a día, hora a hora, minuto a minuto, sus componentes se batieron, valerosamente, con un enemigo más numeroso y mejor pertrechado. Pero todas las acometidas fueron vigorosamente rechazadas. Todas las sorpresas frustradas a tiempo. En ese forcejeo desesperado y constante con la muerte, Pablo de la Torriente Brau se encontró aun mas a si mismo, robusteciendo su temple y acrisolando su fe revolucionaria. Jamás, ni ha-

blando consigo mismo, el desaliento tino su palabra. J amas dudo de su suerte: estaba convencido, absolutamente convencido, de que saldría intacto de la pugna tremenda.

Estos ojos míos no pueden cerrarse sin que yo antes cuente las cosas maravillosas y espantables que vieron, decía. De mi-continuaba-no te preocupes. Sigo siendo el hombre afortunado. Y ahora en estos días difíciles de Madrid también estoy teniendo suerte. El pasado no debe asustar. Ni el porvenir tampoco. Estoy seguro, completamente seguro, de que saldré indemne de aquí. Es necesario que yo salga indemne de aquí. Tú sabes que yo todo lo pienso y lo hago can la vista y el pensamiento puesto en la revolución cubana.

Muy pronto, Pablo de la Torriente Brau fue un comisario político citado, frecuentemente, en la orden del día. No era este un cargo sin mayor trascendencia. Comisario político no puede serlo cualquiera. Del comisario político depende, fundamentalmente, la eficiencia, la cohesión y la capacidad ofensiva de las unidades revolucionarias. Un comisario político ha determinado muchas veces, el sólo, el curso de una batalla. A través de el se conecta políticamente el gobierno con las milicias. Es el quien cuida, fomenta y asegura la disciplina que debe regir las tropas populares. Es el quien forja, bajo la metralla o en el descanso eventual, la conciencia política del combatiente. Es el quien se preocupa de que al miliciano no le falte nada, quien le procura educación revolucionaria y le suministra periódicos y libros. Es el primero en el asalto y el último en repliegue. Es el, en suma, quien carga sobre sus hombros, no solo la mochila y el rifle y lleva en sus labios la arenga inflamada y el consejo oportuno, sino la indispensable tarea de convertir la audacia popular, irreflexiva y anárquica, en rigurosa, serena -y coordinada capacidad militar. Pablo de la Torriente Brau fue todo eso y más que eso. "Era-ha dicho el periódico "Claridad" comentando su muerte - el comisario que necesitaban los luchadores para conservar su puesto sin vacilar, sin dejarse gobernar por titubeos".

Una mañana brumosa de noviembre-brumosa de niebla y del humo ceniciento de las explosiones-el batalloni de Valentín Gonzalez recibió órdenes de trasladarse a Alcalá de Henares. Allí repondría sus efectivos perdidos y se tomaría un respiro como premio a su combatividad y heroísmo. La jornada había sido, en efecto, durísima. Garcia Maroto estaba gravemente herido: un obus le había cercenado las piernas. Raigorowski, tan conocido y estimado entre nosotros por su participación descollante en la lucha revolucionaria del estudiantado, muerto verticalmente en su puesto. Y centenares de bajas en las filas anónimas. Pero Pablo de la Torriente Brau escapo a la infernal embestida sin el más leve rasguño. Y junto a el, fuertemente apretado a su brazo de hierro, caminaba ahora un muchacho de doce años apenas, que acababa de perder a sus padres y hermanos en un bombardeo aéreo. En lo adelante, ese niño, adoptado por el, seria su amigo mejor y su ayudante de campo.

En Alcalá de Henares lo que menos hizo Pablo de fa Torriente Brau fue descansar. Se pasaba el día y muchas veces la noche en reuniones políticas y en viajes de recorrido por las zonas aledañas. No tenía tiempo que perder: el tiempo era poco para ver y ser útil.

El día 23 de noviembre-escribe-me fui con "El Campesino" a hacer un recorrido por varios pueblos, a enterarnos de varios asuntos. Caminamos más de cuatrocientos kilómetros y sólo nos detuvo la falta de gasolina. Pasamos en la mañanita temprano por Loeche y por Arganda. Y después por Morata de Tajuna, que, desde los cerros, lucía cubierta por una neblina que forma el humo de las chimeneas de las casas. Y habrá mujeres lavando en la fuente y hombres dándole de beber a sus borricos. Pasamos por Chinchón, donde hay un castillo en lo alto. Allí se nos cruzó una caravana de camiones con víveres para Madrid y presencié el espectáculo de cientos de hombres que iban para el trabajo en sus pollinos y sus arados sobre ruedas para no estropear la carretera.

En Villaconejos había los famosos de ese pueblo. Y después vi, en la mariana clara, el agua azul del Tajo correr por Aranjuez. Iba entre los altos pinos y las hayas corpulentas. Aquel es un pueblo de reyes y de jardines, que tiene los árboles en fila, como enormes granaderos que estuvieran siempre esperando el paso de una majestad para rendirle homenaje. Hoy, al lado de las verjas de hierro, los cuerpos de milicianos que hacen la guardia de carreteras encienden fuego para soportar el frío.

Después pasamos por Ciruelos y por Yepes, el del buen vine. Y por las huertas de Valdecarabanos, donde hay miserables casitas empotradas en la piedra de los cerros. Más allá, la estación de Huerta estaba destrozada por el bombardeo de la aviación. En Mora ya no podíamos con el hambre. Y conseguimos un pan caliente y un poco de queso, blanco y fresco como el agua. Mora, de famosos almacenes de vine, tiene dos bellas iglesias antiguas y el tejado viejo esta siempre cubierto por una nube de palomas grises. Hay muchachas bonitas que van a la fuente con cantaros como en los dibujos antiguos. Después pasamos por Orgaz, por Senseca y por Mazarrambres, y cuando llegamos a Cuerval el pueblo contemplaba des coches blindados que allí estaban, como signo de la guerra. Porque en todo el recorrido no había otra serial de la lucha que el puño de los campesinos en alto para saludarnos al pasar.

Es curiosa esta guerra. Fuimos bordeando la zona de Toledo, donde todos los días hay combate y por allí había paz, inclusive alegría y hasta alguna abundancia relativa. Los campesinos encargados de las guardias y control de las carreteras, con sus .escopetas de caza, eran divertidos. "EI Campesino" los ponía en un aprieto, cuando, al pedirnos ellos, "la documentación", les decía: "¡Dame primero la tuya! ...

En uno de sus frecuentes viajes a Madrid con "EI Campesino", Pablo encontró a Candon, el comandante cubano, y aprovecho la contingencia para examinar los destrozos causados en los últimos días por la aviación extranjera en los lugares más céntricos de la ciudad.

"En la Gran Vía, en la Puerta del Sol, en la calle de Alcalá, en la de Sevilla y en muchas mas-comenta indignado--los destrozos han sido bárbaros. La potencia de esas bombas es extraordinaria, casi tanta como el encanallamiento de los fascistas. El número de muertos y heridos ha sido espantoso. E. depósito de cadáveres ha sido un espectáculo único de imponente. Se puede afirmar que han matado los fascistas más mujeres, viejos y niños, que combatientes. Por fortuna han sido evacuadas ya millares de personas, para librarlas de la muerte o la mutilación.

Esa propia noche asistió, en la Comandancia del Quinto Regimiento, a una conferencia de los comisarios políticos en relación con la necesidad inaplazable que confrontaba el Gobierno de estructurar un mando militar único.

De vuelta a Alcalá de Henares, descubrió, jubiloso, que en el batallón de "El Campesino" militaba un poeta, Miguel Hernandez, incorporado hasta hada una semana en el cuerpo de zapadores.

Es un muchacho todavía, pero yo-asegura-lo considero uno de los mejores poetas españoles. Lo he nombrado jefe del departamento de cultura y estuvimos trabajando en los planes para publicar el periódico de la brigada y la creación de uno o dos periódicos murales, así como la organización de la biblioteca y el reparto de la prensa. Además planeamos algunos actos de distracción y cultura. Y con el me fui después a visitar algunas cosas famosas de Alcalá. Vi la Hostería del Estudiante, digna de una escena del cine, olorosa a historia y a tiempo viejo; el paraninfo de la Universidad Complutense, que fundo el Cardenal Cisneros, con sus artesonados mudéjares y sus paredes platerescas; el bello patio trilingüe, en el que ya hoy lo se habla ninguna lengua; la fachada y el patio de la Universidad. Y pase por frente al archivo, bellísimo, y alas viejas murallas. Luego fui hasta el Henares.

De Cervantes no hay sino una estatua, obra maestra de ridiculez, y una placa con faltas de ortografía en el lugar don de estuvo su casa.

La última incursión de Pablo de la Torriente Brau a Madrid fue el 14 de diciembre. Pocas veces sufrió la ciudad martirizada y heroica bombardeos tan crueles y sistemáticos como a la sazón Recojamos sus impresiones de ese día de horror y de gloria.

Al amanecer de hoy-anota-tuvimos un intenso cañoneo. En las cercanías de las calles de Abascal y de Quevedo se podrá ver el aire lleno de humo y del polvo de los edificios que se desplomaron. Las familias abandonaban sus hogares deshechas en llanto, arrastrando a sus hijos con precipitación. Los muertos quedaron atrás. Más lejos de ese lugar, cientos de hombres hadan su entrenamiento militar para marchar al frente. Fui después al Cuartel General del Socorro Rojo Internacional, que, temporalmente, y no lejos de allí, se había instalado, pues el bombardeo de que fue blanco el cuartel de la Montana, lo arroja de su antiguo local.

En el Socorro Rojo habrá, como siempre, cientos de mujeres y de niños que huyendo del cañoneo allí se refugiaban, y fuera habrá muchos que, descansando sobre montañas de ropa, esperaban una oportunidad para que se le., enviara a Barcelona y Valencia. Los chiquillos, al partir en grandes camiones cantaban alegremente, ondeando sus pequeñas banderas rojas. No se le ocurre a uno pensar que muchas de ellos son ya o van a ser huérfanos. No le entra a uno en la cabeza porque la revolución es madre para todos. Dará a luz con mayor pérdida de sangre y con más intensos dolores que cualquier madre, a un pueblo nuevo. Y presiento con honda alegría como será este país andando el tiempo. Me enardece el pensarlo. España será una maravilla; y mientras más dura y cruel sea la guerra, más grandes y rápidos serán los resultados.

¡Como truenas la artillería! Vale la pena oírlos siquiera una vez en la vida. Parece como una tempestad de truenos y relámpagos en las montañas del Oriente de Cuba. Las fuerzas aéreas fascistas, que han demostrado ser inferiores a las nuestras en combates a corta distancia, parecen no cansarse de cometer actos vandálicos que desafiarían cualquier descripción.

Anoche mismo, después de un formidable tiroteo que recibieron de nuestros cañones durante la tarde, sus aviones reaparecieron arrojando bombas incendiarias sobre la ciudad. En la oscuridad de la noche hicieron surgir hacia la Casa del Campo, el resplandor de los incendios que provocaron. Bombardearon también el Hospital. Su desesperación usa de estos métodos. Cada vez que oigo su artillería más cercana a Madrid, me imagino que la nuestra se acerca más a Sevilla y a Burgos.

Supongo que la prensa internacional algo habrá dicho de su bestialidad más reciente. Sobre Madrid hicieron descender un paracaídas conteniendo el cuerpo horriblemente mutilado de uno de nuestros aviadores que cayó detrás de sus líneas. Ni aun las tribus caníbales harían cosa semejante. Su barbarismo no es exhibicionista. Por nuestra parte, el general Miaja, Jefe de la Junta Delegada de Defensa, acaba de dictar una orden para que sean respetadas las vidas de todos los aviadores fascistas que caigan sobre Madrid.

Ya en el Convento de las Claras, Cuartel General de "El Campesino", en Alcalá de Henares, Pablo remató la crónica iniciada en Madrid, acaso la última que brotara de su pluma magnífica.

La guerra-confiesa entre asombrado y dolido-lo torna a uno insensible. Anoche iba con "El Campesino" en el auto y recogí el diario de un desertor, al que momentos antes habían ejecutado. Bromeamos con todo desenfado acerca de como quedaría su cadáver bajo la noche inclemente y la lluvia helada e interminable.

Alguna vez fui un hombre de sentimiento y volveré a serlo. Noches pasadas, "mientras discutíamos un problema, López, el asistente de Pepe Galán, hizo funcionar el radio del carro. Nos encontrábamos en medio de un campo de batalla a la sazón silencioso, cerca del enemigo. El receptor transmitía una de las baladas más románticas de Chopin, que muy a menudo había oído

en un ambiente distinto por completo: la sala de Conciertos. Y mientras aguzaba mi oído para captar el menor de los ruidos enemigos cercanos, recordaba no sin cierta nostalgia, los tiempos en que la música tenía otros horizontes para mí que el de un himno a la revolución cantado por la tropa en marcha, inarmónica, bronca e intensamente. Y como permaneciera pensando en tiemposidos mientras terminaba la balada de Chopin, López me dijo: le gusta a usted mucho Recuerdo sus palabras porque la noche siguiente y en la misma carretera desapareció tal vez para siempre. Es probable que algunos de los "destacamentos de sorpresa", en una rápida escaramuza, le capturara con sus compañeros de viaje.

Aunque la hora aciaga se acerca, aunque ya la muerte lo ronda, Pablo no la presiente. El 17 de diciembre "El Campesino" recibió un sobre cerrado: la Junta Delegada de Defensa IE! ordenaba ponerse en marcha hacia Majadahonda. Antonio Aparicio ha recordado, en sentido artículo, el júbilo que poseyera a Pablo de la Torriente Brau ante la perspectiva de volver de nuevo al frente, de reanudar la lucha contra los invasores de España. La columna se puso inmediatamente en camino. Dos días después, al amanecer del 19, Pablo de la Torriente Brau caería rifle en mano, como había sonado en su vigilia febril, combatiendo por la libertad de España, por la libertad de Cuba, por la libertad del mundo. Poseído de ese impulso tan típicamente suyo, se había lanzado, en el alba rosada y fragante, sobre la trinchera enemiga. Sólo le siguió en el arranque espartano el pionero huérfano, su hijo adoptivo, su amigo mejor y ayudante de campo, para caer, confundida su sangre inocente con la del gran revolucionario, a pocos pasos de este. Tres días después, sus camaradas, los campesinos de Valentín Gonzalez, con la radiosa y emocionante visión de su sacrificio como airón de gloria en la bayoneta, como impulsados por una fuerza secreta y arrolladora, como impulsados por el espíritu atlético de Pablo de la Torriente Brau, desalojaron, en un violento cuerpo a cuerpo, la trinchera fascista, recobrando sus ensangrentados despojos.

Lino Novas Calvo, escritor y combatiente, cubano también, ha narrado, con palabras trémulas y viriles, el entierro revolucionario de Pablo de la Torriente Brau. Fue, sin duda, el entierro que el merecía y anhelaba. Un "entierro sin cera, ni flores, ni lagrimas, ni rezos". Junto a su ataúd sencillo, montaron guardia de honor sus compañeros de lucha y un pelotón de marinos. Entre los circunstantes, se hallaba un grupo de escritores y periodistas y un representante de la Junta Delegada de Defensa. Un silencio profundo, roto intermitentemente por cañonazos lejanos, dominaba el ambiente. En lo alto, empezaban a madurar los trigales de estrellas y en el horizonte cerrado de árboles gigantescos un vago resplandor presagiaba el plateado florecer de la luna. Sobre una colina ornada de cipreses, se alzó de súbito la "figura guerrillera" de "El Campesino". Tenía el puño en alto y el duro perfil temblorosamente recortado en la sombra.

Camaradas-comenzó diciendo con acento velado--tan solo cuatro palabras. Los deberes-de la guerra me llaman urgentemente al Ministerio y no tengo Que decirs sino que sigáis el

ejemplo que nuestro jefe político ha dejado entre nosotros; y que cuando volváis al frente le venguéis con ese ejemplo, acometiendo al enemigo con el valor y con el aliento que le animo a él hasta el fin.

Un largo silencio siguió a estas palabras de "El Campesino". El representante de la Junta Delegada de Defensa avanzó entonces y abriendo el cristal del féretro prendió sobre el pecho agujereado de Pablo de la Torriente Brau en nombre del pueblo Español y de, su-gobierno legítimo, las insignias de capitán de milicia, mientras ,los puños en alto saludaban, por última vez el cuerpo inerte del gran luchador. Después se elevaron al cielo, Como ofrenda y, como himno, los sonos de la Internacional cantada por los presentes. Una descarga de artillería rubricó el acto solemne. Sobre el ataúd cayo, lenta y dolorosamente, tierra fresca y removida tierra de España que él había fecundado con su sangre, tierra" que servirá de raíz y sustento a la España nueva; a la España que se esta gestando entre sacrificios supremos y proezas inenarrables, en los campos de Extremadura y en las mesetas de Castilla, en las huertas de Valencia y en las montañas inexpugnables que defienden a Bilbao.

Ahora nos queda su recuerdo y su ejemplo. Nos queda su vida emuladora y dramática, afirmativa y generosa. Nos queda, para mitigar el dolor, de su ausencia y exhibirlo como inapreciable trofeo, este recordatorio imperecedero, suscrito por el Comisario de Cultura de la Brigada de "El Campesino":

Al frente de los hombres de "El Campesino" ha caído herido de muerte Pablo de la Torriente Brau, periodista y luchador americano. Al estallar la sublevación facciosa, al saber, al pueblo español en armas, vino a través del Atlántico a nuestro lado y enriqueció la prensa norteamericana con expresivas narraciones de los sucesos que en tierra de España han venido ocurriendo y con su noble defensa de la causa del trabajador. Curtido en las luchas contra la burguesía del su país, con cicatrices y señales de ellas; alentó y educó, incansablemente a millares de milicias. Aun conserva su cuerpo el dolor de su valentía carda y aun, y siempre, tendremos tiempo de vengarle.

América, España y el mundo entero de los proletarios han perdido a uno de sus más necesarios defensores.

Nos queda aun más. Nos queda sepultarlo en tierra cubana. Acaso no este lejano ese día memorable, en que "las palmas serán más altas" y la libertad y la justicia, ya conquistadas, heroica y virilmente como esta conquistando las suyas el pueblo español, atenuaran nuestro duelo inconsolable. Entonces llevaremos a Pablo de la Torriente Brau, cantando canciones de vida, a compartir el rumor de los pinos y la ejemplaridad del sacrificio, con Ruben Martinez Villena, con Gabriel Barceló, con Rafael Trejo, con Antonio Guiteras y con, las cenizas, todavía -insepultas, a la sazón sepultadas, de Julio Antonio Mella.

Tanto en la paz como en la guerra: libertad e independencia en la Guerra Fría

Exequias de la buena vecindad

La encendida repulsa que ha suscitado la nueva ley azucarera aprobada por el Congreso de los Estados Unidos y, particularmente, la cláusula 202 (E), interpolada en aquella, evidencia, de modo palmario y definitivo, que ya pasaron los tiempos en que se podía disponer de nuestros destinos, como Henry Ford de su corbata. El contraste de esa viril actitud con el silencio ovejuno y la pasividad cómplice de otrora, ante idénticos atentados y análogas extorsiones, es sobremanera aleccionador y reconfortante.

Distará aún mucho de haber obtenido lo que quiso, en punto a la sustantiva transformación de la vida pública cubana, el movimiento revolucionario puesto en marcha el 30 de septiembre de 1930; pero, lo que sí está viva, alerta y madura es la conciencia forjada en veinte años de brega por la liberación nacional y social de nuestro país. Antes del movimiento universitario de 1923, ¿dónde están los gobiernos, los partidos políticos, la prensa, los intelectuales y los jóvenes que se alzaron vibrantes contra la soberbia de los césares y los desmanes de sus procónsules? ¿Quiénes, fuera de Manuel Sanguily y Enrique José Varona, dejaron oír su palabra de admonición y combate contra la ingerencia extranjera? ¿Qué movimientos colectivos de protesta se produjeron contra el acaparamiento torticero de las tierras, los empréstitos leoninos y el insolente señorío del capital financiero norteamericano? ¿No fue la república hipotecada, por obra de sus gobernantes y mayorales, sin que la sublevación y la cólera la encresparan de cabo a cabo? ¿No fue una corajuda manifestación de estudiantes, encabezada por Julio Antonio Mella, la que salvó la dignidad nacional, en ocasión de serle devuelta a Cuba la Isla de Pinos, que siempre fue nuestra? ¿Y no constituían grupo exiguo, menospreciado y perseguido, los escritores, profesionales y obreros que laboraban oscura y denodadamente por liberarnos del complejo de inferioridad colonial, que nos había convertido en coro sumiso de cipayos, bajo la batuta dócil de moderados, liberales, conservadores y populares?

Ahora, en cambio, es todo el pueblo el que grita, el que se levanta, el que protesta, el que pugna. Ahora son los partidos políticos, los periódicos, los obreros, los intelectuales, la Universidad y hasta algunos que, antaño y hogaño, vivían perennemente curvados ante la embajada yanqui. Y esa es nuestra siembra. Ese es nuestro fruto. Esa es la cosecha de la más gallarda, generosa y valiente de las generaciones republicanas, que

tuvo héroes y mártires y no ha plegado aún sus banderas, la generación de Rafael Trejo, Antonio Guiteras y Pablo de la Torriente Brau.

Las voces discordantes y las sordinas remuneradas no cuentan en este caso. Ni los hermafroditas, ni los eunucos, ni los asalariados, tienen, arte ni parte, en las másculas determinaciones de los pueblos. En coyunturas como ésta, en que se juega la existencia misma de la nacionalidad y la república, lo único que cuenta es la varonía, el decoro y el patriotismo. A los discrepantes, a los vendidos, a los traidores y a los cobardes, se les desprecia o se les empala. José Martí jamás contó, para luchar por la independencia de Cuba, ni con los anexionistas, ni con los autonomistas, ni con los voluntarios, ni con los guerrilleros. La revolución tenía que venir limpia desde su raíz.

No hay que ha norteamericano hacerse ilusiones. La política de buena vecindad ha concluido. Mejor dicho. Franklyn Delano Roosevelt, el de más clara visión y ancho espíritu de todas las épocas, se la llevó consigo a la tumba. Yace, en Hyde Park, desde 1945, bajo un mármol severo y una corona de laurel. El gran sueño bolivariano de una América libre y unida, que el egregio estadista intentó realizar, es sólo el bello recuerdo de una esperanza trunca. El Partido Republicano, el más desenfrenado campeón del imperialismo de que se tiene data, ya había empezado a regir, solapadamente, el gobierno de Washington, antes de que Harry Truman —un demócrata de rampante perspectiva— asumiera la presidencia de la república. Ya Roosevelt, en su última campaña electoral, se vio compelido a declarar superado el New Deal y a ofrecer un programa que satisficiera la creciente exigencia de las grandes empresas y monopolios, adversarios acérrimos de sus reformas económicas y sociales y de su política de buena vecindad. Se explica. ¿No les proporcionaba acaso fabulosas ganancias la guerra por las cuatro libertades y no habían recobrado, a la sombra jugosa de la unidad nacional, su antigua posición de monarcas de la economía y de dictadores del State Department, **transitoriamente perdida ~ Bajo la presión incontestable de esas fuerzas**, el país que había proclamado la Carta del Atlántico y suscrito el Acta de Chapultepec, iba, inexorablemente, a la dominación imperial en disputa abierta con el leviatán soviético. Truman sería el plegadizo ejecutor de esa política. Las consecuencias están a la vista: reducción progresiva de las libertades civiles, represión draconiana del movimiento obrero, purga de los funcionarios adictos al New Deal, armamentismo desenfrenado, intervención abierta en Europa y Asia, sometimiento compulsivo de la América hispana. Cortina de oro contra cortina de hierro.

Mayor embaucamiento —si se exceptúan el «milenio» nazi y el «paraíso» comunista— no conoce la historia. El gobierno que prometió solemnemente al mundo una nueva era de paz, libertad y prosperidad, rivaliza hoy con Rusia en su afán desorbitado de control económico y sojuzgamiento político. Y, ya se sabe, por reciente y monstruosa

experiencia, la resultante de ese proceso. La política de poder, a la altura de nuestro tiempo, desemboca, fatalmente, en el fascismo y en la guerra por la hegemonía mundial, aunque se invoque la democracia, la libertad y la justicia y el socialismo totalitario de Stalin esté en frente. No sería la primera vez que, al calor de una deslumbrante retórica, germinara, paradójicamente, la más tenebrosa esclavitud.

¿Era esa, en verdad, la misión redentora que se habían asignado los Estados Unidos por boca de Franklyn Delano Roosevelt? ¿Para eso sacrificó ese gran pueblo la flor de sus hijos mejores?

La nueva ley azucarera y la cláusula 202 (E), que incluye, es signo inequívoco de ese alarmante proceso, No sólo entraña un desconocimiento intolerable, de la valiosa contribución de Cuba al titánico esfuerzo de guerra de los Estados Unidos, sino que pone nuestros destinos a merced de politicastros y de mercaderes sin escrúpulos. Nos lanza a la ruina y nos reduce a la subalterna y humillante condición de factoría con himno y bandera. Nos arremete y nos insulta. Significa, a todas luces, la vuelta descocada a la interpretación unilateral de la doctrina de Monroe, al vasallaje de la Enmienda Platt, a la diplomacia del dollar y a la política del *big stick*. Una ley, en suma, de típica factura imperialista, que se presta a la coacción económica y al chantaje político; y que se alza, como siniestro dogal, en el camino de nuestro desarrollo independiente y de nuestra libre determinación. Ni siquiera el alevoso agresor de Pearl Harbor ha merecido semejante tratamiento.

El gobierno de Ramón Grau San Martín está obligado a impedir que esa ley ominosa sea definitivamente aprobada. No está solo en esa lucha. En los propios Estados Unidos, el movimiento obrero, los núcleos liberales, los elementos progresistas del Partido Demócrata, la juventud universitaria y la prensa más avizora y responsable, se han pronunciado, severamente, contra ella. Y, en el Senado de la Unión, cuarenta votos en contra reivindicaron el prestigio del cuerpo, hollado por los cuarenta y dos a favor. Aun no la ha sancionado el presidente Truman. Y tiene, junto a sí, al pueblo entero de Cuba, presto a caer de pie antes que vivir genuflexo y comer de limosna. Ahora es cuando hay que dar la batalla. Aquí y en Washington, en las Naciones Unidas y en la Conferencia de Río de Janeiro. Y, como primera medida, William Belt debe ser cesanteado.

Roosevelt definió al buen vecino como «aquel que se respeta a sí mismo y que, por consiguiente, respeta también los derechos de los demás y la santidad de sus convenios con los otros estados que considera vecinos». Si la política de buena vecindad ha sido ya abandonada y desconocido radicalmente el sistema jurídico interamericano, recojamos el reto y demostremos, a la faz de la tierra, que «los vecinos son ellos y los buenos nosotros».

Guerra y posguerra

Si todavía el eje totalitario dará mucho que hacer a las Naciones Unidas, puede ya afirmarse, sin embargo, que la guerra ha entrado en la fase crítica que precede al desenlace. No precisa ser un estratega para percatarse de ello. Basta, meramente, estar impuesto del curso de las operaciones militares.

Los continuados reveses de los nipones en el Pacífico, la obstinada resistencia china, el formidable empuje soviético y la progresiva transformación de los acontecimientos en el frente de Túnez, indican, a todas luces, que la correlación de fuerzas está cambiando en favor de la causa democrática. La estrella parda del fascismo empieza ya a palidecer. No tardará en apagarse. El «invencible» ejército alemán, forjado para el dominio imperial del planeta, habrá concluido su meteórica carrera de barbarie ante los ejércitos vencedores de Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética, apoyados, en la ofensiva final, por las poblaciones sublevadas de los países invadidos. **Esta vez, si el nacional socialismo no, arrojado del poder por una revolución popular, o la victoria se obtiene como fruto de una rendición negociada que incluya a los Quisling, a los Petain, a los Franco y a los generales de la Reichswehr, Alemania perderá la guerra en el campo de batalla.**

Ni que decir tiene que la destrucción total del poderío bélico nazi constituye la premisa indispensable para la total liquidación del sistema de relaciones sociales que engendró su nacimiento y desarrollo. No bastará, empero, la pura derrota militar del fascismo para impedir su reproducción y considerar la guerra ganada desde el punto de vista de los pueblos. Mucho menos, si el triunfo se alcanzara como hedionda secuela de un concierto de tipo munichista. No siempre una victoria militar conlleva una posguerra justificativa de la sangre derramada y de los bienes materiales y valores culturales destruidos. La historia está repleta de guerras ganadas por los estados mayores y las clases dirigentes y perdidas por los pueblos. Todas las guerras de conquista que en el mundo han sido no muestran distinto resultado.

Ganar la guerra, en el sentido que adjudico al término, significa haber ganado también la paz, haber hecho la guerra por algo justo y para algo socialmente fecundo, levantado y humano. No hay otra alternativa. Si la guerra se hace con fines de predominio, la posguerra, por imperativo dialéctico de los factores en juego, será,

no puede ser sino, la consagración del despojo y el germen de nuevos y más sangrientos conflictos. En otras palabras: lo que la posguerra sea viene dado, ineludiblemente, por la naturaleza y objetivos de la guerra, por ir esta enderezada a impedir a desatar su continuación ulterior por otros medios.

La guerra promovida por el fascismo es una guerra típicamente sojuzgadora y encaminada, en consecuencia, a establecer una paz armada que garantice su hegemonía mundial. Ahora bien: ¿están haciendo las Naciones Unidas una contraguerra al fascismo para exterminarlo radicalmente, una guerra para acabar con la guerra e instaurar una paz efectiva y perdurable, que viabilice el libre desenvolvimiento de todos los pueblos, la seguridad internacional y la oportunidad de todos los hombres a una vida decorosa sin discriminaciones de ningún linaje? ¿Alientan esa suprema aspiración los que participan en ella? ¿Es, asimismo, compartido ese anhelo por los gobiernos y la alta burguesía de las Naciones Unidas? ¿Existe a este respecto, una real unidad de pensamiento y de acción?

En cuanto a los pueblos concierne, no cabe duda que es primordial apetencia destruir las bases sociales y económicas del **asco** y establecer una paz basada en la auto determinación, en la justicia y en la libertad. Si en sus manos estuviera exclusivamente la decisión, no sería otro su objetivo. A juzgar por sus dichos, esa es también la apetencia de los gobiernos y de las clases sociales acomodadas, cuyo influjo en la política de guerra y en la política de paz sigue siendo determinante.

Bueno es no olvidar, en estos momentos, que las palabras se vacían de sentido y pierden su validez cuando son contradichas por los **hechos**. ¿Cómo explicar en efecto, la cotidiana postulación de una guerra liberadora y de una posguerra sin violencia, sin miseria y sin opresores ni oprimidos con esa deletérea «doctrina» por ahí circulante de que lo que únicamente importa es derrotar al enemigo, prescindiendo de los medios y de los modos para lograrlo? ¿Es que puede **compaginarse** la oferta de un mundo nuevo con la legitimación de **darían**, con los manejos de Murphy y con la turbia política seguida por Franco, personero insolente de un orden social fundado en la injusticia, en la opresión y en el entreguismo?

Debería rechazarse, mientras no se demuestre lo contrario, que esa ponzoñosa «doctrina» tenga cabida en los líderes de las Naciones Unidas. Pero cabe presumir, en virtud de recientes pronunciamientos de figuras responsables de Inglaterra y Estados Unidos, que esta concepción fascista de la guerra y de la paz tiene hondas raigambres en los círculos reaccionarios de ambas naciones y representa, por encima de eventuales posturas, su genuino punto de vista. Es también el punto de vista de los que en Cuba lucran y se enriquecen, con la bandera democrática en alto, a ex-

pensas del «sudor, de las lágrimas y de la sangre» de quienes están ofrendándolo todo por el advenimiento de un régimen social que excluya a los demagogos, a los traficantes de armamentos y a los exportadores de pueblos, de quienes luchan, en suma, por impedir, con su sacrificio, una tercera guerra mundial. La súbita llegada de Anthony Eden a Washington parece obedecer a la angustiada inquietud que socava hoy el pecho de todo combatiente y de todo antifascista. Son ya muchos los que se plantean esta dramática interrogación: ¿están lealmente unidas en la guerra y para la paz las Naciones Unidas?

El sesgo que ha tomado, últimamente, el aspecto político de la guerra, demuestra, sin duda, que si ganar la paz es el objetivo céntrico de los pueblos, solo podrá esta ganarse si desde ahora se pugna por su alumbramiento, si desde ahora se conduce la guerra a su efectiva corporización y disfrute. Nada se da en la historia por intervención del Espíritu Santo. Incluso uno mismo, como individuo, es lo que hace. Estas verdades, de tan sobadas, suelen olvidarse a menudo. Y, a menudo también, escamotearse interesadamente. Nunca, por eso, se insistirá demasiado recordándolas. Y, nunca tan necesario reiterarlas, como ahora.

La historia no se hace, ni se ha hecho jamás, por sí misma. Es el hombre quien la hace y, a su vez, es hecho por ella. Ni los filósofos del Iluminismo, ni los economistas panglossianos de Manchester entendieron sus mecanismos internos. La humanidad fluye hacia la libertad, la justicia y el progreso, si se empuja a sí propia a su conquista; pero, también puede refluir, a pesar suyo, hacia la injusticia, la opresión y el retraso.

La seductora teoría del progreso indefinido, del mundo marchando automáticamente en línea recta a la plenitud de su perfección, se da de trompicones con la realidad. El proceso histórico es la resultante necesaria de ascensos y descensos, de equilibrios y desequilibrios, de acciones y de reacciones, en una espiral sin término prefijado. No suele siempre avanzarse. Ni siempre se alcanza lo que se quiere. A la dinámica de las fuerzas creadoras, se contraponen, permanentemente, la estática de los elementos cosificados, la activa resistencia de las relaciones, intereses y formas cristalizadas. Hace ya un siglo lo vio, con singular acuidad, el vituperado Augusto Comte. Más tarde, lo habría de ratificar la interpretación materialista de la historia. Y luego lo confirmaría, mil veces, el curso mismo del desarrollo social. Sobre todo, este tormentoso tiempo nuestro, en que se entrecruzan caminos que se excluyen. Testigos y actores somos de este magno duelo entre dos mundos embestidos. Feneciente, uno. En trance de parto, el otro.

No resulta ocioso advertir que el parto sin partero es ajeno a la historia. Y un retraso de aquel, una vacilación o un desmayo, puede transformar la epifanía en Apocalipsis. Si queremos un mundo genuinamente libre, regido por el poder de la justicia y la autoridad del amor, hay que ganar la guerra y la posguerra.

Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*; Editora Universitaria, Universidad Central de las Villas, 1966

El soldado inglés y la posguerra

El problema de la reconstrucción social del futuro parece haber entrado en el ámbito de las preocupaciones cardinales de la población civil de las Naciones Unidas. Sumamente interesante sería pulsar las ideas que albergan al respecto los que lidian la guerra en los frentes de batalla. Sabemos ya lo que piensan las figuras responsables de Inglaterra, Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en relación con el deber ser de la convivencia humana en la etapa subsiguiente al ciclo bélico. El plan de seguridad social elaborado por Sir William Beveridge **I<>sume** en buena medida, a mi juicio, lo menos que el pueblo inglés aguarda de la paz. La cálida adhesión prestada al mismo por el Partido Laborista —órgano auténtico del proletariado británico y punto de arranque de toda política progresista en Gran Bretaña— verifica cumplidamente el aserto. Incluso el ágil semanario *Tribune*, portavoz de la izquierda laborista, ha asumido una actitud positiva ante el plan Beveridge. Sabemos, asimismo, a lo que aspiran y quieren los espíritus más alertas de la inteligencia inglesa. Como sabemos también lo que quieren y a lo que aspiran los magnates de la City, los viejos conservadores de peluca empolvada, los proyectos liberales de casaca y espadín y los munichistas del Cliveden Set. Acontece lo propio en lo que a Estados Unidos concierne.

Lo que no sabemos a fondo es lo que alientan y esperan los que llevan directamente sobre sus hombros el peso de la guerra. ¿Son meras tuercas que obedecen mecánicamente las órdenes del supremo comando como los soldados de las potencias totalitarias, o anidan en sus cabezas criterios propios sobre la razón de su faena y de los objetivos que conlleva una guerra popular contra el fascismo? ¿Son puros títeres, o conservan intacta su capacidad de discernimiento? Resulta, en verdad, difícil precisarlo. Si en condiciones de guerra es tarea hartamente compleja un libre sondeo de la opinión civil, mucho más lo es tratándose de un ejército, inaccesible por naturaleza a pruebas de este tipo. Algo puede, sin embargo, vislumbrarse en la reciente experiencia realizada por Harold J. Laski, profesor de ciencia política en la Universidad de Londres y uno de los más sagaces teóricos del estado moderno.

En una conferencia pronunciada por Laski ante un denso auditorio de soldados británicos sobre los problemas de la reconstrucción social, hubo de advertir alborozado que a estos les interesaban tanto dichos problemas, como la inmediata derrota militar del fascismo. Se mostraron todos inequívocamente convencidos del destino final de los ejércitos de Hitler, Mussolini e Hirohito. Muchos se manifestaron, en cambio, inquietos respecto «al empleo que se hará de esa victoria». El recuerdo de la decepción de sus padres hace un cuarto de siglo ensombrecía su horizonte mental y entibiaba su confianza; pero se pronunciaron unánimemente dispuestos a impedir que la historia se repita.

Esta postura parece estar fuertemente enraizada, al decir de Laski, en la base de todos los cuerpos armados deL país. «Nuestros combatientes —escribe— dieron a las Naciones Unidas todas las oportunidades necesarias para que la paz futura cumpla estos anhelos; pero si no **ven** claramente que se lograrán tales finalidades las fuerzas inmensas que trabajan en este momento en Gran Bretaña explotarán con tal violencia que su poder se hará sentir en el mundo entero. Ni siquiera la popularidad de Churchill podrá frenar la potencia dinámica de la desilusión de estos elementos».

Es opinión igualmente dominante en los cuerpos armados británicos que Estados Unidos deben superar su aislacionismo internacional y batir sin tardanza los reductos aislacionistas de su política interior por constituir la palanca de los intereses imperialistas que siguen operando en la sombra. Los soldados interrogados por Laski, acerca de esta vital cuestión, se produjeron cerradamente partidarios de una intervención responsable de Estados Unidos en la organización de un orden mundial fundado en la autodeterminación nacional, en la democracia representativa, en la justicia social y en la paz. Si esto no se lograra, si «los intereses creados económicos o políticos intentaran atrasar el reloj de la historia, la derrota del hitlerismo traería una crisis de tal magnitud que todas las palabras son pálidas para describirla».

Duda el profesor Laski que el soldado británico pueda explicarse lúcidamente la lógica inevitable de los acontecimientos; pero juzga indiscutible que posee una fina y clara intuición de que su futuro depende de la amplitud y rapidez con que los Estados Unidos, Inglaterra y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas comiencen a planear el mundo de la postguerra. Sabe, por otra parte, —añade— que «el futuro ya vive entre nosotros, que se decide día por día por lo que los gobiernos acuerdan a cada instante, y que las decisiones que no promueven el interés común tendrán malas consecuencias durante la próxima década. Los hombres de negocios y los publicistas que sueñan con un mágico retorno al simple sistema natural de Adam Smith votan por un mundo sin perspectivas de paz».

Desgraciadamente esta óptica obsoleta es la que prepondera todavía en determinados círculos dirigentes de la guerra, como si a compás de su desarrollo no se estuviese transformando la estructura de la sociedad industrial. El propio fascismo representa un vuelco reaccionario de las relaciones internas del régimen capitalista sobre una base aún más concentrada, absorbente y explosiva. El gran problema de la democracia consiste, precisamente, en trascender las condiciones económicas que han impedido su real vigencia. Los derechos subjetivos —constelación jurídico-política que denominamos genéricamente libertad— no pueden ejercitarse dentro de una urdimbre de relaciones e intereses que le dan validez eterna a un sistema patrimonial que constituye un valladar infranqueable a la expansión horizontal de la riqueza socialmente producida. La doctrina individualista, liberal o clásica de la convivencia jamás ha podido replicar, fundadamente, a esta objeción; siempre ha tenido que salirse por la escalera de fuego de las leyes naturales, como si el proceso histórico no tuviera las suyas propias dimanantes de su flujo irreversible.

Los teóricos del liberalismo económico presentaron la democracia como sistema político correspondiente, ligándolo a los dogmas de la libre explotación de las masas. Se confundieron e identificaron las cosas y el hombre, el patrimonio y la libertad, el problema técnico de la distribución de la riqueza y el problema ético de la dignidad humana. La rectificación de la democracia tiene que empezar por establecer ese distingo en la teoría y en la práctica. No seguir confundiendo e identificando, como hasta ahora han venido haciendo muchos de sus expositores y líderes: los derechos subjetivos, imprescriptibles e inalienables, con los derechos patrimoniales, objetivos e históricos. Conciernen aquéllos a la libertad, a la personalidad humana; se refieren estos a los bienes, a la vida material. Los problemas que atañen a la personalidad humana sólo pueden resolverse, en consecuencia, «con el hallazgo y establecimiento de una estructura social más justa, que permita reducir la cuestión a sus verdaderos términos de simple tecnicismo económico aplicado a las necesidades y aún a las conveniencias de la comunidad». Los derechos patrimoniales no pueden seguir señoreando omnímodamente sobre los intereses sociales e individuales; tienen que ponerse en función colectiva, ya que, de otra suerte, estarían en pugna con el progreso material y espiritual de la sociedad e impedirían el pleno desarrollo de la personalidad humana, la creación y el ensueño.

No otra es la concepción de la democracia de los soldados ingleses interrogados por Laski. Libertad, sí; pero no la libertad fantasmal del *laissez faire*, traducida, en la práctica, en un dejar hacer para los que poseen y en un dejar pasar para los que trabajan. Libertad como «conciencia de necesidad». Libertad, para decirlo con Graham Wallas, como «la

oportunidad de una iniciativa continuada», sin más límites que la evolución ascendente de la sociedad y el perenne refloreamiento del espíritu humano.

La lección deducida por Harold J. Laski de esta memorable experiencia es reconfortadora y terminante. «Ahora —concluye— es el momento de organizar las condiciones de un mundo mejor, porque así daremos a los ejércitos de la democracia el arma suprema de la esperanza y evitaremos que las fuerzas de regresión, que basan sus proyectos sobre nuestra fatiga, aprovechen nuestras diferencias para alcanzar siniestras ventajas».

Los hombres que a pie firme y a pecho descubierto resistieron la brutal acometida nazi, impidiendo con su abnegación y heroísmo el establecimiento universal de la barbarie tecnificada, **no quieren, pues, ser indigna de su hazaña una nueva aurora despunta en la vieja Inglaterra, redimiéndola en parte de sus grandes pecados contra la libertad y la democracia.**

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

Aliados por conveniencia

La vida como servidumbre es hoy el rasgo predominante de muchas de las «repúblicas dolorosas» de nuestra América. El despotismo político se ha enseñoreado incluso de países otrora ensalzados por el respeto de sus conductores a las instituciones democráticas. Millones de hombres y mujeres están «viviendo» sometidos, por una parte, a un sistema depauperante de subconsumo, y a merced, por la otra, de autócratas, camarillas u oligarquías que, habiéndose adueñado del poder por la violencia, el soborno o el fraude, detentan sus destinos mediante expedientes y métodos que muy poco difieren de los empleados por los fascistas, los nazis y los falangistas.

No empece ello, sin embargo, para que sus untuosos y gárrulos heraldos en los organismos internacionales estén siempre prestos a encarecer las bondades de la democracia, a rendirle pleitesía a la Declaración de los Derechos del Hombre y a denunciar «los horrores del comunismo», sin que la tarifada abominación suscite la más leve reprimenda. La enajenación por empresas extranjeras de los recursos fundamentales para el desarrollo económico nacional es, por lo común, el trasfondo de ese vasto y hondo drama.

Durante largo tiempo, y especialmente a partir del estallido de la guerra fría, los rectores del gobierno norteamericano han considerado que era preferible

promover, apañar y proteger a los regímenes de fuerza en este hemisferio, por entender, con crudo pragmatismo, que su absoluta carencia de base popular los plegaría dócilmente, a cambio de proporcionarles armas y respaldo moral, a las exigencias de su estrategia internacional y a los reclamos de sus inversionistas. Dura experiencia y amargo desengaño ha sido el balance de esta imprevisora y vidriosa política. Esa retaguardia de naciones oprimidas y esquilmas por gobernantes que predicán lo contrario de lo que practican, es, precisamente, el talón de Aquiles del sedicente mundo libre.

El cambio operado al respecto, aunque todavía sin dimensión de profundidad, es tan ostensible que los mas impenitentes alabarderos de algunos dictadores hispanoamericanos han empezado a tronar, con furia jupiterina, contra una ingerencia que hasta ahora auspiciaron, y a motejar de traidores a quienes jamás la admitieron y solo se contraen, ya a sacar de su engaño al pueblo norteamericano, ora a demandar de su gobierno que, en estricto cumplimiento de principios y convenios internacionales, deje de otorgarle su respaldo y apoyo a quienes jamás tuvieron los de sus pueblos.

Ya la gente más avisada y sensible de las organizaciones democráticas de Estados Unidos se está percatando de que esos aliados por conveniencia constituyen peligrosa rémora y tremendo baldón: No es concebible lógicamente que pueblos vejados, perseguidos y hambreados por aspirar al pleno ejercicio de sus derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales se dispongan a morir por la esclavitud propia y la dominación ajena. Una colectividad puede ser capaz de jugarse, a cara o cruz, su albedrío y decoro. No se precisa apelar a ejemplos históricos. Sobran allá, acullá y aquí, vivos y admirables. Es harto problemático, por no decir imposible, que arriesgue voluntariamente una uña en holocausto de los mismos grilletes que la atormentan y humillan. Cosa tan elemental, sobada y sabida, suele olvidarse, a menudo, y de ahí ese grotesco espectáculo que mil veces se ha visto: dictadores con gorros frigios y gorros frigios haciéndoles el juego a los dictadores.

Hay, sin duda síntomas reconfortantes. Justamente esos que encolerizan a quienes, con tal de mantenerse en el usufructo del mando, entregan, a la par, autodeterminación y riqueza, sin parar mientes en sus funestas consecuencias. Mientras gozan de luz verde les importa un comino que manos intrusas rijan los asuntos internos de nuestras patrias. Y no solo alquilan periódicos y periodistas extranjeros para embaucar a diestra y siniestra y cuando les conviene no solo se enfurruñan temporalmente con sus congéneres del vecindario, sino que hasta

utilizan los proscenios mundiales para montar retóricas indignaciones. La ingerencia, en este caso, es válida en la medida que aproveche a sus fines.

En cuanto se rompe el embeleco, y hay periódicos y periodistas que les salen al paso a las patrañas remuneradas, el ingerencismo se trasmuta, de palanca de Arquímedes, en inri ignominioso para los adversarios. Y así resulta, peregrinamente, que son los ingerencistas los que nunca lo fueron por cubanos y amigos sinceros del pueblo norteamericano, y son antingerencistas los que fatigan la zalema y la dadiva con menosprecio de la soberanía y dignidad nacionales.

Eso hicieron Trujillo y Rojas Pinillas. Antes lo hizo Machado. Y no sería raro que alguno de sus imitadores llamara en, su apoyo, ya en pataleo final, y en defensa de cuanto mancillara, a sus adversarios mas recalcitrantes.

Para eso, y para cosas peores, hay que estar apercebidos en esta América nuestra que, nacida de la libertad, como de la raíz el fruto, se resiste heroicamente a ser «feudo» ni «capellanía» de nadie.

Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*; Editora Universitaria, Universidad Central de las Villas, 1966

La Conferencia de Bandung

La Conferencia de Bandung proyecta un haz de luz sobre la posición de los pueblos asiáticos y africanos en sus relaciones con el occidente. Sus acuerdos son asaz explícitos para llamarse a engaño. El ciclo de las dominaciones imperiales parece entrar en su ocaso. No por otra razón asume tan agrios y sombríos caracteres la actual pugna de poderes. Asia y África —renaciente aquella de su letargo de siglos, naciente esta a la vida propiamente histórica— han adquirido plena conciencia de su destino y de la coyuntura en que precisa encararlo. Insurgen a la palestra con una perspectiva ecuménica y con un acento preñado de resonancias humanas.

En esta su universal proyección estriba, precisamente, la significación y el alcance de la conferencia de Bandung. Su mensaje de paz, unidad, libertad y cooperación trasciende las concepciones excluyentes que hoy dividen, azuzan o enconan el mundo, poniendo incluso en peligro la sobrevivencia de la especie. Los pueblos asiáticos y africanos han sufrido en propia carne las consecuencias de la política de los compartimientos estancos y de las esferas de influencia. Saben que la independencia absoluta es imposible en una estructura internacional interdependiente; pero tampoco olvidan lo que entraña la dependencia. De ahí que

hayan afirmado su soberanía y su personalidad, como un acto de aproximación y simpatía a todos los Estados dispuestos a reconocer su derecho y su aspiración a vivir, libre y decorosamente, en la comunidad jurídica internacional. «La única vía que conduce a la paz —sostuvo un hindú— es el respeto recíproco mediante la superación racional de las diferencias y particularidades en la identidad fundamental de todos los hombres. El sojuzgamiento, la discriminación y el odio son fuentes de temores, discordias, revoluciones y guerras». Peregrina ocurrencia, sin duda, esa de que sean pueblos «paganos» los que renueven y expandan el ideal de igualdad y fraternidad del cristianismo primitivo.

La ausencia de occidente de la conferencia de Bandung ha sido puramente formal. Su presencia gravitó, de manera ostensible, en sus deliberaciones y postulados. Pero no sólo porque hubiera allí representantes de países que mantienen vínculos y compromisos con Estados Unidos, Inglaterra y Francia, o formen parte del sistema estratégico de defensa occidental contra la agresión comunista en Asia y África. Se debió, sobre todo, a que el occidente, incluyendo en este caso a Rusia, ha sido, y sigue siendo, el centro del poder colonial en el oriente y, a la par, monopoliza los secretos de la sumisión, de la devastación y de la muerte en masa, ya sufridas por un pueblo asiático.

Fue contra esos métodos de sujeción y exterminio —resultantes de una patológica acumulación de poder que tiende inexorablemente a la hegemonía— que se irguieron los pueblos reunidos en Indonesia. Eso explica su simultánea condena de todos los imperialismos y de la fabricación, experimentación y uso de las armas termonucleares. Y, asimismo, su cálida adhesión, a despecho de los rezongos de **Chou en Lai**, a la Carta de las Naciones Unidas y a la Declaración de los Derechos Humanos, piedras angulares, si su vigencia se universaliza e instrumenta, de la convivencia pacífica, de la cooperación internacional y del gobierno por consentimiento. Consecuencia de esa adhesión, fue el expreso repudio de las formas totalitarias de organización política y social y la dramática exhortación a la reducción de armamentos y a la aplicación de la energía atómica en beneficio de la humanidad. Nada se quedó en las gargantas. El texto de la declaración final contiene una corajuda advertencia al occidente. No habrá paz, ni puede haberla, sin libertad política, desarrollo económico, respeto a las creencias, igualdad racial y acceso a la cultura y bienestar social para todos los pueblos. Ni habrá sosiego espiritual, ni puede haberlo, mientras penda la amenaza de una guerra total.

En la conferencia de Bandung, Rusia intentó arrimar su sardina a la brasa a través de la China roja y sus satélites; pero no fue menos claro y enérgico el alto al

imperialismo soviético y a los planes expansionistas de Mao Se Tung. Para los pueblos asiáticos y africanos, el coloniaje es tan abominable bajo el signo de occidente como bajo el signo de oriente.

Las naciones «inferiores» y «atrasadas» de Asia y África, acaban de darle una severa lección a las naciones que se precian de «superiores» y «progresistas». La libertad, la justicia y la cultura han hablado por ellas. No se equivocó el Vaticano al saludar, jubilosamente, los pronunciamientos de la conferencia de Bandung. Milagros de la fuerza moral.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

Entre la libertad y el miedo

Germán Arciniegas figura, por derecho propio, entre los escritores representativos de América. Se le conoce, lee y admira en todos los pueblos de habla española. Varios de sus libros tienen ya categoría de clásicos. Médula y estilo se conjugan ejemplarmente en las ágiles, brillantes, cálidas y jugosas páginas de *América, tierra firme*, *Los comuneros* y *Biografía del Caribe*. En Cuba es autor muy leído y particularmente apreciado. No en balde es mitad colombiano y mitad cubano. La sangre que colorea y enciende su prosa es sangre mambisa. Germán Arciniegas es nieto de Perucho Figueredo.

Supe yo eso en viaje que juntos hicimos al retornar de Caracas, tras de asistir a la toma de posesión de Rómulo Gallegos, electo presidente constitucional de Venezuela por una torrenciosa de sufragios. Conversábamos precisamente sobre Cuba, cuando de súbito me dijo: —¿Sabe usted que yo también soy cubano? Y, antes de que pudiera manifestarle mi sorpresa, extrajo de su maleta de mano tres preciosas estampas, publicadas en *El Tiempo de Bogotá*, en las que refería, con varonil ternura, la historia de sus antepasados bayameses. El periódico *El Mundo* las reprodujo varios días después en esta misma página. Son, por su fina calidad literaria y su rico sabor humano, piezas de valor antológico. No resulta ocioso recordar que el acendrado fervor de Arciniegas por su linaje cubano inspiraría el documentado y amoroso estudio que le dedica Federico Córdova Quesada, en libro que auspició la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, cuando estuvo a mi cargo.

La polifacética obra de Germán Arciniegas se ha enriquecido sobremanera con la reciente publicación de su libro *Entre la libertad y el miedo*. Fue originalmente concebido y escrito para una editorial norteamericana. La edición en

lengua inglesa apareció hace algunos meses. Acaba de salir de las prensas de México, en pulquerrima envoltura, la edición española. Ambas están ofrendadas a su esposa Gabriela, a su amigo Jorge Soto del Corral y a los campesinos anónimos de Colombia, perseguidos sin piedad cristiana porque amaban una cosa buena: la libertad.

Entre la libertad y el miedo es testimonio vivo de una de las más dramáticas coyunturas de la vida hispanoamericana. Ni que decir tengo que es un libro de carácter político, tono beligerante y lenguaje directo. Hasta ahora Arciniegas había examinado el tema de América desde una perspectiva puramente cultural. Es esta la primera vez que se encara políticamente con los apremiantes y enmarañados problemas de la patria común. La «vasta conspiración desatada contra la democracia, las libertades y el respeto a la dignidad humana», que tiene hoy por teatro a nuestra América, es la trama fundamental de este libro.

Entre la libertad y el miedo es un análisis penetrante, lúcido y severo de la paradójica dualidad en que nos debatimos. Hay dos América. Una, la visible, que trompetea su adhesión a la democracia en los aerópagos internacionales y presa de miedo, persigue, encarcela, tortura y mata a espaldas de los documentos que suscribe y exalta. Otra, la invisible, en la cual se suprimen constituciones, disuelven parlamentos, clausuran universidades y proscriben sindicatos. Las muchedumbres oprimidas y esquilgadas de esa América afanosa de libertad, que sufre, sangra y lucha por la democracia, «guardan con amor las palabras iniciales que hicieron de las antiguas colonias pueblos independientes». Esa América invisible es la «real, objetiva y verdadera».

Dictadores, polizontes, carceleros y verdugos desfilan, en sombría procesión, por las páginas de *Entre la libertad y el miedo*. La luz de la libertad apenas se filtra por los escasos entresijos de la tupida fronda de bayonetas. El proconsulado, la junta y el neofascismo son las formas dominantes de gobierno en el hemisferio que se proclama portavoz de los derechos humanos y reserva de la democracia. Solo la mudez, la ignorancia y la miseria pueden proliferar a la sombra del miedo. «Sería fácil reducir a dos personajes únicos —concluye Arciniegas— todo el drama de ese pedazo de América: el dictador y el pueblo».

No cabe ya duda de que la cortina de hierro europea tiene su correlato en la cortina de plomo americana. Esa es la realidad monda y lironda que arrostra hoy la mayoría de nuestros pueblos y que la república líder del llamado mundo libre apaña y usufructúa, en flagrante contradicción con la política de buena vecindad y los principios universales que defiende. Los dictadores en ejercicio y los aspirantes a

serlo conocen ya el truco. Basta declararse anticomunista y plegarse a determinadas exigencias para obtener el derecho a la escarapela y al mando disoluto y arbitrario. Arciniegas exhibe descarnadamente esa realidad a la hora de distribuir responsabilidades.

La voz que ahora acusa no puede tildarse de interesada. No se trata en este caso de un político desplazado, ni de un militante revolucionario. Es la voz limpia, veraz y máscula de un escritor independiente, que se sintió obligado, por imperativos de conciencia, a abandonar sus actividades universitarias y sus investigaciones históricas para «acercarse a la realidad, mirar de frente y hablar claro». Voces así fueron ayer las de Domingo Faustino Sarmiento, Juan Montalvo, Manuel González Prada, Justo Sierra, Enrique José Varona y Manuel Sanguily. Y, por eso, aún resuenan, esclarecen e incitan. Es América —la América que prefiere la libertad al miedo— la que acusa en la voz de Germán Arciniegas.

Tomado de *Viento Sur* [Trabajos y artículos], Editorial Selecta, La Habana 1953

La agonía de Gandhi

El ayuno voluntario iniciado por **Mohandas K.** Gandhi presagia concluir trágicamente. Empobrecido su endeble organismo por los años y por el constante bregar de estos últimos tiempos, ofrendados a la independencia de su pueblo, el Mahatma hindú se extingue lentamente, sobre una humilde estera, en el fulgido palacio de Agha Kan. Aún conserva la mente lúcida y el espíritu en **piernas**, el corazón fatigado parece ya a punto de traicionarle.

No es esta la primera vez que el ardiente apóstol de la **satyagraha**, que «el hombrecito débil, de clara flaca, con grandes orejas separadas, vestido con ruda tela blanca, desnudos los pies e incansable en el trabajo» —según la plástica versión de Romain Rolland—, apela al extremo recurso de la huelga de alimentos; pero nunca en circunstancias tan dramáticas, ni con exigencias tan definitivas. Su pueblo espía, con un nudo en la garganta, las más leves señales de su estado y levanta su trémulo ruego al cielo indiferente.

Hasta nosotros solo llegan las escuetas noticias de las agencias controladas. Resulta fácil captar, sin embargo, entre líneas, la honda inquietud que su creciente gravedad suscita en los centros responsables de las Naciones Unidas. Ninguna derrota sería más terrible, para estas, que el holocausto de Gandhi por los mismos principios que declaran defender. ¡Macabra burla, en verdad, la de su recuerdo

macerado para quienes están despilfarrando generosamente la vida por el advenimiento de un mundo libre y justo!

La debilidad de Gandhi se agudiza por minutos. Sus médicos desesperan ya de salvarlo. Los líderes del movimiento encabezado por Gandhi y figuras representativas de los partidos políticos y grupos significados de la India, se han dirigido, en patética apelación, al virrey, al gobierno británico y al enviado especial del presidente Roosevelt. El primero ha respondido, altaneramente, con un libro blanco, en que se acusa a Gandhi de haber desatado un movimiento sedicioso contra la dominación injusta y se niega, en consecuencia, a ponerlo en libertad sin condiciones. El gobierno británico y el enviado especial de Roosevelt, han dado, hasta ahora, la callada por respuesta. Ni siquiera los intelectuales de uno y otro país han demandado la suspensión de su arresto, como si la libertad de Gandhi y la independencia de la India no formaran parte del esfuerzo de guerra contra la **Florecia** del eje totalitario. Los intelectuales cubanos, que no pierden coyuntura para calzar un papel público de protesta, tampoco han dejado oír su condenación.

Sobremanera sospechoso parece este silencio. Demuestra, por lo pronto, que la mayoría de nuestros escritores y artistas se mueven por control remoto. ¿Es que no pueden adoptar postura alguna que no venga previamente certificada?

Justísimo la protesta por la aprehensión de cualquier comunista, nacionalista revolucionario o luchador por el mejoramiento de su patria. Se trata de actos de típica factura autoritaria. ¿Pero acaso el arresto de Gandhi es una expresión genuina del espíritu democrático? ¿O es, por el contrario, un acto de pareja filiación que los anteriores? No inspiran a los antifascistas motivos más nobles que a Gandhi: el afán de este es la absoluta independencia de la India como condición previa a su efectiva y plena incorporación a la lucha contra el fascismo. En otras palabras: Gandhi aspira a que su patria —puro reservorio de materias primas y de fuerza de trabajo— esté presente en esa lucha, mostrándose como ejemplo a los pueblos hoy sojuzgados por el nazismo y como testimonio inequívoco de que la nueva era, prometida a tambor batiente, alumbrará ya el horizonte milenario de un país que tuvo una cultura próspera y reclama su autodeterminación nacional. La cuestión planteada por Gandhi solo puede promover el júbilo y la adhesión de los hombres libres y de los pueblos que aspiran a una convivencia internacional fundada en el respeto mutuo pero, particularmente, de aquellos que, como el nuestro, han pugnado sin desmayos por labrar su propia vida sin interferencias ni supeditaciones.

Gandhi prestó su leal cooperación a la Gran Bretaña, durante la Guerra pasada, a cambio de la autonomía para la India. Se abstuvo sin embargo de

desencadenar la violencia como réplica al incumplimiento de la promesa. Los principios cardinales del **satygraha** y su concepción religiosa de la política se lo impedían. Nada más ajeno, a nuestra perspectiva histórica, que su táctica y su estrategia. Ni nada más en contradicción con el fascismo, que su teoría de la dignidad humana. Cuando las hordas de la barbarie tecnificada invadieron a Polonia, Gandhi pronunció estas palabras: «Hitler no conoce otro dios que la fuerza bruta». Y, al oponerse resueltamente al plan Cripps, que aplazaba hasta la posguerra la solución del problema de la independencia hindú, no faltó, sin embargo, quien le tildase de **nazófilo** e incluso de convivencia con los japoneses.

Alguien ha dicho, recientemente, que «el ayuno de Mahatma Gandhi es un chantaje al imperio británico». No faltará tampoco, a buen seguro, si un estallido popular subsigue a su muerte, quien lo acuse de quintacolumnista y acaso intente ver en su magra figura un correlato hindú de **Quisling**, de Laval o de Franco. Cabe presumirlo todo, cuando se recibe en una capital democrática, como pro aliado, a un falangista convicto y confeso, en tanto se mantiene a treinta mil republicanos españoles presos en el norte de África. Esta torva conjura, enraizada en los círculos reaccionarios de las Naciones Unidas, interesados exclusivamente en salvar sus beneficios, es uno de los más poderosos obstáculos a la creación de una auténtica unidad popular contra el eje totalitario.

Hay que poner las cosas en su sitio. La atención de los pueblos se concentra hoy en la llameante y afilada vestidura carnal de Mahatma Gandhi. La cuestión de la independencia de la India está puesta a la orden del día. No se trata ya, por su profundidad y dimensión, de un problema factible de resolverse, como se pretende erróneamente, por un tratamiento compulsivo, como si la India fuera una empresa privada y Gandhi un réprobo. El derecho de la India a su independencia puede negarlo el fascismo, sin violentar su naturaleza imperialista; pero, no pueda objetarse desde el campo antifascista, sin contradecir los principios fundamentales de la libre determinación de los pueblos y de la soberanía popular. Las razones aducidas por el gobierno de Winston Churchill, aplazando la **pumaswaraj** hasta la posguerra, constituyen, a la luz de la Carta del Atlántico, una flagrante negación de sus supuestos de existencia.

¿Y por qué posponer ahora lo que se promete conceder después? ¿O es que se pospone ahora, precisamente, para escamotear luego la oferta?

A nadie puede interesarle más que al gobierno británico deshacer este equívoco, que siembra de ponzoñosos celos el horizonte de los pueblos pequeños. Y, ninguna contingencia más adecuada que esta, en que el ayuno voluntario de

Gandhi ha puesto en dramática tensión al pueblo hindú y ensombrecido el curso de la guerra contra el Japón. Ni que decir tiene que determinados sectores financieros e industriales de Inglaterra, explotadores tradicionales de las riquezas inagotables de la India a expensas de su miseria y atraso, sufrirán un profundo quebranto en las ganancias y dividendos con su independencia; pero, ganaría el pueblo inglés, el gobierno de Churchill y la causa propugnada por las Naciones Unidas. ¡Cómo perderían, en cambio, en la conciencia de los pueblos, si persisten en su actitud intransigente y el apóstol de la heroica dulzura, el férvido pregonero del **satygraha**, el traductor de Platón, el discípulo de Tolstoi, el émulo de Sócrates, muriese!

La responsabilidad de esta muerte, dígame lo que quiera, no caerá, precisamente, sobre Gandhi, ni sobre el pueblo hindú. Caerá, de manera inexorable, sobre los que no supieron evitarla a tiempo. De acontecer ello, la Carta del Atlántico tendría su primer mártir. «Nuestra lucha —ha afirmado el quijotesco hombrecillo que simboliza hoy la voluntad inalienable de un pueblo ilustre en la historia de la cultura— tiene por fin la amistad del mundo entero. La no violencia ha llegado entre los hombres; y **quedan**. Ella es la anunciadora de la paz del mundo».

No es esta la ocasión de plantear las discrepancias con el ideario político y social de Mahatma Gandhi. Ni tampoco, de controvertir sus singulares métodos de lucha. Idealista y práctico, se denomina él mismo. Rabindranath Tagore, el delicado poeta de **Gitangali** —horno rebosante de líricas fragancias— habla, conmovido, de «su naturaleza simple, modesta y pura». Y, también, de su «santidad» y de «la serenidad que envuelve a todos sus combates». El inglés Andrews, su amigo y discípulo, recuerda, ante su ternura inflamada, la frase memorable de Goethe en Valmy: «Un nuevo heroísmo, aprendido en el sufrimiento, ha levantado sobre la tierra una nueva guerra del espíritu.» «A Gandhi —escribe Romain Rolland— no le falta sino la cruz». «Este hombre dulce y piadoso —postula José Carlos Mariategui— es una de las mayores figuras de la historia contemporánea».

Si los movimientos populares enderezados a transformar las relaciones de convivencia nunca han alcanzado su objetivo mediante el ayuno, la oración o el aforismo, no es vía eficaz de comprensión calibrar los gestos personales de resonancia colectiva, prescindiendo de la constelación histórica en que se producen. Se puede discutir el estilo de conducta política asumido por Gandhi. Se puede hasta impugnar la totalidad de sus ideas. Lo que no puede negarse es que el estilo político de Gandhi, incluso el sustrato religioso de su pensamiento, responde a fuerzas, intereses, usos, mitos, convenciones, formas y anhelos aún operantes y válidos en la vida cotidiana de la India. No de otra raíz le viene su profética ascendencia y su

multitudinario arrastre. Por su insólita capacidad de resistencia activa, algunos lo juzgan un gran revolucionario. Por su requisitoria contra la gran industria y la **mecanolatría**, otros lo reputan tradicionalista. En esta ocasión, empero, precisa, ineludiblemente, rubricar sin reservas, el juicio que otrora formulara Pandit Jawaharlal Nehru: «Revolucionario o reaccionario, lo cierto es que ha cambiado la faz de la India; ha dado orgullo y fuerza de voluntad a un pueblo humillado y desmoralizado, ha inyectado alas masas vigor y conciencia y elevado el problema de la India a categoría de problema mundial.» Y, asimismo, anhelar, parejamente, que trasponga vivo .la dura prueba que se ha impuesto y su pueblo recobre la independencia perdida.

Es terrible; pero, así es. Mientras los jefes de las Naciones Unidas se embriagan con capitosas peroratas y felicitaciones reciprocas, **Mohandas K. Gandhi**, el último santo de la libertad, yace, olvidado y moribundo, sobre una humilde estera, entre columnatas de jaspe y la cólera reprimida de su pueblo, prolongación ejemplar de su espíritu irreductible. No puede contemplarse en calma esta agonía vertical sin detrimento del decoro humano.

Tomado de *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*; Editora Universitaria, Universidad Central de las Villas, 1966

Tormenta en Egipto

La dramática nacionalización del Canal de Suez absorbe hoy la atención internacional. Sobremanera tensa era ya, desde hace unos meses, la situación en el Oriente Medio; pero sin que amenazara efectivamente, todavía, la estructura política y militar creada por las potencias occidentales en el Mediterráneo. La abrupta medida del coronel Gamal Abdel Nasser varió, radicalmente, el panorama: el fantasma de la guerra fría se trocó, de súbito, en corpórea inminencia de guerra caliente. Mayúscula ha sido la sorpresa de Londres, París y Washington. Ninguna de las cancillerías interesadas en la polémica zona, excepción de la soviética, esperaba este desafiante paso del gobierno egipcio, que entraña, en rigor, una virtual declaración de guerra a la Gran Bretaña.

La turbia atmósfera suscitada por los agravios, resentimientos, complejos e intereses en conflicto, dificulta el examen objetivo del problema. Cada uno lo ve y juzga de acuerdo con la posición que ha adoptado en la actual lucha de poderes que conmueve al mundo. Se eluden esenciales motivaciones históricas y flagrantes yerros de la diplomacia occidental. Ni siquiera se pregunta de parte de quien están la

razón y el derecho. En último análisis, la cuestión se plantea en términos de disyuntiva inexorable: o con el «mundo libre» o con el «mundo esclavo».

Ni que decir tengo que yo estoy, abiertamente, contra el «mundo esclavo» — personificado por la Unión Soviética— ; pero, sólo estoy con el mundo libre» en la propia medida que signifique la genuina contrapartida de ese «mundo esclavo» y su política conduzca a la plena realización de los hermosos principios que enarbola. Entre ellos figura uno que resplandece en la Carta del Atlántico y es la garantía misma de la integridad y desarrollo de los pueblos débiles: la autodeterminación nacional. Dejaría de ser ipso facto cubano, si no lo suscribiera. En ese principio, se fundamenta nuestra existencia histórica como nación independiente y es la clave profunda del ideario político de José Martí.

«En el pasado —ha dicho nuestro genial veedor— está la raíz del presente». No cabe, pues, entender la cuestión anglo-egipcia si se prescinde de su génesis. Egipto es uno de los pueblos más viejos del orbe. Incluso hay historiadores que siguen afirmando, no obstante el descubrimiento de las culturas sumergidas o atlánticas, que en el legendario país de los faraones y de las pirámides comienza, propiamente, la historia como proceso creador del hombre. Egipto, según Federico Nietzsche y Jacobo Bukhardt, alumbró el advenimiento del «milagro griego». El Egipto moderno, en cambio, vivió una vida vegetativa y totalmente subordinada a Inglaterra desde la pasada centuria. Era una mera dependencia de su imperio, y de las peor tratadas por pertenecer sus habitantes, en virtud de su pigmento, a una «raza inferior». No se olvide que el gobierno británico mantuvo siempre una política distinta para las colonias *sensu strictu* que para los dominios.

Eso explica, nítidamente, el régimen jurídico impuesto al Canal de Suez. La compañía propietaria, oficialmente radicada en El Cairo y residente en París, explota la vital arteria por una concesión arrancada al gobierno egipcio que se extinguirá en 1968. Las utilidades que percibe anualmente ascienden a noventa millones de dólares. El gobierno egipcio sólo percibe el siete por ciento de las utilidades netas. La mayoría de las acciones adquiridas por ingleses en la época de Disraeli están hoy en poder del gobierno británico. Ciudadanos franceses son los tenedores del treinta y cinco por ciento del total de las acciones.

El Canal de Suez, prodigiosa obra de ingeniería debida al genio de Fernando Lasseps, se inauguró el 16 de noviembre de 1869. La Convención de Constantinopla, suscrita el 29 de noviembre de 1888, por Inglaterra, Rusia, Italia, España, Turquía, Austria, Hungría y Holanda, garantizó la libertad de navegación

por sus aguas en tiempos de paz y de guerra. Egipto fue deliberadamente excluido de esa Convención, como Cuba del Tratado de París.

El Canal de Suez fue, en, puridad, desde su inauguración, un camino feudal del imperio británico. Era la vía obligada de su comercio con Asia y el mareducto de la mayor parte del petróleo que se consume en Europa. Mientras Inglaterra se beneficiaba con sus pingües rendimientos, Egipto, reducido política y militarmente a un protectorado de la corona, sólo percibía una porción, subalterna de las cuantiosas utilidades del tráfico marítimo por su territorio. En 1936 Inglaterra y Egipto firmaron un pacto, a tenor del cual aquella se arrogaba la custodia militar del canal. Hace unas semanas —coronación de las negociaciones iniciadas a raíz del derrocamiento de la monarquía— los últimos soldados ingleses evacuaron Egipto y este adquirió plenitud de soberanía sobre el Canal de Suez, sin que sufriera merma o menoscabo alguno la compañía que tiene a su cargo su administración y disfrute, ni se contraviniesen las cláusulas del Convenio de Constantinopla.

El 26 de julio del año en curso el coronel Gamal Abdel Nasser, presidente de Egipto y heraldo del Islam, nacionalizó sorpresivamente el Canal de Suez y se desató la tormenta.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

Raíces del conflicto angloegipcio

Un somero análisis de los móviles que inspiraron la apertura del canal de Suez, de las condiciones que se impusieron a Egipto y del sistema unilateral de su explotación económica —todo a la mayor gloria y provecho del imperio británico— permite afirmar que, en el conflicto actualmente en desarrollo, la razón y el derecho están de parte del pueblo y el gobierno egipcios. **En el orden de los principios en que fundamenta sus títulos a la dirección ideológica el «mundo libre» nada cabe objetar.** La sorpresiva decisión del coronel Gamal Abdel Nasser es un acto jurídico de soberanía interna, legitimado por el derecho internacional. Su semejanza con la nacionalización de las empresas petroleras en México por el gobierno del general Lázaro Cárdenas es harto visible. El propio país .que la disputa y rechaza poco puede alegar en esa materia. Inglaterra, durante el régimen laborista, nacionalizó cuanto le vino en ganas sin pedirle permiso a nadie y, con toda seguridad, se hubiera opuesto a todo tipo de ingerencia al respecto. Su causa, desde este punto de vista, está moralmente perdida ante la conciencia internacional.

El problema, sin embargo, se torna sobremanera complejo y se carga de implicaciones y consecuencias que afectan al destino humano cuando se enfoca desde el ángulo pragmático de la correlación de fuerzas en pugna en la arena mundial. Si es evidente que el gobierno egipcio tiene la razón histórica y la fuerza del derecho de su parte, es cierto, asimismo, que está jugando una carta muy peligrosa y no precisamente al servicio de su pueblo. La Unión Soviética desempeña en el actual conflicto el papel que otrora ha desempeñado Inglaterra. Utiliza los legítimos agravios, resentimientos y aspiraciones de un tercero para arrimar la brasa colonial a la sardina imperialista. Su papel ha sido fundamental en la génesis inmediata del drama y de su conducta dependerá, en gran medida, la naturaleza de su desenlace. El propósito manifiesto de las potencias Occidentales de mantener a los países «subdesarrollados» en la órbita de su **in**dependencia política y económica, añadido a su torpeza diplomática y a su incapacidad de previsión histórica, ha sido el otro factor determinante de la crisis planteada y de la inminente amenaza de guerra que se cierne sobre la humanidad. Sería ingenuo pensar que las operaciones bélicas quedarían circunscriptas al escenario geográfico de la controversia.

Si bien las raíces de la creciente tensión anglo-egipcia se remontan a los albores de la segunda guerra mundial, sus elementos desencadenantes se han producido ante nuestros ojos con ritmo vertiginoso. La crisis aflora en términos violentos a partir de la denominada revolución nacionalista encabezada, nominalmente, por el general Naguib, y, dirigida, efectivamente, por el coronel Nasser. Aquella insurgencia de tipo militar, apoyada con explosivo ardor por las muchedumbres fanatizadas y famélicas de Egipto, promovió la ojeriza, la desconfianza y la sorda hostilidad de Inglaterra y de Francia. Estados Unidos adoptó, en cambio, una actitud equidistante ante la nueva situación creada. No la calorizaba; pero tampoco la combatía. El derrocamiento del general Naguib descubrió los verdaderos móviles y objetivos de la revolución egipcia. Aumentó la tensión con Inglaterra primero, y en seguida con Francia, al generalizarse la rebelión en sus colonias y dependencias del norte de África. La dictadura franquista abdicó, a tiempo, su soberanía, ya puesta en solfa, y otorgó la independencia al Marruecos español. Francia, por el contrario, decidió defender, a sangre y fuego, su vacilante estructura imperial. No resulta aventurado presumir que Nasser ha estado proporcionando constante ayuda material y moral a los argelinos.

Sin embargo, la necesidad biológica de conservar el Oriente Medio dentro de su esfera de influencia obligó a Inglaterra, a Estados Unidos y a la propia Francia a hacerle **carantoñas** al régimen de Nasser. La construcción de la represa de Aswan,

indispensable para el desarrollo económico de Egipto, fue hábilmente introducida por Nasser en el tablero de la discordia entre occidente y oriente. Su petición a Inglaterra y Estados Unidos de que financiaran la costosa empresa corría, pareja, con su compra de armamentos y de aviones de retropropulsión a Rusia y su progresivo acercamiento a Tito y a Nehru, aparentemente campeones de la coexistencia y de la paz y, en el fondo, alfiles inconscientes en el juego de ajedrez de la expansión soviética. La agresiva protesta de Inglaterra y Estados Unidos contra el gobierno egipcio por haber roto la paridad militar árabe-israelita, fue respondida por Nasser con una invitación oficial al canciller soviético Dimitri Shepilov, a que asistiera a la evacuación de las tropas inglesas del canal de Suez. Rusia, a su vez, se había apresurado a insinuarle a Nasser que se encontraba en disposición de financiar la represa de Aswan, en caso de que Inglaterra y Estados Unidos desistieran de su ofrecimiento.

La réplica de Inglaterra fue esta vez vía Washington. El canciller John Foster Dulles manifestó, con su típica crudeza y excepcional miopía, al embajador egipcio, que le había ido a visitar precisamente para comunicarle que Nasser aceptaba el financiamiento anglo-norte americano de la represa de Aswan, que su gobierno carecía ya de interés en la ayuda económica a Egipto y daba por canceladas todas sus ofertas. Anthony Eden se produjo, *ipso facto*, con igual tono y en idéntico sentido. La prensa inglesa y norteamericana alabó, con marcial retórica, la vigorosa y resuelta actitud de sus respectivos gobiernos y calificó incluso de golpe maestro de la diplomacia occidental la decisión adoptada sobre la represa de Aswan.

Justamente tres días después, el coronel Nasser anunció en Alejandría, ante una multitud electrizada, que había resuelto nacionalizar el canal de Suez. La estupefacción inicial en las cancillerías occidentales dio paso, en seguida, a la indignación y a la amenaza. El temido peligro de una tercera guerra mundial, a nivel atómico esta vez, se alzaba en el horizonte. La desesperada medida de Nasser engendraría la desesperación de los afectados. El oso moscovita, en tanto, se frotaba el hocico de gozo, se afilaba las garras y observaba, cautelosamente, el enconado panorama.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

La salida de Egipto

El conflicto planteado por la nacionalización del canal de Suez evidencia la descomunal incomprensión de las potencias occidentales del problema del Oriente medio y del soterrado sesgo de las corrientes vitales del proceso histórico. La época en que se podían resolver compulsivamente este tipo de cuestiones concluyó con la segunda guerra mundial. No se suscribió en vano la Carta del Atlántico, ni cayeron en tierra baldía los principios preconizados por las Naciones Unidas en su lucha contra el eje totalitario. Los países sometidos a un régimen de tutela descubrieron el derecho a labrar su propio destino en el ejemplo de las naciones conductoras de esa lucha, autoerigidas en portavoces de la democracia, de la libre determinación de los pueblos y de la dignidad humana. Y, al encontrarse a sí mismos, se decidieron, en mayor o menor grado, a dar la batalla que antaño dieran, triunfalmente, Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos.

Esa es la raíz histórica de los movimientos revolucionarios y nacionalistas que sacudieron las colonias y dependencias de occidente apenas se signó el armisticio. Los pueblos árabes, ligados entrañablemente por la comunidad de religión, cultura, **miseria** y destino, se irguieron de consuno y constituyeron hoy una unidad racial, política y espiritual, en estado patente de rebelión.

Las potencias occidentales se apercibieron **la** encararse a la nueva situación por los medios tradicionales que aporta la concepción y la práctica imperialistas. En vez de atraerse al Islam con una política que reconociera sus ansias legítimas y promoviese su desarrollo económico, social y cultural, lo que hicieron fue, con inaudita torpeza, echarle combustible a la hoguera. No cedieron un ápice en su soberbia e irritante postura. Y, por si ello fuera poco, se apeló al chivo expiatorio del comunismo, como ha acontecido en nuestra América, para justificar lo injustificable.

Condenados secularmente a la indigencia, a la ignorancia y a la opresión en beneficio de otros, los pueblos árabes, herederos de una gloriosa tradición en el proceso de la cultura, aprovecharon las circunstancias favorables que le brindaba la coyuntura internacional para reconquistar sus derechos y satisfacer sus apetencias. Las potencias occidentales tenían en sus manos los arbitrios y recursos para contribuir a su desarrollo económico, a su progreso social y a la democratización de su vida política. No podía ser, en verdad, más dramático, el contraste entre el infrahumano nivel de vida imperante en esos pueblos y la enorme riqueza drenada de sus entrañas. Los vastos yacimientos de petróleo que les había deparado la naturaleza eran, paradójicamente, la causa de su pobreza, dependencia y atraso. Nada hicieron, empero, las potencias occidentales por aliviar ese patético y ominoso

estado de cosas. Permanecieron inmovibles y abroqueladas en una actitud análoga, a la mantenida por Rusia con sus satélites. Sembraron fustas y están recogiendo fustas.

De todas las naciones árabes, Egipto es la de más peso específico en la política internacional y la más importante por su grado de desarrollo, posición estratégica y pujanza política. Se la puede, desde luego, doblegar por la fuerza. Pero no es esa la solución efectiva y perdurable que los tiempos reclaman. No se trata de destruirla, sino de atraerla; se trata de convencerla y no de vencerla. Las medidas adoptadas por Inglaterra —congelación de los fondos egipcios, movilización de reservistas, envío de unidades navales a Malta y Chipre— y las vociferaciones melodramáticas de Francia, acuciada por la crítica situación de Argelia y el apremio de los tenedores de acciones, conducen a la catástrofe que, precisamente, se intenta impedir. Egipto puede ser derrotado, el gobierno de Nasser derribado y el canal de Suez ocupado; pero eso entrañaría, a plazo más, o menos largo, la ruptura total y definitiva de occidente con el mundo islámico en beneficio del comunismo totalitario.

El camino está en el acuerdo racional y la coordinación equitativa de intereses. No cabe discutir el derecho de Egipto a nacionalizar el canal de Suez siempre que indemnice a los perjudicados y preserve la libertad de navegación en tiempos de paz y de guerra a tenor de la Convención de Constantinopla. Egipto es una nación libre y soberana y nadie está facultado a intervenir en las decisiones jurídicas internas de su gobierno. Pero tampoco puede el coronel Nasser, so pretexto de un acto de soberanía, poner en peligro la paz mundial y dejar abiertas las esclusas a las aguas turbulentas de la expansión soviética. Si Inglaterra y Francia se han opuesto a su autodeterminación nacional —Estados Unidos ha asumido una posición conciliadora— Rusia lo incorporaría en calidad de vasallo a su sistema Imperial. De ahí que negociar, sin transigir, sea la única salida del callejón en que han metido a Egipto los imperativos de su dinámica interna, la torpeza de la política occidental y las incitaciones de la Unión Soviética.

El nacionalismo egipcio —resorte biológico y base política de la aureola popular del coronel Nasser— solo podrá salvarse acoplando sus ímpetus y necesidades a la interdependencia económica mundial y peleando por el advenimiento de un mundo de veras libre, democrático y próspero junto a los pueblos que repudian, a la vez, la cortina oriental de hierro y la cortina occidental de sables. Esa es la única tercera posición virtualmente factible y operante. La otra, carente de raíz y meta, sirve, de manera exclusiva, los designios e intereses del

imperialismo soviético, patológica excrescencia de una revolución socialista degenerada.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

La Conferencia Interamericana por la libertad de la cultura

En la mestiza y soberbia metrópoli que antaño fuera blando regazo de la autóctona y resplandeciente Tenochtitlán, acaba de efectuarse la Conferencia Interamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura, organización de defensa permanente de los **fueros** de la conciencia, de los derechos humanos y de la paz y, a la par, seminario de estudio y discusión de los problemas de nuestro tiempo. Pocas veces una reunión de intelectuales ha promovido tan vivo interés y tan fecundo revuelo. La esperanza y el escepticismo, la adhesión y el repudio, la loa y el vituperio, la han circundado **de** un halo polémico, corroborante de su necesidad e importancia.

Inmediatamente que fue convocada, sus adictos y sus adversarios se alinearon en posición de combate. La fe, el entusiasmo y el apoyo le vino de los agonistas de la libertad y su tono beligerante del silencio que brota de las tribunas, del gemido que asciende de las ergástulas y del clamor que surge de las tumbas, allende y aquende la cortina de hierro. Escritas, botafumeiros y zombies de los **estreses** mismos de izquierda y de derecha se conjugaron, significativamente, para procesarla, juzgarla y condenarla de antemano. Unos y otros extrajeron, de su bien provisto arsenal dialéctico, las más gruesas invectivas y las más difamatorias presunciones, metralla asaz conocida por los que se han negado resueltamente, a admitir el falso dilema que plantean en términos análogos. Harto obvios eran sus tangentes designios: intimidar con el apelativo de imperialista y con el marbete de comunista a quienes equidistan de los «congresos de la paz» y de las «anfictionías panamericanas» por entender que son paralelas que se cruzan y secantes que se cortan, a expensas de la miseria, la ignorancia, el trabajo, el albedrío y el decoro ajenos.

El maquiavélico truco —cambio ilegal de palabras en la bolsa negra de la semántica política— les había proporcionado, en otras ocasiones, primas jugosas. Pero esta vez les salió el tiro por **la culata ~ los rifleros** del nuevo orden totalitario y del viejo sistema imperialista. Ninguno de los intelectuales hispanoamericanos

invitados se dejó intimidar ni confundir y todos acudieron a la cita para examinar y discutir, sin ataduras ni orejas, las cuestiones que atañen y preocupan a sus respectivas naciones y a la gran patria común en esta coyuntura decisiva de la historia universal. Su descarnado, valeroso y soberano enjuiciamiento de la problemática continental y la ríspida, concreta y formal denuncia de los enemigos de la libertad del espíritu Río Bravo arriba y Río Bravo abajo, constituye la más clara y firme respuesta del pensamiento democrático americano a las focas amaestradas del Kremlin, a los papagayos de alquiler del macartismo y a los zorros evadidos de la neutralidad de la cultura, mero parche anfibiológico para encubrir, elegantemente, el espinazo flexible y la conciencia hipotecada. Este acto de genuina independencia política y espiritual implica el más efectivo paso que se haya dado, durante los últimos años, en el camino de la colaboración y solidaridad indispensables para presentarle batalla, en el frente ideológico, a las dictaduras y satrapías criollas y a las tendencias y estructuras de poder, continentales y extracontinentales, que interfieran, obstaculicen, mermen o impidan la autodeterminación nacional, el desarrollo económico, el progreso social y el ascenso cultural de los pueblos de este hemisferio. Testigo y actor de la Conferencia Interamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura, puedo y debo ofrecer a los lectores de «Bohemia» una información de primera mano de sus deliberaciones, pronunciamientos y acuerdos, a fin de que dispongan de suficientes elementos de juicio para valorar su significación y trascendencia.

El proyecto de llevarla a cabo se diseñó el pasado otoño **durante la conferencia de Milán** sobre el porvenir de la libertad, la de mayor envergadura y alcance de las celebradas hasta ahora por el tema en gestión y la asistencia de representantes de cinco continentes. Los delegados americanos concurrían, por primera vez, en proporción elevada, a los periódicos debates auspiciados por el Congreso. La conferencia de Milán planteó, en toda su crudeza, el problema de las verdaderas alternativas de la libertad en nuestro siglo. El análisis de una de esas alternativas, la más inmediata y esencial para los hispanoamericanos, motivó esta dramática y definidora advertencia: «Si el mundo democrático no es capaz de solucionar los problemas humanos, económicos, políticos y culturales de los pueblos o continentes subdesarrollados, sometidos éstos a dictaduras semibárbaras y a una explotación inhumana, corren peligro de caer bajo el totalitarismo comunista, que los utilizará contra nuestra civilización, y nuestro concepto de vida libre». De esas graves consideraciones, nació, precisamente, la idea de que un grupo de

intelectuales de ambas Américas se juntaran en México para ventilar, a fondo, los problemas que afectan al destino de la libertad en el Nuevo Mundo.

Atinada fue, sin duda, la elección de México como sede de este envite. Uruguay y Costa Rica —dechados de convivencia democrática en la selva de sables de la barbarie americana— pudieron haberse escogido por merecerlo a todas luces. Relaciones de vario linaje indujeron a optar por la vecina república. Hubiera sido absurdo, por lo demás, celebrar una conferencia sobre la libertad de la cultura en América en una porción de esta en que la libertad es aherrojada y la cultura perseguida.

La organización de la conferencia estuvo a cargo del Comité Ejecutivo Mundial del Congreso por la Libertad de la Cultura y de su filial mexicana. El temario objeto del debate general se desglosó en tres ponencias, confiadas, respectivamente, a Luis Alberto Sánchez, Arthur P. Whitaker y Eduardo Santos: «La libertad de la cultura en América Latina», «La libertad de la cultura en Estados Unidos» y «La colaboración de los países americanos en defensa de la libertad de la cultura». Agrupo, a seguidas, por países, a las personas invitadas. Argentina: José Luis Romero, Carlos Alberto Erro y Guillermo de Torre; Bolivia: Humberto Plaza; Brasil: Erico Verissimo y Stefan Bactu; Canadá: F. R. Scott; Colombia: Germán Arciniegas y Jaime Posadas; Costa Rica: Luis Alberto Monge; Cuba: Raúl Roa, Mario Llerena y Pedro Vicente Aja; Chile: Arturo Aldunate Phillips y Jaime Castillo Velasco; El Salvador: Luis Gallegos Valdés; Ecuador: Benjamín Carrión; Estados Unidos: Anthur P. Whitaker, John Dos Passos, Norman Thomas, Ralph Ellison, Mancel Cardoso y Frank Tannenbaum; México: Pedro de Alba, Salvador Azuela y Mauricio Magdaleno; Panamá: Rogelio Sinán; Perú : Luis Alberto Sánchez, Roberto Mc Lean, Manuel Vázquez Díaz y Luis Heysen; Puerto Rico: Jaime Benítez; Uruguay: Roberto Ibáñez y Sara de Ibáñez; y Venezuela: Gonzalo Barrios y Ricardo Montilla. Se nombraron invitados de honor a Rómulo Gallegos, Alfonso Reyes, Eduardo Santos y Francisco Romero. En su calidad de miembro del Comité Ejecutivo Mundial del Congreso por la Libertad de la Cultura, se designó presidente de la conferencia a Salvador de Madariaga y como vicepresidentes a José Luis Romero, Benjamín Carrión, Germán Arciniegas, John Dos Passos, Carlos Alberto Erro y a este prójimo.

No cabe negar que en la lista de invitados brillan por su ausencia las **luminarias** satélites del que ordena y manda en Moscú; pero, mal que les pese a sus empresarios isleños, algunos de los intelectuales hispanoamericanos mencionados tienen relieve universal en el campo de las letras y muchos gozan de excelente

reputación por sus dichos y sus hechos en la lucha por la libertad y la cultura en tierras subyugadas y exprimidas. Esos a que me refiero nunca han servido a Tirano Banderas ni a Mr. Cutting y nada tienen que ver con los crímenes de Stalin. Las luminarias satélites, en cambio, sin parar mientes en sus dichos, le han hecho el caldo gordo a Batista, Odría, Trujillo y Perón —**ya están al partir un confite con Franco— se arrodillaron ante Mr. Cutting cuando Rusia fue invadida por los nazis** y fatigaron el servilismo pregonando las señeras grandezas del hoy desacreditado y proscrito **demiurgo** de las más monstruosas iniquidades que recuerda la historia.

La sesión inaugural de la conferencia se efectuó en el Palacio de Bellas Artes. Fue presidida por Pedro de Alba, Salvador de Madariaga, Germán Arciniegas, Mauricio Magdaleno, Norman Thomas y Julián Gorkin. Los delegados ocuparon asientos especiales detrás de la presidencia. Un público heterogéneo llenaba la sala en actitud expectante. El largo transcurso de la ceremonia y el ritmo a veces desvaído de los oradores debió defraudar un poco a los oyentes. Los discursos pronunciados —excepción hecha del vibrante y enjundioso de Norman Thomas y de las pimentosas **ocurrencias de Madariaga**— se caracterizaron por sus cautelosos recordatorios, convencionales omisiones y sofrenados ímpetus verbales. Muy a tono con el aterciopelado ambiente, la sesión se disolvió, sin pena ni gloria, en humos de cortesías y en recíprocas zalemas.

El panorama cambiaría, bruscamente, al iniciarse las sesiones de trabajo en el auditorio del Seminario de Cultura mexicana, sito en el bosque de Chapultepec. El represado torrente saltó, indomeñable, al abrirse la reunión y darse lectura a un cablegrama del coronel Carlos Castillo Armas, adhiriéndose a la conferencia. La tajante repulsa al títere de la United Fruit la encabezó el uruguayo Roberto Ibáñez, con el pleno respaldo de los delegados. El inesperado incidente trajo al primer plano de la asamblea, repleta de exilados venezolanos, nicaragüenses, guatemaltecos y dominicanos, a los congéneres de Castillo Armas, desfilando, uno a uno, con su cohorte de verdugos, polizontes y soplones, y tras ellos el Tío que los aúpa, protege y azuza. Ninguno escapó a ese juicio sumario que anticipa la implacable sanción que les reserva la historia.

Las abominaciones mayores se las ganaron Trujillo, Rojas Pinilla, Pérez Jiménez, Tacho Somoza y Batista. El chileno Jaime Castillo Velasco propuso, y se aprobó, que se proclamara a Trujillo, «el máximo envilecedor de la cultura en América» y se le pidiera cuenta, a diario, del secuestro y asesinato de Jesús de Galíndez. Germán Arciniegas propuso, juntamente con Frank Tannenbaum, director

de su tesis de grado, que la conferencia le rindiera homenaje al escritor desaparecido por ser un héroe de la cultura y un mártir de la libertad. La Universidad de Santo Domingo, otrora huerto de sabiduría y escuela de dignidad, fue severamente apostrofada por su abyecta rendición a la tiranía y cálidamente alabada la Universidad de la Habana por mantenerse enhiesta y derramando claridades en circunstancias adversas. El general Rojas Pinilla fue declarado el más feroz enemigo de la democracia, la libertad y la cultura en la América meridional. Befa y escarnio se asociaron para condenar los bajalatos ensangrentados de Pérez Jiménez y de Batista. A Tacho Somoza, señor de vida y hacienda en la Nicaragua de Rubén Darío, se le prodigaron los más terribles epítetos. ¿Quién pudo barruntar siquiera que dos días después un vengador anónimo saldaría, con su vida, el fabuloso debe de las depredaciones y crímenes del victimario de Sandino?

Era lógico, y así fue, que a la procesión de analfabetos encumbrados por el fraude, la traición o la violencia, siguiera el desfile de los maestros de letra y conducta desterrados de sus patrias: férvido y vertical fue el tributo a Rómulo Gallegos, Eduardo Santos y Juan I. José Arévalo. Y, tremante de emoción liberal, el homenaje a José Ortega Gasset. De Jacobo Arbenz, cosaco de alfeñique con ínfulas de Lenin, nadie se acordó, ni quiso acordarse, ni falta que hacía.

En esa propia sesión se leyó y discutió la ponencia de Luis Alberto Sánchez sobre «La Libertad de la cultura en la América Latina». Prescindiendo de consideraciones sociológicas y filosóficas que la habrían alargado innecesariamente, el escritor peruano encaró el problema, a tenor de los hechos, en la prensa, la universidad, la escuela, las letras, las ciencias, las artes y las instituciones culturales subrayando de entrada la frecuente discordancia de aquéllos con las constituciones y leyes, paradigmas **abstractos** de mancillados principios. Intentaré resumir sus conclusiones en cada uno de los aspectos abarcados por la ponencia.

La libertad de **prensa** es puramente teórica en la mayoría de nuestros países y bastante teórica también en la institución continental encargada de defenderla, preocupada y ocupada, sobre todo, en garantizar los intereses patronales que representa. Los grandes rotativos suelen ser empresas mercantiles y no órganos al servicio de la sociedad. Se contraen, por lo común, a difundir las ideas de sus dueños y, muchas veces, sin que se lo exija el gobierno, a torcer, reducir o deformar los estados colectivos de opinión, en detrimento de la libertad de la cultura. En los regímenes dictatoriales, esas empresas operan —las excepciones confirman la regla— como silenciadores de sus desmanes, latrocinios, persecuciones, torturas y

crímenes. Abundan, asimismo, los diarios que sobreponen la promoción de espurios intereses extranjeros a legítimos intereses nacionales.

La autonomía docente y la libertad de cátedra son puro papel mojado en numerosas universidades hispanoamericanas. Intervenidas o supervisadas por el poder público, cuando no reclutados sus profesores en los bajos fondos de la vida intelectual, su faena queda subalternamente reducida a la producción en serie de técnicos y especialistas, liberados, por la intimidación o la **golpiza, de la funesta manía de pensar**». El régimen de autonomía y la libertad de cátedra solo dan frutos óptimos en una atmósfera limpia de ingerencias, trabas y coacciones. En ese sentido, la Universidad de la Habana constituye un caso insólito.

El maestro público es el peor remunerado de los burócratas y el menos .apreciado de los misioneros. Ni se le respeta, ni se le estimula, ni se le valora. Su cardinal papel en la formación ética y cívica del niño se ha trocado en obsecuente repetidor de nociones. De esa mixtificación y menoscabo, provienen, en buena parte, la crisis de la democracia y el drama de la educación.

Aparentemente, el cultivo de las letras se desenvuelve sin constreñimientos. Ocurre, empero, que hay escritores perseguidos, y libros puestos en el Index de la censura oficial. En Santo Domingo, Colombia, Venezuela y Nicaragua se prohíbe la circulación de libros, periódicos y revistas de orientación liberal y contenido democrático. **No es ello óbice**, sin embargo, para que gobiernos de torva factura, organicen —farsa inaudita— reuniones científicas, ferias internacionales y exposiciones de libros con la punible concurrencia de gobiernos democráticos y la gozosa cooperación de la Organización de los Estados Americanos. El escapismo a lo abstracto, pretérito u ornamental, y la servidumbre a las inverecundias del poder público, son notas muy acusadas en la literatura de los países sojuzgados. No faltan, desde luego, los escritores que han preferido el silencio deliberado a la fuga vergonzante y la cárcel o el destierro a la abdicación. Los regímenes policíacos no son el único obstáculo a la libertad de la cultura. El alto costo de los libros y la irrisoria capacidad adquisitiva de obreros, campesinos, estudiantes y profesionales, coadyuvan, también, a empobrecerla y debilitarla. El escritor es poco menos que un paria. Si no sucumbe su libertad, sucumbe su cultura, o sucumbe la libertad de la cultura.

En el campo de las ciencias naturales, la libertad de investigación, de crítica y de exposición apenas es dificultada por los gobiernos dictatoriales. Bueno es recordar, con todo, que cuando los investigadores y los sabios se rebelan a las imposiciones del poder, o simplemente se mantienen al margen, se les separa de sus

laboratorios y cátedras sin miramientos de ninguna clase, como aconteció con el profesor argentino Bernardo Houssay, premio Nobel de Fisiología. En el campo de las ciencias sociales —historia, sociología, economía política— la libertad de investigación, de crítica y de exposición sufre impedimentos y agresiones constantes. Se veda el examen de determinados problemas, la lectura de determinados libros y el conocimiento de determinadas doctrinas económicas y sociales. Los estudiosos de física nuclear están expuestos, a menudo, al expediente de limpieza de ideas y al sometimiento incondicional. En las artes plásticas, por el contrario, la libertad de creación es respetada e incluso estimulada, como acaece en México, más allá y más acá de discrepancias estéticas y ubicaciones ideológicas.

Las instituciones culturales son casi apéndices de partidos totalitarios, o del régimen imperante, y laboran, generalmente, bajo sus directivas y consignas. En algunos países democráticos, el Estado se ciñe a proteger la cultura y a salvaguardar su libre desarrollo, en los gobiernos dictatoriales, las actividades que denominan culturales son dirigidas, controladas y usufructuadas al estilo nazi, falangista o soviético. Ni la OEA ni la UNESCO se interesan ni preocupan por el problema de la libertad de la cultura en nuestra América, confinándose a esfuerzos desarticulados y económicamente desvalidos la lucha por su preservación o rescate. Las consecuencias de todas estas interferencias, menguas y restricciones a la libertad de la cultura y de sus inexorables corolarios políticos, psicológicos y sociales, se han traducido, y traducen, en una creciente obnubilación del espíritu crítico, en un visible deterioro de la fe en las instituciones representativas y en una actitud de conciencia proclive a absorber todos los fermentos y ponzoñas antidemocráticos, imperialistas y totalitarios.

El animado debate que siguió a la lectura de la ponencia de Luis Alberto Sánchez giró, primordialmente, en torno al problema de la libertad de expresión. El argentino José Luis Romero señaló, por sus nombres, a los amigos y a los enemigos de la libertad de la cultura. Sin libertad de expresión —arguyó— es sobremanera difícil que los pueblos hispanoamericanos puedan encontrar soluciones propias y adecuadas a sus necesidades elementales, supeditaciones foráneas y apetencias de libertad y de justicia. La libertad de expresión es un imperativo biológico para las naciones subdesarrolladas o dependientes, compelidas a defender su ser y propulsar su devenir mediante el análisis crítico y la denuncia pública del origen y procedencia de sus males, vicios y deficiencias. Salvador de Madariaga sostuvo que sin libertad de prensa no existe ninguna libertad. Pueden suprimirse otras libertades aisladamente; pero la supresión de la libertad de prensa trae, a la postre, la pérdida

de todas las libertades. Y apuntó que, a los peligros ya aludidos, había que añadir otro gravísimo y sutil, generalizado ya en los periódicos europeos y norteamericanos, que consiste en relegar a segundo plano las ideas y darle excesiva jerarquía a los sucesos. Germán Arciniegas, Benjamín Carrión y Roberto Ibáñez previnieron a la conferencia de que si aspiraba a contribuir, eficazmente, a la causa de la libertad de la cultura, debía condenar las transgresiones a la libertad de expresión y solidarizarse con los escritores y periodistas que padecen persecución, cárcel o destierro por ser fieles a su misión y a sus pueblos. Nada define más acerbamente el estado de sitio, que afronta la prensa en muchos países del continente —concluyó Arciniegas— que esta insolencia absolutista de Rojas Pinillas: «En Colombia la opinión pública soy yo».

Arthur P. Whitaker desarrolló su ponencia sobre «La libertad de la cultura en Estados Unidos» con sobriedad sajona, rigor tudesco y claridad latina. El profesor norteamericano comenzó su informe precisando las relaciones existentes entre la libertad de la cultura y las demás libertades. La libertad de la cultura no sólo supone la libertad de comunicación con los demás hombres y pueblos: afecta, asimismo, a la integridad de la persona humana, y todos sus juicios de valor, ya, sean políticos, económicos, morales, estéticos o religiosos.

Cuando los canales de expresión de la cultura no están siempre abiertos a la libertad —sentenció— pueden fácilmente pervertirse y transformarse en medios de dominación psicológica, política y social. En Rusia, fuera del politburó, todo el mundo es diente de rueda; y en Estados Unidos no puede trabajarse en física nuclear, a menos que se preste absoluta adhesión a la política del gobierno. La constitución norteamericana garantiza la libertad de palabra, de conciencia, de asociación y de reunión; mas a pesar de eso, la libertad de la cultura sufre algunas restricciones en el campo de la igualdad de oportunidades y se enfrenta a problemas que es perentorio resolver. El comunismo, por su carácter totalitario y su fuerza expansiva, es la más grave amenaza que pende hoy sobre la humanidad. Sin embargo, en Estados Unidos el peligro estriba, paradójicamente, en el anticomunismo, que se excita e incrementa con fines antidemocráticos y se usa como chivo expiatorio de los escritores independientes y de los espíritus libres.

Es indudable —aseveró Whitaker— que se ha progresado bastante, en el terreno de la discriminación racial, pero aún falta mucho por hacer y es un obstáculo importante para la libertad de la cultura. Y, recogiendo alusiones de delegados hispanoamericanos, finalizó su exposición diciendo que el gobierno de Estados Unidos, sea cual fuese la situación internacional, debía apartarse del reprobable

expediente de buscar la estabilidad de las naciones hispanoamericanas, dándole igual trato, y aún preferente, a los gobiernos dictatoriales.

Luis Alberto Sánchez abrió la discusión sobre la ponencia de Whitaker. Encareció la necesidad de abolir toda discriminación como medio de afianzar la libertad de la cultura en el hemisferio y propuso que la conferencia se manifestase en favor de la igualdad de oportunidades para la conquista y disfrute de los bienes materiales y espirituales. El argentino Carlos Alberto Erro enjuició, acremente, las restricciones a la libertad académica en Estados Unidos e instó a Whitaker a que aclarase hasta qué punto eran válidas las censuras de Stephen Spender al estado de sumisión impuesto a los escritores de su país. Luis Alberto Monge, costarricense, señaló que la actitud combativa de Estados Unidos contra la amenaza comunista había desembocado en un anticomunismo histérico que, en vez de constituir una defensa de la libertad, se torna en camisa de fuerza para los intelectuales y fomenta en los dirigentes obreros hábitos, métodos y sentimientos antidemocráticos. Mario Llerena atacó, frontalmente, las dictaduras hispanoamericanas y se pronunció en favor de una estricta separación de la iglesia y del estado. Ralph Ellison, único delegado negro asistente a la conferencia, obtuvo una salva de aplausos al declararse descendiente de esclavos y propugnar la igualdad de todos los hombres en un régimen de libre, justa y pacífica convivencia. El chileno Arturo Aldunate Phillip analizó los problemas planteados por la deshumanización de la técnica y la alineación del obrero y adujo que el señorío del hombre sobre la máquina es premisa indispensable para la salvación de la libertad y de la cultura. Con sorda irritación y dificultoso manejo del español, Frank **Tanneobaum** intentó explicar la razón profunda del predominio de la violencia, del centralismo político y del caudillaje en la América hispana con argumentos desempolvados, unos del Cesarismo democrático de Laureano Vallenilla Lanz, y con otros que escamoteaban la influencia determinante, en muchos casos, de las empresas y monopolios extranjeros en el cariz y sesgo de nuestros asuntos internos. Fue una pitada descomunal. Roberto Ibáñez le salió al paso con vehementes palabras, salpicadas de citas de Bolívar, Juárez y Martí. El novelista John Dos Passos se adelantó a la mesa y liquidó el infortunado conato de guerra civil. Su colega Enmanuel Cardoso cerró la sesión con un cálido llamamiento a la mutua comprensión y estima de los auténticos valores culturales de ambas Américas.

La lectura de la ponencia sobre «La colaboración de los países americanos en defensa de la libertad de la cultura» consumió **casi todas las horas** de una gélida mañana. Su autor, Eduardo Santos, desterrado ex-presidente de Colombia y ex-

director del suprimido diario *El Tiempo* de Bogotá, entró derechamente al ruedo y con la serenidad, inteligencia y bravura del diestro cogió el polémico tema por las astas. La colaboración de los países americanos en defensa de la libertad de la cultura —postuló categóricamente— es factible, benéfica y en no poco grado necesaria; pero sólo en la medida en que se fundamente en un criterio de mutuo respeto y recíproca deferencia y responda a un efectivo concepto de la buena vecindad, excluyente, por naturaleza, de pretensiones indebidas, presiones mortificantes o intromisiones abusivas. Este previo planteamiento lo llevó, como de la mano, al candente tópico del imperialismo. Había irrumpido en la plaza el toro más fiero de la corrida.

No eludió sus embestidas el avezado ponente. En vigorosos trazos, revivió la historia del imperialismo norteamericano, de sus diversas modalidades y de sus amargos frutos, particularmente en la turbulenta región del Caribe. Nada olvidó ni omitió: ni sus despojos, afrentas y atropellos, ni la tenacidad, entereza y denuedo de nuestros pueblos y de sus escritores más representativos —Martí, Varona, Sierra, Sanguily, Rodó, Ingenieros, Sanín Cano, García Monge— en el heroico empeño de **rechazarlo y estigmatizarlo**, ni el denso aporte de argumentos y datos de eminentes publicistas norteamericanos. Con una diáfana visión del problema e imbuido de un alto espíritu de justicia, tampoco dejó de exaltar la política de buena vecindad preconizada y practicada por Franklyn Delano Roosevelt, que dio un vuelco decisivo a las relaciones interamericanas y a los sentimientos que la configuraban y regían. Al compás de esa actitud, las clásicas campañas antiimperialistas dejaron de tener actualidad y basamento y cedieron el campo a nuevas fórmulas.

Pero, si bien es cierto que los métodos del *big stick* parecían pertenecer a un pasado ingrato, no lo es menos que el apoyo del gobierno norteamericano a las dictaduras y, especialmente el caso de Guatemala, gravitan, pesadamente, en las relaciones interamericanas. En lo que a Guatemala concierne, saltan a la vista —transcribo literalmente— «la falta de madurez de los pueblos latinoamericanos y la ligereza de sus gobernantes, la intervención de Estados Unidos en los asuntos internos de otro país, no por negada menos cierta; los extraños manejos de su embajada, la siniestra influencia de poderes económicos que hace muchos años envenenan y perturban la vida de las repúblicas centroamericanas», «Inexplicable y asombroso —agrega— **fue el esfuerzo publicitario colosal hecho en Estados Unidos para convertir las fanfarronadas de un gobierno irreflexivo y sus propósitos de limitar con razón los poderes tentaculares de una compañía extranjera, en máximo peligro continental.** Absurdo el empeño en sostener que la

situación de Guatemala representaba en América un peligro tan grande como el de los superarmadas ejércitos rusos en el centro de Europa. Pronto se vio que ese espantajo, artificialmente creado, no tenía la menor consistencia. En menos de una semana todo eso se derrumbó, sin que los gobernantes agredidos pudieran ofrecer resistencia apreciable a conspiraciones financiadas y organizadas desde fuera.

Pero no hay que confundirse ni extraviarse. Si urge velar porque el viejo imperialismo no vuelva por sus desafueros; también precisa impedir que el antiimperialismo se trueque en falaz instrumento de la política imperialista de la URSS. La perfecta sincronización de ese antiimperialismo con el agresivo desplazamiento geográfico, político y económico de Rusia y con las oscilaciones de la estrategia soviética, es tan evidente, como escandalosa y alarmante. Lo que fue, y es, sentimiento autóctono determinado por hechos y doctrinas intolerables, se pretende transformar en típica arma comunista, ajena y contraria a los reales intereses y genuinas aspiraciones de los pueblos hispanoamericanos. Y a impedir, justamente, que esa legítima reacción defensiva se reduzca ahora, en el trágico ajedrez de las pugnas internacionales, al pobre papel de peón jugado sin escrúpulos por el imperialismo soviético, es a lo que ya se aprestan, en compacto despliegue, los movimientos democráticos, nacionalistas y socialistas y los hombres libres del continente.

La colaboración interamericana —reiteró Santos— es posible y aconsejable; pero es indispensable para ello que se asiente en una firme unidad de pensamiento y de acción frente a las dictaduras, a los monopolios extranjeros que las apoyan y a los organismos panamericanos que viabilizan y respaldan declaraciones como la de Panamá, que resultan dolorosamente desvirtuadas por las firmas de gobernantes que en sus feudos eliminan, o implacablemente mutilan, lo mismo que en la solemne declaración se ensalza y recomienda. Se da de cachetes la actitud agresiva que asume el gobierno de Estados Unidos cuando se adoptan medidas en beneficio de nuestras retrasadas y dependientes economías nacionales y su absoluta indiferencia cuando las dictaduras del hemisferio occidental pisotean los derechos humanos y se perpetúan por medios fraudulentos o correctivos; o cuando —peor aún— se las provee de armas y aviones, so pretexto de quiméricas invasiones y de problemáticas ayudas, que utilizan, exclusivamente, para mantener uncidas a las masas populares. La mayoría de nuestras sedicentes repúblicas están hoy ocupadas por sus propios ejércitos, a socaire de la política de no intervención y del derecho de los pueblos a darse el régimen que prefieran y vivir bajo el sistema que escojan. ¿Quiérese más

atroz deformación de esa política y de ese derecho? ¿Quién ignora ya que esos regímenes son impuestos a la fuerza a los pueblos que los padecen y abominan?

«**La libertad y la cultura** —concluyó Eduardo Santos— son indivisibles. O existen o no existen. Son bienes que a todos los hombres corresponden y oxígeno indispensable para el espíritu. Defenderlos y vigorizarlos es condición previa de toda colaboración interamericana, que sólo tiene así objeto y sentido. La nueva América, la de nuestras esperanzas y nuestro sueños, es ante todo paz. Y porque es y tiene que ser paz, será libertad y cultura».

La ponencia de Eduardo Santos suscitó larga, encendida y puntualizadora controversia. Germán Arciniegas disipó la fría temperatura reinante con este chispazo: «La responsabilidad de las dictaduras que **asuelan** a nuestra América incumbe también a Estados Unidos». Arturo Aldunate Phillips arremetió, enérgicamente, contra la onerosa carga política y económica que entraña el armamentismo. «Los anticuados equipos militares que adquieren, o se les facilita a los dictadores —afirmó— para nada servirían, si nos atacasen, en una guerra atómica. Representa, en cambio el importe de millares de escuelas, hospitales, caminos, regadíos y fábricas. Sirve solo para aumentar el poder represivo de los dictadores y prolongar su arbitrario y disoluto mandato». John Dos Passos abogó por un cordial entendimiento entre ambas Américas en un pie de igualdad y de recíproco respeto, y en parejo sentido se manifestó Arthur P. Whitaker. «De la existencia del imperialismo y de sus funestas consecuencias —aclaró José Luis Romero— nadie es responsable en particular. No se llamen a engaño nuestros compañeros norteamericanos. El imperialismo es un proceso de expansión económica y política, generado por la alta concentración de capitales. Si ustedes y nosotros convenimos en que ese impersonal mecanismo es la causa principal de nuestro subdesarrollo y el sostén de nuestras dictaduras, nada nos separa y todo nos une. El peligro comunista, producto de tendencias absorbentes y sojuzgadoras insitas en todo régimen totalitario, es indiscutible; pero más indiscutible **aúna que** es al imperialismo norteamericano y no al imperialismo soviético a quien debemos, en notoria medida, los males que aquí se han denunciado». Intervine yo también en el debate exponiendo la ominosa situación imperante en Cuba y relatando los desmanes inferidos a la Universidad de la Habana, exposición y relato que intentó impugnar, en una crónica aviesa, babosa y mendaz, el aventurero italiano, machadista confeso y batistero convicto, Aldo Baroni. Los mejores agentes del imperialismo soviético —puntalicé— son los que pretenden combatirlo con sus propios métodos. El ejemplo más concluyente de lo dicho lo suministran hoy

algunos de los más importantes países de nuestra América. En vez de contraponerle a su barbarie tecnificada, los valores que le infunden objeto y sentido a la vida humana —soberanía del espíritu, estado de derecho, gobierno representativo, justicia social, ciencia y conciencia— le contraponen su rústica brutalidad y la antinomia amigo-enemigo como esencia del poder». Salvador de Madariaga, desde la presidencia, lanzó esta rotunda afirmación:

Hay dos hechos igualmente inadmisibles e inobjetable: el apoyo del State Department al régimen franquista y a las dictaduras hispanoamericanas». La caliginosa sesión se clausuró con un patético discurso del novelista matemático Mario Monteforte Toledo, expulsado de su patria hacía unas semanas, no obstante su probada militancia antitotalitaria. «Todos esperábamos —terminó— que se apareciera en la conferencia de Panamá el genio del Libertador Simón Bolívar. Y, efectivamente, apareció y dijo: «I dont speak English, y desapareció». En los periódicos del mediodía centelleaba la noticia del año: «Atentado al dictador Somoza».

Distribuidos voluntariamente en sendas comisiones para el estudio de los problemas políticos, económicos filosóficos, ideológicos y educativos y del problema general de la libertad de la cultura, los delegados elaboraron numerosa ponencias que debatidas y aprobadas en sesión plenaria, se convirtieron en resoluciones de la conferencia. Recojo a continuación las más importantes: 1) Repudio a todos los movimientos y estructuras de poder imperialista y totalitario sea cual sea su color y divisa. 2) Las inversiones en los países hispanoamericanos han de conllevar la limitación al máximo de las utilidades de los inversionistas y deben servir sobre todo al desarrollo de las economías nacionales y a la elevación de los niveles de vida de las masas populares. 3) Las materias primas de los países hispanoamericanos deban ser pagadas a precios remunerativos, poniendo coto a su explotación abusiva. 4.) Las inversiones de capitales extranjeros deben excluir la intervención de los inversionistas y de sus gobiernos en la vida política o cultural de los pueblos hispanoamericanos, como ha venido ocurriendo hasta ahora. 5) Los delegados norteamericanos deben luchar —y a ello se comprometen— porque su gobierno apoye a los regímenes democráticos; en vez de apoyar y financiar las dictaduras, enemigas juradas de la libertad y la cultura. 6) La tarea central de la mayoría de los pueblos hispanoamericanos consiste en impulsar y aplicar una profunda reforma agraria, base del desarrollo de las economías nacionales, de la elevación de los niveles de vida de las masas populares y del proceso de industrialización progresiva. 7) La libertad de expresión es la clave y la garantía de

las demás libertades. Debe haber libertad de obtención de papel, sin limitaciones, por parte de los gobiernos, y libertad de información, sin supeditaciones, a los aparatos oficiales o a las agencias. 8) La Universidad debe ser libre y autónoma. Las autoridades públicas no deben ni pueden intervenir ni pretender controlar los regímenes, universitarios, que deben estar gobernados por sus propias autoridades. El Congreso y sus Asociaciones apoyarán cuanto contribuya al desarrollo y afianzamiento de esta autonomía y de esta libertad universitaria y se opondrán a cuanto las mermen, restrinjan o vulneren. 9) Debe asegurarse la libre circulación del libro y **de las revistas en los países** hispanoamericanos se oponen a ella múltiples trabas monetarias y aduanales y, lo que es, aún más grave, cuarentenas ideológicas de tipo totalitario. Mientras esa libertad no se asegure, no será posible hablar de interamericanismo en el terreno de la Cultura ni en ningún terreno. 10) La más absoluta libertad de conciencia debe imperar en el ámbito americano. 11) Se constituirá la Asociación Interamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura, con sede permanente en un país americano y compuesta por representantes de ambas América, incluyendo Canadá este organismo de reunirá periódicamente a fin de garantizar el enlace y los contactos de los intelectuales del hemisferio y entre estos y los de los países europeos, asiáticos y africanos, que forman parte del Congreso o colaboren en sus actividades. 12) Se crearan Asociaciones del congreso por la Libertad de la Cultura en los países en que no existan todavía y en aquellos en que, no obstante su régimen político, sea dable. En los países sometidos a dictaduras rampantes, su creación se diferirá hasta que las condiciones lo permitan.

La sesión de clausura de la conferencia congregó la flor y nata de la inteligencia mexicana y a numeroso y selecto público. Asistieron, a pie firme y los pendones en alto, los perseguidos y proscriptos por la barbarie y el despotismo. Hablaron Rómulo Gallegos, Alfonso Reyes y John Dos Passos. Su palabra limpia y entera se irguió sobre la concurrencia y traspuso, flecha de luz, las paredes como una afirmación de fe en la cultura y de esperanza en la libertad. Por ella se expresó el espíritu insobornable de América y afloró su vocación, de ser fiel a sí misma y de alcanzar su plenitud de destino, a través del gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, conforme al mandato de sus fundadores, ejemplos y guías. América quiere ser lo que es y no lo que otros; nativos o extraños, quieren que sea. Nació para la libertad, pelea por la libertad y seguirá peleando por ella hasta ver la tiranía, la miseria y la ignorancia descabezadas a sus plantas.

La Revolución de 1959: con la estrella solitaria

Retorno al futuro

En el deslumbrante amanecer del 27 de octubre de 1492, Cuba debió parecerle a Cristóbal Colón un regalo de los dioses flotando, voluptuosamente, sobre un mar de zafiro. «Esta es la tierra más hermosa que ojos humanos vieron»-escribió en su Diario, apenas la proa de la fatigada nao hendía el fondo transparente de la lujuriosa ribera. La frase hizo entonces fortuna, se repite aún con fruicioso regusto, y hasta con su criolla punta de honrilla. No surgió, ciertamente, de un arrebato mediterráneo. Colón era genovés; pero su visión de las cosas fue siempre castellana. Aquella idílica imagen de paraíso perdido, difundida en Europa por los escritores utopistas, ha perdurado, fresca y luminosa, en el subconsciente de los sucesivos pobladores de la mayor de las Antillas. Es, sin duda, la más profunda vivencia telúrica del pueblo cubano, fundido a su paisaje con sensualidad mestiza. Hay países geográficamente cerrados y países geográficamente abiertos, con sus correspondientes concomitancias psicológicas y culturales. Cuba, desnuda de fronteras, es de los países que entregan su cimbreante contorno y su claro dintorno a la mirada golosa, sin hurtar sus playas reverberantes; sus valles floridos, sus graciosas estribaciones, sus verdes montañas, sus ríos serenos, su cielo límpido y sus lisas intimidades. Copo de sol ceñido de espumas, Cuba ha sido, y es, la perla morena de un collar codiciado de islas.

Pero en la historia de ésta tierra de promisión, lo señalé ya en otra parte, se han conjugado, con bastante frecuencia, «las bellezas del físico mundo» y los «horrores del mundo moral». Nunca, empero, ha sido más rudo el contraste entre el paisaje social y el paisaje cultural de Cuba que a partir del 10 de marzo de 1952: al amparo de las tinieblas, y en andas de un reducido grupo de militares traidores y politicastros fracasados, genuina banda de piratas, había asaltado el poder Fulgencio Batista, un Napoleón de aserrín con alma de forajido. Se le describe de un trazo. Es astuto, felón, oportunista y cobarde. Su voz engolada y su histriónico gesto, delatan, a la vista, su complejo de inferioridad y su perenne pavora. Es ignaro y cruel. Su impudicia corre pareja con su paranoia. Alardeaba de «fuerte» cuando se sentía protegido y apoyado por cañones y tanques, y se valía de otros en las coyunturas de peligro. No se conoce un solo acto suyo en que haya arriesgado una uña. Ha

operado, siempre, en la sombra, y sobre seguro. El 4 de septiembre de 1933 se apoderó de la sublevación de los soldados y clases, mixtificando a seguidas la proyección revolucionaria de la insurgencia, merced a una estratagema concebida y ejecutada a espaldas de sus promotores. Traspuso" el campamento de Columbia la infausta madrugada del 10 de marzo de 1952, cuando ya estaban los resortes y mandos en poder de los conjurados, mediante la traición y el soborno. Y, creyéndose otra vez dueño de la república, robó, persiguió, encarceló, desterró, torturó y asesinó sin tregua, hasta que, consciente de su derrota total y de su ajusticiamiento en la plaza pública, se fugó, también en la noche, con su cohorte de verdugos, palafreneros y garrapatas, yendo a refugiarse en el cubil de Trujillo. Su proscripción será eterna, como eternamente maldita será su simiente. Y algún día, en Santo Domingo, o en cualquier otra parte, la justicia caerá, implacablemente, sobre él y sus cómplices, como se tajan de un árbol las ramas podridas.

En este sombrío y sangriento septeno no hubo, sin embargo, un: solo día de respiro para el dictador y su cuadrilla. Los estudiantes universitarios, bajando con su proverbial denuedo de la ya histórica colina, abrieron la marcha de la resistencia, de la rebeldía y de la protesta. Paralelamente se organizó el movimiento insurreccional, que tuvo en la «Triple A» su primer aparato de lucha y su líder en Aureliano Sánchez Arango, con la colaboración de un puñado de limpios y arrojados sobrevivientes de la generación del treinta. Y, a la vez, y por otras vías, se fueron integrando nuevas corrientes y núcleos revolucionarios, con Rafael. García Bárcena, José Antonio Echevarría y Fidel Castro, respectivamente, a la cabeza. El frustrado asalto al cuartel Moncada cierra este capítulo del proceso y sirve de prólogo a la épica gesta que acaba de terminar.

De aquella romántica arremetida, surge el Movimiento 26 de Julio y adviene Fidel Castro al primer plano de la lucha revolucionaria. Durante su reclusión en Presidio Modelo, estudió, meditó y maduró los planes que darían al traste con la dictadura. Cuando yo le vi en México, a raíz de su llegada como desterrado voluntario -había escogido ya su propia ruta-andaba en las preliminares de la organización de su ingente proeza de invadir a Cuba con una mano de valientes, y, desde las montañas orientales, iniciar la reconquista de la libertad mediante una guerra de guerrillas que pareció ingenua a los estrategas de café y a los generales de salón. Anunció que vendría antes de finalizar el año de 1956; y, en efecto, vino. Sólo doce hombres supervivieron; pero Fidel Castro demostró, una vez más, que doce hombres decididos a vencer o morir son capaces de levantar un pueblo y conducido a la victoria.

La Sierra Maestra fue tornándose, poco a poco, en el símbolo de la varonía cubana y en el contrafuerte irreductible de la dignidad nacional. En Santiago de Cuba, primero, y paulatinamente en el resto de las ciudades y poblaciones de la isla, se organizó la ayuda a los nuevos mambies, urgidos de armas, alimentos, ropas y medicinas. Las instituciones cívicas, profesionales, culturales,-- religiosas y fraternales sumaron sus esfuerzos y aportes al movimiento de resistencia civil; centro nervioso de la lucha clandestina. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, blancos y negros, ricos y pobres, se enfrenaron, a pies firme, a la persecución, la cárcel, el destierro, el tormento y la muerte. Cuando un pueblo se yergue en defensa de su albedrío, bienestar y decoro; no hay fuerza que lo domine. Los partidos, entidades y grupos que habían adoptado la línea insurreccional-Directorio Revolucionario, Federación Estudiantil Universitaria, Ortodoxia Independiente, Organización. Auténtica, Movimiento Montecristi cooperaron, decisivamente, en el empeño. No es ocioso puntualizar que los comunistas, como partido, permanecieron ausentes de la preparación, del desarrollo y el desenlace de los acontecimientos.

Si subrayado especial merece la enhiesta actitud de las Universidades de la Habana, Oriente y Las Villas, mención aparte requiere la egregia aventura del 13 de marzo de 1957. El audaz asalto al palacio presidencial, concebido y realizado por el Directorio Revolucionario, es una página sin precedente en nuestra historia política. Esa tarde; gloriosa y trágica a la par, cayó, como un héroe de leyenda, José Antonio Echeverría, la figura epónimo del estudiantado universitario, como lo es Frank País de la juventud oriental.

Dicha impar la de haber sido testigo y, en cierta medida, actor de la titánica brega. ¡Qué hermoso y, a la vez, sobrecogedor espectáculo! La dictadura movilizó, baldíamente, todos los resortes y recursos propios y foráneos para detener aquella majestuosa avalancha de valor, abnegación, tenacidad y sacrificio. No hubo la más leve flaqueza ante los mayores reveses.. El descalabro de la huelga general de abril de 1958 sirvió de lección y de acicate. Se cambió radicalmente de táctica y se declaró la guerra total. Coincidiendo con esto, Fidel Castro comenzó la ofensiva final, anunciada por Radio Rebelde, desde «territorio libre de Cuba». Se sucedieron, en rauda teoría, batallas y encuentros triunfales. El Directorio -Revolucionario .abrió un nuevo frente en la sierra del Escambray, corazón mismo de la isla, donde Faure Chomón y Rolando Cubela se cubrieron de laureles, al igual que Raúl Castro y sus capitanes en el segundo frente oriental. Ernesto Guevara, el "che» del romance y de la crónica, y Camilo Cienfuegos, emulando a Máximo Gómez y Antonio Maceo, avanzaron hasta Las Villas, coordinando sus actividades con los guerrilleros del

Escambray. Desde aquel propio instante, los destinos de la dictadura quedaron sellados. Y afluía, asimismo, el gran milagro de esta epopeya: el triunfo del ejército popular sobre el ejército profesional.

Lo demás ya se sabe. La podrida estructura del régimen más sanguinario, corrompido y rapaz que haya padecido nuestra América se vino _ abajo con el radiante amanecer del nuevo año. Había huido _ Batista; pero, en cierto modo, el batistato persistía. A la alta traición del general Eulogio Cantillo, que había favorecido la fuga de Batista -y de su camarilla e intentado desconocer la voluntad insobornable de la revolución, respondió Fidel Castro con la declaratoria de huelga general hasta conseguir la rendición incondicional de los últimos residuos de la dictadura y la asunción a la presidencia del doctor Manuel Urrutia.

Ya el presidente de la revolución ha tomado posesión de su cargo en Santiago de Cuba. Su gabinete está en proceso de formación. Se ha establecido un nuevo Ministerio encargado de recuperar las propiedades y dineros mal habidos. A Fidel Castro, el gran organizador de la victoria, se le ha confiado la custodia y garantía de la nueva libertad. La Federación Estudiantil Universitaria y el Directorio Revolucionario han acampado en la Universidad de la Habana. Los milicianos del 26 de Julio patrullan las calles y protegen la vida y hacienda de los ciudadanos.

La pesadilla ha concluido. El régimen anticubano que personificaba Fulgencio Batista ha sido completamente barrido. Urge ahora organizar la victoria sobre el trípode de la libertad, de la justicia y de la cultura. La tremenda faena de la reconstrucción exige la cooperación de toda la ciudadanía y, aun más, la de la creación revolucionaria. Jamás presidente alguno ha disfrutado de respaldo más compacto que el doctor Manuel Urrutia. La nación tiene, ante sí, la oportunidad única de estrenar una vida nueva en todos los órdenes. La guerra «necesaria y justa» ha sido ganada y Cuba retorna al futuro empavesada de ilusiones.

Tomado de *En pie*, Universidad Central de las Villas, La Habana, 1959

La respuesta de Cuba

Señor Embajador:

Tengo el honor de dirigirle la presente nota en nombre y, representación del Gobierno Revolucionario de Cuba.

Aunque su texto se contrae primordialmente a refutar determinados juicios y apreciaciones expresados por Su Excelencia al Señor Presidente de la Republica, al doctor Osvaldo Dorticós Torrado, y al que suscribe en su condición de Ministro de Estado, durante la audiencia que el Señor Presidente te hubo de concederle el 27 de octubre del año en curso, se propone además, fijar, con absoluta diafanidad, la política y la actitud del Gobierno y del pueblo cubanos hacia el Gobierno y el pueblo de los Estados Unidos de Norteamérica. Al Gobierno Revolucionario le preocupa seriamente, también, el estado actual de las relaciones entre ambos países y aspira, asimismo, con pareja sinceridad; a que esa lamentable situación desaparezca en beneficio mutuo y del cabal respeto a que es acreedora una nación libre, independiente y soberana, por pequeña que sea, en su irrevocable determinación de alcanzar su plenitud de destino.

El Gobierno Revolucionario rechaza categóricamente, por carecer de fundamento la presunción de que existen "esfuerzos deliberados y concertados en Cuba de sustituir la tradicional amistad entre los pueblos cubano y norteamericano con desconfianza y hostilidad que son ajenos al expresado deseo de ambos Gobiernos de mantener buenas relaciones".

Consideramos que la mejor manera de lograr un fecundo y perdurable entendimiento entre nuestros países es poner, en su verdadero sitio, las cuestiones que los atañen.

Al Excelentísimo Sr. Phillip W. Bonsal,

Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de los Estados Unidos de Norteamérica,
La Habana.

En ninguna etapa de su esforzada existencia, el pueblo cubano, generoso, hospitalario y "I efusivo como pocos, ha demostrado disposición agresiva o desafección hacia ningún otro pueblo, ni aun durante el largo y rudo periodo en que libro, solitario y erguido, porfiada y heroica lucha por su independencia, que fue coronación de casi dos décadas de activo guerrear contra la dominación colonia de España, no contra el pueblo español, uncido a idéntica coyunda por el Gobierno metropolitano. El pueblo cuba no supo discernir siempre entre la España oficial y la España vital y, por eso jamás confundió al pueblo español con la estructura de poder que le privaba de sus mas elementales derechos y libertades. Siempre ha sabido discernir, igualmente, entre los Estados Unidos de Cutting y los Estados Unidos de Lincoln y, por eso, jamás confundió ni confunde al pueblo norteamericano con la estructura de poder que intento anexarse, adquirir o enfeudar a Cuba, y al cabo, con flagrante transgresión del espíritu y de la letra de la Joint Resolution, le impuso la Enmienda Platt, a cuyo amparo banqueros y empresarios obtuvieron facilidades y privilegios en detrimento de nuestro desarrollo económico, progreso social y estabilidad democrática.

Ningún cubano puede negar el noble respaldo y la desinteresada contribución del pueblo norteamericano a la causa de la emancipación de Cuba. Pero, de ese explicito reconocimiento a

admitir que Cuba gano su independencia por exclusivo favor de tercero, como es frecuente leer y escuchar de plumas y labiosa norteamericanos, hay un trecho insalvable. El pueblo cubano conquistó, a costa los sacrificios y proezas sin tasa, el derecho a regirse por cuenta propia y a su propio y ahincado empeño debe no obstante menoscabos, atadura y supeditación asaz conocida, el nivel de desarrollo político, económico, social y cultural que logro en cincuenta y seis años de estructura pseudo-republicana. La revolución triunfante el primero de enero de 1959 puso termino ese ominoso estado de cosas, y hoy Cuba es por primera vez en su historia, verdaderamente libre, independiente y soberana por primera vez también, ocupa el poder un Gobierno que encarna efectivamente la voluntad popular y al que solo preocupa y desvela asegurar el albedrío del pueblo cubano, defender su decoro nacional y proporcionarle pan, Justicia y cultura, mediante el pulcro manejo de los fondos públicos, la transformación del régimen de tenencia de la tierra, el desarrollo industrial la autonomía de movimiento en el mercado mundial, el empleo pleno y la distribución equitativa del producto de su trabajo, condiciones inherentes al ejercicio real de las libertades fundamentales y al genuino respeto de los derechos humanos. No resulta ocioso recordar que la fuente del despotismo político del atraso social y del infraconsumo masivo en nuestra América es el subdesarrollo económico, en gran medida mantenido, y usufructuado por intereses foráneos.

Si aun en las épocas mas dolorosas y oscuras de su historia, el pueblo cubano fue espejo de tolerancia comprensión y cordialidad, incurren en injusticia quienes, en estos días, jubilosos, y claros le imputan animadversión, resentimiento o malquerencia hacia el pueblo que Su Excelencia tan dignamente representa. Testigos de mayor excepción son los centenares de norteamericanos Que asistieron a la convención mundial del ASTA recientemente efectuada en La Habana y Su Excelencia no me dejara mentir si apelo a su testimonio personal en corroboración de lo dicho Y de la calurosa recepción popular de que ha sido objeto, mas de una vez, en lugares de publico esparcimiento. Pero hay algo más todavía. Ni en las tensas ocasiones en que fueron bombardeados los centrales azucareros Punta Alegre y Niagara por aviones procedentes de territorio norteamericano y, ni aun en la insólita circunstancia de la criminal incursión aérea a la capital de la Republica, que origino dos muertes y. cuarenta y cinco heridos, el pueblo cubano ni su Gobierno exhibieron el mas leve asomo de animosidad contra ningún visitante ni hacia los pueblos que representaban. El pueblo cubano, por el contrario, en rasgo de impar hidalguía del que puede sentirse legítimamente orgulloso, se esmero en multiplicar sus gentilezas y atención, a todos los convencionales de ASTA y, con singular deferencia a los norteamericanos.

Es, pues, de todo punto falso como le asevero a Su Excelencia con la autoridad de su cargo Señor Presidente de la Republica que se trate de sustituir, por ningún medio, directo 0

indirecto, tradicional amistad de nuestros pueblos con riesgos deliberados concertados de hostilidad y desconfianza.

La amistad, solidaridad y cooperación del pueblo cubano, con el pueblo norteamericano esta hart probada desde mucho antes de la fundación de la Republica. El Gobierno Revolucionario no es remiso en consignar su agrado por lo manifestaciones de Su Excelencia reiterando "el aprecio que el Gobierno y el pueblo de los Estado Unidos han sentido, y continua sintiendo, hacia el pueblo y la nación cubanos por su alianza leal con los Esta dos Unidos en la defensa de la democracia y la libertad contra el totalitarismo en dos guerras mundiales y su satisfacción por la mutua relación beneficiousa de buenos vecinos que ha existido por mas de medio siglo Toma nota con idéntico agrado, de las, declaraciones d su Excelencia recalcando que lo, Estados Unidos, en toda forma apropiada, ha tratado de demostrar su comprensión y simpatía con las aspiraciones para un gobierno honrado y eficiente, el perfeccionamiento del pro ceso democrático y un desarrollo económica que llevara a niveles de vida mas altos y emplea total".

Juzga, empero; que al señalar su Excelencia "Las múltiples contribuciones que individuo: y empresas de los Estados Unidos han hecho el favor del progreso de Cuba", debió reconocer que, en el plano de las relaciones económica: entre ambos países, Cuba ha dado mucho mas de lo que ha recibido. Un resumen de esas relaciones contribuirá a patentizar hasta que punto urge su revisión.

El Primer Tratado de Reciprocidad de Cuba con Estados Unidos de Norteamérica data de 1903. En este instrumento, impugnado con argumentación apodíctica por el eximio patriota Manuel Sanguily, Cuba otorga preferencial"" que oscilan desde un veinte hasta un, cuarenta por ciento a Estados Unidos de Norteamérica y este se reserva el derecho de aumentar unilateralmente el arancel conservando los preferenciales, ventaja que se tradujo, a la postre, en 11 casi completa dependencia a un solo país del mercado de las importaciones cubanas. Esas importaciones constituían en 1900, el cuarenta y cinco por ciento del total; muy pronto el porcentaje aumento a un noventa por ciento y, aun hoy, se mantiene en un setenta y cinco por ciento. La Única contrapartida de Cuba, en ese Tratado, fue una tarifa preferencial sobre las importaciones de azúcar, tabaco y productos menores. Bajo tal sistema, que duro hasta 1930, Cuba suministro el cincuenta y tres por ciento del azúcar consumido por el pueblo norteamericano, a cambio del noventa por ciento del total de sus importaciones. No se trataba, por tanto, de un regalo ni de un privilegio. La tarifa Hawley-Smooth, promulgada en dicho ano, elevo los derechos de importaciones del azúcar cubano a dos centavos por libra y su consecuencia fue la declinación vertiginosa del montante de la exportación y el, precio.

En 1934, Y en trance sobremanera critico para la economía cubana, se negocio un nuevo Convenio Comercial con Estado Unidos de Norteamérica, en el cual no solo Cuba otorgo a varios productos norteamericanos rebajas preferenciales que fluctúan de un veinte a un sesenta

por ciento, sino que, además, al dejar consolidadas las tarifas resultantes, se vio imposibilitada, a partir de ese momento, de alterar ninguna partida arancelaria sin previa acuerdo con la otra parte, y en caso de esta acceder, pagándole las compensaciones correspondientes. Ese Convenio; que obstruyó las ventajas obtenidas con el proteccionismo arancelario de 1927, ha frenado de tal forma el desarrollo económico de Cuba, que cada vez que esta ha querido proteger una industria le ha costado sacrificios cuantiosos después de dilatadas negociaciones.

El Convenio Comercial de 1934 coincidió con el establecimiento del sistema de cuotas en la exportación de azúcar y, consiguientemente, Cuba no solo perdió la única contra partida que ha tenido en su intercambio comercial con Estados Unidos de Norteamérica, sino que su participación en el mercado de consumo en ese país se fija, unilateralmente, en Washington, Advierta Su Excelencia que mientras Cuba necesita negociar cualquier modificación ventajosa del arancel, el Gobierno norteamericano puede variar, a su arbitrio, haciendo abstracción de nuestros derechos históricos, la cuota de azúcar cubana.

En lo que a Cuba concierne, el régimen de cuotas ha servido, en puridad, para limitar las exportaciones de azúcar a Estados Unidos de Norteamérica. Téngase presente que, en las dos ocasiones en que la Ley de cuotas ha sido modificada, los aumentos obtenidos por otras áreas suministradoras fueron a expensas de la participación de Cuba en los incrementos del consumo, que descendió en 1956 del 96 al 29 por ciento. Tales rebajas representan mermas de más de doscientos millones de dólares.

Al proceder de tal modo, el Gobierno de Su excelencia olvido que, en dos oportunidades decisivas para el pueblo norteamericano, Cuba se sacrifico vendiendo- sus azucares a precios menores de los que pudo obtener si se hubiese aprovechado de que, en ambas coyunturas, era, prácticamente, su único abastecedor del producto. Durante la primera guerra mundi, le fue dable a Cuba haber percibido cuatro centavos mas por libra en siete millones cuatrocientas mil toneladas de azúcar que envió al mercado norteamericano, sacrificando seiscientos millones dedolares en favor del vecino país. La historia se repite durante la segunda guerra mundial. No obstante haberse suspendido temporalmente el régimen de cuotas, Cuba vendió sus zafras completas a precios que oscilaron entre 1.80 y 3 centavos. En cambio, otros suministradores que han recibido en los últimos anos aumentos de cuotas, prefirieron vender su azúcar en el mercado mundial a seis mas centavos la libra.

El Gobierno Revolucionario de Cuba juzga de cardinal importancia, para el mejoramiento y equilibrio de las, relaciones entre ambos "países, que el régimen del comercio del azúcar sea objeto de un Convenío bilateral, a fin de que no pueda alterarse por una decisión unilateral del Gobierno de Su Excelencia. La atribución que se arroga, ha servido, y esta sirviendo, para que la amenaza de rebaja a la cuota azucarera se utilice por senadores servicios de prensa y grupos enemigos de la autodeterminación nacional y del desarrollo económico de Cuba, como

intolerable mecanismo de presión. Según el artículo 16 de la Carta de Bogotá, "ningún Estado podrá aplicar estimular medidas coactivas de carácter económico o político para forzar la voluntad soberana de otro y obtener de este ventajas de cualquier naturaleza".

En el orden de las relaciones comerciales de Cuba con Estados Unidos de Norteamérica ha sido este el más favorecido. Durante los últimos diez años, el saldo del balance de pagos ha sido desfavorable a Cuba en más de mil millones de dólares, correspondiendo 506 millones a los déficits de nuestra balanza comercial y el resto del turismo, los fletes y al rendimiento de inversiones. Semejante desequilibrio es una prueba palmaria de que las relaciones económicas de Cuba con Estados Unidos de Norteamérica deben ser perentoriamente revisadas,

En reciente conferencia de prensa, el señor Presidente Dwight Eisenhower expresó su sorpresa de que el pueblo cubano pudiera haber olvidado que Estados Unidos de Norteamérica es su mejor cliente. Es indudable que Cuba tiene en ese país un magnífico cliente; pero no lo es menos que este tiene en Cuba un cliente mucho mejor. No en balde, a pesar de su pequeñez, durante la pasada década ha tenido que buscar afanosamente dólares en otras partes del mundo para enjugar los déficits continuados en su intercambio comercial con la gran potencia vecina, que está recibiendo de Cuba más dólares que los que anualmente le envía. En este caso, la reciprocidad opera con manifiesto perjuicio de Cuba.

El Gobierno Revolucionario reconoce la positiva contribución de las inversiones Norteamericanas al progreso material de nuestro país; pero le fuerza a destacar que también han contribuido a infundirle a la economía cubana un carácter semicolonial, que se acusa en su total subordinación a la producción de azúcar, en la insuficiencia de la producción agrícola para las necesidades del consumo y en ventajas en la competencia de muchos productos industriales extranjeros con los similares de Cuba,

En el momento cenital de las inversiones norteamericanas en Cuba, cuando estas traspusieron a tenor de las estimadas oficiales los mil millones de dólares, el efectivo realmente enviado a Cuba era muy inferior a la cifra calculada. Un reputado economista norteamericano estimaba la cantidad de capital exportado a nuestro país en quinientos millones de dólares. Puede concluirse, que en esa sazón más de la mitad del valor de las propiedades norteamericanas representaba ganancias reinvertidas.

La mayor parte de las actuales inversiones norteamericanas en Cuba, preferentemente en la industria azucarera, han sido amortizadas con pingües utilidades, desde hace muchos años. En los últimos tres lustros las inversiones norteamericanas han ascendido a 700 millones de dólares, de los cuales 548 millones se transfirieron al país de los inversionistas y 163 fueron reinvertidos en el nuestro. Las inversiones norteamericanas en Cuba, en suma, se han caracterizado por rendimientos en extremo lucrativos.

Sin perjuicio de intensificar sus relaciones económicas con Estados Unidos de Norteamérica sobre bases de recíproco beneficio, es lógico que Cuba trate de resolver los crecientes déficits de su balanza comercial aumentando sus divisas, mediante la diversificación de la producción, la apertura de nuevos mercados y la expansión del comercio a todos los países del mundo.

En cuanto a los asuntos específicos sobre los cuales, a juicio del Gobierno de Su Excelencia, se han hecho circular especies distorsionadas o malas interpretaciones entre el pueblo cubano, los puntos de vista del Gobierno Revolucionario son los siguientes:

1. Hasta el momento mismo de la incursión aérea sobre La Habana por aviones procedentes de territorio norteamericano -precedida por sucesivas violaciones del espacio aéreo nacional y los, alevosos ataques alas centrales azucareros Niagara y Punta Alegre- las medidas que alega haber adoptado el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica, para impedir el uso ilegal de su territorio contra el Gobierno y el pueblo cubanos, resultaron, cuando menos, ineficaces. La insuficiencia de información y pruebas que se arguye es un argumento poco convincente; pero mucho menos convincente es el criterio, al parecer predominante en la Cancillería norteamericana, de que para proceder más enérgicamente, Cuba debió apartar datos específicos relativas alas actividades ilegales de los complotados. El Gobierno Revolucionario ha ejercitado, responsablemente, las facultades que le corresponden en estos casos, formulando quejas y denuncias, sin respuestas todavía satisfactorias, en el Departamento de Estado, en el Consejo de la Organización de Estados Americanos y en la V Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores.

Esas quejas y denuncias no se basaban en indicios problemáticos, sino en hechos concretos. Es público y notorio que, desde hace varios meses, los criminales de guerra refugiados en la Florida y en otras partes de Estados Unidos de Norteamérica han estado conspirando y siguen conspirando, abiertamente, contra la soberanía, la seguridad, el progreso y el bienestar del pueblo cubano. Es público y notorio que hay organizaciones contrarrevolucionarias cubanas que actúan, con entera impunidad, en ese país. Es público y notorio que hace apenas dos meses una constelación de malhechores, en connivencia con Trujillo y con el agorero regocijo de determinados servicios de prensa y publicaciones norteamericanas, pretendió, baldíamente, invadir nuestro suelo, Y es público y notorio, finalmente, que se aperciben a repetir la intentona, no obstante las plausibles medidas tomadas recientemente por el Gobierno de Washington y las formales declaraciones de sus voceros.

Si bien ha de tenerse en cuenta que las personas bajo la jurisdicción de los Estados Unidos no pueden ser arbitrariamente detenidas encarceladas o molestadas por el mero deseo del Poder Ejecutivo, es un hecho incuestionable que los criminales de guerra cubanos concentrados en la Florida han cometido actos específicos, violatorios de las leyes norteamericanas, de la Carta

de la Organización de Estados Americanos y del Tratado de Asistencia Reciproca. Es penoso contrastar los escrúpulos jurídicos que ahora se aducen con la conducta observada durante la titánica brega contra la dictadura totalitaria de Batista. La Ley de Neutralidad fue invocada, innumeradas veces, contra los cubanos comprometidos en la patriótica empresa de derrocar el régimen más feroz, corrompido y voraz de que se tiene noticia en América,

No era la primera vez que eso acontecía. En las postrimerías del siglo pasado, Jose Martí nuestro apóstol, sufrió similar tratamiento, al serle incautados en el puerto 11oridano de Fernandina, tres pequeños barcos cargados de armas para la independencia de Cuba. Idéntico descabros se produjeron durante la dictadura de Machado. Un ex Presidente constitucional de Cuba, arteramente derribado por un golpe militar en vísperas de elecciones générale fue vigilando y detenido varias veces por la, autoridades norteamericanas, y en una ocasión se le hizo marchar, con las manos esposada por las calles de Miami.

Los evadidos de la sevicia implacable de lo verdugos de Batista tuvieron peor suerte que los prófugos de la justicia revolucionaria y lo secuestradores de aviones comerciales cubanos. Más, de un fue devuelto por carecer documentación y visado a la tortura y a la muerte; en cambio, se les abre las puertas sin documentación, y visado, y a despecho de la denuncias y protestas reiteradas de la Cancilleria cubana, a los criminales de guerra y los piratas del aire, que violan la ley de neutralidad norteamericana, no precisamente encendidos por la sagrada pasión de la libertad, sino con el torvo propósito de restaurar un régimen que segó veinte mil vidas, mancillo la soberanía nacional, organizo el contrabando, exploto la prostitución, legalizo el juego, desfalco el erario, saqueo las instituciones de crédito y empujo la Republica por ,la pendiente del caos.

El pueblo cubano sabe, por amarga, experiencia, que si el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica pone en acción su formidable aparato de vigilancia y defensa es casi imposible conspirar en su territorio, traficar con armas, salir ilegalmente de sus puertos 0 levantar el vuelo sin los papeles en regla. La suposición de que el traidor Pedro Luis Diaz Lanz, haya podido utilizar, para sus contumaces depredaciones aorepuertos poco vigilados o clandestinos, solo es admirable si se acepta la negligencia de las autoridades.

Es improcedente, a todas luces, que fuera el Gobierno Revolucionario quien suministrase los dato, y las pruebas que la justicia norteamericana, de suyo tan expedita y eficiente, requería en estos casos para actuar. Los delincuentes cubanos a que se hace referencia operan, desembozadamente, en territorio norteamericano y, por ende" no es a Cuba a quien incumbe controlar, ni sancionar sus actividades. Ni practicamos el espionaje internacional, ni intervenimos en asuntos internos de otras naciones, ni pretendemos que se nos autorice a investigar los hechos criminosos que ocurren allende nuestras costas. El Gobierno Revolucionario, que afirma la soberanía nacional en la misma medida en que la ejerce con riguroso sentido de sus

deberes y responsabilidades, cree Y postula que los asuntos internos de cada país, competen exclusivamente a sus autoridades Y pueblo, y que cada país so pena de infringir el derecho de gentes y los compromisos internacionales contraídos, este obligado a impedir la ejecución de actos atentatorios a la Seguridad de sus vecinos.

2.- Las dificultades de toda índole, alegadas por las autoridades- norteamericanas para determinar la participación del traidor Pedro Luis Diaz Lanz en la incursión aérea sobre La Habana, han contribuido, sin duda, a avivar el estado de irritación populares existente. Quiere un acto más específico y concreto de violación de las leyes norteamericanas que este para proceder en congruencia y demostrar cumplidamente, que los hechos se acompañan a los dichos?

Los acontecimientos posteriores a las seguridades dadas por el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica, de haberse intensificado las investigaciones judiciales y policíacas en el caso en cuestión, inducen al más candido a sospechar que el traidor Pedro Luis Diaz Lanz ha venido disfrutando de extrañas inmunidades y franquicias para la comisión de sus agresiones aéreas a Cuba. No se explica de otro modo que haya, sido un reportero de una revista cubana y no los agentes del Buró Federal de Investigaciones, de la policía estatal de la Florida o de los servicios de inteligencia de los Condados de Dade y Brower, quien descubriese, en el aeropuerto de Pomryanu Beach, el "misterioso" paradero del avión B-25, matrícula No. 9876-C. utilizado por el traidor Diaz Lanz. Veinticuatro horas después de estar circulando por Miami dicha revista, las autoridades denunciaron la ocupación de un avión B-25 con la misma matrícula y en el mismo aeropuerto en que fue fotografiado por el reportero cubano. El aventurero Frank Fiorini, compañero del traidor Daiz Lanz, localizado simultáneamente en Norfolk, se ufano, con ostensible menosprecio de las leyes norteamericanas, de haber participado en la incursión aérea sobre La Habana.

No cabía escudarse en la insuficiencia de información y de pruebas para detener, procesar, encarcelar y juzgar al traidor Diaz Lanz, por continuas violaciones de las leyes norteamericanas. Sin embargo, el traidor Diaz Lanz y el aventurero Fiorini, no solo permanecieron disfrutando de libertad, sino que el primero persistió en su aviesa campana contra Cuba.

Si el traidor Pedro Diaz Lanz ha sido detenido y encarcelado provisionalmente, no lo fue a causa de las violaciones de las leyes norteamericanas, ni a instancia de las autoridades federales, sino a solicitud del Gobierno Revolucionario de Cuba, en virtud de auto de procesamiento dictado por juez competente y del expediente de extradición iniciado por la Cancillería Cubana. Después de su carta pública al Señor Presidente DWight Eisenhower, en que se declara convicto y confeso de la ilegal incursión aérea sobre La Habana, el traidor Diaz Lanz sigue gozando de libertad.

El Gobierno Revolucionario agradece las manifestaciones de su Excelencia, deplorando el sangriento rastro de la incursión aérea sobre La Habana por aviones procedentes de bases norteamericanas y rechaza, a la vez, que las protestas del Gobierno y del pueblo cubano sean producto de invenciones malévolas, deliberadamente encaminadas a "alentar sentimientos hostiles entre los dos países".

3. El Gobierno Revolucionario de Cuba acoge, con beneplácito, las seguridades ofrecidas por el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica de que tomara todas las medidas y acciones judiciales procedentes en todos los casos de esta naturaleza, y confía en que cristalicen, muy pronto, en hechos objetivos y concretos. Incidentes de esta clase afectan alas buenas relaciones que deben existir entre los dos países y dan pábulo a inferencias que no carecen totalmente de fundamento, como si desprende de las medidas y provisiones adoptadas por el Gobierno de Su Excelencia con el declarado propósito de impedir su repetición.

4. Las aclaraciones que hace el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica sobre su política denegatoria de licencias de exportación de armas e implementos de guerra, en el área del Caribe, conllevan insinuaciones que el Gobierno Revolucionario rechaza de plano.

En esa área, efectivamente, existe un estado de violencia y tensión, del cual Cuba y otros países democráticos aledaños no son responsables. El Único y verdadero responsable de ese estado de violencia y tensión es el dictador vitalicio Rafael Leonidas Trujillo, quien desde hace treinta años fatiga el crimen, el latrocinio y la agresión en las barbas de la Organización de Estados Americanos y aun de las propias autoridades norteamericanas, en cuya jurisdicción sus agentes secuestran y asesinan con la misma impunidad con que infringen toda la gama de la delincuencia común en Santo Domingo. Los renovados esfuerzos del valiente y sufrido pueblo dominicano, por librarse de tan prolongado y cruel despotismo, merece el profundo respeto del Gobierno Revolucionario y la calida simpatía del pueblo cubano, sin que ese respeto y esa simpatía impliquen intervención alguna en los asuntos internos de esa nación hermana. Consideramos, sin embargo, que los gobiernos democráticos del hemisferio no pueden permanecer indiferentes ante un régimen que vive al margen del derecho internacional y actúa en consonancia. El asalto, saqueo e incendio de la Embajada de Cuba y la frustrada invasión del territorio cubano, urdidos y organizados por Trujillo los criminales de guerra residentes en Sto. Domingo y Miami, demuestran hasta que grado es incompatible ese régimen con las mas elementales normas de la convivencia civilizada. Una de esas violaciones de la ley internacional fue denunciada por Cuba en la V Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, sin que recayeran resoluciones al respecto, no obstante el carácter vandálico de la primera. Cuba tuvo, en cambio, que encararse en el Consejo de la Organización de Estados Americanos con las mendaces acusaciones del Gobierno agresor, Y en cierta votación, de triste recuerdo, el-

Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica se alinee casi solitariamente, con la dictadura dominicana.

La esperanza que abrigó el Gobierno de Su Excelencia de que la paz y la tranquilidad renacerían en el área del Caribe al asumir el poder el Gobierno Revolucionario de Cuba, se desvaneció, no por medidas y acciones de este, como sutilmente pretende insinuarse, sino por la creciente agresividad, confabulación y audacia de Trujillo, al punta que no hubo ya otra alternativa que suspender las relaciones diplomáticas con el régimen dominicano.

El Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica tiene el derecho de denegarle licencia de exportación de armas y otros implementos de guerra a quien le plazca. Pero lo que no puede es interponer su influencia cerca de otros gobiernos, so pretexto de cooperar a mantenimiento de la paz en el área del Caribe, a fin de Impedir que, por razones meramente defensivas, un Gobierno amigo se provea de los aviones que necesita, sustituyendo sus equipos ya inservibles por unos adecuados. Las gestiones realizadas por el Gobierno norteamericano cerca del Gobierno británico para bloquear ese canje, coincidieron, desdichadamente, con las agresiones aéreas a Cuba y se prosiguieron, a pesar de habersele significado a Su Excelencia que constituían un acto poco amistoso, ya que, a sabiendas, se dejaba al Gobierno y al pueblo cubanos a merced de un pirata internacional y de una banda de criminales. El Gobierno Revolucionario posee informes fidedignos de que la Embajada norteamericana en Bélgica efectuó pertinaces gestiones cacería del Gobierno de ese país, con el propósito de lograr que se cancelaran nuestros pedidos de armas ligeras. No conoce empero, que se hayan realizado gestiones análogas acerca de los Gobiernos de Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Holanda y Alemania Occidental, demandando la cancelación de numerosas órdenes de Trujillo, no obstante ser el único y verdadero perturbador de la paz en el área del Caribe.

El Gobierno Revolucionario, por lo demás, adquirirá los aviones y sus armas que necesite para su defensa en el mercado que se los proporcione ya que se las niega y trata de impedir que se las vendan el Gobierno que abasteció al exdictador Batista con aviones, armas, bombas que sembraron el dolor, el luto y la ruina en un pueblo -Amigo.

5. El Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica "se enorgullece de la independencia y objetividad" de las agencias cablegráficas y de los servicios de prensa de su país y rechaza, ásperamente por falsa, la acusación de haberse dedicado a una campana deliberada para dar una impresión errónea del Gobierno de Cuba y desacreditarlo. No es esta la oportunidad de discutir la pregonada "independencia" de cierta prensa norteamericana; pero si de subrayar la enorme responsabilidad moral que ha contraído el Gobierno de Su Excelencia al enorgullecerse de unas agencia cablegrafías y de unos servicios de prensa que han difundido, y continúan difundiendo las mas procares mentiras y los mas indignantes insultos contra el Gobierno Revolucionario y sus mas eminentes figuras. ¿Es acaso muestra de objetividad asesinar Dr. Fidel Castro disfrazar de

.héroes a traidores. Inocular insidias, incitar a la subversión acusar de comunista al primer gobierno realmente cubano que hemos tenido, propugnar la asfixia económica y circular rumores de la peor laya? ¿Es de esa "objetividad", que desfigura los hechos y difama sin parar mientes en la dignidad, la seguridad y la soberanía del pueblo cubano de la que se enorgullece el Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica?

El Gobierno Revolucionario demanda claras explicaciones al respecto de si el Gobierno de Su Excelencia se solidariza o no con todos los insultos las mentiras y las Insidias-propaladas por las agencias cablegráficas y los servicios de prensa norteamericanos.

6. El Gobierno Revolucionario ha precisado ya, en nota dirigida a Su Excelencia su propósito inquebrantable en uso de las prerrogativas y potestades de un Estado soberano, de llevar a cabo un programa de transformaciones económicas y sociales en beneficio del pueblo cubano y, particularmente, la Reforma Agraria, supuesto indispensable del desarrollo industrial, del-progreso social y del fortalecimiento de las instituciones democráticas.

Agradezco, de nuevo, en nombre del Gobierno Revolucionario la refinación que hace su Excelencia de que "el Gobierno y el pueblo de Estados Unidos comparten y apoyan los esfuerzos del pueblo cubano por el logro de la justicia social, con más altos niveles de vida y una economía muy próspera". Y, a la par- le reitero la buena disposición del Gobierno de Cuba a continuar examinando por los cauces diplomáticos normales las cuestiones pendientes entre ambos países sin que quepa prejuzgar que las soluciones que Cuba proponga se aparten del derecho internacional.

7. Ignora el Gobierno Revolucionario de Cuba la intención del Gobierno de Estados Unidos de Norteamérica al referirse Su Excelencia al tema del comunismo, durante su entrevista con el Señor Presidente de la Republica; pero lo cierto es que la "infiltración comunista" en las esferas oficiales es el manido disco que han desempolvado y vienen manejando dolosamente, a diario nuestros enemigos internos y externos con la parva finalidad de crear condiciones propicias a la disensión nacional y a la intervención extranjera. La naturaleza, estructura y objetivas del Gobierno Revolucionario se definen por sus hechos y no por las etiquetas o los ropajes que maliciosamente se le endilguen. Se equivocan o confunden quienes quieren equivocarse o confundirse. Cuba ha cumplido y cumple cabalmente, con las obligaciones internacionales que ha contraído en la Organización de las Naciones Unidas y en la Organización de Estados Americanos; mas, no admite ni acepta políticas internacionales de bloques ni disyuntivas prefabricadas. El pueblo cubano ha encontrado ya acorde con su tradición histórica su idiosincrasia nacional su misión en América su papel en el mundo y los requerimientos de la época, su forma propia de expresión política económica social y cultural y se apercibe a erigir, sobre bases también propias un sistema democrático en que la clásica formula de Lincoln se traduzca en efectiva, plena y fluente realidad. A la Revolución Cubana no la atemorizan

fantasmas ni aparecidos. Sabe de donde viene lo que quiere y adonde va. Navega por aguas limpias y lleva clavada; en el palo mayor, la bandera de la estrella solitaria.

El Gobierno y el pueblo cubanos desean convivir en paz y amistad, excrementar sus relaciones diplomáticas y económicas sobre la base del respeto mutuo y reciproco beneficio con el Gobierno y el pueblo de Estados Unidos de Norteamérica. Eso es sumamente fácil si, por una parte, se dejan de identificar 108 intereses transitorios de un grupo reducido de ciudadanos norteamericanos con los, intereses permanentes que deben presidir las relaciones entre dos pueblos tradicionalmente amigos y que han sido y son buenos y cordiales vecinos; y si, por la otra parte se pone coto definitivo alas actividades contrarrevolucionarias de los criminales de guerra cubanos asilados en territorio estadounidense y se desautoriza a loS norteamericanos que instigan y apoyan esas actividades delictuosas contra Cuba.

Esa es, en resumen, la política y la actitud del Gobierno y el pueblo cubanos hacia el Gobierno y el pueblo de Estados Unidos de Norteamérica.

En atención a todo lo anteriormente expuesto el Gobierno Revolucionario expresa su esperanza de que el Gobierno de Su Excelencia reexamine su política y su actitud hacia el Gobierno y el pueblo cubanos.

Debo manifestarle, por ultimo señor Embajador, que al disponer el Departamento de Estado la publicación de las representaciones de Su Excelencia al Señor Presidente de la Republica prescindiendo de los cauces diplomáticos normales, el Gobierno Revolucionarlo de Cuba se considera en libertad de difundir esta nota inmediatamente después de haber sido entregada. La opinión publica internacional tendrá así la ocasión de juzgar a la luz de antecedentes y hechos que suelen omitirse o mixtificarse, la situación que mutuamente nos preocupa.

Aprovecho la oportunidad, señor Embajador, para reiterarle el testimonio de mi más alta consideración y aprecio.

Dr. Raul Roa,
Ministro de Estado